

El centro de México

**Evolución, límites y oportunidades
para el desarrollo regional**

María Eugenia Negrete Salas



EL COLEGIO DE MÉXICO

EL CENTRO DE MÉXICO
EVOLUCIÓN, LÍMITES Y OPORTUNIDADES
PARA EL DESARROLLO REGIONAL

CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS,
URBANOS Y AMBIENTALES

EL CENTRO DE MÉXICO
EVOLUCIÓN, LÍMITES
Y OPORTUNIDADES
PARA EL DESARROLLO REGIONAL

María Eugenia Negrete Salas



EL COLEGIO DE MÉXICO

338.90972

N385c

Negrete Salas, María Eugenia.

El centro de México : evolución, límites y oportunidades para el desarrollo regional / María Eugenia Negrete Salas. – 1a ed. – México, D.F. : El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, 2008.

352 p. : mapas, gráf., cuadros ; 21 cm.

ISBN 978-968-12-1358-9

1. Desarrollo regional – México – Centro (Región).
2. Desarrollo Urbano – México – Centro (Región). 3. Economía regional – México – Centro (Región). 4. Infraestructura (Economía) – México – Centro (Región). 5. Población – Movilidad – México – Centro (Región). I. t.

Primera edición, 2008

D.R. © El Colegio de México, A. C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D. F.
www.colmex.mx

ISBN 978-968-12-1358-9

Impreso en México

A Daniela

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

El enfoque regional	17
La desconcentración en las regiones metropolitanas	23
La desconcentración en la Región Centro de México	28
Bibliografía	35

I. ANTECEDENTES SOBRE LA FORMACIÓN DE LA REGIÓN

Aspectos geográficos e históricos	41
Las relaciones originarias	44
El sistema político posrevolucionario	51
Bibliografía	53

II. LA REGIÓN FRENTE A LA NACIÓN

Los grandes ejes de transformación nacional	57
El impulso descentralizador y el inicio del pluripartidismo	57
La Región Centro en el marco político administrativo del país	64
Escenario geopolítico en la Región Centro	64
La reorientación económica. Apertura comercial e integración al mercado global	69
La intervención del gobierno en el desarrollo regional y urbano	80
La consolidación del sistema de planificación. La etapa de la abundancia	81
El cambio de enfoque de la planificación ante la ausencia de recursos	83

La política urbano regional bajo el esquema liberal	85
Planes para el ordenamiento regional	89
Bibliografía	93

III. LA POBLACIÓN Y SUS REACOMODOS

Evolución demográfica en las entidades	101
Mezcla de lugares de atracción y rechazo	109
Etapas de concentración, 1950 a 1970	115
Inicio de la desconcentración, 1970 a 1990	116
Convergencia y consolidación, 1990 a 2000	117
La migración regional	119
Reorientación de los flujos migratorios	120
Movimientos entre la Región Centro y el resto del país	121
Lazos entre entidades	125
Un retrato de los nuevos migrantes	130
Edad y preparación escolar	131
Inserción en el mercado laboral	134
Nivel de ingresos	138
Bibliografía	139

IV. EVOLUCIÓN DE LA ECONOMÍA REGIONAL

La dinámica manufacturera en la Región Centro y sus tendencias de relocalización	145
La desconcentración industrial hacia Querétaro	159
Importancia de las empresas desconcentradas	166
Algunos efectos sociales y territoriales	169
La maquila en la región	172
Los servicios en la Región Centro	176
Estructura del empleo regional	180
El producto per cápita	183
Bibliografía	187

V. EL DESARROLLO URBANO

Estructura y evolución del sistema urbano	191
De un desarrollo urbano concentrado en la capital a otro desconcentrado en las ciudades de la corona	192
Tendencias de la urbanización en México	192
La urbanización en la Región Centro	195
Los tamaños de las ciudades	196
El sistema de ciudades y la metropolización	200
Los protagonistas del desarrollo urbano	205
La Zona Metropolitana de la Ciudad de México	205
Alto a la concentración	205
Divergencias entre el Distrito Federal y el Estado de México	213
Ciudades de la corona regional	215
La “personalidad” de cada ciudad	218
Competencia interurbana y condiciones de vida en las ciudades del centro de México	221
Bibliografía	230

VI. EL MUNDO RURAL

Dispersión y crecimiento desequilibrado del medio rural	238
Geografía de la dispersión	248
Población rural concentrada (de 2 500 a 15 000 habitantes)	248
Población dispersa (menos de 500 habitantes)	252
Pueblos de tamaño medio (entre 500 y 2 500 habitantes)	253
Nacimiento y desaparición de localidades	254
Localidades nuevas	254
Periferias metropolitanas	255
Uniformidad del proceso	258
Localidades que desaparecen	259
Dispersión, marginalidad y permanencia en el medio rural	261

Las actividades agropecuarias	264
La producción agropecuaria regional	267
Principales productos agropecuarios en la Región Centro	269
Relaciones políticas y administrativas en los municipios rurales	274
Bibliografía	278

VII. LAS RELACIONES ENTRE EL CAMPO Y LA CIUDAD

Las relaciones entre el campo y la ciudad	283
Nuevas formas de movilidad entre el campo y la ciudad	286
Movimientos pendulares de tipo laboral	288
Movimientos de fin de semana	289
Zacualpan, Morelos: evolución e intercambios	292
Zacualpan hace 30 años	296
La familia X	299
Zacualpan hoy	301
La familia X	303
El abasto alimentario	305
Transformaciones de la demanda de productos alimentarios	308
Hacia una mayor racionalización en el abasto	309
Surgimiento de nuevos competidores comerciales	310
Bibliografía	315

VIII. LA INFRAESTRUCTURA REGIONAL

La infraestructura regional para el transporte: estructura y evolución	318
Flujos de transporte intrarregionales	323
Infraestructura aeroportuaria	326
La localización del nuevo aeropuerto de la ciudad de México. Impacto en el desarrollo urbano y regional	330
Bibliografía	336

REFLEXIONES FINALES	339
---------------------	-----

ÍNDICE DE CUADROS, MAPAS Y GRÁFICAS

MAPA 1: Localización y delimitación de la Región Centro	31
MAPA 2: Fisiografía de la República Mexicana y la Región Centro	42
MAPA 3: México: Regiones dominadas por grupos indígenas, 1250-1520	45
MAPA 4: México: Región Centro. División territorial en intencencias: 1812	47
CUADRO 2.1: Región Centro: Voto por el PRI en las elecciones presidenciales de 1964 a 2000 (porcentajes)	61
CUADRO 2.2: PIB regional, 1970-1998 (pesos a precios de 1980)	70
CUADRO 2.3: Región Centro: Inversión extranjera directa materializada; 1994-1997	78
CUADRO 3.1: Región Centro. Población absoluta y relativa, 1950-2000	102
GRÁFICA 3.1: Región Centro. Población relativa, 2000	103
CUADRO 3.2: Región Centro. Tasas de crecimiento poblacional 1950-2000	104
GRÁFICA 3.2: Tasas de crecimiento poblacional 1950-2000	106
CUADRO 3.3: Región Centro. Clasificación de municipios por crecimiento social	111
MAPA 5: Región Centro: Tasas de crecimiento municipal, 1950-1970	112
MAPA 6: Región Centro: Tasas de crecimiento municipal, 1970-1990	113
MAPA 7: Región Centro: Tasas de crecimiento municipal, 1990-2000	114
CUADRO 3.4: Flujos migratorios en la Región Centro y el país	122
CUADRO 3.5: Emigración desde la ZMCM hacia el resto del país: 1985-1990 y 1995-2000	124
CUADRO 3.6: Matriz de emigración, 1965-1970 y 1985-1990	127

CUADRO 3.7: Matriz de inmigración, 1965-1970 y 1985-1990	128
CUADRO 3.8: Tasas de migración neta interestatal por entidad de residencia, 1950-1990	130
CUADRO 3.9: Región Centro: Población migrante y no migrante entre 1985 y 1990 por nivel de educación (porcentajes)	132
CUADRO 4.1: Manufactura Región Centro: Producto interno bruto manufacturero 1970-1998 (miles de nuevos pesos, a precios de 1980)	147
CUADRO 4.2: Región Centro: Indicadores de la manufactura, 1970-1998 (porcentajes)	149
CUADRO 4.3: Estructura del PIB manufacturero, 1970-1998 (porcentajes)	152
CUADRO 4.4: Región Centro: Indicadores sobre la industria maquiladora de exportación (porcentajes respecto al total nacional)	173
CUADRO 4.5: Sector servicios: Producto interno bruto, 1970-1990 (miles de nuevos pesos a precios de 1980)	178
CUADRO 4.6: Región Centro: Tasas de crecimiento del PIB por entidad federativa y sectores de actividad, 1970-1998	179
CUADRO 4.7: Región Centro: Estructura del empleo por entidad federativa, 1970-2000 (número de trabajadores)	182
CUADRO 4.8: PIB per cápita (pesos de 1980)	185
CUADRO 5.1: Indicadores de la urbanización en México y en la Región Centro, 1970-2000	194
CUADRO 5.2: Población urbana por tamaño de localidad en México y la Región Centro, 1970-2000	197
CUADRO 5.3: Ciudad de México. Población total por unidades territoriales básicas, 1900-2000	207
CUADRO 5.4: ZMCM: Origen de los inmigrantes por entidad federativa 1965-1970 y 1985-1990	209
MAPA 8: Región Centro: Localidades urbanas por tamaño, 2000	223

CUADRO 5.5: Región Centro: población entre 20 y 24 años que estudia en instituciones de educación superior, 1970-1975 (porcentajes)	226
GRÁFICA 5.1: Gasto corriente total de los hogares en México, 1989-1996	228
CUADRO 6.1: Región Centro: número de localidades rurales por tamaño, 1980-2000	240
CUADRO 6.2: Región Centro: distribución de población por tamaño de localidad, 1980-2000	241
CUADRO 6.3: Región Centro: número promedio de viviendas en localidades rurales, 1980-2000	244
CUADRO 6.4: Región Centro: indicadores de la evolución rural, 1980-2000	246
MAPA 9-a: Región Centro: distribución de la población rural, 2000	249
MAPA 9-b: Región Centro: distribución de la población rural, 2000	250
MAPA 10-a: Región Centro: nacimiento y desaparición de localidades, 1990-2000	256
MAPA 10-b: Región Centro: nacimiento y desaparición de localidades, 1990-2000	257
MAPA 11: Región Centro: grado de marginalidad y red carretera, 2000	263
CUADRO 6.5: Región Centro: PIB por entidad federativa, 1970-1998. Gran división 1. Agropecuario, silvicultura y pesca (distribución relativa)	268
CUADRO 7.1: Zacualpan, Morelos: características generales del municipio y sus localidades, 1950-1995	293
MAPA 12: Morelos: región oriente	295
CUADRO 7.2: Zacualpan: emigración según lugar de destino	299
MAPA 13: Región Centro: Esquema global de comunicación	321
CUADRO 8.1: Evolución de los movimientos radiales desde la ZMCM	324
MAPA 14: Región Centro: Esquema de flujos interurbanos (TDPA), 2002	325

INTRODUCCIÓN

En el entorno de cambio económico que se encuentra en marcha en el mundo, con los consecuentes ajustes estructurales a escala global, se desarrollan nuevos modos de producir y formas de intercambio más abiertas. Son efectos notables de estos cambios las actividades de las organizaciones y empresas multinacionales que reorientan sus inversiones hacia los países y regiones que les ofrecen más ventajas. Paralelamente se observa que nuevas dinámicas han incidido en la manera de diseñar y llevar a cabo las políticas regionales. Acompañadas de un debate teórico práctico pretenden redefinir las bases para lograr un desarrollo regional efectivo y eficiente dentro de las condiciones actuales y futuras.

El presente estudio se suma a esos esfuerzos al abocarse al análisis de la recomposición territorial que ha ocurrido en la Región Centro de México como resultado de los recientes procesos de desconcentración poblacional, relocalización económica y descentralización político administrativa, entre otros, con el propósito de identificar las fortalezas y debilidades que puedan incidir en el impulso al desarrollo de esta importante porción del territorio nacional.

EL ENFOQUE REGIONAL

El debate regional, tanto en sus aristas conceptuales como en las aplicadas en las políticas territoriales, ha transitado por varias etapas. Las iniciales, dominadas por la escuela de la geografía francesa, cubrieron la primera mitad del siglo xx con la descripción de regiones específicas y la ausencia de contenido teórico (Bataillon, 1999). Las limitaciones de estos estudios llevaron a

intentar nuevos métodos y a adoptar perspectivas más sistemáticas en busca de generalizaciones sobre la organización espacial de la sociedad.

A lo largo de los años cincuenta y sesenta se observó una tendencia hacia la disminución de las disparidades entre las regiones que formaban parte de los países desarrollados y también de México,¹ por lo cual se fortalecieron entonces los argumentos de tipo neoclásico que predecían para el largo plazo la convergencia entre regiones (Solow, 1956). En la década de los sesenta surgió la corriente cuantitativa, que puso énfasis en las relaciones económicas y el análisis espacial; se acuñó entonces la llamada ciencia regional, que básicamente analiza las causas y los efectos puramente espaciales con una visión positivista y sin tomar en cuenta otras variables políticas o sociales.²

Sin embargo a partir de los años setenta el desempleo y el descenso de la productividad afectaron más a los países pobres y menos favorecidos, y se incrementaron los desbalances espaciales en el crecimiento económico tanto entre las naciones como en su interior, con lo cual se impugnaron las previsiones respecto a que el mercado y la libre competencia generarían la deseada igualación en los niveles de ingreso. En ese ambiente se desarrolló en los años setenta la interpretación marxista del problema regional, que hasta cierto punto desvió la atención de las regiones y sus especificidades para enfocarla en los procesos sociales más generales del desarrollo del capitalismo a escala mundial. Autores como Kaldor (1970) y Richardson (1974) acuñaron los modelos llamados de causación acumulativa, que pronosticaban la continuidad de la pobreza y la desigualdad entre regiones.

¹ Véase por ejemplo el trabajo de Ruiz Chiapetto (2000), en donde se presenta un panorama de las teorías y modelos tradicionales y no tradicionales (crecimiento endógeno, ciclos económicos) en relación con las desigualdades regionales, y se constata que esta tendencia convergente se dio en las entidades de la República Mexicana al menos de los años cuarenta a los setenta.

² Esta escuela se desarrolló con Walter Isard a partir de finales de los años cincuenta.

En cuanto a la acción política, la preocupación regional estuvo focalizada en el dispar desarrollo de distintas unidades territoriales, y en nuestro país en la permanencia de la pobreza extrema en muchas regiones. Como respuesta de la mayor parte de los gobiernos se pusieron en marcha programas para apoyar a las regiones más pobres mediante transferencias y subsidios, y pocas veces con inversiones productivas para impulsar su desarrollo. Estos programas sólo alcanzaron magros resultados pese a que se invirtieron recursos que en algunos casos fueron muy cuantiosos.³

En décadas más recientes, la agudización de dificultades derivadas de la desindustrialización, el incremento del desempleo, la obsolescencia de la infraestructura urbana, así como de los efectos dañinos al ambiente o los desastres naturales, muchos de los cuales se concentran más en las regiones pobres con poblaciones más vulnerables, acentuaron la complejidad de los problemas en diversas regiones, por lo que la preocupación por entenderlos y crear mecanismos que llevaran a resolverlos o al menos a atenuarlos retomó fuerza.

Los planteamientos de la Nueva Geografía Económica formulados por Krugman (1991) a partir de los años noventa ofrecen otra perspectiva para el estudio de la aglomeración de las actividades económicas y la incidencia de las desigualdades geográficas sobre las de tipo económico. Estos modelos predicen la formación de aglomeraciones a partir de procesos acumulativos con una causalidad circular que convierten en improbable una distribución equilibrada de las actividades en el territorio y por ende de los procesos de convergencia regional.

Acorde con esta visión, el reconocimiento de que la desigualdad del desarrollo económico entre regiones es inherente a la diversidad de la ocupación territorial y a la explotación que diversos grupos sociales han hecho de los recursos a lo largo de la historia, el interés regional por el desarrollo comparativo se ha

³ Este tipo de programas no ha dejado de aplicarse en México. Los recursos van a las poblaciones objetivo y no tanto a las regiones mismas.

debilitado para centrarse en las maneras de favorecer el desarrollo efectivo de las potencialidades de cada región. Los enfoques más recientes en cuanto al diseño de políticas de desarrollo regional, apoyados en experiencias exitosas en distintas escalas (local, intermunicipal, interesatal o internacional), coinciden en que las posibilidades reales de alcanzar buenos resultados, tanto en las zonas deprimidas como en las regiones estancadas o con bajo crecimiento económico, ya no apuntan solamente a las intervenciones sectoriales en infraestructura o en servicios sociales, ni a las que se basan en subsidios a las zonas deprimidas, sino a aquellas acciones que parten de la iniciativa de las propias comunidades, que incluyen su participación activa y ofrecen mayores posibilidades de éxito.

Se trata de devolver la iniciativa y la responsabilidad a los ámbitos local y regional, y de reconocer que la piedra angular en este nuevo tipo de políticas es la cooperación entre los agentes sociales intervinientes en los problemas mediante acuerdos de colaboración pública y privada, así como con y entre las distintas jerarquías de gobierno que deben participar en su solución.⁴

Entonces como ahora, definir el “problema regional” e identificar su origen constituyen las cuestiones teóricas fundamentales. La respuesta teórico metodológica de cómo definir una región —y en este caso particular la del centro de México—, no se encuentra en dibujar líneas precisas en un espacio geográfico, sino en conceptualizar lo que es una región. De acuerdo con autores como Doreen Massey (1991), la región es un espacio social de relaciones, por lo que podemos pensar en una región en términos de la articulación, dentro de un espacio geográfico, de un número de espacios de funcionamiento de distintas actividades sociales (locales).⁵ La región sería entonces la sobreposición e interacción o influencia recíproca de partes de múltiples “locales”.

⁴ Véase Barca, 2006. Este mismo enfoque se propone para resolver la crisis de la industria mexicana (Dussel, Piore y Ruiz, 1997).

⁵ El término “locale” fue acuñado por Giddens (1984) y significa el espacio de funcionamiento de las actividades específicas de un sector, por ejemplo el financiero, el de la industria automotriz, etcétera.

La preocupación conceptual en este estudio, desde la perspectiva regional, sería saber si los cambios recientes que se han experimentado en el país, y en particular los que más afectan al centro de México, han favorecido la consolidación de esta zona como entidad regional, y por ende la elevación de sus potencialidades de crecimiento, o por el contrario han acarreado menor fortalecimiento e integración. A lo largo de esta búsqueda quedarán de manifiesto algunos de los mayores retos y oportunidades para impulsar los procesos de desarrollo en la zona. En esta tarea es preciso identificar los elementos esenciales de la realidad regional para analizar su espacio de funcionamiento e interacción y evaluar sus posibles efectos en la estructuración socioespacial de dicha porción del territorio nacional.

Siguiendo a Bernard Kayser (1990), los conceptos que sirven para la discusión regional se basan en tres características que se consideran indispensables en la época actual, en cuya ausencia difícilmente se puede hablar de región, sólo de un medio geográfico. En primer lugar es necesario que existan lazos entre los habitantes de la zona en cuestión; estos lazos deben entenderse en sentido amplio, no sólo como relaciones entre grupos sino como características comunes que constituyan la base de una cohesión espacial: minorías étnicas, sistemas de producción especializados en donde participe buena parte de los hombres residentes en la zona, estructuras sociales particulares que definan cierto tipo de relaciones entre los habitantes de una comarca, entre otras. Estos vínculos son una condición necesaria porque imprimen al espacio cierta homogeneidad, sin embargo sólo serán suficientes para producir una región cuando creen una organización económica y social en ese espacio. En ausencia de esta capacidad carecerán de concreción real y sólo se les incluirá en la descripción de una zona.

Otro elemento esencial es que una región se organiza necesariamente alrededor de un centro. La organización del fenómeno de regionalización se sostiene de un eje, un polo, un nodo basado en las actividades terciarias que tienen lugar en la ciudad. La ciudad dirige, por mecanismos diversos, al espacio que la ro-

dea encerrándolo en una red de relaciones comerciales, administrativas, sociales, demográficas, políticas etc., de las cuales ella es el centro. Es, conforme a esta definición, la gran iniciadora de la unidad regional.

Por tratarse de un conjunto territorial que cuenta entre sus elementos a la metrópoli de la ciudad de México —sin duda el de mayor peso—, en el centro del país se genera un espacio polarizado entre este gran centro y su periferia. Pero ese hecho no hace que surja automáticamente una región. En el mundo contemporáneo la metrópoli regional es siempre un polo de crecimiento, pero no todos los polos de crecimiento tienen vocación regional. La distinción es esencial, pues no porque cada polo disponga de cierta zona de influencia será el centro de un espacio estructurado.⁶

El tercer elemento definitorio de la región es que forme parte integrante de un todo, es decir, que cumpla una función en el conjunto nacional, y hoy día, en una economía globalizada, también en el ámbito internacional. Esto constituye un factor externo que se ubica fuera de la región misma, ya que como parte de un todo más amplio la región es siempre relativamente dependiente de un poder que la controla y está fuera de ella. Se trata de políticas macro, como las fiscales, las monetarias y los acuerdos comerciales internacionales, que pueden incidir grandemente en regiones específicas. En este sentido hay una capacidad superior de decisión que escapa a la región misma, y tal dependencia desempeña un papel preponderante en su evolución.⁷ Con base en estos conceptos se busca analizar las nuevas tendencias en la

⁶ Kaiser ejemplifica esto comparando a Lyon con Toulouse; muestra que la primera ciudad ha impulsado el desarrollo de una región bien estructurada, mientras Toulouse no ha generado lazos con las empresas de su periferia, a la que sólo sirve como un centro de servicios.

⁷ Esta definición de región, basada en la polaridad, los lazos entre los habitantes y la función en el conjunto mayor, no concuerda con la clasificación tradicional de regiones de la escuela de Perroux, que habla de regiones homogéneas, regiones polarizadas y regiones plan. La única clasificación parcialmente asimilable sería la de espacio polarizado.

organización de este espacio y evaluar si avanzan en el sentido de consolidar o no una región en el centro de México.

El fenómeno de reorganización territorial, eje del texto, es el cambio de inflexión en la tendencia concentradora que experimentaron por largo tiempo la población regional y la del país hacia la ciudad de México, y que parece invertirse para favorecer particularmente a la periferia regional de esa gran metrópoli. Se adopta como premisa que la desconcentración en la Región Centro de México es un proceso en marcha, y se pretende avanzar en el conocimiento de este proceso, de sus alcances y de sus implicaciones. Es éste un asunto de reestructuración del territorio regional, de la forma y el estilo de urbanización, que sin embargo no se explica en los límites estrictos de una racionalidad espacial, pues, como producto social, encuentra también su origen en procesos de índole extraterritorial, en las esferas económica, política y cultural. Por ello, sin pretender manejar toda la gama de herramientas necesarias para abordar íntegramente los fenómenos sociales que ocurren en esta región, el enfoque se centra en las transformaciones espaciales y sólo se incorporan, con frecuencia e intensidad variables, los aportes de otras disciplinas sociales.

LA DESCONCENTRACIÓN EN LAS REGIONES METROPOLITANAS

Los principales conceptos que se utilizan en este texto como herramienta para interpretar los procesos en que está inmersa la Región Centro de México son el de la desconcentración o descentralización y la urbanización diferencial; ambos se discuten a continuación. Al igual que la concentración, la desconcentración es un proceso. En un continuum “concentración-desconcentración” se supone que inicialmente existe un patrón concentrado, cualesquiera sean las unidades de un conjunto, y que dicho patrón transita hacia su polo opuesto: un patrón disperso. El proceso desconcentración tendería por tanto hacia una mayor dispersión.

Aplicado a la geografía humana, el proceso conocido como desconcentración y muchas veces usado en el medio como sínó-

nimo de descentralización se refiere al cambio en la tendencia hacia la concentración poblacional en un ámbito territorial determinado, una ciudad o una región. Es el movimiento hacia asentamientos menores impulsado por las externalidades negativas de las ciudades grandes (Johnston, Gregory y Smith, 1994).

La irrupción del fenómeno de desconcentración conmocionó a los urbanistas en todo el mundo (Berry, 1976; Vining y Kontuly, 1978). A lo largo de la década de los setenta se constató la pérdida de población en las principales ciudades de Estados Unidos, de Europa y también de algunos países menos desarrollados y menos adelantados en su nivel de urbanización. Los especialistas enfrentaron entonces una falta de teorías para explicar lo que estaba sucediendo. La visión prevaleciente sobre el camino que seguiría la urbanización en todo el mundo apuntaba a una tendencia concentradora de la población en ciudades cada vez mayores, y los fenómenos que se esperaban eran la multiplicación de ciudades gigantes y como variante organizativa la formación de conjuntos megalopolitanos.

Cuando apenas se iniciaban —con indicios poco sólidos— las transformaciones territoriales arriba descritas surgieron puntos de vista aparentemente opuestos que vaticinaban el fin del predominio metropolitano; en México se hablaba en especial de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, si bien algunos, más renuentes a aceptarlo, preferían enfatizar la formación de un nuevo ámbito de concentración metropolitana en las regiones de influencia que rodeaban a las grandes ciudades.

Los primeros se basaban en la observación del proceso que se presentaba en las grandes ciudades del mundo desarrollado y en desarrollo, en donde las zonas metropolitanas ya no ejercían atracción sobre la población y sus tasas de migración y de crecimiento eran inferiores a las observadas en otras ciudades medianas y pequeñas, e incluso en algunos casos se advertía una pérdida de población en términos absolutos.

Los segundos, basados en la oscilación de los indicadores que unos años más tarde marcaron una renovación del atractivo metropolitano, lo interpretaron como un fenómeno temporal den-

tro de una tendencia de más largo plazo hacia la concentración. En realidad el asunto no acaba de aclararse, pues hay señales de una concentración aun mayor en las grandes metrópolis convertidas en ciudades mundiales de un planeta globalizado: concentración de capital, de cierto tipo de servicios avanzados, de las funciones de control, etc. (Sassen S., 1994) Los momentos del repunte en la concentración demográfica alientan esta segunda vía de interpretación.

Después de dos décadas de observación atenta a los vaivenes poblacionales en las grandes metrópolis de distintas regiones del planeta, dos autores elaboraron un modelo explicativo de tales cambios al que llamaron “urbanización diferencial”. Tras varios análisis de los cambios en los patrones migratorios y del crecimiento de ciudades de distintos tamaños en las áreas centrales de diversos países realizados por estudiosos de estos procesos, Geyer y Kontuly (1993) formularon un modelo con ayuda del cual explicaron las variaciones observadas; dentro de este proceso identificaron ciclos en que se alternan etapas de concentración y desconcentración, tanto en la ciudad mayor como en las medianas y pequeñas.

La urbanización diferencial predice que a largo plazo todos los países, desarrollados o no, experimentarán cierta estabilización en las tasas de crecimiento poblacional de toda la jerarquía urbana. Si bien esto no dejó a todos satisfechos, pues por sus implicaciones el problema sigue inquietando, al menos calmó un poco la polémica. En cierta medida este análisis constituye un ejemplo de constatación del modelo de urbanización diferencial.

Más recientemente, y tras la evolución del fenómeno de reorganización territorial, se han seguido buscando explicaciones y creando conceptos que aclaren un proceso que crece en complejidad. Se habla de una nueva escala en la organización urbana, esta vez de alcance mayor, que atañe a regiones cuyo centro está constituido por grandes metrópolis integradas como nodos a los circuitos de intercambios en un mundo cada vez más global, e incluye en su radio de influencia unidades territoriales menores y ciudades de diversos tamaños. Se les conceptúa como “ciudades-

región globales” y tienen un carácter dual, pues además de que fungen como nodos en el mosaico mundial de ciudades-región, constituyen lugares complejos con poderosas lógicas internas. La complementariedad de los elementos que constituyen estas regiones lleva a desarrollar nuevas infraestructuras institucionales y administrativas que permiten hacer efectivas las sinergias que las recorren (Simmonds y Hack, 2000).

Aunque en este estudio predomina la perspectiva del desarrollo urbano para explicar la realidad regional e identificar algunas de las oportunidades y limitaciones más claras para su desarrollo, se utilizan con desigual intensidad otras perspectivas disciplinarias que se mencionan a continuación: Las explicaciones acerca de la desconcentración, al igual que lo hicieron respecto a la concentración, bordan principalmente alrededor de los procesos de carácter económico. Las formas de producción, intercambio y consumo de mercancías estarían asociadas a distintos niveles o formas de concentración urbana.

A la etapa de industrialización corresponde el avance de la urbanización, a su variante proteccionista del mercado interno la hiper concentración en grandes ciudades, y las economías abiertas al comercio internacional empujarían hacia una mayor dispersión. Los avances tecnológicos que a lo largo de la historia han introducido cambios en las formas de comunicación e intercambio en todo el mundo cumplen un papel definitivo en las variantes del proceso de urbanización.

Aunque privilegiado, el enfoque económico no priva de manera exclusiva en los estudios sobre el tema, pues el problema regional es multidimensional. Desde el punto de vista de los demógrafos preocupados por la migración y sus efectos en la distribución poblacional, las transformaciones en los patrones de movilidad poblacional llevaron a acuñar conceptos tan interesantes como el de la “transición de la migración”, también asociado con el desarrollo económico (Zelinsky, 1971)

De cierto modo también la historia ha respondido al llamado de la desconcentración con el despertar de la historia regional y la microhistoria, que proporcionan una perspectiva muy atractiva

al referir la historia conforme a la perspectiva de las personas y los sitios comunes y no de los protagonistas. En gran medida estos estudios dominan hoy el campo de la investigación en sustitución de las interpretaciones más abarcales, y aportan valiosos elementos para entender los móviles y el punto de vista local de la desconcentración en contextos geográficos determinados.

Los enfoques de cortes sociológico, geográfico y antropológico permiten apreciar el tejido más fino de la sociedad. En algunos se perciben las entretelas del juego entre el poder local y el poder regional, y en otros, cuyo interés más práctico se dirige a la gestión local, se manifiesta la complejidad de la intervención de los distintos grupos de interés que pugnan por que prevalezca su opinión en las decisiones que los afectan y que en última instancia modelan el nuevo paisaje urbano y regional (Revel Mouroz, 1989).

El punto de vista político también está presente. Autores como Ades y Glaeser (1995) encuentran que los factores políticos, más que los económicos, explican los gigantes urbanos.⁸ Pero es sin duda en el campo de los sistemas de gobierno, más o menos centralistas, y en el de la administración pública donde con más frecuencia se emplean, muchas veces como sinónimos, los términos de desconcentración y descentralización. La desconcentración administrativa consiste en transferir el ejercicio del poder mediante un proceso de delegación de funciones o de facultades desde la autoridad central hacia otra autoridad que permanece, sin embargo, jerárquicamente subordinada al poder central, generalmente hacia los órganos de la propia estructura de una dependencia. En cambio en la descentralización se da una redistribución real de poder en el interior del Estado y por ende una pérdida del poder central en favor del regional.

La desconcentración alude a un fenómeno que puede parecer más simple que el de la descentralización; algunos lo consi-

⁸ En su análisis de más de 85 países la correlación entre la primacía urbana y las variables políticas (sistemas autoritarios o democráticos) resultó más fuerte que los resultados con el comercio.

deran previo a la descentralización, otros su corolario, e incluso hay quienes lo ven como su opuesto. En fin, ambos fenómenos mantienen relaciones ambiguas pero en ningún caso son conceptos sustituibles (Diederichs y Luben, 1995).

La administración pública mexicana define la desconcentración territorial como un proceso que, encaminado a descongestionar las grandes ciudades, busca reubicar total o parcialmente las dependencias y entidades de la administración pública federal. Implica la transferencia de los recursos humanos, financieros y materiales a diferentes ámbitos geográficos del país y se puede considerar en consecuencia que es la expresión físico espacial de la desconcentración administrativa (Presidencia de la República, 1981).

LA DESCONCENTRACIÓN EN LA REGIÓN CENTRO DE MÉXICO

El patrón de distribución espacial de la población que se gestó a lo largo del proceso de industrialización en México (1940-1970) se caracterizó por una concentración acentuada en la ciudad de México y en menor escala en las de Guadalajara y Monterrey. En la jerarquía urbana su característica primordial fue la alta primacía del sistema en contraste con una gran dispersión de la población en localidades pequeñas (Unikel *et al.*, 1978).

Esta dinámica de urbanización y la organización territorial resultante han sido explicadas desde el punto de vista económico debido a la importancia de las economías de aglomeración para el despegue de la actividad manufacturera nacional de entonces (Garza, 1985) y como efecto de la aplicación del modelo de economía cerrada y proteccionista que alentó el desarrollo del mercado interno desdeñando la relación con el exterior (Krugman y Livas, 1992).

Hacia finales de los años setenta el proceso inició una etapa de desaceleración de la concentración demográfica y económica en las principales zonas metropolitanas, y de dinamismo de las ciudades de tamaño mediano y pequeño en el interior del país y

en diversas regiones, entre las que destacan la frontera norte, la región central y las zonas costeras y turísticas. Desde el punto de vista económico el cambio fundamental fue la apertura de México a los mercados internacionales y su inserción en el proceso de globalización de la economía mundial. Aunque es difícil determinar el momento preciso en que se inicia, el periodo en que la desconcentración se manifiesta con mayor claridad y en el que se interesan mayormente los análisis incluidos en este documento se desarrolla a partir de 1970.

En los países que como México tienen un sistema urbano de alta primacía, la peculiaridad del proceso desconcentrador es la formación de un nuevo ámbito de concentración económico-espacial en las regiones que rodean a las metrópolis más importantes (Richardson, 1980). Esto se entiende por el hecho de que no existen ciudades de tamaño suficiente para generar las economías de escala y de aglomeración necesarias en el proceso de modernización de la producción. Al no haber alternativa, la desconcentración ocurre necesariamente en la periferia cercana a la ciudad principal para minimizar o evadir las deseconomías provocadas por el congestionamiento urbano (la contaminación, las rentas urbanas elevadas, el congestionamiento vial, etc.) y además aprovechar la infraestructura de comunicaciones y la cercanía a los mercados mayores.

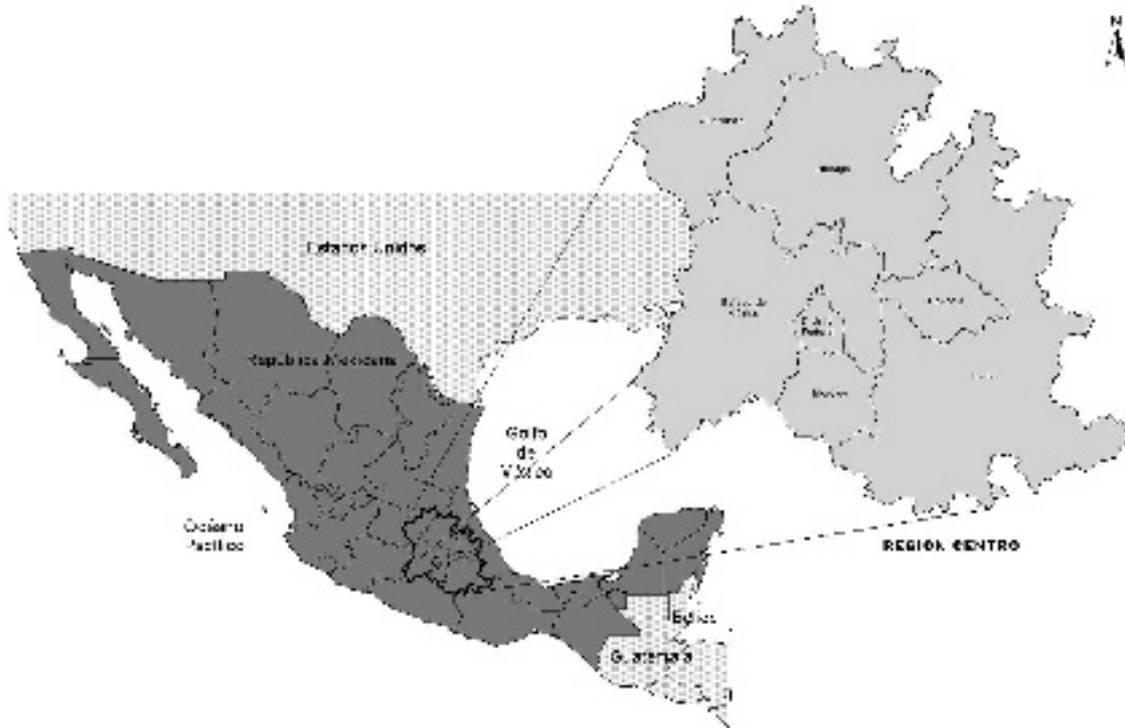
En el caso de México hay indicios de un desarrollo de este tipo. La Zona Metropolitana de la Ciudad de México muestra en las últimas décadas una tendencia desconcentradora en la llamada Región Centro. Esta región es la más poblada del país y en ella coexisten desde épocas prehispánicas las grandes ciudades y una multitud de localidades medianas y pequeñas. Se incluyen las ciudades más importantes situadas alrededor de la capital: Toluca, Querétaro, Pachuca, Tlaxcala, Puebla, Cuautla y Cuernavaca, donde el crecimiento demográfico y económico ha sido significativo en los últimos decenios. El papel de esta región en el desempeño de la economía mexicana es de suma importancia, ya que en ella se generó en 1998 cerca de 42% del producto interno bruto del país y se ha venido realizando la mayor parte de las transacciones comerciales nacionales e internacionales.

Si bien la desconcentración es un proceso que toca a todas las entidades y rincones del país, el propósito de este trabajo es investigar lo concerniente a la región constituida por siete entidades que son el Distrito Federal y las que la rodean: Estado de México, Querétaro, Hidalgo, Tlaxcala, Puebla y Morelos (mapa 1). La elección de esta zona como receptora de impulsos desconcentrados especiales implica una hipótesis previa al desarrollo de la investigación al otorgar una importancia decisiva en el proceso a las características y relaciones espaciales: distancia, vecindad, cercanía, accesibilidad etc., en este caso respecto a la capital.

Se reconoce, unas veces implícita y otras explícitamente, que la Región Centro existe como una entidad espacial particular, inmersa en una dinámica de desarrollo propio impulsada por la presencia de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México y por los procesos de reorganización del sistema urbano nacional. Cada autor adopta una u otra delimitación regional e incluye más o menos entidades o municipios.

A pesar de su importancia, son pocos los estudios que versan de manera específica sobre esta zona. Bataillon (1972) sembró la primera semilla en este campo con su texto “La ciudad y el campo en el México central”. Unos años más tarde, con la creación de la Comisión de Conurbación del Centro del País, el gobierno retomó esta unidad territorial y se elaboraron varios estudios con fines de planificación (CEDDU, 1985). La comisión y el interés por la región entraron en receso durante muchos años hasta que la evidencia de su dinámica reciente los hizo despertar. En el ámbito académico encontramos ejemplos de ello, como el Programa de Estudios Metropolitanos de la Universidad Autónoma Metropolitana, el libro que escribiera J. Delgado en 1998, y el artículo de Aguilar de 1999, entre otros. De igual forma, en la administración pública han empezado a impulsarse los esfuerzos tendientes a desarrollar acciones conjuntas y coordinadas entre los gobiernos intervinientes, a partir de una visión regional que lleve a resolver problemas compartidos y acarree beneficios y oportunidades para todos (notas recientes tomadas de diversos periódicos).

MAPA 1
Localización y delimitación de la Región Centro



Los análisis particulares contenidos en el texto se ubican en dos escalas: la más abarcante, desarrollada en su mayor parte en los primeros dos capítulos, percibe la región como unidad dentro de la nación y se interesa por su importancia, declinante o creciente, en el contexto del país, pero también examina los rasgos del nuevo carácter que va adquiriendo esta porción del territorio nacional.

La escala propiamente regional constituye la parte medular de los apartados, en donde se consideran los procesos de desconcentración metropolitana que, en las esferas demográfica, económica, político-administrativa y urbana se llevan a cabo en el interior del territorio del México central. Una escala menor de análisis, el nivel más desagregado, se atiende al profundizar en ejemplos que permiten observar mejor los procesos e intercambios regionales, al observar y examinar las relaciones entre el corazón de la ciudad y sus periferias en alguna ciudad específica o algún poblado rural. Las tres escalas no son excluyentes y en el texto interactúan de manera bastante libre dependiendo del aspecto de que se trate, pero el interés se centra en el ámbito intrarregional.

En algunos capítulos predomina la visión de conjunto y la región se percibe “desde fuera”, particularmente en los análisis estadísticos; en otras partes el enfoque parte “desde dentro”, considerando el espacio socialmente apropiado con el que la población que vive en la región tiene capacidad de interactuar. Se busca por tanto la forma en que se articulan los espacios rurales y urbanos por medio de relaciones sociales que incluyen el espacio y por lo tanto modifican la identidad regional.

El análisis corre por una doble vía que se puede descubrir en todos los capítulos. En primer lugar se pretende medir los cambios, sus ritmos y la evolución de los procesos. Se busca la comprobación cuantitativa de los alcances, las proporciones, los límites demográficos y territoriales de las transformaciones

⁹ En un artículo sobre la región centro Link y Banzo (1996) conjugan las tres escalas y exploran el significado de la desconcentración en cada una de ellas.

para contrastarlos con tendencias del pasado. Las fuentes de información fueron diversas colecciones de estadísticas sobre temas específicos, cuya referencia se presenta cuando aparecen los datos.

Los análisis basados en información de origen censal, que abundan en el documento, presentan las ventajas y limitaciones inherentes a estas fuentes. Dentro del periodo analizado se incluye el año de 1980, aunque la información recabada por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) para ese año presenta inconsistencias que la vuelven menos confiable que la de otros años. Se trató de salvar este problema valiéndose de análisis del periodo 1970-1990, sin embargo, y a falta de un sustituto, en diversas ocasiones se decidió incorporarla. Para comparar la información de los censos económicos y las cuentas nacionales en los años de referencia se requirió un trabajo adicional.

La segunda vía metodológica, que se ocupa de elementos de tipo cualitativo, se apoyó en la bibliografía relativa a diversos aspectos de la región o sus partes constitutivas, y en visitas al campo. Esto permitió un mayor acercamiento a las relaciones socio espaciales, atendiendo por ejemplo a las migraciones, el cambio en las relaciones económicas derivadas del mayor contacto con el exterior, las formas de vida en las ciudades, los comportamientos políticos y sus efectos espaciales, y las relaciones tradicionales y emergentes entre el campo y la ciudad.

En el caso de la desconcentración industrial hacia Querétaro, la información básica que se presenta la proporcionaron las autoridades de la Secretaría de Desarrollo Económico del Estado y se tomó de un directorio industrial (actualizado en ese momento) que sirvió de base para seleccionar algunas firmas y aplicar entrevistas telefónicas sobre el origen de las empresas y lo que las motivó para ubicarse en esa ciudad. Tales entrevistas fueron respondidas por los propios empresarios o por personas relacionadas con ellos (frecuentemente un familiar, hijo o hermano, o algún directivo conocedor de los antecedentes del establecimiento industrial).

La encuesta incluyó dos etapas: primeramente se aplicó sobre una muestra del directorio general que abarcó empresas grandes, medianas y pequeñas, y la segunda etapa se enfocó exclusivamente en las industrias con participación de capital extranjero. Una vez detectados los casos de empresas que migraron de la ciudad de México, para ampliar la información telefónica se eligió a algunos empresarios que se habían reubicado en Querétaro en momentos distintos para entrevistarlos personalmente. La información se complementó con entrevistas informales a capitalinos que migraron a Querétaro, para conocer algunos aspectos de su asimilación al medio queretano y de la relación que guardan con la ciudad de México.

Una excepción la constituye el poblado de Zacualpan, en Morelos, cuyo caso se expone para profundizar en la evolución de las relaciones rural-urbanas de esta localidad. Se contaba con antecedentes de estudios anteriores y de visitas relativamente frecuentes a la localidad y al oriente de Morelos en el periodo analizado. La familia cuya evolución se describe en el capítulo V no es representativa de la población local, pues es relativamente acomodada y no refleja las condiciones de los jornaleros, los comerciantes u otro tipo de zacualpeños.

El contenido del libro se organiza en ocho capítulos, el primero de los cuales proporciona algunos antecedentes geográficos e históricos de la región en estudio. Le sigue un segundo en el que se describen las grandes rutas de transformación social, económica y política que transitó el país en las últimas décadas del siglo pasado y que, como telón de fondo, sirven para entender e interpretar mejor los procesos que se analizan en el resto del documento.

Los tres capítulos siguientes se refieren al cambio en las tendencias de distribución poblacional, las transformaciones económicas, y las manifestaciones de estos procesos cristalizadas en el desarrollo urbano de la región. Se ponen de relieve los aspectos que mejor reflejan el cambio en la orientación de estos procesos en el interior de la región, así como los contrastes entre las entidades, los municipios y las ciudades dentro de

este espacio. Algunos temas vinculados con tales cambios sólo adquieren su verdadera dimensión cuando se les compara con el movimiento nacional, y algunas veces el internacional, que los enmarcan.

Los capítulos VI y VII se refieren al ámbito rural y al espacio intermetropolitano para delinear las condiciones sociales y materiales sobre las cuales se han construido y acrecentado vínculos novedosos entre el campo y la ciudad. En varios capítulos, pero especialmente en estos últimos, se hace uso de la representación y el análisis cartográfico que ofrecen los sistemas de información geográfica alimentados con la información georreferenciada que proporciona el INEGI. Para terminar, en el capítulo VIII se proporciona un panorama general de la infraestructura regional de comunicaciones, principalmente carretera y aeroportuaria, así como de su evolución en las últimas décadas. Las principales características de esta infraestructura explican los límites del intercambio intraregional observado y marcan oportunidades para su desarrollo futuro.

BIBLIOGRAFÍA

ADES, Alberto F. y Edward L. GLAESER

“Trade and Circuses: Explaining Urban Giants”, *The Quarterly Journal of Economics*, vol. CX, núm. 440, febrero, 1995.

AGUILAR, Adrián Guillermo

“Mexico City Growth and Regional Dispersal: the Expansion of Largest Cities and New Spatial Forms”, *Habitat International*, vol. 23, núm. 3, pp. 391-412, 1999.

BARCA, Fabricio

“The Rationale and Complex Governance of Place-Based Development Policies”, Seminario Internacional sobre Perspectivas Contemporáneas del Desarrollo Regional, México, El

Colegio de México/Secretaría de Desarrollo Social, octubre 10-11, 2006.

BATAILLON, Claude

Pour la géographie, géographes, París, Flammarion, 1999.

“La ciudad y el campo en el México central”, *Economía y demografía*, México, Siglo Veintiuno, 1972.

BERRY, B.J.L.

Urbanization and Counterurbanization, Beverly Hills, Sage Publications, 1976.

CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS Y DE DESARROLLO URBANO

“Diagnóstico del sistema de ciudades y descentralización en la Región Centro de México”, México, El Colegio de México, mimeo, 1985.

CORONA, R. y R. TUIRÁN

“Migración hacia las ciudades de tamaño intermedio. Profundas transformaciones regionales”, *Demos. Carta demográfica sobre México*, núm. 7, México, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1994.

DELGADO, Javier

Ciudad-región y transporte en el México central: un largo camino de rupturas y continuidades, México, Plaza y Valdés/Universidad Nacional Autónoma de México, 1998 (Colección Ciudad y Región).

DIEDERICHS, Olivier e Ivan LUBEN

La déconcentration. Que sais-je?, París, Presses Universitaires de France, 1995.

DUSSEL, Peters, Enrique, Michael PIORE y Clemente RUIZ DURÁN
Pensar globalmente, y actuar regionalmente. Hacia un nuevo paradigma industrial para el siglo XXI, México, UNAM/ Fundación Friedrich Ebert/Editorial Jus, 1977.

GARZA, Gustavo
El proceso de industrialización en la ciudad de México, 1821-1970, México, El Colegio de México, 1985.

GEYER, H.S. y T. KONTULY
“A Theoretical Foundation for the Concept of Differential Urbanization”, *International Regional Science Review*, vol. 15, núm. 2, 1993, pp. 157-177.

GIDDENS, Anthony
The Constitution of Society, Cambridge, Policy Press, 1984.

GRAIZBORD, Boris y Álvaro SÁNCHEZ CRISPÍN
Política pública y base económica en seis ciudades medias de México, México, El Colegio de México, 1997.

HOOVER, E.M.
“Interstate Redisstribution of Population: 1850-1940”, *Journal of Economic History*, núm. 1, (s.f.), pp. 199-205.

JOHNSTON, Ronald John, Derek GREGORY y David MARSHALL SMITH
The Dictionary of Human Geography, 3ª ed., Oxford, Blackwell, 1994.

KALDOR, N.
“The Case for Regional Policies”, *Scottish Journal of Political Economy*, vol. 17, núm. 3, 1970.

KAYSER, Bernard (ed.)

Géographie entre espace et développement, Etat des Lieux, Presses Universitaires du Mirail, 1990.

KRUGMAN, P.

“Increasing Returns and Economic Geography”, *Journal of Political Economy*, núm. 99, 1991, pp. 483-499.

y R. LIVAS (1992), “Trade Policy and the Third World Metropolis”, NBER Working Paper, núm. 4238, 1992.

KUNZ, B.I., C. VALVERDE y J. GONZÁLEZ

“Cambios en la estructura jerárquica del sistema nacional de asentamientos de México”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 11, núm. 1, México, El Colegio de México, 1996.

LINCK, Thierry y Mayté BANZO

“Mexico ou la Région Centre”, *Trace*, núm. 20, México, Centre Français d'Études Mexicaines et Centroaméricaines, 1996.

MASSEY, Doreen

“Las regiones y la geografía”, en Blanca R. RAMÍREZ (comp.), *Nuevas tendencias en el análisis regional*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco, 1991.

PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

“Marco conceptual y lineamientos generales para la desconcentración administrativa de la administración pública federal”, México, Coordinación General de Estudios Administrativos, 1981 (Lineamientos).

REVEL-MOUROZ, Jean

Pouvoir local, régionalismes, décentralisation: enjeux territoriaux et territorialité en Amérique Latine, París, Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine, 1989 (Collection

Travaux et Mémoires de l'IHEAL, 47, Série Thèses et Colloques, 3).

RICHARDSON, Harry W.

Regional Economic Growth, Londres, Mcmillan, 1974.

“Polarization Reversal in Developing Countries”, *Papers of the Regional Science Association*, núm. 45, 1980, pp. 67-85.

RUIZ CHIAPETTO, Crescencio

“Desigualdades regionales en México, 1900-1993”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 15, núm. 3, México, El Colegio de México, 2000.

“El desarrollo urbano de México, realidades y conjeturas”, en B. TORRES (coord.), *Descentralización y democracia en México*, México, El Colegio de México, 1986.

SASSEN, Saskia

Cities in a World Economy, Sociology for a New Century, Thousand Oaks, California, Pine Forge, 1994.

SIMMONDS, Roger y Gary HACK (eds.)

Global City Regions: their Emerging Forms, Londres/Nueva York, Spon, 2000.

SOBRINO, L. Jaime

“Tendencias de la urbanización mexicana hacia finales de siglo”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 11, núm. 1, México, El Colegio de México, 1996.

SOLOW, R.

“A Contribution to the Theory of Economic Growth”, *Quarterly Journal of Economics*, vol. 70, núm. 1, 1956.

VINING Jr., D.R. y T. KONTULY

“Population Dispersal form Major Metropolitan Regions: An International Comparison”, *International Regional Science Review*, vol. 3, 1978, pp. 49-73.

ZELINSKY, W.

“The Hypothesis of the Mobility Transition”, *Geographical Review*, vol. 61, 1971, pp. 219-249.

I. ANTECEDENTES SOBRE LA FORMACIÓN DE LA REGIÓN

ASPECTOS GEOGRÁFICOS E HISTÓRICOS

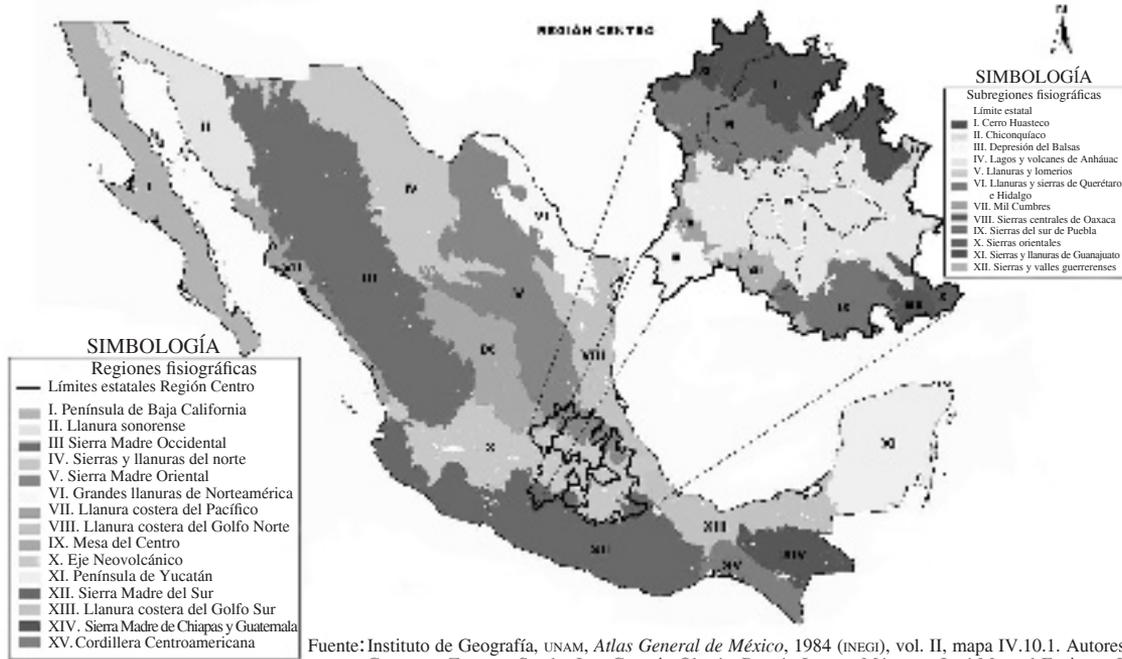
En el territorio del centro de México se unen dos grandes cordilleras, la Sierra Madre Oriental y la Sierra Madre Occidental, que forman una altiplanicie cerrada al sur por la cordillera Neovolcánica. En medio de esta altiplanicie se encuentra la Cuenca de México, en la cual está ubicada la capital nacional, sede del poder mexicana, del gobierno virreinal y del gobierno republicano sucesivamente. Se trata de una región geográfica accidentada, de montañas, valles fértiles y planicies en donde se genera una gran variedad de climas que permiten transitar en poco tiempo desde el cálido tropical hasta el frío o templado.

En la superficie que hoy ocupan los estados incluidos en la Región Centro (98 490 kilómetros cuadrados equivalentes a 5% del territorio nacional) se pueden distinguir dos grandes regiones fisiográficas con diversas subregiones (mapa 2):¹ la primera de ellas, la zona X denominada Valles Centrales, fue asiento de las primeras civilizaciones gracias a sus favorables condiciones para la agricultura, y la segunda se integra con partes de la zona IX denominada Mesa del Centro y partes de la XII que es la Sierra Madre del Sur. En ella hay zonas montañosas de más difícil acceso y que ofrecen menores ventajas para el cultivo y el intercambio; allí los asentamientos han sido menores, dispersos y poco adecuados para el desarrollo modernizador. Las porciones menores ubicadas en el extremo norte del territorio regional corresponden a la Sierra Madre Oriental (zona V), y son la Sierra Gorda de Querétaro y la Huasteca Hidalguense. Algo similar ocurre en zonas del extremo sur poniente del Estado de México y del sur de Puebla, que ya corresponden a la región fisiográfica XII, llamada Sierra Madre del Sur.

¹ La descripción geográfica se basa en información del Instituto de Geografía, UNAM, 1990.

MAPA 2

Fisiografía de la República Mexicana y la Región Centro



Fuente: Instituto de Geografía, UNAM, *Atlas General de México*, 1984 (INEGI), vol. II, mapa IV.10.1. Autores: Yolanda Cervantes Zamora, Sandra Luz Cornejo Olguín, Ramón Lucero Márquez, José Manuel Espinoza Rodríguez, Elvira Miranda Vázquez y Adriana Pineda Velázquez.

Esta diversidad de espacios necesariamente ocasiona distinciones en el interior de las entidades regionales, cuyos gobiernos y administraciones deben manejar los contrastes socioeconómicos de la población que se ha adaptado a esta variada geografía. Así por ejemplo, en Hidalgo la heterogeneidad de espacios entre la Huasteca de clima tropical en la cuenca del Pánuco, más cercana a las culturas del Golfo de México; la sierra Madre Oriental que cruza la parte noroeste de la entidad; el Valle de Pachuca al sur, que forma parte integral del Valle de México y el de Tulancingo, ha representado un obstáculo severo para alcanzar cierta homogeneidad en el desarrollo económico y una mayor integración social dentro de esta entidad.

Dentro de la zona fisiográfica X (Eje Neovolcánico) los Valles Centrales no distinguen fronteras estatales y en muchos casos la continuidad de las condiciones que impone la geografía genera lazos que trascienden los límites de las entidades. Así, los llanos de Apan en Hidalgo se prolongan en el Valle de Pie Grande en Tlaxcala; el Valle de Huamantla en Tlaxcala continúa hacia la planicie poblana de San Juan de los Llanos, y el Valle Puebla-Tlaxcala incluye el de Nativitas de Tlaxcala. Desde tiempo inmemorial se facilitó también el desarrollo de las comunicaciones entre estos Valles Centrales.

La riqueza de suelos y climas en el centro de México ha generado una diversidad biológica y ecológica que ha favorecido, entre otras cosas, cultivos diversos, y ha proporcionado un medio muy atractivo para el asentamiento de la población desde mucho antes de la llegada de los españoles.²

El predominio de los Valles Centrales del Altiplano sobre las áreas circunvecinas constituye el rasgo geográfico histórico más sobresaliente en la evolución del país; se definió desde el siglo II y coincidió con el periodo Clásico de Teotihuacan. Tan relevante ha sido el centro, que ha constituido el rasgo articulador de otros espacios regionales que hasta hoy ha condicionado (García, 2004).

² Por ejemplo Xico, en el Estado de México, en donde se han encontrado vestigios del Pleistoceno (22 000 o 21 000 años antes de Cristo).

En el periodo prehispánico la región estuvo poblada por multitud de grupos indígenas: otomíes en algunas partes de Querétaro e Hidalgo; olmecas-xicalanes y tlaxcaltecas en Tlaxcala; toltecas, náhuas y teotihuacanos en Hidalgo y el Estado de México; chichimecas en ciertas áreas de este último, y cholultecas en Puebla. La mayor parte del territorio en estudio coincide con la vasta región que estaba bajo el dominio mexica en el momento de la conquista, incluida Tenochtitlan, su capital (mapa 3).

Las poblaciones indígenas mesoamericanas evolucionaron con diversos ritmos. Los españoles encontraron a su llegada una multitud de asentamientos humanos dispersos en que primordialmente se cultivaba el maíz, así como grandes centros ceremoniales en donde habitaban los sacerdotes y se desarrollaban los mercados.³ Durante la etapa colonizadora se llevó a cabo un proceso de concentración y jerarquización de núcleos de población, con la creación de “pueblos de indios” y “pueblos de reducción” para facilitar la evangelización y la administración y adecuar la distribución poblacional al proyecto colonial del reino español. Guiada por el interés en la explotación minera, agrícola y comercial, se fue construyendo la infraestructura para el desarrollo de la economía novohispana y se fundaron en esta zona las principales ciudades y vías de comunicación que antecedieron a la urbanización actual del país.⁴

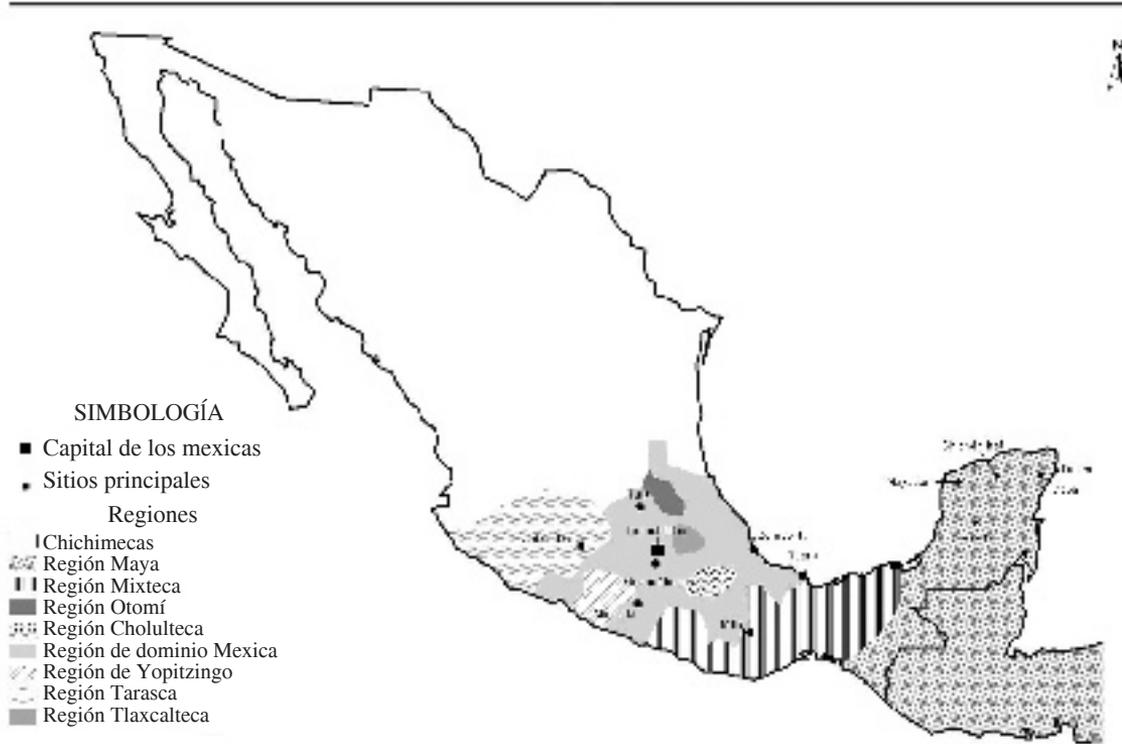
LAS RELACIONES ORIGINARIAS

Si bien el origen histórico de las relaciones entre la ciudad de México y su territorio circunvecino se remonta a las épocas prehispánica y colonial, fue en la etapa de formación del México

³Una excelente descripción de los espacios naturales y sociales que constituyen el México central así como de su evolución geográfica e histórica se encuentra en Bataillon, 1972.

⁴García B. describe este proceso de transformación hacia una nueva geografía urbana en distintos estudios, y particularmente en su excelente libro *El desarrollo regional siglos xvi al xx*, 2004.

MAPA 3
 México: Regiones dominadas por grupos indígenas, 1250-1520



Fuente: Mari Carmen Serra Puche y Noel Morelos García, *Atlas General de México*, Instituto de Geografía, UNAM, vol. I, mapa III.I.

independiente cuando se optó por una república representativa federal y se prefiguró el esquema territorial actual.

Hacia 1786, como parte de las reformas borbónicas, el territorio de Nueva España fue dividido en 12 intendencias, cuyas cabezas fueron las ciudades de México, Puebla, Veracruz, Mérida, Oaxaca, Morelia, Guanajuato, San Luis Potosí, Guadalajara, Zacatecas, Durango y Arizpe (en Sonora).⁵

Hacia el final de la época colonial, en la metrópoli española y en los territorios de ultramar se introdujo un nuevo esquema organizativo: el de la Constitución de Cádiz, primera constitución liberal española. Para ello se reorganizó el gobierno en representaciones provinciales construidas sobre la base de las anteriores intendencias. En 1812 se declararon provincias de Nueva España las de México, Puebla, Valladolid (Michoacán), Guanajuato, Oaxaca, Veracruz, San Luis Potosí, Tlaxcala, y Querétaro (mapa 4).⁶

Con tal referencia territorial se establecieron las diputaciones provinciales en México entre 1812 y 1814. Los diputados provinciales representaban ante las Cortes españolas a la población y los intereses de los territorios soberanos de las provincias.

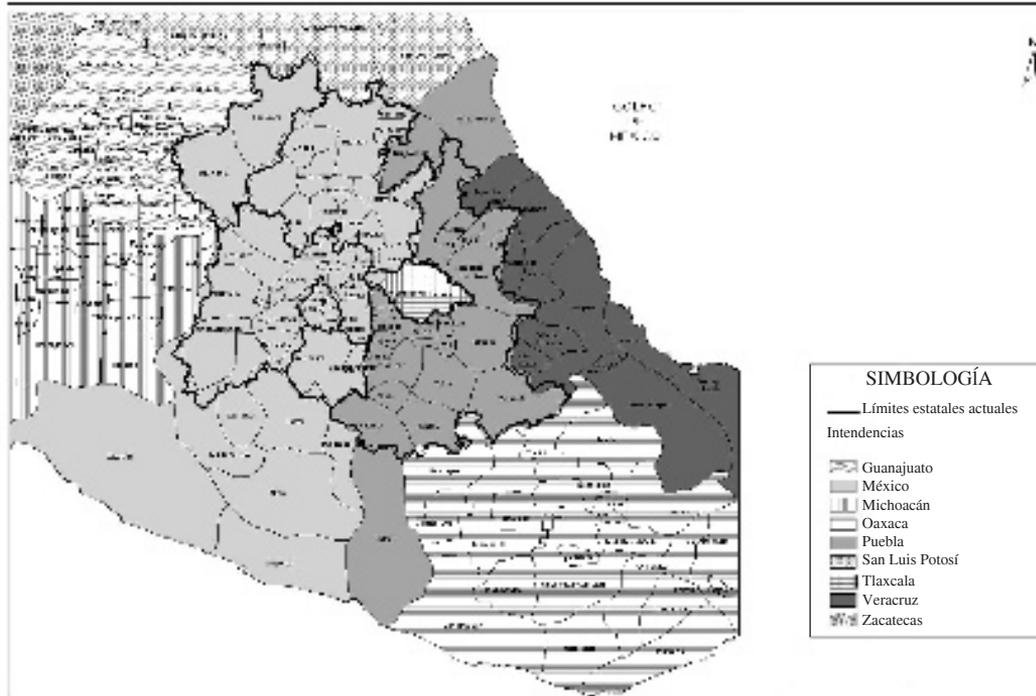
Cada provincia debía ser gobernada por un jefe político, un intendente y la diputación provincial, todos subordinados directamente al gobierno central de Madrid. Los jefes políticos fueron, en consecuencia, una figura administrativa designada para gobernar la vida territorial del país, y antecedió a la del gobernador en los estados independientes formados con posterioridad. Este

⁵ La delimitación de las intendencias coloniales y posteriormente de los estados de la República se basó en la delimitación del área de influencia de las principales ciudades reflejada en la asignación territorial de las diócesis (García, 2004: 40).

⁶ Tlaxcala, con su distrito de Huejotzingo, recibió el rango de provincia gracias al apoyo que prestó a los españoles durante la Conquista, y el corregimiento de Querétaro, con el distrito de Cadereyta, también fue constituido en provincia aun cuando no se dio razón para ello (*Diario de México*, 30 de noviembre 1 y 2 de diciembre de 1812; véase Benson, 1994).

MAPA 4

México: Región Centro. División territorial en intencencias: 1812



Fuente: *Atlas General de México*, Instituto de Geografía, UNAM, México, 1990, Aurora Commons, vol. I, mapa 1.15.3.

esquema de representación le fue heredado a la organización federal que adoptó el gobierno independiente en 1824 (*idem*).

Por su configuración actual, así como por la elección de las que habrían de fungir como ciudades capitales de las entidades de la Región Centro, pueden clasificarse por sus antecedentes originales en dos grupos: en el primero se encuentran el Distrito Federal y los estados de México, Querétaro, Hidalgo y Morelos, y en el segundo Puebla y Tlaxcala. El primer grupo de entidades tuvo su antecedente territorial en la Intendencia de México, cuya cabeza era la ciudad de México, y el segundo en la Intendencia de Puebla.

El proceso de formación de las entidades vigentes se llevó a cabo a lo largo del siglo XIX. El Estado de México, antes provincia de México, abarcaba el territorio del actual estado de Guerrero y además el de todas las entidades del primer conjunto de nuestra Región Centro. Esta área sufrió la separación de Querétaro en 1823 y la del Distrito Federal un año más tarde por decisión del Constituyente de 1824.

Con esta resolución el Estado de México perdió su capital, pues la ciudad de México pasó a serlo del Distrito Federal. Despojada de ella, Toluca fue el nuevo asiento de los poderes de la entidad. La merma continuó con la creación del estado de Guerrero en 1849 y la de los estados de Morelos e Hidalgo en 1869 con Benito Juárez (Rosenzweig *et al.*, 1987).

El segundo grupo de entidades de la Región Centro tuvo otro origen. La ciudad de Puebla de los Ángeles, fundada por y para los españoles en el año de 1532 en un sitio estratégico de la ruta entre las ciudades de México y Veracruz, se desarrolló durante el periodo colonial y pronto fue la segunda en importancia y tamaño después de la de México.

Al término de la Independencia fue cabeza de la intendencia y después provincia del mismo nombre, y su vasto territorio, que abarcaba desde el Golfo de México hasta el Océano Pacífico, sufrió mermas en las porciones norte y sur en favor de Veracruz y Guerrero, y llegó así a su conformación actual como estado de Puebla hacia el año 1867 (Melé, 1994).

Entre los amplios territorios que abarcaban las intendencias de Puebla y México se incrusta Tlaxcala, con una superficie muy similar a la actual. A pesar de su vecindad con Puebla logró el respeto a su autonomía como entidad invocando los privilegios que le otorgara la Corona española por su contribución a la caída de Tenochtitlan durante la Conquista. La relación privilegiada de Tlaxcala con el poder de la Corona no pasaba por Puebla, por lo que quedó sometida a un régimen territorial de excepción hasta su constitución oficial como estado de la federación.

Una vez consumada la Independencia se desataron las pugnas entre los conservadores (monarquistas) y los liberales (republicanos) que pervivieron durante todo el siglo XIX. La búsqueda de la unificación nacional sufrió varias derrotas, a consecuencia de las cuales Estados Unidos se adueñó de la mitad del territorio y se consumó la separación de Guatemala. En este contexto de luchas internas y externas por la integración de un México independiente fue ganando terreno la centralización del poder, y la ciudad de México se consolidó como asiento de ese poder central.

En tales circunstancias, la reconfiguración de la geografía política de la Región Centro se puede interpretar como medida para disminuir a un Estado de México sumamente poderoso y extenso territorialmente que competía por el poder central con la capital y que además la rodeaba por todos sus flancos, lo cual representaba un riesgo potencial. Esta ruptura original entre la ciudad de México, capital nacional, y el Estado de México marcó el inicio del distanciamiento entre ambos poderes.

La elección de las ciudades capitales que serían sede de los poderes estatales resultaba, además de la historia local particular de cada una de ellas, de situaciones prácticas. Se trataba por un lado de la necesidad de ejercer un control real sobre sus propios territorios, pero también se tomaba en cuenta su distancia relativa a la capital. Las ventajas de la cercanía con la ciudad de México se acrecentaban por la herencia histórica de hegemonía de esta gran ciudad en el devenir nacional y regional durante periodos históricos anteriores.

El desmembramiento del Estado de México quedó en la mente de los mexiquenses como una afrenta territorial que puso de manifiesto su vulnerabilidad frente a la voluntad de un poder central demasiado fuerte, y los alertó respecto a futuros abusos de una elite política nacional muy cercana y poderosa en comparación con los grupos locales (Hernández, 1998). Los estados de Morelos e Hidalgo, aunque muy próximos geográficamente, quedaron reducidos a una escala conveniente que no representaba ninguna competencia frente a la capital. Como estas entidades deben su creación al poder central, le guardan una fidelidad original (Bataillon, 1972).

Acorde con su geografía e historia, Puebla se mantiene como frontera entre el altiplano y las planicies costeras del Golfo, el puerto de Veracruz y el sureste. Querétaro, que llegó a ser la tercera ciudad más grande de la Nueva España, cumple un papel similar respecto a la importante zona del Bajío.

Después de largos periodos de agitación política y militar y con un territorio disminuido y reconfigurado, México logró consolidarse como Estado nación hacia el último tercio del siglo XIX. El poder quedó formalmente repartido en sentido vertical entre la federación, los estados y los municipios, y horizontalmente entre los poderes ejecutivo, legislativo y judicial.

Sin embargo, y más allá de las formas, las necesidades políticas impusieron en la realidad un sistema cada vez más centralizado en el que el poder nacional encarnado en el presidente de la República fue adquiriendo supremacía, mientras en el extremo opuesto el municipio se iba encaminando hacia su derrota, perdiendo funciones y atribuciones.⁷ En los estados paralelamente tuvo lugar un proceso de control de las legislaturas, los sistemas judiciales y los caciques locales en favor de los gobernadores (Meyer, 1986). A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX la geografía mexicana sufrió transformaciones: en el norte del país se crearon grandes latifundios, producto del deslinde de tierras

⁷ Mauricio Merino (1998) ilustra la historia de esta derrota en el marco de la construcción del Estado nación mexicano.

baldías; en el centro de México hubo un avance de las haciendas y en el sur se desarrollaron las empresas de plantación agrícola (García, 2004).

EL SISTEMA POLÍTICO POSREVOLUCIONARIO

Con el Porfiriato (1876-1910) se alcanzó el clímax del centralismo político en México, que junto con el esplendor de la modernización del país acarreo injusticia social y desequilibrios regionales. Con la construcción de la red ferroviaria y el posterior desarrollo del sistema carretero (a raíz del advenimiento del automóvil) se reforzó la centralidad, debilitada en las primeras décadas del México independiente. Después de más de 30 años este régimen fue cancelado por la Revolución mexicana.

El sistema político que se formó después de la Revolución posibilitó la reconstrucción nacional y la paz social sobre la cual se edificó el México moderno, cimentado en un proyecto social reivindicativo de los derechos de todos los mexicanos (en especial de los campesinos y los obreros) y un proyecto económico de industrialización sustitutiva de importaciones.

Para superar la fragmentación surgida del carácter esencialmente regional de la Revolución mexicana y que diera esplendor al caciquismo revolucionario de los años veinte, se fue instaurando un sistema político cristalizado en dos instituciones fuertemente interactuantes: el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y el presidencialismo; con ello se rescató la unidad nacional al centralizar nuevamente el poder y dismantelar los caciquismos regionales (Cosío Villegas, 1972). El proceso de centralización política culminó en el sexenio de Lázaro Cárdenas.

Una vez que quedó establecido que no era posible que los gobernadores contravinieran la voluntad presidencial —con lo cual los estados federales quedaron subordinados al presidente— se asignó a los poderes regionales y a los de las entidades un papel que combina la dependencia y lealtad al presidente y a sus intereses (que se asumen son los de la nación) con la “auto-

nomía” de actuación en sus jurisdicciones. El apoyo presidencial a los gobernadores se retribuye con la garantía de control sobre sus poblaciones y el acuerdo tácito de que las disputas locales habrán de resolverse internamente. El autoritarismo inherente a este sistema acepta los intereses locales en la medida en que no se opongan a los lineamientos del proyecto político impuesto por el centro. Éste es, a grandes rasgos, nuestro peculiar sistema federal, donde las formas legales y las prácticas políticas están divorciadas (Meyer, 1986).

Poco a poco el gobierno central fue minando los poderes local y regional, infiltrándolos con instituciones creadas y manejadas desde el centro. Los mecanismos institucionales de que se valió el sistema fueron: el corporativismo campesino con la Confederación Nacional Campesina (CNC), que puso en operación la reforma agraria; el corporativismo sindical, con la Confederación de Trabajadores de México (CTM), que dio cabida a las demandas obreras; y el corporativismo popular, con la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOF), que fue cooptando a los movimientos urbanos. La creación de sindicatos nacionales y la unificación del sistema educativo nacional fueron pivotes en este proceso (*idem*).

Así, entre el poder central y los gobiernos regionales y estatales se establecieron relaciones de dependencia y control en aras de un supuesto fortalecimiento federal sólo presente en el discurso político. Las relaciones entre el presidente y sus gobernadores aún reflejan este carácter, y de hecho el debate actual sobre el llamado “nuevo federalismo” y la descentralización del poder se focaliza en la reivindicación de la autonomía política de los estados, fortalecida —como veremos más adelante— con un cúmulo de facultades respecto a la política social.

Para el impulso de la economía se acordó que los intereses del capital, en manos de una burguesía industrial poco desarrollada, se mantuvieran ligados a los del Estado, mientras un sistema proteccionista y cerrado cobijaba la consolidación del crecimiento económico. Las características del propio modelo de economía mixta protegida determinaron que los grupos econó-

micos nacionales y locales se mantuvieran también en un estatus de subordinación respecto a la política económica.

Este fuerte centralismo implicaba un desequilibrio entre los poderes federal, estatal y municipal; si bien mantuvo la unidad nacional, la estabilidad social y los beneficios económicos derivados de ella, fue profundizando un desbalance político, social y territorial, y limitando la iniciativa local y la vida democrática. Al final de los años sesenta y en los subsiguientes comenzó a hacer crisis en diversas formas. Como durante un tiempo la economía no reflejó ningún estancamiento y siguió creciendo “milagrosamente”, las demandas políticas y sociales se fueron resolviendo con más y más dinero, hasta que el endeudamiento acarreó sucesivas devaluaciones y la crisis económica quedó de manifiesto.

En México, como en la mayoría de países de América Latina, se advierte hoy una tendencia a la descentralización.⁸ Las ineficiencias y distorsiones graves a que llevaron la persistencia y la obstinación del “sistema” se convirtieron en el mayor obstáculo a vencer para la inserción del país en el movimiento hacia la globalidad. La rebeldía contra el poder central se origina en la desconfianza genérica hacia el gobierno, la condena a la corrupción, y el rechazo a la ineficiencia administrativa. Estos defectos, los más graves que se incubaron al abrigo del centralismo, han llevado al actual movimiento descentralizador a prometer gobiernos más democráticos, honestos y eficientes en sus funciones.

BIBLIOGRAFÍA

BATAILLON, Claude

“La ciudad y el campo en el México central”, *Economía y demografía*, México, Siglo Veintiuno, 1972.

⁸ En prácticamente todos los países del subcontinente ocurrieron procesos similares de centralización del poder a partir de los movimientos de independencia (Palacios, 1983).

BENSON, Nettie Lee

La diputación provincial y el federalismo mexicano, 2ª edición, México, Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México, 1944.

COSÍO VILLEGAS, Daniel

El sistema político mexicano: las posibilidades de cambio, 2ª edición corregida y aumentada, México, J. Mortiz, 1972 (Cuadernos de Joaquín Mortiz, 23).

GARCÍA MARTÍNEZ, Bernardo

El desarrollo regional y la organización del espacio, siglos XVI al XX, en Enrique Semo (coord.), México, UNAM/Océano, 2004 (Colección Historia Económica de México, 8).

HERNÁNDEZ R., Rogelio

Amistades, compromisos y lealtades: líderes y grupos políticos en el Estado de México, 1942-1993, México, El Colegio de México, 1998.

INSTITUTO DE GEOGRAFÍA, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Atlas nacional de México, México, UNAM, 1990.

MELÉ, Patrice

Puebla, urbanización y políticas urbanas, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Universidad Autónoma Metropolitana, 1994.

MERINO HUERTA, Mauricio

Gobierno local, poder nacional: la contienda por la formación del Estado mexicano, México, Centro de Estudios Internacionales, El Colegio de México, 1998.

MEYER, Lorenzo

“Un tema añejo siempre actual: el centro y las regiones en la historia mexicana”, en Blanca Torres (comp.), *Descen-*

tralización y democracia en México, México, El Colegio de México, 1986.

PALACIOS ROZO, Marco Antonio

La unidad nacional en América Latina: del regionalismo a la nacionalidad, México, Centro de Estudios Internacionales, El Colegio de México, 1983.

ROSENZWEIG, Fernando, Rosaura HERNÁNDEZ, Ma. Teresa JARQUÍN y Manuel MIÑO GRIJALVA

Breve historia del Estado de México, México, El Colegio Mexiquense/Gobierno del Estado de México, 1987.

II. LA REGIÓN FRENTE A LA NACIÓN

LOS GRANDES EJES DE TRANSFORMACIÓN NACIONAL

La evolución de una región tiene siempre como referencia el marco nacional ante el que se distingue y dentro del cual adquiere especificidad. En el cambiante proceso de la relación entre el país y la región el centro de México ha experimentado en las últimas décadas reajustes derivados de transformaciones en la economía, la política y la sociedad nacional y mundial. Se describen estos cambios a grandes rasgos con el afán de facilitar una mejor comprensión de la recomposición social y espacial de esta porción del territorio de México.

El impulso descentralizador y el inicio del pluripartidismo

Durante los gobiernos de Luis Echeverría (1970-1976) y José López Portillo (1976-1982) se dieron los primeros pasos rumbo a la descentralización. Echeverría, en contraste con sus antecesores, enarbó un discurso regionalista, incluyente y populista que sin embargo no se tradujo en acciones y medidas de fondo para promover una verdadera redistribución del poder y el ingreso.

Las disposiciones de política económica de ese sexenio sólo evidenciaron las contradicciones del sistema y generaron descontento entre los grupos de empresarios e industriales, quienes sintieron amenazadas sus prebendas tradicionales sin la apertura de opciones en el rígido sistema político prevaleciente. Echeverría tomó algunas medidas con el ánimo de disminuir las tensiones sociales y políticas generadas en el 68, como conceder las diputaciones de partido y el voto a los 18 años, pasos que,

aunque tímidos, tendían hacia una mayor inclusión y al incremento de la participación política.¹

Aunque el corporativismo había alcanzado gran desarrollo, no todo en la sociedad de la época eran las corporaciones controladas por el partido oficial. Otro tipo de organizaciones civiles y religiosas, como la Iglesia católica, había mantenido una presencia fuerte, había cumplido funciones sociales importantes, y en momentos críticos tuvo también una participación política abierta.² Con esos antecedentes la sociedad se empezó a organizar en múltiples formas durante los años setenta al margen del sistema corporativo gubernamental. Poco a poco comenzaron a multiplicarse y fortalecerse las agrupaciones independientes de todo tipo, no sólo las de carácter político, como los partidos, también las de empresarios, de campesinos, populares, civiles, sindicales etc., y con ello la sociedad manifestó que aspiraba a un cambio radical hacia un régimen más participativo y democrático (Aguilar, 1994).

En la administración de López Portillo se ampliaron los espacios para el debate, y como respuesta del Estado a las claras demandas de la población respecto a una mayor participación en la discusión y en la toma de decisiones sobre los problemas nacionales, se aprobó en 1977 la Ley de Organizaciones Políticas y Procesos Electorales, y con ello se inició el trabajo hacia una reforma política.

En 1982, con la nacionalización de la banca creció la animadversión de los empresarios contra el gobierno (que se había iniciado con Echeverría). Así, dio un giro la relación entre ambos, lo que se vio reflejado políticamente en un rechazo marcado contra el PRI. La incipiente oposición del Partido Acción Nacional (PAN) se fortaleció y logró que Miguel de la Madrid

¹ Sobre los efectos políticos inmediatos del movimiento estudiantil de 1968 véase Cazés, 1969.

² Véase por ejemplo la importancia de la guerra cristera y la relación entre la Iglesia y el Estado en la década de los treinta (Negrete, 1981 y 1988) y la participación de grupos civiles en asuntos de política educativa en los cincuenta (Loeza, 1988) entre otros muchos casos.

ganara con sólo 68% de la votación, cuando lo usual era que los triunfos del candidato oficial alcanzaran por lo menos cuatro quintas partes.

El camino hacia la disminución del poder central, que implicaba la del presidencialismo y la del partido oficial, se reforzó y avanzó con Miguel de la Madrid, en un gobierno que se inició en medio de una fuerte crisis de endeudamiento del país. Durante su mandato se desataron críticas constantes al sistema, más intensas en los estados del norte del país (Salas Porras, 1992 y Alba *et al.*, 1998) y menos en la zona central. Cabe recordar que cuando se desarrolló el repudio al partido institucional y se fortalecieron las ligas entre el empresariado nacional y el Partido Acción Nacional, los empresarios medianos y pequeños del centro del país (Valle de México) se mantuvieron al margen sin sumarse a la corriente antiPRIista (Mizrahi, 1993).

Esta diferencia de reacciones empresariales en distintas regiones del país puede interpretarse como un movimiento anticoncentralista de los grupos norteños, más proclives a sustentar ideas democráticas y prácticas de participación ciudadana tipo estadounidense. En contraste, el apoyo empresarial al partido oficial en el centro del país puede explicarse como consecuencia de una larga historia de favoritismos y complicidades entre ambos.

Sin que se pretenda hacer una zonificación política estricta se puede afirmar que en el norte del país el cambio apunta hacia la derecha, con el PAN ligado al empresariado; el sur, más pobre y tradicional y más vulnerable a las presiones, sigue apoyando mayoritariamente al PRI, mientras en el centro, más plural y con inclinaciones de izquierda, se excitan las fuerzas multipartidistas que mantienen un equilibrio poco estable.

En medio de graves problemas económicos, descontento social y dificultades para administrar la crisis, el impulso a la descentralización vía el municipalismo era una forma de desembarazarse de tantas dificultades. Un paso definitivo en esta dirección fue la reforma del 3 de febrero de 1983 al artículo 115 constitucional. Con base en ella el gobierno local ha ido

retomando importancia al ver ampliadas las potencialidades de las vías política, administrativa y económica del municipio y por tanto sus posibilidades reales de recuperar terreno frente al poder central. Se ensayó un nuevo camino cuando sólo quedaban por repartir los compromisos y los adeudos, pero poco a poco se ha ido afianzando (Martínez Asaad y Ziccardi, 1988).

Los sismos de septiembre de 1985 en la ciudad de México y las crisis socioeconómica y política que éstos provocaron fueron determinantes para impulsar el proceso de migración de una parte de la población hacia las ciudades fuera del Distrito Federal y para que emergieran fuerzas sociales capaces de actuar frente a la incapacidad del Estado para enfrentar la situación (PUEC-UNAM, 2005). Tras el desastre surgieron organizaciones sociales de vecinos e inquilinos que buscaban el apoyo gubernamental para participar en las acciones de recuperación y en particular en las de reconstrucción de las viviendas afectadas (Ortega, 1989). Algunas de esas asociaciones se convirtieron más tarde en organizaciones de tipo político, y sus cuadros dirigentes se desempeñaron como funcionarios públicos y diputados de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal.

El avance de la descentralización se vio en cierta medida entorpecido por la crisis política que se generó en las elecciones de 1988 cuando se cuestionó el triunfo de Carlos Salinas de Gortari, candidato del PRI, frente a Cuauhtémoc Cárdenas. Las organizaciones civiles que se habían ido multiplicando y fortaleciendo desde inicios de los setenta confluyeron con los partidos de oposición y lograron lo inimaginable: la derrota del partido oficial. Esto generó un verdadero “trauma” entre la elite política, y particularmente en el presidente, lo que acarreó primero la negación de la derrota y después el reforzamiento del presidencialismo.

En las entidades más cercanas a la capital y en el propio Distrito Federal, Salinas perdió la elección. En el DF obtuvo sólo 27% de la votación, en el Estado de México 30% y en Morelos 33.7%. También perdió en Baja California y en Michoacán con 37 y 23% respectivamente (cuadro 2.1). Paradójicamente el partido oficial fue cuestionado primero en las entidades del centro del país, más identificadas con él pero a la vez más afectadas por

sus prácticas antidemocráticas.³ La elección de 1998 fue el detonador de varios triunfos electorales municipales y aun estatales y presidenciales de la oposición, al grado que hoy día más de la mitad de la población urbana de México está gobernada por representantes de partidos diferentes al PRI.

CUADRO 2.1
Región Centro: Voto por el PRI en las elecciones presidenciales de 1964 a 2000 (porcentajes)

	1964	1970	1976	1982	1988	1994	2000
República Mexicana	87.80	83.25	87.84	68.43	50.36	48.69	35.78
Distrito Federal	72.27	63.78	69.26	48.55	27.25	42.44	23.90
Hidalgo	98.36	96.82	92.93	84.47	64.72	58.41	43.17
Estado de México	90.96	82.58	83.25	55.15	29.79	46.42	31.74
Morelos	92.58	89.07	87.27	74.00	33.74	49.63	30.20
Puebla	92.89	82.84	90.47	76.88	71.55	50.74	40.23
Querétaro	90.58	89.60	94.92	74.96	63.34	56.36	34.00
Tlaxcala	95.83	93.86	96.96	79.44	60.21	52.70	36.34

Fuentes: Gómez-Tagle, *Las estadísticas electorales de la reforma política*, 1990.
<<http://www.ife.org/portal/site/ife/menuitem>>.

Una vez en el poder el presidente Salinas intentó tomar las riendas y consideró que uno de los principales instrumentos a su alcance era la manipulación de los gobernadores. En Morelos y en el DF el cambio de gobierno obedeció de manera natural a los tiempos constitucionales en fechas muy cercanas al inicio del sexenio, pero en los otros tres estados los mandatarios dejaron sus puestos en circunstancias irregulares y cedieron el paso a quienes recibieron el encargo de preparar la recuperación del PRI en las siguientes elecciones.⁴

³ Esto se explica también por los niveles educativos más altos y la mayor conciencia política de esta población.

⁴ Después de Lázaro Cárdenas, quien a partir de la ruptura con Calles decidió quebrar los lazos con el maximato y para ello removió a 19 gobernadores, Carlos Salinas ha sido el presidente que más gobernadores ha cambiado: 17.

Entre 1988 y 1994 la modernización política tuvo algunos avances, pero el temor a que se repitiera fraude hizo que la discusión girara en torno a la reivindicación del sufragio. En un esfuerzo por dar credibilidad a las elecciones se creó el Instituto Federal Electoral (IFE) en 1990. La prioridad era recuperar la confianza en las elecciones y restablecer el control político, y el costo era el retroceso rumbo al centralismo y al presidencialismo.

El PRI también fue víctima de Salinas, quien modificó la relación con su partido: dejó de ser una herramienta para alcanzar el poder y se convirtió en carne de cañón en la ofensiva política del presidente (Amezcuza y Pardini, 1997). La grave división que esto generó entre los miembros del partido se fue profundizando tanto que contribuyó a la derrota del partido en las elecciones presidenciales de 2000, y persiste aún como una de sus mayores amenazas.

Durante la administración salinista no se desarrollaron instrumentos legales ni mecanismos institucionales para fortalecer al gobierno local. El gasto público federal se ejerció discrecionalmente de acuerdo con el interés del presidente. La política social de este gobierno se canalizó por medio de un programa diseñado para tal fin: el Programa Nacional de Solidaridad.

Los recursos que este programa destinó para educación, vivienda, salud, desarrollo urbano e incluso para apoyar a los pequeños productores, los manejó tratando directamente con los grupos de población atendida, de tal forma que prácticamente quedaron sin trabajo muchas oficinas de los aparatos institucionales cuyas funciones eran precisamente gestionar y distribuir recursos para programas sociales y obra pública. En cuanto a la política de desarrollo urbano, se puede decir que en todo el país la planeación y la ejecución de las obras públicas federales, estatales y municipales estuvieron durante esos años directamente en manos del aludido Programa de Solidaridad.

Zedillo (1994-2000) intentó gobernar con un esquema más balanceado en cuanto a relaciones intergubernamentales, empujando con ello el proceso descentralizador. Comenzó por autoacotar deliberadamente el poder presidencial, dar más jue-

go a las cámaras y fortalecer al poder judicial de acuerdo con lo que ha dado en llamarse el “nuevo federalismo” mexicano.⁵ Los gobernadores también gozaron de mayor autonomía y menor injerencia central, y el municipio recibió apoyos de manera creciente.

En el ámbito electoral se aprecia una mayor competencia entre partidos. En las elecciones de 1997 el PRI perdió la mayoría en el Congreso, dos de las cinco gubernaturas en disputa, así como la jefatura del DF. Los gobernadores que funcionaron conforme a las antiguas normas fueron los que sumaron más sufragios para el partido oficial. “Los triunfos en Puebla, Hidalgo, Tabasco, Yucatán, Veracruz y Oaxaca (el sureste) crearon el argumento de que el partido oficial sólo sobreviviría gracias a sus sectores más duros e intransigentes” (Amezcuca, 1997).

Con el triunfo del Partido Acción Nacional en las elecciones presidenciales de 2000 subió al poder Vicente Fox, quien con una oferta de “cambio” y una alianza con algunos partidos minoritarios inició su gobierno, sin modificaciones reales respecto a su antecesor en la orientación de la política económica, excepto por una promoción más activa de las inversiones y las relaciones comerciales con otros países. Lo que en general definió a este gobierno fueron rubros como la mayor transparencia en la administración pública, el avance del pluripartidismo respecto a los resultados electorales y a los gobiernos locales, y las cámaras divididas en el poder legislativo.

El camino a la descentralización es largo y los resultados sólo serán perceptibles a mediano y largo plazos. Las inercias y la cultura política alimentadas durante tanto tiempo no cambiarán de un día para otro. Poco a poco se tendrán que ir creando instituciones capaces de dar cauce a estas transformaciones, y mientras tanto muchos de los problemas locales seguirán sin encontrar solución en ese ámbito. Las legislaturas de los estados son aún muy débiles y la incapacidad de las instancias administrativas

⁵ Sobre el nuevo federalismo véase por ejemplo Rocha Díaz, 1997 y Alvarado, 1995.

estatales y municipales para asimilar y llevar a cabo muchas de las nuevas atribuciones que se les han otorgado o restituido sólo se irá superando con esfuerzos sostenidos.

Vivimos los prolegómenos del cambio de relaciones entre los gobernadores, los partidos y el presidente, con equilibrios y contrapesos al poder presidencial, así como un avance lento pero consistente del municipio, con nuevas reformas al artículo 115 en junio de 1999. La descentralización vía fortalecimiento de los gobiernos estatales y municipales está en marcha, pero su ritmo se antoja muy lento y a veces muestra francos retrocesos; sin embargo se han dado pasos firmes, irreversibles e incuestionables en esta dirección y quizá el logro más importante sea el despertar de las conciencias y la voluntad de participación social en todos los ámbitos de decisión y de acción gubernamental.

La Región Centro en el marco político administrativo del país

Escenario geopolítico en la Región Centro

Prácticamente todas las ciudades grandes de la Región Centro son capitales estatales; sin embargo, como hemos recordado páginas atrás, las entidades que ellas rigen nacieron por decisión del poder central. Con excepción de Tlaxcala, cada poder local que surgió cerca de la capital lo hizo por la voluntad de las autoridades del centro y no por tradición de autonomía, lo cual muestra una relación original de dependencia que sólo ahora empieza a cuestionarse.

La manera en que los cambios en la correlación de fuerzas políticas y el movimiento descentralizador en el país se materializan en la Región Centro adquiere matices particulares debido a su origen histórico y a la condición geográfica de vecindad con la ciudad capital. Quizá no pueda hablarse de una relación política realmente diferente entre el poder central y los poderes locales de la región, en comparación con la que prevalece con el resto

de los estados de la República. La relación es esencialmente la misma pero algunos aspectos, muchas veces contradictorios, se agudizan con la cercanía.⁶

Por la corta distancia respecto a la capital, en esta región hay mayor interacción de los gobiernos estatales y el nacional, lo que ocasiona ventajas y desventajas para ambos. Así por ejemplo, algunos estados de la Región Centro han sufrido mayor injerencia del poder central en los asuntos locales, mientras en sentido inverso han ejercido cierta “influencia” en el gobierno central. Como ejemplo está el caso del estado de Hidalgo, en donde a raíz de un conflicto político se decretó la disolución de poderes en 1975.⁷

Como consecuencia, se han formado elites políticas locales muy poderosas cuyo peso e influencia en el gobierno central son indiscutibles y que han obtenido indudables beneficios para sus entidades. Lo peligroso de estas elites más ligadas al centro es que han generado polarización respecto a otros grupos políticos más identificados localmente que han ido ganando peso en los últimos años. Algunos analistas afirman que cuando estas elites políticas están en el poder nacional favorecen el centralismo, y cuando están fuera prefieren la descentralización.

⁶ Como resultado de un poder central tan fuerte, todas las entidades del país tienen reclamos y quejas hacia el centro. Muestra de ello es el rechazo que sufren los “chilangos” que llegan a la provincia al ser investidos con todos los atributos del centralismo: abuso, prepotencia, expoliación etc. Algunos de los abusos fuertes que resienten los estados se relacionan con la destitución o imposición de gobernadores, arma utilizada al arbitrio del presidente en turno. Esta práctica ha ido perdiendo vigencia conforme avanzan la democracia y la credibilidad electoral.

⁷ El doble error en que incurrió el gobierno destituido (el grupo de Sánchez Vite, del cual formaba parte el entonces gobernador Miranda Andrade) fue haber estado desligado de la sociedad y los intereses locales, y haber pretendido influir en la decisión sobre el candidato del PRI a la presidencia de la República. Se agudizó el rechazo local hacia los políticos “desarraigados” y más ligados al centro, los mismos que luchaban a su vez por influir en la sucesión presidencial a favor del Moya Palencia (Corrales, 1976).

En el Estado de México se formó una de las elites políticas que han logrado mayor influencia y que más tiempo la han mantenido: el Grupo Atlacomulco.⁸ La fama del grupo es tal que hay versiones que lo responsabilizan de “todo” lo que pasa en el país. Rogelio Hernández (1998) asegura que la unión y permanencia que han mostrado los miembros del grupo revela a una elite preparada en la política y el servicio público local y nacional cuya cohesión los “protege” de lo que ellos consideran una amenaza latente: el Distrito Federal y la elite nacional. Los ha movido un principio de defensa basado en el temor al despojo, la segregación y la pérdida de control en la entidad. Estos sentimientos están aún presentes, según muestran las entrevistas de Rogelio Hernández con políticos activos, y son resabios del acontecer histórico de hace siglo y medio que renacen en el periodo posrevolucionario en una nueva etapa de creciente centralización del poder.

El peso de los municipios metropolitanos ha polarizado a la sociedad mexiquense dividiéndola en dos grupos fuertes, uno en Toluca que aglutina junto con el de Atlacomulco a otros grupos locales, y el de la Zona Metropolitana del Valle de México. En palabras del mismo autor:

En el fondo existe la preocupación histórica de un nuevo desmembramiento promovido por el gobierno federal y apoyado por los políticos del Valle de México, que separaría los municipios aledaños para integrarlos a la capital de la república en una nueva entidad federal [...] El político de Toluca ha resuelto el dilema de darles a los del Valle de México más presencia concediéndoles cargos de elección, pero cerrándoles los puestos en el gobierno local y, naturalmente impidiéndoles el acceso a la gubernatura. (*ibid.*: 313 y 314).

En el centro de México se percibe, más temprano que en otras regiones, una efervescencia pluripartidista que fomenta

⁸ El grupo se inició con Isidro Fabela en 1942. Su mayor acierto fue haber logrado enganchar a su estado el proyecto nacional de industrialización de Ávila Camacho.

la sana competencia electoral y también provoca polarización en el interior de las entidades al enfrentarse distintos grupos de interés. La migración de la población y las actividades económicas, principalmente industriales, desde la Zona Metropolitana de la Ciudad de México hacia estas entidades ha favorecido la proliferación de grupos políticos con banderas diversas. En el Estado de México es un buen ejemplo el grupo que representa a los municipios metropolitanos que albergan la mayor parte de la industria estatal.

Otro ejemplo se presenta en Querétaro, donde la migración de capitalinos se ha relacionado con conductas político electorales inéditas en la entidad. Hacia 1970, con el arribo de los industriales del DF aparecieron nuevos actores sociales que no existían en la estructura social anterior. Esto ha alentado la proliferación de organizaciones políticas independientes de todo tipo a partir de los años ochenta, como las asociaciones de vecinos, de padres de familia, de industriales, comerciantes e incluso patronales, con lo cual se amplía la elite dominante (Morales, 1993 y 1995).

A raíz de este proceso el monopolio priista se ha visto minado en el centro del país. Se dio ahí la mayor derrota del partido oficial en 1988 y no deja de ser muy simbólico el triunfo de Cuauhtémoc Cárdenas en las primeras elecciones de jefe de gobierno del Distrito Federal en 1997, y del Partido de la Revolución Democrática (PRD) en las subsiguientes, con Rosario Robles, Andrés Manuel López Obrador (y Alejandro Encinas como interino) y Marcelo Ebrard. La plataforma que representa la jefatura de gobierno del DF para aspirar a la presidencia de la República alcanzó su nivel máximo con AMLO en las reñidas elecciones de 2006, cuando a pesar de tantos esfuerzos por alcanzar la tan deseada legitimidad electoral, el triunfo de Felipe Calderón quedó en duda.

La vecindad geográfica de las sedes de los poderes nacional y local ha conferido al territorio mucho peso en la escena política; la territorialidad de las acciones políticas aflora en esta región de una manera más obvia. Como ejemplo tenemos la expansión

exagerada del territorio metropolitano, ya que el origen de muchos movimientos de ocupación masiva, súbita e ilegal de zonas de la periferia metropolitana —como Netzahualcóyotl y Chalco, en el Estado de México—, ha sido sin duda político electoral: lotes a cambio de votos.⁹ Este mecanismo ha sido copiado por otros partidos y reproducido en otras ciudades y en otros momentos, pero sus orígenes y sus expresiones más críticas se dieron en el contexto de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México.

Con la cercanía parecen agudizarse las contradicciones entre el centralismo y la descentralización, pues en el DF impera un esquema de gobierno más centralizado. Hace muy poco tiempo los habitantes de esta entidad no gozaban de derechos similares a los del resto de los mexicanos, pues no podían elegir directamente a sus gobernantes, ni se concedía a las delegaciones políticas las mismas atribuciones que a los municipios. Aunque teóricamente esto obedece a cierta lógica de eficiencia administrativa en la prestación de servicios a escala metropolitana, políticamente pone en desventaja a los habitantes de la capital. Por ello se ha dado una lucha cada vez más decidida por redefinir la relación entre los poderes local, estatal y federal al impulsar una reforma política que otorgue a la población del Distrito Federal mayor capacidad de decisión en la conducción del gobierno local.

Es cada vez más apremiante la necesidad de contar con mecanismos efectivos de gobierno (coordinación) metropolitano para resolver los problemas que comparten el DF, el Estado de México e Hidalgo en cuestiones como el agua, el transporte, la vivienda, la contaminación, etc. La Comisión Metropolitana de Desarrollo Urbano no ha tenido fuerza suficiente para tomar de-

⁹ Por ejemplo, cuando Salinas perdió la elección presidencial en la entidad recurrió a la vieja forma de movilización del voto a favor del PRI fomentando la invasión de predios. Se incitó a la gente a moverse de Netzahualcóyotl hacia Chalco y se cooptó el voto de vastos contingentes a cambio de terrenos que pronto se urbanizarían. En ellos se habría de iniciar el programa Solidaridad.

cisiones y lograr una adecuada coordinación de las acciones, ni sus propuestas se han incorporado en los programas de desarrollo urbano de las entidades metropolitanas. De la misma manera el Programa de Ordenamiento de la Zona Metropolitana del Valle de México (POZMVM), que fue aprobado por ambas entidades, prácticamente ha sido letra muerta.

La reorientación económica. Apertura comercial e integración al mercado global

En el marco de referencia nacional se dio durante las últimas décadas uno de los mayores giros en el rumbo socioeconómico: el paso de una economía protegida y una política dirigida a sustituir importaciones, a una economía abierta de corte neoliberal.

Durante los primeros años de la década de los setenta la economía nacional manifestaba aún un comportamiento saludable según mostraban las cifras de producción. Aunque otros indicadores descubrían ya el agotamiento del modelo proteccionista sustitutivo de importaciones que había prevalecido en el país, el crecimiento del PIB en esos años era superior a 6% anual (Huerta, 1994) (cuadro 2.2).

Entre 1970 y 1976, durante el gobierno de Echeverría, se mantuvieron el proteccionismo a la industria y la intervención del Estado en la economía, y se acentuó la política de Estado benefactor producto de la Revolución mexicana, lo cual acarrió la ineficiencia de la planta productiva, la poca competitividad de nuestras manufacturas, y finalmente la devaluación del peso mexicano después de 22 años de estabilidad cambiaria. Todo ello hizo evidente la necesidad de aplicar una reforma para modernizar la industria y la producción en general e ir abriendo el país a la competencia internacional.

El auge petrolero de finales de los setenta y principios de los ochenta (1978-1982)¹⁰ distrajo a la sociedad de su tarea de re-

¹⁰La producción empezó a decaer desde 1979.

CUADRO 2.2
PIB regional, 1970-1998 (pesos a precios de 1980)

	1970	1975	1980	1985	1988	1993	1998
Nacional	2 340 601	3 171 501	4 470 001	4 920 500	4 883 604	5 649 676	6 476 523
Región Centro	1 019 607	1 399 924	1 994 582	1 992 254	1 964 890	2 383 924	2 711 073
Resto	1 320 994	1 771 576	2 475 419	2 928 247	2 918 715	3 265 752	3 765 450
Distrito Federal	660 310	849 346	1 161 525	1 061 809	1 051 415	1 312 666	1 470 171
Hidalgo	30 922	42 551	66 658	75 650	83 168	90 452	89 376
México	200 251	326 102	503 545	542 440	529 854	597 349	671 615
Morelos	25 264	35 039	49 708	59 071	61 022	91 203	90 024
Puebla	75 070	101 988	149 456	161 339	151 707	181 098	241 574
Querétaro	18 523	29 462	42 721	60 630	60 446	79 893	114 634
Tlaxcala	9 268	15 436	20 970	31 316	27 277	31 264	33 678
<i>Relativos (porcentajes)</i>							
Nacional	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00
Región Centro	43.56	44.14	44.62	40.49	40.23	42.20	41.86
Resto	56.44	55.86	55.38	59.51	59.77	57.80	58.14
Distrito Federal	28.21	26.78	25.98	21.58	21.53	23.23	22.70
Hidalgo	1.32	1.34	1.49	1.54	1.70	1.60	1.38
México	8.56	10.28	11.26	11.02	10.85	10.57	10.37
Morelos	1.08	1.10	1.11	1.20	1.25	1.61	1.39
Puebla	3.21	3.22	3.34	3.28	3.11	3.21	3.73
Querétaro	0.79	0.93	0.96	1.23	1.24	1.41	1.77
Tlaxcala	0.40	0.49	0.47	0.64	0.56	0.55	0.52
<i>Tasas de crecimiento</i>							
	1970-1975	1975-1980	1980-1985	1985-1988	1988-1993	1993-1998	
Nacional	6.26	7.10	1.94	-0.25	2.96	2.77	
Región Centro	6.55	7.34	-0.02	-0.46	3.94	2.61	
Resto	6.05	6.92	3.42	-0.11	2.27	2.89	
Distrito Federal	5.16	6.46	-1.78	-0.33	4.54	2.29	
Hidalgo	6.59	9.39	2.56	3.21	1.69	-0.24	
México	10.24	9.08	1.50	-0.78	2.43	2.37	
Morelos	6.76	7.24	3.51	1.09	8.37	-0.26	
Puebla	6.32	7.94	1.54	-2.03	3.61	5.93	
Querétaro	9.73	7.71	7.25	-0.10	5.74	7.49	
Tlaxcala	10.74	6.32	8.35	-4.50	2.77	1.50	

Fuente: Elaboración propia con base en estimaciones de Salvador Rivera (no publicadas) sobre la información de las Cuentas Nacionales publicada por el INEGI y datos de población censal.

forma económica. El gobierno de José López Portillo se alejó de la limitación a las importaciones, que se multiplicaron con el argumento de que era preciso apoyar la producción petrolera. Continuaba pues el milagro mexicano, aunque esta vez sustentado en el petróleo.

La bonanza terminó en 1982 con la llamada “crisis de endeudamiento” y la economía mexicana se precipitó en declive. México carecía de mecanismos reguladores y de instrumentos de defensa adecuados para controlar las importaciones y evitar la salida de capitales, por lo que el equilibrio de las transacciones financieras internacionales era muy vulnerable. En ese año cayeron abruptamente las exportaciones petroleras, y el endeudamiento y la creciente apertura, alimentada por la petrolización de la economía, provocaron el saqueo de las reservas internacionales, una nueva devaluación, esta vez más grave, y el inicio de una profunda recesión económica.

La crisis de 1982 rompió el dinamismo de la desconcentración e hizo más lenta la inversión industrial. Fue el fin del periodo de endeudamiento fácil ligado a las expectativas del recurso petrolero. Las posteriores crisis recurrentes ocasionaron que nunca se retomase con el mismo aplomo la bandera de la desconcentración. Ante esas adversas condiciones las empresas se abocaron a consolidar sus bases más que a multiplicar sus establecimientos en nuevos territorios industriales. Fue a partir de entonces cuando el gobierno decidió al fin enfrentar el desequilibrio estructural, ya viejo en la industrialización mexicana, y pretendió aliviarlo con las medidas que quedaron plasmadas en los planes de desarrollo industrial subsiguientes (Fourt, 1983).

En el momento de la crisis de 1982 y al inicio del gobierno de Miguel de la Madrid las limitaciones más severas que enfrentaba el sector industrial nacional eran la falta de autofinanciamiento y la baja competitividad de los productos, lo que acentuaba la dependencia de nuestra economía respecto a las exportaciones petroleras. Durante la década de los ochenta, la “década perdida”, el producto interno bruto se redujo e incluso decreció en términos reales de acuerdo con las cifras oficiales de 1985 y

1988 (cuadro 2.2). En ese sexenio se inició la adopción clara de un nuevo estilo de desarrollo con la intención de remontar los problemas de la economía nacional, inicio que fue francamente doloroso a juzgar por su reflejo en la producción nacional.

Presionado por un movimiento internacional en el mismo sentido, al que se denominó “cambio global”,¹¹ el camino que el gobierno eligió para remontar la crisis consistió en adoptar una estrategia neoliberal de corte ortodoxo centrada en dos ejes esenciales: la reducción de la injerencia del Estado en la economía,¹² y la apertura hacia los mercados externos. Durante los ochenta y noventa se impulsó la entrada de nuestro país en esta dinámica internacional. Fue primero la apertura comercial gradual en productos puntuales, luego la entrada al GATT¹³ en 1985, el Tratado de Libre Comercio con América del Norte en 1994, y posteriormente acuerdos comerciales similares con otros países de América y Europa.

Frente a las nuevas circunstancias del panorama mundial y nacional se emprendieron en México las tareas de reestructuración industrial, que vinculan más estrechamente a las manufacturas con el comercio internacional y se orientan a fortalecer la capacidad exportadora de los sectores con potencial productivo. Para ello se aplicaron medidas de desregulación, saneamiento de las finanzas públicas e incentivos fiscales, esta vez para cada sector. Dentro de esta última medida se incorporaron acciones para fomentar la inversión y el empleo en áreas que indujeran a

¹¹ En la base del movimiento globalizador a escala mundial están, por supuesto, los avances tecnológicos, pero implica para los países que se integran un cambio en la manera de concebir el desarrollo y por tanto de producir (cambio del fordismo a la acumulación flexible) y de relacionarse con el resto de los países. Una estrategia para avanzar en la globalización ha consistido en conformar asociaciones comerciales o bloques para incrementar el intercambio entre los países que integran el bloque y asegurar los mercados.

¹² El gobierno de Echeverría había sido incisivo en este aspecto, pues se profundizó entonces el intervencionismo en prácticamente todos los sectores de la economía.

¹³ Siglas en inglés del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio.

la desconcentración de la planta productiva hacia regiones con capacidad de absorción (Decreto de enero de 1986).

La instrumentación de programas sectoriales (Programas Integrales de Desarrollo Industrial y Comercial) abarcaba la racionalización de la estructura de protección, la reubicación territorial de las instalaciones, y el incremento de las exportaciones para elevar los coeficientes de autofinanciamiento. Las industrias que contaron con estos programas lograron entre 1983 y 1987 un incremento sustantivo en el empleo, del orden de 25%, y tasas de crecimiento del PIB superiores a la media nacional. Destacan la maquila con 21%, la industria automotriz 4.3%, la petroquímica 4.2% y la electrónica 2.8 por ciento.

En el periodo salinista (1988-1994) la política industrial se determinó en concertación con los representantes empresariales. De acuerdo con ellos el gobierno estableció los lineamientos de la nueva política de desarrollo industrial, cuyos objetivos básicos fueron el control de precios y el aumento de la competitividad de los productos manufacturados en el país para aprovechar la apertura comercial. Las inversiones en este periodo buscaron las oportunidades que se fueron abriendo en diversos sectores de actividad y que se apoyaron con medidas de desregulación y fomento a la inversión externa.

Hay cada vez más consenso respecto a que quienes se interesan en estudiar el nuevo rumbo de la producción no sólo deben considerar, como tradicionalmente se ha hecho, que la manufactura constituye el eje del cambio, sino asumir las implicaciones de la interdependencia de la manufactura y los servicios (Marshall y Wood, 1995). La importancia estratégica de algunas de las actividades de servicios como los bancos, la telemática, etc., ha atraído las miradas hacia ese sector y motivado el interés por su evolución.

El desarrollo tecnológico de los servicios, en particular en comunicaciones y procesamiento de información, constituye hoy por hoy el meollo de las profundas transformaciones económicas mundiales, y por consiguiente le corresponde un papel medular en estos cambios. Podemos decir que la “globalización” es posible gracias a esta ruptura tecnológica.

En países como México el terciario se mantiene muy polarizado entre las actividades tradicionales, que absorben gran parte de la mano de obra escasamente calificada, y las actividades que han incorporado tecnología de punta y pueden compararse con las de cualquier país desarrollado. Las diferencias que se presentan en el interior de la Región Centro se analizarán en el tercer capítulo. Los datos más recientes de ese sector indican que en México el valor de la producción terciaria y su participación relativa en la economía crecen poco a poco, pues pasaron de 55 a 67% en los 30 años comprendidos entre 1970 y 1998. En contraste cabe subrayar que dicho sector ha absorbido más trabajadores que el resto, pues tras ocupar 31.88% de la PEA en 1970, alcanzó 53.35% en 2000, compensando así la pérdida de puestos de trabajo en los sectores primario y secundario.

La gran transformación agropecuaria que se inició en los años sesenta y se fortaleció después fue la sustitución de los cultivos tradicionales por otros más comerciales. Los pasos hacia la modernización en ciertas esferas del sector agropecuario se debieron también a que se empezó a implantar en México una agroindustria con fuerte componente transnacional cuyo funcionamiento impulsó nuevas formas de organización de la producción y la comercialización de los productos del campo, en especial las hortalizas, frutas y lácteos. Un ejemplo fue la sustitución de maíz por sorgo como respuesta al incremento de la ganadería, que provocó que los forrajes alcanzaran mayores precios en el mercado (Barkin *et al.*, 1991).¹⁴

Sin intentarse cambios estructurales, las nuevas circunstancias hicieron que proliferaran otras formas de acceso a los re-

¹⁴La ganadería de bovinos se desarrolló en el norte del país, en donde confluyeron dos condiciones: era más barato engordar a los animales en México y vender en Estados Unidos la carne. Esta práctica se extendió luego al sureste. El impulso a la ganadería extensiva, con la consecuente desaparición de especies animales y vegetales y un cambio en las condiciones ambientales, ha sido considerado el peor error, pues indujo la deforestación de grandes extensiones, la sustitución de los cultivos para alimento humano, y propició la formación o perpetuación de latifundios, sobre todo en el sureste de México (véase Tudela, 1989).

cursos productivos, como la renta de tierras incluso ejidales, los cultivos por contrato, el financiamiento y la organización para la producción y el comercio en el agro. El papel del Estado en este periodo perseguía un objetivo dual: la suficiencia alimentaria y la modernización del agro.

Los mecanismos de intervención directa buscaban simultáneamente proteger al productor con los precios de garantía, controlar la distribución por medio de la Compañía Nacional de Subsistencias Populares (Conasupo) para asegurar el abasto con importaciones cuando fueran necesarias, y apoyar la producción comercial ganadera y para exportación mediante la inversión en infraestructura y medios de financiamiento.

Todo ello implicaba cierto grado de apertura de mercados, que se amplió a la llegada del segundo impulso transformador en el campo dado por la apertura comercial y el proceso paralelo de retiro del apoyo estatal en la producción de ese sector. La nueva política desincentivó la producción de granos básicos. Hacia mediados de los ochenta la participación de las frutas y hortalizas en la estructura productiva agrícola de México iba en aumento: en los primeros años como respuesta a la creciente demanda del mercado interno —particularmente el urbano que se iba sofisticando y solicitando mayores cantidades de estos productos—, y poco a poco debido al incremento de su participación en el mercado estadounidense (Téllez, 1994).

En el marco de la globalización, la producción agrícola de los países en desarrollo como México parece destinada a desempeñar un papel complementario a la de los países desarrollados. Si éstos producen a menores costos los cereales para el consumo humano, a los subdesarrollados les corresponde especializarse en productos que, aprovechando las ventajas comparativas (mejor clima, mano de obra barata), satisfagan las demandas del mercado mundial, aunque esto les acarree el fin de la autosuficiencia alimentaria nacional y la agudización de la dependencia de los básicos (Trápaga, 1995).

La implantación del modelo neoliberal en el agro también implicó la transformación del régimen de propiedad ejidal para

terminar con el minifundio¹⁵ y ha producido efectos notables en el entorno rural: la baja en la producción de granos básicos y el consiguiente aumento de las importaciones; la especialización en productos para la exportación, principalmente hortalizas, y la pérdida de empleos, ya que el nuevo modelo es por esencia liberador de mano de obra.¹⁶

El papel del gobierno, reflejado en la política agropecuaria, se ha transformado radicalmente en los últimos 25 años, desde un ejercicio acorde con un gobierno protector y paternalista que apoyaba a los pequeños y grandes productores, buscaba la autosuficiencia alimentaria y participaba directamente en la producción y distribución de alimentos básicos, hasta un progresivo retiro de su intervención directa en el campo y en el mercado doméstico de productos básicos, dejando el peso del desarrollo en manos del sector privado y fomentado la especialización productiva con fines de exportación.

Durante estos años se llevaron a cabo reformas legislativas y se firmaron tratados comerciales con América del Norte y la Unión Europea para promover la inversión extranjera, que entre enero de 1989 y junio de 1994 alcanzó 48 773 millones de dólares, con lo que se incrementó su participación en la inversión total de 9.4 a 21.6%, y se elevó el saldo histórico a 72 861 millones de dólares. La parte que correspondió a la inversión externa directa (IED) fue de alrededor de 60% y el resto al mercado de valores.¹⁷

¹⁵ Los argumentos, planteados en términos económicos y no de sustentabilidad social o ecológica, apuntaron a eliminar los obstáculos a la inversión privada en el campo y a la integración de superficies de cultivo amplias para elevar la productividad aplicando mejoras tecnológicas, aunque de hecho con el arrendamiento de los ejidos esto ya se venía haciendo.

¹⁶ Las opciones para los campesinos se han diversificado en sus lugares de origen y ya no se reducen sólo a la emigración a las grandes ciudades del país. El éxodo rural incluye también a Estados Unidos como destino.

¹⁷ En una primera etapa, antes de 1994, la inversión se aceleró mediante el proceso de privatización de algunas empresas paraestatales, y posteriormente cobraron más importancia las inversiones en los sectores automotriz, electrónico, tiendas de autoservicio, telefonía, materias primas y particularmente en el sector financiero (Dussel, 2000).

Los subsectores más favorecidos fueron en orden decreciente en la manufactura, alimentos, bebidas y tabaco, maquinaria y equipo y sustancias químicas; en servicios los subsectores de comunicaciones, los servicios profesionales, y en tercer lugar los de alquiler y administración de bienes inmuebles (Secofi, 1994). Durante el gobierno de Ernesto Zedillo la inversión externa directa siguió llegando al país, y entre enero de 1994 y abril de 1997 el flujo alcanzó 24 134 millones de dólares (Secofi, 1997).

El análisis de la distribución territorial de la inversión externa tiene muchas limitaciones debido a la forma en que se recaba la información oficial. Los datos suelen contabilizarse en su totalidad en la entidad donde se localiza la oficina principal de cada empresa, haciendo caso omiso de la existencia y ubicación de posibles plantas auxiliares, sucursales, etc. Aun considerando las distorsiones que esto acarrea (como la excesiva concentración en el DF) presentamos aquí algunos datos para el periodo 1994-1997 (cuadro 2.3).

- La Región Centro concentró cerca de tres cuartas partes de estos recursos.
- Dos tercios de la inversión extranjera directa materializada se localizaron en el Distrito Federal y además se concentraron en sólo cuatro delegaciones (83 por ciento).
- La mayor parte de la inversión (57.6%) se orientó a la manufactura, con una participación de las maquiladoras de 13.4 por ciento.
- Los servicios financieros recibieron 13.2% de estos flujos y el comercio 11.2 por ciento.
- A los sectores de comunicaciones y transportes y de servicios (donde se incluyen los servicios profesionales y técnicos, los comunales y los sociales, como restaurantes y hoteles llegaron 7.7 y 7.6% respectivamente.

La inversión extranjera directa en este periodo reciente muestra especialización económica en diversas entidades regionales. Así, la estructura en el Distrito Federal estaba muy diver-

CUADRO 2.3

Región Centro: Inversión extranjera directa materializada; 1994-1997

<i>Entidad</i>	<i>Acumulada (millones de dólares)</i>	<i>Participación (porcentajes)</i>
Distrito Federal	16 060 910.40	66.55
Estado de México	1 070 866.90	4.44
Querétaro	211 550.30	0.88
Morelos	124 236.30	0.51
Puebla	55 472.30	0.23
Hidalgo	55 109.40	0.23
Tlaxcala	38 870.70	0.20
Región Centro	17 578 145.60	72.83
Total Nacional	24 134 849.90	100.00

Fuente: Secofi, Subsecretaría de Negociaciones Comerciales, Dirección General de Inversión Extranjera, junio de 1997.

sificada con sólo 48% en la industria y el resto distribuido en el comercio y los servicios. La prestación de servicios profesionales y técnicos estaba muy concentrada en esta capital.

En el Estado de México dos terceras partes de la inversión fueron a la manufactura y el resto al comercio y los servicios, reflejando cierta diversificación. En cambio en los estados de Querétaro y Puebla casi 100% de las inversiones se dirigió a la manufactura. En grado igualmente elevado Hidalgo concentró esta inversión en la minería, mientras que en Morelos 71% de este flujo fue al sector comercio, restaurantes y hoteles, 12% a la manufactura y 10% a los servicios inmobiliarios. Como en los otros dos sectores de la economía, es claro el repunte entre 1988 y 1993, después de la década perdida. Como ya se apuntó en páginas anteriores, en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari se elevó mucho la inversión extranjera y los servicios se vieron especialmente favorecidos por estos recursos.

El valor de la inversión extranjera acumulada en el país, de 1989 a mediados de 1994 en actividades terciarias ascendió a 17 568 millones de dólares, equivalentes a 64.7% del total

de la inversión externa. Entre 1994 y 1997 esta proporción se redujo a 39.7% en favor de las inversiones en manufacturas (Secofi, 1997).

Independientemente del efecto positivo de la inversión extranjera en el incremento de las exportaciones, así como en el aumento de su participación en el PIB y en la formación bruta de capital, los impactos sobre la economía mexicana han sido insignificantes en cuanto a la generación de empleos, el desarrollo de encadenamientos productivos con empresas nacionales, y el desarrollo regional (Dussel, 2000).

Siguiendo a Calva (1996) puede esquematizarse el tránsito hacia el modelo neoliberal de la economía mexicana en tres grandes etapas, las cuales han coincidido de cerca con los gobiernos sexenales. Una fase de transición de 1982 a 1987 cuando fue prioritario el pago de la deuda externa (Miguel de la Madrid), una de despliegue del modelo neoliberal, de finales de 1987 a 1994, cuando se consideró relevante el control de la inflación (Carlos Salinas de Gortari), y una tercera (Ernesto Zedillo) en que, a raíz del colapso financiero de 1994 y de los efectos perversos de las crisis sucesivas en los mercados petrolero y bursátil del mundo, se introdujeron modificaciones a la estrategia económica nacional para mantener el rumbo neoliberal, atendiendo al servicio de la deuda e intentando contener la inflación. En el primer gobierno de este nuevo siglo el presidente Fox reforzó el rumbo: mantuvo la inflación muy baja e incrementó las reservas, pero con un bajísimo crecimiento económico.

Los resultados macroeconómicos positivos derivados de estas decisiones de política económica —los cuales no cesan de alabarse en el discurso gubernamental, en la elite ligada al movimiento financiero mundial y también en los organismos financieros internacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional— son el incremento de las exportaciones, en particular las no petroleras, la relativa estabilidad cambiaria, el mantenimiento de la inflación en niveles relativamente bajos, y el aumento del flujo de capitales externos, así como la capacidad de pago del servicio de la deuda.

Los detractores del modelo apuntan en cambio a aspectos francamente negativos derivados de esta vía, como la caída del PIB, el incremento del desempleo, el descenso del poder adquisitivo, la quiebra masiva de empresas, la pérdida de competitividad del país, la reducción de la demanda, y el aumento vertiginoso de la proporción de mexicanos en situación de pobreza extrema, que entre otros efectos ha incrementado el flujo de migrantes a Estados Unidos en los últimos lustros.

La intervención del gobierno en el desarrollo regional y urbano

La redistribución de funciones entre las distintas jerarquías de gobierno debe entenderse como una estrategia del Estado para responder mejor a los cambios que experimenta la sociedad en las esferas internacional e interna. En relación con el ámbito internacional, el movimiento descentralizador actual ocurre en el momento en que el Estado está tomando con más ímpetu sus responsabilidades en la administración macroeconómica y en la reestructuración del sistema impositivo.

Mientras el gobierno central solidifica el marco económico y fiscal, pretende que el gobierno local asuma la responsabilidad en los asuntos que le atañen directamente, como la provisión de servicios a la comunidad (Peterson, 1997). En efecto, una de las características de esta nueva ola de descentralización es que ha puesto mucha atención en el aspecto práctico de la prestación de servicios, pues la insatisfacción y la escasa calidad de los mismos han sido impulsoras de estos cambios recientes.

En el ámbito interno, el objetivo de la descentralización administrativa ha sido alcanzar relaciones más balanceadas entre las instancias de gobierno en la medida de las posibilidades reales (recursos humanos, financieros, etc.) para mejorar la eficacia y la eficiencia de las políticas públicas, entre ellas la política de desarrollo urbano.

A continuación se ilustra desde la óptica administrativa el tránsito en México de un estilo de intervención determinado desde arriba hacia un modelo más descentralizado en la gestión del desarrollo territorial y urbano. Para ello se distinguen dos etapas, en la primera de las cuales predomina la actuación mediante la planificación, mientras en la segunda el plan encuentra un sitio más acotado, como instrumento orientador de acciones en un contexto de participación mucho más activa de los nuevos actores en cuyas manos está hoy el desarrollo de las ciudades.

La consolidación del sistema de planificación.

La etapa de la abundancia

La historia de la planeación territorial en México, con la muy notable excepción, de los primeros planes elaborados para la ciudad de México, se inscribe en su totalidad en el periodo que abarca este estudio.¹⁸ Hacia mediados de los años setenta se hicieron patentes los primeros ademanos de carácter descentralizador y su contenido territorial. En el ámbito legal se aprobaron la Ley Orgánica de la Administración Pública Federal —que introdujo un nuevo esquema administrativo—, la Ley de Población, y la Ley de Asentamientos Humanos (1976). Desde el punto de vista institucional se creó la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas (SAHOP), con lo cual el territorio se volvió una preocupación institucional y se inició la etapa de planificación en el país.

A la Ley de Asentamientos Humanos siguió la etapa más prolífica en la elaboración de planes. El interés por un desarrollo territorialmente más equilibrado apareció como objetivo primordial del programa de gobierno de López Portillo, en cuya administración se edificó el Sistema Nacional de Planeación Urbana.

¹⁸ Para un análisis de esta historia véase Garza, 1989.

Tocó a este gobierno elaborar el primer Plan de Nacional Desarrollo Urbano en 1978. Partía de la necesidad de controlar el crecimiento de las grandes ciudades mediante estímulos a la desconcentración industrial. Se establecieron zonas geográficas para la aplicación de incentivos fiscales, crediticios, tarifarios y de servicios urbanos con la intención de impulsar la desconcentración. En los años que siguieron al primer Plan Nacional de Desarrollo Urbano se desató la euforia planificadora, pues se elaboraron planes para todos los municipios del país, para casi 100 centros de población, y para algunas regiones.

En ese tiempo, tanto en el papel como en la práctica el concepto de descentralización resultaba bastante ambiguo y sus repercusiones en las acciones eran poco claras. Se consideraban igualmente “descentralizadoras” las medidas de reubicación de algunas oficinas fuera de las delegaciones centrales del DF, así como el mejoramiento de los asentamientos periféricos de la ciudad de México o la instalación de parques industriales en zonas cercanas a las ciudades (Garza, 1992).

El nacimiento de la planeación territorial ocurrió en un ambiente de bonanza económica, lo cual explica las ambiciosas pretensiones de modificar la estructura productiva del país. En medio del “boom” petrolero de finales de los setenta y principios de los ochenta, las acciones tendientes a descentralizar la estructura productiva se concretaron en inversiones en infraestructura que se localizaron en puntos estratégicos (sitios de extracción de petróleo y puertos industriales) para ampliar la explotación y exportación del petróleo, prácticamente sin reconocer ni considerar otras dinámicas regionales o locales. Por ejemplo, las inversiones petroleras le ocasionaron a la población de Tabasco deterioro ecológico y graves problemas económicos producto de la inflación y la disolución de las estructuras sociales locales, sin ofrecerle beneficios reales. Los efectos de tales inversiones fueron nulos e incluso negativos para el desarrollo regional y local (Pietri, 1985).

La evaluación de estos planes arroja un resultado bastante pobre. Las causas del fracaso fueron: la carencia de diagnósti-

cos acertados; la falta de realismo, ya que no se consideraron los intereses políticos y económicos en juego; y la ausencia de participación social, todo lo cual ocasionó una pérdida de interés en los planes y su falta de continuidad. A pesar de que se contaba con los recursos no se diseñaron instrumentos operativos eficaces para llevarlos a cabo. Uno de los problemas más evidentes fue la falta de concurrencia y coordinación de los gobiernos, los municipios, los estados y la federación (Azuela, 1989: 65).

El cambio de enfoque de la planificación ante la ausencia de recursos

Desde 1982 quedó claro que los recursos con que cuenta el gobierno para impulsar el desarrollo social y económico de los mexicanos son muy escasos. Si por momentos hemos querido olvidarlo, la realidad se ha encargado una y otra vez de recordárnoslo. Conforme a estas circunstancias se impone al Estado mexicano la necesidad de optimizar la administración de tan limitados recursos. Éste es sin duda uno de los móviles de la descentralización, pues desde hace tiempo se ha reconocido que “se puede gobernar de lejos, pero no se administra bien sino de cerca”.¹⁹

El gobierno de Miguel de la Madrid puede considerarse como de transición. Se empieza a abandonar entonces el paradigma planificador y se comienzan a diseñar instrumentos para llevar a la práctica un nuevo estilo de intervención sobre el territorio. En un contexto económico de grave endeudamiento se creó la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (Sedue) en sustitución de la antigua SAHOP, para separar la actividad planificadora de la ejecución de la obra pública. Con ello se reconoció por primera vez la preocupación gubernamental por el medio ambiente.

¹⁹ Fórmula luminaria del decreto imperial del 25 de marzo de 1852 en Francia. Se cita al principio del libro de Olivier Diederich e Iván Luben (1995) sobre la desconcentración.

Este cambio en la administración del gobierno federal permitió que el aparato planificador siguiera diseñando y actualizando planes sin un sustento sólido que asegurara su aplicación. El gasto público ha sufrido desde entonces y hasta nuestros días una caída dramática que ha restado al país posibilidades de desarrollo económico, regional y urbano, pero aun esos escasos recursos han quedado en su mayor parte en manos de un nuevo ente sin mecanismos de coordinación efectiva con la planeación urbana y regional: la Secretaría de Comunicaciones y Transportes (SCT), organismo que decide la construcción de las obras de comunicación más importantes, que en opinión de los urbanistas de todo el mundo determinan la forma que adopta el desarrollo urbano, y sobre todo el regional.

Con fines de ordenamiento territorial se promulgó un segundo Plan Nacional de Desarrollo Urbano que volvió a reconocer el problema que representa un patrón excesivamente concentrado y desigual de la población y de la infraestructura productiva, por lo que propuso fortalecer el sistema urbano nacional compuesto por 168 localidades en donde se identificaban oportunidades para el desarrollo. La atención se centró en 59 ciudades medias con aptitud para captar población e inversión económica.

Con Miguel de la Madrid la desconcentración del desarrollo urbano adquirió uno de sus principales instrumentos: la modificación al artículo 115 constitucional, que dio impulso a la reforma municipal, la reforma fiscal y la reforma urbana. Con base en ella el municipio se hizo responsable de la planeación urbana y de la prestación de los servicios públicos a sus comunidades. También se le reconocieron fuentes locales de ingresos y se sentaron las bases para una mayor participación política de los gobiernos locales.

Tales reformas quitaron atribuciones a los gobiernos estatales para cedérselas a los municipales. Muchos estados eran centralistas en exceso y no lo permitieron fácilmente, por lo que sólo incorporaron en sus legislaciones una parte de las reformas. Cedieron a los municipios atribuciones de planeación urbana pero mantuvieron para sí la aplicación y control de los programas (Azuela, 1989: 68).

Para instrumentar los cambios propuestos se avanzó en la coordinación de las jerarquías de gobierno creando mecanismos como los Convenios Únicos de Desarrollo, y se ensayó un primer esquema de participación social en los Comités de Planeación para el Desarrollo (Coplades). También durante esa administración se iniciaron un Programa para la Descentralización de la Administración Pública Federal y otro para la Simplificación Administrativa.

Las ciudades medias se colocaron por primera vez como piezas clave en el sistema urbano nacional y la desconcentración urbana tomó fuerza al considerarse la forma de atacar las deseconomías crecientes de las grandes zonas metropolitanas. En síntesis, durante esta administración y por medio del Programa Nacional de Desarrollo Urbano y Vivienda de 1984 se planteó una auténtica desconcentración planificada, aunque las condiciones por las que atravesaba en ese momento el país hicieron que fuera una desconcentración de carencias (Conolly, 1989).

Cabe advertir que en los primeros años de planeación territorial (1976-1988) el interés transitó de un concepto integral que visualizaba todas las regiones del país hacia otro en donde se priorizaron casi exclusivamente las ciudades que se concebían como motores del desarrollo. Se separaron la obra pública y la planificación territorial, que no se consideró ya como arma para ordenar la inversión y administrar la abundancia, sino como instrumento útil para hacer más eficiente la administración de recursos escasos en tiempos de crisis. En adelante, acorde con la ideología neoliberal, fue el mercado inmobiliario el que determinó los proyectos urbanos rentables, y los planes, en el mejor de los casos, trataron de adecuarse a sus lineamientos.

La política urbano regional bajo el esquema liberal

En 1988 Salinas asumió la presidencia de la República con una clara idea de los cambios que se requerían para imponer en el

país un modelo de desarrollo de corte liberal.²⁰ El Estado dejaría de ser interventor y proteccionista para tomar un papel “promotor” del desarrollo económico y “solidario” en lo social. La manera en que se tradujo esta ideología al área del desarrollo urbano y regional se esboza a continuación.

Una de las primeras y más importantes líneas de acción de este gobierno fue el Programa de Solidaridad, diseñado para aliviar la pobreza exacerbada con la nueva modalidad de desarrollo. Para la aplicación de la política social se creó en 1992 la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol) en sustitución de la Sedue. En este nuevo marco administrativo perdieron jerarquía las tareas relativas al desarrollo urbano y regional al quedar incorporadas como un elemento más de la política social. El instrumento normativo para la distribución territorial de los recursos federales del llamado Programa de Solidaridad fue el Programa de 100 ciudades.²¹

Se dio a conocer el Programa Nacional de Desarrollo Urbano 1990-1994 con un enfoque más sistémico que el de las versiones anteriores. En él se reconoció el potencial de las ciudades para impulsar el desarrollo, elevar la productividad económica y mejorar la calidad de vida tanto local como en sus áreas de influencia. Se estableció el objetivo de lograr la consolidación de subsistemas regionales dentro del sistema urbano nacional mediante el control del crecimiento de las grandes zonas metropolitanas, el desarrollo de ciudades de tamaño medio seleccionadas y la integración rural y urbana.

La nueva política urbana procuraba el crecimiento ordenado de las ciudades, el fortalecimiento de las administraciones municipales, la disponibilidad de vivienda, la dotación de siste-

²⁰ Miguel de la Madrid ya había abierto camino; en ese mismo sentido Zedillo y Fox lo continuaron sin mayores cambios.

²¹ En un estudio sobre la aplicación de los programas de Solidaridad en la Región Centro, Molinatti (1996) no encuentra evidencia de una correlación significativa entre el voto y la aplicación de los recursos en los municipios de esta zona.

mas viales y de transporte eficientes, la renovación de los centros de las ciudades, y la preservación del ambiente.

Conforme a esta nueva concepción respecto a la intervención estatal, hacia el final del sexenio salinista se aprobó una nueva Ley General de Asentamientos Humanos (1993) en sustitución de la anterior, de 1976. Esta nueva ley cambió el enfoque de la planeación urbana que dejó de ser regulatoria e intervencionista para convertirse en gestora, promotora y facilitadora de la acción de los agentes económicos públicos y privados. El nuevo giro que se adoptó favoreció la incursión del capital privado para que participara en el desarrollo urbano y la prestación de servicios públicos, y enfatizó como nunca antes la participación comunitaria (Soberanes, 1993).

En la estrategia de desarrollo urbano de los gobiernos subsecuentes²² subyace el principio de descentralización. Las ciudades objeto de atención (en total 116 ciudades más las tres grandes zonas metropolitanas) fueron elegidas no sólo por su tamaño sino por su potencial estratégico para el desarrollo. El plan de desarrollo de la ciudad, consensuado con la sociedad local, se considera condición indispensable para allegarse recursos federales.

Otro mecanismo para alcanzar efectividad en la promoción y el desarrollo de las ciudades fue el fortalecimiento de las haciendas locales. Se avanzó en la modernización de los catastros para la recaudación del impuesto predial y en el aumento de las transferencias directas e indirectas hacia los municipios (ramo 33). La evaluación de la instrumentación fiscal indica que a pesar de que los recursos a estados y municipios se han incrementado, los estados son actualmente más dependientes de los recursos de la federación, y los municipios un poco más independientes de ambos (Ibarra, Sandoval y Sotres, 1999).

²² Acorde con la ley, la Secretaría de Desarrollo Social elaboró los programas nacionales de desarrollo urbano 1995-2000 y 2000-2006, Cuatro fueron los estratégicos: el de 100 ciudades, el de consolidación de las zonas metropolitanas, el de ordenamiento territorial y promoción del desarrollo urbano, y el de impulso a la participación social.

Una de las labores que requirieron más esfuerzos en el programa de 100 ciudades (el consentido en la administración de Zedillo) fue la de involucrar a los presidentes municipales en la tarea de promover el desarrollo urbano (que se percibía ligado al desarrollo económico y social) de sus jurisdicciones.²³ Después de siglos de una virtual eliminación del municipio, súbitamente se le dotó de nuevas atribuciones y recursos y se le exigió que responiera a ello con un papel más activo, superando una pasividad alimentada por tantos años de paternalismo. En cierta forma se “obligó” a los municipios a usar las atribuciones que les otorgaba la nueva legislación, pero no estaban preparados técnicamente para ello.

También se impulsó la formación de los agentes locales llevando a cabo diversos programas de capacitación del personal administrativo en los estados y municipios para lograr una gestión local más eficiente. La inversión privada para la prestación de servicios públicos municipales fue mínima, ya que no había una política que ofreciera garantías suficientes al capital privado. Las inversiones urbanas siguieron siendo las más de las veces correctivas y no inductoras del ordenamiento territorial deseable para las ciudades.

Se considera que una ciudad bien planeada en su crecimiento, congruente en sus acciones de desarrollo urbano, en donde la sociedad local ha recuperado el aprecio por su ciudad e interviene en la solución de sus problemas (urbanos pero también sociales y económicos) y en la que las autoridades locales (sin importar su partido o ideología) gobiernan de manera responsable y eficiente será una ciudad exitosa que atraerá inversiones, empleo y bienestar social.

²³ Los recursos estuvieron condicionados a la congruencia de las propuestas con los planes de desarrollo y al consenso social de éstos con el fin de propiciar una mayor continuidad de las estrategias para el crecimiento ordenado de los centros de población. En la fórmula para asignar recursos a las ciudades se premiaba a las que habían desempeñado una mejor actuación en el desarrollo urbano durante los ejercicios anteriores (Entrevista con el director general de Desarrollo Urbano de la Sedesol de 1992 a 1997).

En lo relativo al fortalecimiento de los sistemas urbanos y el desarrollo regional, los resultados fueron más modestos. La coordinación interestatal necesaria para las obras trascendentes de infraestructura de comunicaciones (que caen fuera del ámbito local) fue muy débil, incluso donde los problemas e intereses comunes eran evidentes, como sucedía en la Región Centro, caso en que se abunda más adelante.

Planes para el ordenamiento regional

Los planificadores urbanos mexicanos que se han abocado a diagnosticar los problemas más graves, a proponer soluciones y a establecer los escenarios deseables para el crecimiento de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México y de la Región Centro han hecho una labor espléndida en las últimas décadas, aunque los hechos parecen contradecir tal aseveración.²⁴ Ni los planificadores han logrado convencer a los políticos de la bondad de sus propuestas ni éstos han tomado en serio las soluciones técnicamente más adecuadas para resolver los problemas que han aquejado a la ciudad en la etapa de vertiginoso crecimiento que ha vivido.

Se entiende esta situación cuando se considera que el crecimiento no planificado, junto con los problemas que ha acarreado, han proporcionado beneficios cuantiosos a ciertos grupos sociales y por ende han servido a intereses políticos, mientras la sociedad deliberadamente se ha mantenido desinformada y apática. El costo de oportunidad de adoptar medidas distintas y muchas veces opuestas a las que convienen a esos grupos, como las que contienen los planes, ha sido hasta ahora demasiado alto, por lo que no ha habido voluntad real para cambiar esta dinámica.

En la Región Centro la planeación territorial se ha particularizado por la construcción de una “región-plan” que ha variado

²⁴ Para conocer la serie de leyes, decretos y programas relacionados con la planificación de la ciudad de México véase Garza, 1999.

en sus concepciones y delimitaciones, pero que nunca se ha llevado a la práctica. Ha existido en el papel pero nunca en las acciones.

Desde la primera Ley de Asentamientos Humanos, de 1976, se estableció un régimen especial para las áreas metropolitanas ubicadas en dos o más entidades federativas (llamadas conurbaciones); en él los tres niveles de gobierno se obligan a planear conjunta y coordinadamente el desarrollo urbano de dichas áreas. Aunque ésta es formalmente una restricción a la competencia de las autoridades locales, se establece que ninguno de los tres debe ser excluido de la planeación de las conurbaciones.

Para llevar a la práctica esta disposición es preciso que los equipos gobernantes de cada estado estén dispuestos a planear los proyectos de infraestructura y regular sus ciudades junto con los gobiernos estatales vecinos, con las autoridades municipales y con el gobierno federal. La dificultad que esto entraña en el contexto mexicano ha impedido esta práctica en la aplicación de planes regionales o metropolitanos (Azuela, 1989: 67).

Desde que se elaboraron los primeros planes fue evidente que el crecimiento de la ciudad de México presenta un problema de extraterritorialidad debido a que la expansión de la mancha urbana fuera del Distrito Federal ha ido en aumento. Con la visión futurista propia del planificador y del estadista, pero no necesariamente de los equipos de gobierno, se preveía que el proceso continuaría incidiendo de una u otra manera en zonas cada vez más alejadas del centro de la capital. El ámbito territorial de influencia directa de la metrópoli ha sido estimado con criterios diversos, lo cual se refleja en la variedad de delimitaciones consideradas entre un plan y otro.

La primera vez que el gobierno consideró una escala regional y la reflejó en su aparato planificador fue en 1976, cuando la Comisión de Conurbación del Centro publicó el “Plan de ordenamiento territorial de la Zona Conurbada Centro”. En este primer plan se difundió una concepción del ordenamiento regional basada en la voluntad de reorganizar la capital en otra escala, de prever e impulsar el advenimiento de una conurbación

funcional, la cual no era en ese momento real sino sólo potencial. Este documento consideraba que una parte de los estados de Hidalgo, México, Tlaxcala, Puebla y Morelos era área de influencia directa de la ciudad de México.

Con esta concepción de lo que sería el futuro desarrollo de la ciudad de México se alentó la urbanización periférica. En las propuestas se pretendía fortalecer los vínculos radiales entre la capital y los demás centros urbanos de la región y se proyectaban enlaces transversales entre las demás ciudades de la zona (Melé, 1994).

En 1982 se elaboró el “Plan de ordenación de la zona de conurbación del centro del país”, que abarca 130 municipios de cinco estados además del Distrito Federal. Se establecía allí un límite de 30% para la concentración respecto al país, y de 67% para la proporción que dentro de ella debía concentrarse en la ZMCM.

Sólo un año después, en 1983, se publicó el “Programa de Desarrollo de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México y de la Región Centro”. En él se distinguió la Zona Metropolitana, constituida por el Distrito Federal más 53 municipios del Estado de México y uno de Hidalgo. La región, en cambio, abarca a las entidades federativas completas de Distrito Federal, Hidalgo, México, Morelos, Puebla, Querétaro y Tlaxcala, con lo cual desaparece la noción de conurbación.

Los objetivos de este plan eran disminuir la concentración de las actividades en la Zona Metropolitana e impulsar el desarrollo integral de los estados de la región. La voluntad de crear una zona conurbada que integrara a la ciudad de México un conjunto de municipios vecinos cedió el paso al propósito de desarrollar una región más extensa en la que se respetara la soberanía de los estados y los municipios.

El concepto “región centro” desapareció prácticamente del vocabulario de los planificadores oficiales, pero los problemas de la ciudad se fueron agravando cada vez más y su solución requirió acciones conjuntas de las autoridades de distintas jerarquías de gobierno. En febrero de 1988 se anunció la creación

del Consejo del Área Metropolitana mediante un convenio que suscribieron el jefe del Departamento del Distrito Federal, el gobernador del Estado de México y el secretario de Desarrollo Urbano y Ecología.

En 1996 resucitó el interés por la Región Centro, esta vez dentro del “Programa de desarrollo urbano del Distrito Federal”, en el que se hacía referencia a un contexto “megalopolitano” que abarcaba 189 municipios, pero el único instrumento de acción a esta escala era la Comisión Metropolitana en la cual sólo participaban las autoridades del DF y los gobiernos estatales y municipales (18 municipios) del Estado de México y de Hidalgo (con un solo municipio, Tizayuca).

Al analizar la historia de los planes que competen a nuestra región de estudio resulta claro que la construcción de la región plan denominada “Región Centro”, en cualquiera de sus acepciones y delimitaciones, fue obra de las autoridades de planificación federales y del Distrito Federal, y no producto del interés genuino del resto de las entidades. Es probable que debido a la relación que se describe en las primeras páginas de este capítulo la reacción de los gobiernos estatales haya sido la de acatar esta iniciativa en la forma, pero ignorarla en la práctica, ya que se aprecia como centralista, inútil y hasta peligrosa.

Fue después del año 2000 cuando resultaron más evidentes las relaciones entre la inversión territorializada (básicamente en infraestructura) y el desarrollo económico, así como más previsibles los efectos territoriales de la apertura comercial y especialmente del TLCAN, cuando se retomó la visión del desarrollo a escala regional incluyendo varios estados, lo cual se reflejó en los llamados proyectos de “gran visión”, la creación de un organismo encargado del desarrollo regional y de fideicomisos destinados a impulsar estudios y proyectos en las llamadas mesorregiones, entre las cuales está la llamada Región Centro.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBA, Carlos, Ilán BIZBERG y Hélène RIVIÈRE D'ARC (comps.)
Las regiones ante la globalización: competitividad territorial y recomposición sociopolítica, México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, El Colegio de México, 1998.
- AGUILAR VILLANUEVA, Luis Fernando
Sociedad civil. Organizaciones no gubernamentales. Transición a la democracia, México, Porrúa (Textos para el cambio), 10, 1994.
- ALVARADO MENDOZA, Arturo
“La importancia política de las regiones”, *Nuestro tiempo, Reflexiones de El Colegio de México*, núm. 168, México, Canal 11, 1 videocasete vhs, 1995.
- AMEZCUA, A. y Juan E. PARDINAS
Todos los gobernadores del presidente. Cuando el dedo de uno aplasta el voto popular, México, Grijalbo, 1997.
- AZUELA DE LA CUEVA, Antonio
“El significado jurídico de la planeación urbana en México”, en Gustavo GARZA (comp.), *Una década de planeación urbano-regional en México, 1978-1988*, México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México, 1989.
- BARKIN, David Peter, Rosemary BATT y Billie DEWALT
Alimentos vs. forrajes: la sustitución entre granos a escala mundial, México, Siglo Veintiuno, 1991.
- CALVA, José Luis
“La reforma económica de México y sus impactos en el sector agropecuario”, en Philippe BOVIN (coord.), *El campo*

mexicano: una modernización a marchas forzadas, México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, ORSTROM, 1996 (Misceláneas).

CAZÉS, Daniel

“Despolitización, movimiento estudiantil y politización en México”, en J. CARRIÓN *et al.*, *Tres culturas en agonía*, México, Nuestro Tiempo, 1969.

CONNOLLY, Priscilla

“Programa Nacional de Desarrollo Urbano y Vivienda, 1984: ¿Desconcentración planificada o descentralización de carencias?”, en Gustavo GARZA (comp.), *Una década de planeación urbano regional en México, 1978-1988*, México, El Colegio de México, 1989.

DUSSEL PETERS, Enrique

La inversión extranjera en México, Santiago de Chile, Red de Inversiones y Estrategias Empresariales, Unidad de Inversiones y Estrategias Empresariales, División de Desarrollo Productivo y Empresarial/CEPAL, Naciones Unidas, 2000.

CORRALES PÉREZ, Irma Teresa

“La desaparición de los poderes en los estados de Guerrero e Hidalgo en el año 1975”, tesis de licenciatura en ciencia política y administración pública, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1976.

DIEDERICHS, Olivier e Iván LUBEN

La déconcentration. Que sais-je?, Francia, Presse Universitaire de France, 1995.

FOURT, Gilles

La déconcentration industrielle au Mexique: éléments d'évaluation, 1979-1982, París, Centre de Recherche et

Documentation sur l'Amérique Latine, Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine, 1983 (Document de recherche du CREDAL, Equipe de recherche sur les grands aménagements et complexes industriels en Amérique Latine, 12).

GARZA, Gustavo y Sergio PUENTE

“Racionalidad e irracionalidad de la política urbana en México: el Plan Nacional de Desarrollo Urbano 1978”, en Gustavo GARZA (comp.), *Una década de planeación urbano-regional en México, 1978-1988*, México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México, 1989, pp. 79-101.

GARZA, Gustavo (comp.)

Una década de planeación urbano-regional en México, 1978-1988, México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México, 1989.

GARZA VILLARREAL, Gustavo

Desconcentración, tecnología, y localización industrial en México: los parques y ciudades industriales, 1953-1988, México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México, 1992.

HERNÁNDEZ R., Rogelio

Amistades, compromisos y lealtades: líderes y grupos políticos en el Estado de México, 1942-1993, México, El Colegio de México, 1998.

HUERTA GONZÁLEZ, Arturo

La política neoliberal de estabilización económica en México: límites y alternativas, México, Diana, 1994.

IBARRA SALAZAR, Jorge, Alfredo SANDOVAL MUSI y Lidia SOTRES CERVANTES

“México: Ingresos estatales y dependencia de las participaciones federales”, *Comercio Exterior*, vol. 49, núm. 5, 1999, pp. 438-444.

Ley General de Asentamientos Humanos

México, Comisión de Asentamientos Humanos, Cámara de Diputados/Secretaría de Desarrollo Social, 1993.

LOAEZA TOVAR, María Soledad

Clases medias y política en México: la querrela escolar, 1959-1963, México, Centro de Estudios Internacionales, El Colegio de México, 1988.

MARSHALL, J. Neill y Peter Anthony WOOD

Services and Space: Key Aspects of Urban and Regional Development, Gran Bretaña, Longman Scientific and Technical, 1995.

MARTÍNEZ ASSAD, Carlos R. y Alicia ZICCARDI

Política y gestión municipal en México, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988 (Cuadernos de investigación social, 18).

MELÉ, Patrice

Puebla, urbanización y políticas urbanas, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Universidad Autónoma Metropolitana, 1994.

MIZRAHI PERKULIS, Yemile

“La nueva oposición conservadora en México: la radicalización política de los empresarios norteros”, *Foro Internacional*, vol. 32, núm. 5, 1993.

MOLINATTI, Alejandra Catalina

“La geografía política de la región central mexicana: voto y gasto en solidaridad como relaciones de intercambio político”, tesis de maestría en desarrollo urbano, México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México, 1996.

MORALES GARZA, Martha Gloria

“Migración y comportamiento electoral en Querétaro”, tesis de maestría en ciencia política, México, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, 1995.

MORALES GARZA, Martha Gloria (coord.)

Grupos, partidos y cultura política en Querétaro, México, Facultad de Sociología, Universidad Autónoma de Querétaro, 1993.

NEGRETE SALAS, Marta Elena

Relaciones entre la Iglesia y el Estado en México, 1930-1940, México, Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México, 1988.

“Enrique Gorostieta: cristero agnóstico”, *Fragua mexicana*, núm. 44, México, El Caballito, 1981.

ORTEGA VALADEZ, Ernesto

Las organizaciones vecinales y las políticas habitacionales después de los sismos de 1985, México, CEDDU, El Colegio de México, 1989.

PETERSON, George E.

Decentralization in Latin America. Learning through Experience, Washington, D.C., Viewpoints, World Bank Latin American and Caribbean Studies, 1997.

PIETRI, René

Petróleo: agricultura y población en el sureste de México (Documentos de trabajo), México, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, 1985.

PUEC-UNAM

20 Años después: Los sismos del 85, México, Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad, Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.

ROCHA DÍAZ, Salvador

El nuevo federalismo mexicano: federalismo integral, México, Fundación Colosio, 1997 (Cuadernos de debate, Los poderes de la Unión, 25).

SALAS PORRAS SOULE, Alejandra

Grupos empresariales en Chihuahua de 1920 al presente, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas, 1992 (Documentos de trabajo).

SECOFI (Secretaría de Comercio y Fomento Industrial)

Resultados de la nueva política de inversión extranjera en México. 1989-1994, México, Miguel Ángel Porrúa, 1994.

Informe estadístico sobre el comportamiento de la inversión extranjera directa en México (enero-abril de 1997), México, s.e., 1997.

SKLAIR, Leslie

Assembling for Development. The Maquila Industry in Mexico and the United States, Londres, Thematic Studies in Latin America, Unwin Hyman, 1989.

SOBERANES REYES, José Luis

La reforma urbana. Una visión de la modernización de México, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

TÉLLEZ KUENZLER, Luis

La modernización del sector agropecuario y forestal. Una visión de la modernización de México, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

TRÁPAGA D., Yolanda

“Políticas agropecuarias y recursos naturales”, en Eulalia PEÑA TORRES y Emilio ROMERO POLANCO (coords.), *La modernización del campo y la globalización económica*, México, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, 1995 (La estructura económica y social de México).

TUDELA, Fernando

La modernización forzada del trópico: el caso de Tabasco: proyecto integrado del Golfo, México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México, 1989.

III. LA POBLACIÓN Y SUS REACOMODOS

EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA EN LAS ENTIDADES

En cincuenta años la Región Centro más que cuadruplicó su población, pues pasó de 7.7 millones en 1950 a 32.9 millones en 2000. Sin prisa pero sin pausa se incrementó la importancia relativa de la región desde la posrevolución hasta el final del siglo, cuando albergaba ya 33.79% de la población nacional. Aparentemente a partir de 1970 no presentó cambios notables respecto al resto de las regiones del país al mantenerse relativamente estática en cuanto a potencial concentrador de población (véase el cuadro 3.1 y la gráfica 3.1).¹

De acuerdo con estas cifras globales podemos decir que en el panorama de competencia demográfica entre las regiones del país, la zona central ha mantenido desde los años setenta su viejo equilibrio demográfico al albergar a cerca de un tercio del total de los mexicanos; después han sido otras las regiones ganadoras y perdedoras.²

Bajo esta aparente estabilidad se aprecian cambios en la importancia relativa y en las tendencias de crecimiento poblacional dentro de cada entidad durante el periodo de observación. La primera característica que destaca es la desigualdad en el tamaño de las unidades del conjunto, pues la más poblada, el Estado de México, era en el año 2000 trece veces mayor que Tlaxcala, la

¹ Opiniones calificadas concuerdan en que los datos del censo de 1980 son inconsistentes, de ahí la conveniencia de tomarlos con cautela. En el caso de la Región Centro se prefiere considerar que las tendencias demográficas se reflejan con mayor veracidad entre 1970 y 1990, por lo que en la medida de lo posible se omite en el análisis la información de 1980.

² Como ejemplo de regiones ganadoras están la frontera norte (Gutiérrez y Vázquez, 1995) (Alegría, 1992) y las costas (Cabrera, 1993; Aguilar, 1995) y entre las que han perdido importancia poblacional están algunas del sur y sureste, como Chiapas, Guerrero y Oaxaca.

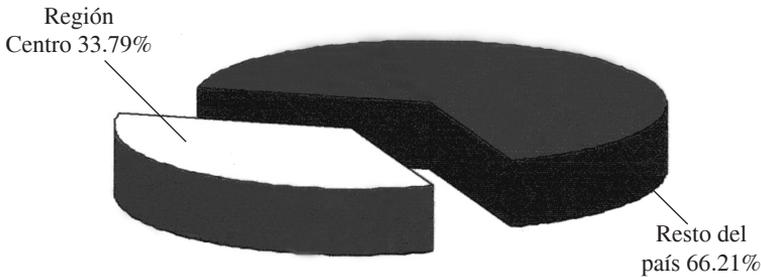
CUADRO 3.1
Región Centro. Población absoluta y relativa, 1950-2000

Clave	Entidad	Población					
		1950	1960	1970	1980	1990	2000
	República Mexicana	25 779 254	34 923 129	48 381 547	66 846 833	81 249 645	97 483 412
	Región Centro	7 736 565	10 789 600	15 931 698	23 533 882	27 073 576	32 936 450
	Resto del país	18 042 689	24 133 529	32 449 849	43 312 951	54 176 069	64 546 962
9	DF	3 050 442	4 870 876	6 874 165	8 831 079	8 235 744	8 605 239
13	Hidalgo	850 392	994 596	1 193 845	1 547 493	1 888 366	2 235 591
15	Estado de México	1 392 620	1 897 848	3 833 183	7 564 334	9 815 794	13 096 239
17	Morelos	272 841	386 263	616 118	947 089	1 195 059	1 555 296
21	Puebla	1 599 483	1 938 273	2 508 226	3 347 685	4 126 101	5 076 686
22	Querétaro	286 238	355 045	485 523	739 605	1 051 235	1 404 306
29	Tlaxcala	284 549	346 699	420 638	556 597	761 277	962 646
<i>Porcentajes respecto al país</i>							
	República Mexicana	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00
	Región Centro	30.01	30.90	32.93	35.21	33.32	33.79
	Resto del país	69.99	69.10	67.07	64.79	66.68	66.21
9	DF	11.83	13.95	14.21	13.21	10.14	8.83
13	Hidalgo	3.30	2.85	2.47	2.31	2.32	2.29
15	Estado de México	5.40	5.43	7.92	11.32	12.08	13.43
17	Morelos	1.06	1.11	1.27	1.42	1.47	1.60
21	Puebla	6.20	5.55	5.18	5.01	5.08	5.21
22	Querétaro	1.11	1.02	1.00	1.11	1.29	1.44
29	Tlaxcala	1.10	0.99	0.87	0.83	0.94	0.99
<i>Porcentajes respecto a la Región Centro</i>							
	Región Centro	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00
9	DF	39.43	45.14	43.15	37.52	30.42	26.13
13	Hidalgo	10.99	9.22	7.49	6.58	6.97	6.79
15	Estado de México	18.00	17.59	24.06	32.14	36.26	39.76
17	Morelos	3.53	3.58	3.87	4.02	4.41	4.72
21	Puebla	20.67	17.96	15.74	14.22	15.24	15.41
22	Querétaro	3.70	3.29	3.05	3.14	3.88	4.26
29	Tlaxcala	3.68	3.21	2.64	2.37	2.81	2.92

Fuente: INEGI, Censos generales de población y vivienda de 1950 a 2000.

de menor población. Los cambios más drásticos en la jerarquía regional se dieron entre el Estado de México y el Distrito Federal, pues en 1990 el primero pasó a ser el más poblado, tomando el lugar del Distrito Federal y haciéndolo perder la hegemonía que lo distinguió hasta ese momento. La carrera fue vertiginosa y para el 2000 ya lo superaba por 4.5 millones.

GRÁFICA 3.1
Región Centro. Población relativa, 2000



Fuente: Cuadro 3.1

Hidalgo es una entidad grande que cuenta con aproximadamente la mitad de los habitantes de Puebla, y aunque ha perdido importancia poblacional se mantiene como la cuarta entidad regional. Los estados más pequeños, Morelos, Querétaro y Tlaxcala, tenían poblaciones muy similares en 1950, pero con el paso del tiempo Tlaxcala ha quedado rezagada.

A pesar de que difieren mucho en su tamaño, las entidades que integran la Región Centro mostraban en conjunto en el año 2000 un esquema poblacional menos concentrado que el de 1960 cuando 45% de la población residía en el Distrito Federal. El Estado de México tiene hoy la mayor presencia demográfica, pues fue ganando población a paso acelerado desde los años sesenta y setenta, mientras que los estados de Morelos, Querétaro y Tlaxcala han reforzado su potencial demográfico y avanzado pausadamente en la jerarquía regional.

Es necesario tomar en cuenta en estos cambios la movilidad poblacional del Distrito Federal hacia el Estado de México

para percibir un panorama de estabilidad demográfica en las dos entidades metropolitanas consideradas en conjunto. Desde los años setenta concentran aproximadamente 22% de la población nacional y dos terceras partes de la regional.

La velocidad del incremento de la población regional, representada en las tasas promedio anuales, muestra que en los años ochenta la Región Centro redujo drásticamente su crecimiento respecto al país y que durante los noventa recuperó dinamismo hasta acercarse al del total nacional. A la vez, se observa un desfase en el ritmo de crecimiento entre entidades, pues cada decenio considerado tuvo sus propios protagonistas (cuadro 3.2 parte superior y gráfica 3.1).

En la década de los cincuenta, con una tasa anual de 4.78%, destacó la dinámica del crecimiento del Distrito Federal sobre la del resto de las entidades de la Región Centro y de todo el país. A lo largo de estos años se prolongó la inercia espectacular de la ciudad de México debido a su papel como centro incuestionable de las fuerzas que impulsaban el desarrollo industrial de la República (Garza, 1984).

CUADRO 3.2
Región Centro. Tasas de crecimiento poblacional 1950-2000

		<i>Tasas de crecimiento</i>				
<i>Clave</i>	<i>Entidad</i>	<i>1950-1960</i>	<i>1960-1970</i>	<i>1970-1980</i>	<i>1980-1990</i>	<i>1990-2000</i>
	República Mex.	3.08	3.44	3.17	2.02	1.85
	Región Centro	3.38	4.12	3.84	1.44	2.00
	Resto del país	2.95	3.12	2.83	2.32	1.78
9	DF	4.78	3.64	2.45	-0.71	0.44
13	Hidalgo	1.58	1.91	2.54	2.06	1.72
15	Edo. de México	3.14	7.56	6.78	2.70	2.95
17	Morelos	3.53	4.96	4.24	2.41	2.69
21	Puebla	1.94	2.71	2.83	2.16	2.11
22	Querétaro	2.17	3.30	4.15	3.66	2.96
29	Tlaxcala	1.99	2.02	2.74	3.26	2.40
		<i>Índices de crecimiento*</i>				
	República Mex.	1.00	1.00	1.00	1.00	1.00
	Región Centro	1.10	1.20	1.21	0.72	1.08
	Resto del país	0.96	0.91	0.89	1.15	0.96
9	DF	1.55	1.06	0.77	-0.35	0.24
13	Hidalgo	0.51	0.56	0.80	1.02	0.93
15	Edo. de México	1.02	2.20	2.14	1.34	1.59
17	Morelos	1.15	1.44	1.34	1.19	1.45
21	Puebla	0.63	0.79	0.89	1.07	1.14
22	Querétaro	0.71	0.96	1.31	1.82	1.60
29	Tlaxcala	0.65	0.59	0.86	1.61	1.29

* Tasa de crecimiento estatal / tasa de crecimiento nacional

Fuente: Cálculos propios elaborados con base en el cuadro 3.1

Al Distrito Federal le siguieron en importancia por su crecimiento poblacional los estados de Morelos y México, que presentaron en esos años tasas de 3.53 y 3.14% respectivamente, superiores a la de la población total de la República Mexicana, de 3.08%. En ese periodo el grupo de entidades formado por Hidalgo, Puebla y Tlaxcala mostró un crecimiento inferior a 2 por ciento.

Los años sesenta fueron el antecedente inmediato del periodo de redistribución regional que se analiza en este estudio. Durante esa década el DF perdió su liderazgo en las tasas de crecimiento; superó por muy poco el ritmo de la dinámica demográfica nacional y fue sobrepasado por la tasa máxima de 7.56% del Estado de México. En ese punto se disparó el proceso de metropolización de la ciudad de México (Unikel *et al.*, 1978).³

Llama la atención el ritmo elevado al que Morelos siguió creciendo durante los años sesenta y setenta, hecho que llevó a algunos autores a considerar que la región central del país estaba constituida por tres entidades completas: Distrito Federal, México y Morelos (Vining y Pallone, 1982).⁴

Durante los setenta se configuró por primera vez un patrón de crecimiento poblacional que sutilmente al inicio y luego con mayor nitidez se ha mantenido hasta hoy en la Región Centro: la totalidad de las entidades que la integran crece a ritmos mayores que el Distrito Federal, quien ha ido reduciendo su velocidad de crecimiento al tiempo que el Estado de México ha continuado el acelerado incremento demográfico que inició en los sesenta; el resto de las entidades de la región, excepto Hidalgo, alcanzó entre 1990 y 2000 tasas de crecimiento mayores que las observadas a escala nacional.

Hacia 1975 se inició el descenso de la fecundidad en México, por lo que el crecimiento demográfico del país se tornó más lento y pasó a sólo 2.02% entre 1980 y 1990 (Zavala de Cosío, 1992). A partir de entonces desaparecieron las espectaculares

³ La Zona Metropolitana de la Ciudad de México creció alrededor de 5% anual entre 1940 y 1980 (Garza y Picct, 1987).

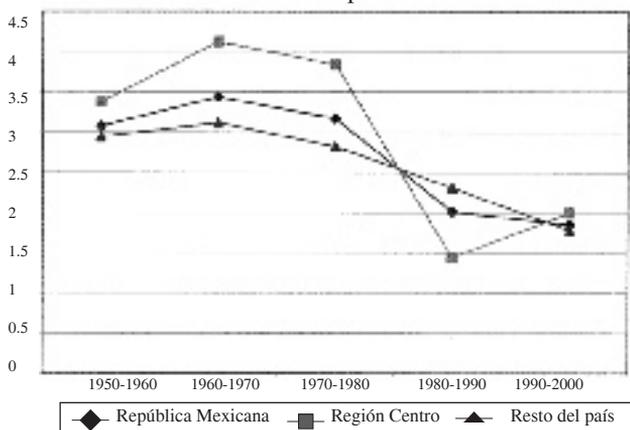
⁴ Lo que cada autor considera como región central es motivo de polémica y puede modificar las conclusiones sobre la reversión de las tendencias migratorias entre el centro y la periferia en varios países (Champion, 1988).

tasas de crecimiento en la región, se redujeron los contrastes entre las entidades y se manifestó su tendencia a ser cada vez más modestas y uniformes. El crecimiento del Distrito Federal se ha acercado a cero y el del Estado de México ha entrado a rangos similares a los de Morelos y Querétaro.

Los años noventa constituyen nuestra referencia estadística más próxima; en este lapso la zona central mostró un ímpetu renovado al superar el crecimiento nacional (2.0% anual frente a 1.85% del país). En el pasado reciente, que está representado en el decenio, la vanguardia en la velocidad del crecimiento demográfico en la zona correspondió en orden decreciente a los estados de Querétaro, México y Morelos, todos con tasas superiores a 2%. En el Distrito Federal continuó bajo, esta vez con una tasa positiva de 0.44 por ciento.

Con la intención de neutralizar el efecto del crecimiento natural sobre los cambios en la trayectoria demográfica de las entidades que conforman este espacio además de las tasas se construyeron índices de crecimiento poblacional (cuadro 3.2 parte inferior).⁵

GRÁFICA 3.2
Tasas de crecimiento poblacional 1950-2000



⁵ Con este índice las tasas de crecimiento estimadas se normalizaron respecto al crecimiento de la población del país. Presentan cifras mayores que uno las entidades cuyo crecimiento fue más elevado que el de la población nacional en su conjunto, y cifras menores que uno los estados que crecieron en el periodo de manera más lenta que ésta.

En ellos se observa que desde mediados de siglo la Región Centro ha crecido ligeramente más rápido que el país en su conjunto, y que cada una de las entidades lo hizo con su propia dinámica. El Distrito Federal presentó índices decrecientes, excepto en el decenio 1990-2000, cuando aparentemente experimentó un pequeño repunte el Estado de México; con una tendencia opuesta, que refleja el proceso de metropolización de la ciudad de México, mostró índices crecientes y siempre superiores a uno hasta 1980.

Morelos es la entidad cuyo crecimiento ha sido más consistente, ya que a lo largo de todo el periodo mantuvo índices uniformes y superiores a uno, lo cual revela que sus condiciones y su clima excepcional la hacen atractiva como lugar de asentamiento, algo que está por encima de los cambiantes factores socioeconómicos de la región y del país.

En contraste con Morelos, aunque con igual persistencia, Hidalgo mostró rechazo poblacional, excepto entre 1980 y 1990. Esta excepción podría deberse a la ya comentada mala calidad de la información de 1980, o al efecto desconcentrador de los sismos de 1985, que llevaron a cambiar de residencia a una parte significativa de la población del Distrito Federal, o a ambos factores combinados. Tal efecto podría explicar el hecho de que en ese decenio, y sólo en éste, el Distrito Federal haya manifestado un crecimiento negativo mientras el resto de las entidades alcanzó índices positivos y superiores a uno. De ser así, esta tragedia habría tenido consecuencias efectivas en la desconcentración poblacional de la capital mucho más notables que las de cualquier medida de política económica o social que deliberadamente se aplicara con esta intención.⁶ Puebla ha seguido una trayectoria

⁶ Los efectos de los sismos en la desconcentración de la población metropolitana y en los lugares de destino de quienes huyeron en los meses posteriores no han sido cuantificados por falta de información precisa sobre el éxodo, que para algunos fue sólo temporal y para otros definitivo. Estos tiempos aún se recuerdan con asombro en provincias de la Región Centro como Cuernavaca y Querétaro, y se les identifica como detonantes del proceso de desconcentración hacia esos sitios.

similar a la de esa entidad, con aumentos inferiores a uno hasta los años ochenta, pero con una tendencia ascendente en sus índices de crecimiento poblacional que lo llevó a un lugar superior a la media del crecimiento del país en 2000. Llamam la atención la lentitud del desarrollo y la reciente recuperación de la dinámica demográfica de esa entidad que alberga la cuarta ciudad más grande de México.

Querétaro muestra la situación más exitosa en cuanto a dinamismo demográfico durante los años ochenta, con las tasas de crecimiento más altas de la región; mientras que Tlaxcala supera la dinámica de crecimiento nacional a partir de ese mismo periodo y presenta a su vez índices mayores que uno.

En síntesis se puede decir que en los periodos 1970-1990 y 1990-2000 la Región Centro creció a un ritmo ligeramente superior al del total nacional. La estabilidad relativa de la proporción de la población nacional que ahí habita esconde sin embargo dinámicas demográficas nuevas y contrastantes entre las entidades que la componen:

- Un fuerte descenso en las tasas de crecimiento demográfico del Distrito Federal con tendencia a la estabilidad en el volumen de su población en un nivel entre 8 y 9 millones de habitantes.
- El periodo 1970-1990 fue la etapa culminante del crecimiento del Estado de México, fruto del proceso de metropolización en la capital del país; sin embargo muestra una tendencia a estabilizarse en poco menos de 40% de la población regional.
- Los estados que mostraron una dinámica ascendente, que los llevó a alcanzar la media de crecimiento nacional y estabilizar su peso relativo en la región fueron: Puebla, con 15%; Hidalgo, con 7% y Tlaxcala, con 3 por ciento.
- Se advierte el franco despegue de Querétaro hasta colocarse entre los estados de mayor crecimiento poblacional, cerca de Morelos que se ha mantenido en constante eferescencia.

Todo esto revela un panorama distinto del que prevalecía antes de 1970 y permite aseverar que en la región han cambiado los patrones tradicionales de distribución poblacional. Si antes predominaba una tendencia hacia la concentración demográfica en el Distrito Federal y posteriormente a los municipios metropolitanos del Estado de México, la nueva forma fue un abandono del Distrito Federal y una preferencia cada vez mayor por las entidades más pequeñas de Morelos, Querétaro y Tlaxcala. En este nuevo esquema los estados de Puebla e Hidalgo dejaron de perder población y su crecimiento se acercó mucho al ritmo de crecimiento del país.

El proceso de redistribución poblacional en la Región Centro ha sido ante todo resultado del debilitamiento del potencial concentrador que ejerció la ciudad de México durante casi medio siglo. Como paradoja, el nuevo dinamismo poblacional se ha apoyado una vez más en la localización respecto a la capital nacional. En un primer momento (1950-1970) fortaleciendo la dependencia respecto a la ciudad de México, y más recientemente (1970-2000) reforzando las ventajas propias de cada entidad y capitalizando el atractivo que ha perdido la Zona Metropolitana para los nuevos migrantes y para su propia población nativa.

MEZCLA DE LUGARES DE ATRACCIÓN Y RECHAZO

Si las diferencias entre las entidades son grandes en cuanto a tamaño y comportamiento demográfico, las de escala municipal son aún mayores. El acercamiento a esta diversidad enriquece la visión regional cuando se profundiza en ciertas características que se diluyen como resultado de la agregación estatal tanto en términos numéricos como espaciales.

Para justipreciar la evolución de la urbanización y del comportamiento de las ciudades de distintos tamaños durante el proceso de desconcentración es indispensable analizar la de las localidades, lo cual se hará más adelante. Sin embargo, con

la desagregación municipal logramos un primer acercamiento a la dinámica de distribución poblacional en el territorio regional, y particularmente a la evolución de los municipios metropolitanos.

Para acceder al análisis en esta escala conviene utilizar un viejo instrumento, el mapa, con el que se percibe visualmente el proceso de desconcentración y que nos facilita la identificación de los patrones de redistribución territorial de la población. La comparación simple de las tasas de crecimiento poblacional municipal en los tres periodos considerados resulta poco elocuente y casi nada se podría concluir respecto a su evolución; por ello se elaboró un indicador de la capacidad de cada municipio por periodo para atraer o expulsar población.⁷

De acuerdo con este indicador, en los municipios con equilibrio poblacional la tasa en el periodo oscila alrededor del crecimiento de la población nacional con un margen de $\pm 20\%$. Los clasificados como de atracción presentan tasas que están entre $+20\%$ y el doble de la nacional, y en los de fuerte atracción las tasas superan el doble de la nacional. Igual camino se siguió para calificar el grado de repulsión de los municipios que experimentaron crecimientos inferiores a los del país en su conjunto.

Al aplicar este método en cada periodo las tasas quedan estandarizadas, con lo que el efecto de la transición demográfica reflejado en las variaciones globales de la natalidad y la mortalidad se neutraliza y la comparación en el tiempo se hace posible. Además de la tabla de frecuencias en cada grupo (cuadro 3.3), otra forma de representación gráfica del proceso de desconcentración poblacional en el territorio regional consistió en dibujar el mapa con desagregación a escala municipal de las unidades que experimentaron atracción o expulsión po-

⁷ Sería sensato calcular el crecimiento social a partir del crecimiento natural, sin embargo la poca calidad de la información sobre natalidad y mortalidad en este nivel de desagregación ocasionaría que los resultados fueran dudosos.

blacional en los distintos subperiodos considerados (mapas 5, 6 y 7).

CUADRO 3.3
Región Centro. Clasificación de municipios por crecimiento social

Clase	1950-1970		1970-1990		1990-2000	
	Número de municipios	Superficie km ^{2*}	Número de municipios	Superficie km ^{2*}	Número de municipios	Superficie km ^{2*}
Fuerte atracción	18	2 204	26	3 458	20	2 030
Atracción	22	3 539	95	14 160	86	11 852
Equilibrio	105	18 442	178	32 249	172	31 238
Rechazo	168	34 552	109	25 214	187	38 792
Fuerte rechazo	220	40 132	125	23 788	68	14 957
Total	533	98 869	533	98 689	533	98 689

* Superficie calculada a partir de la cartografía censal del INEGI, 2000.

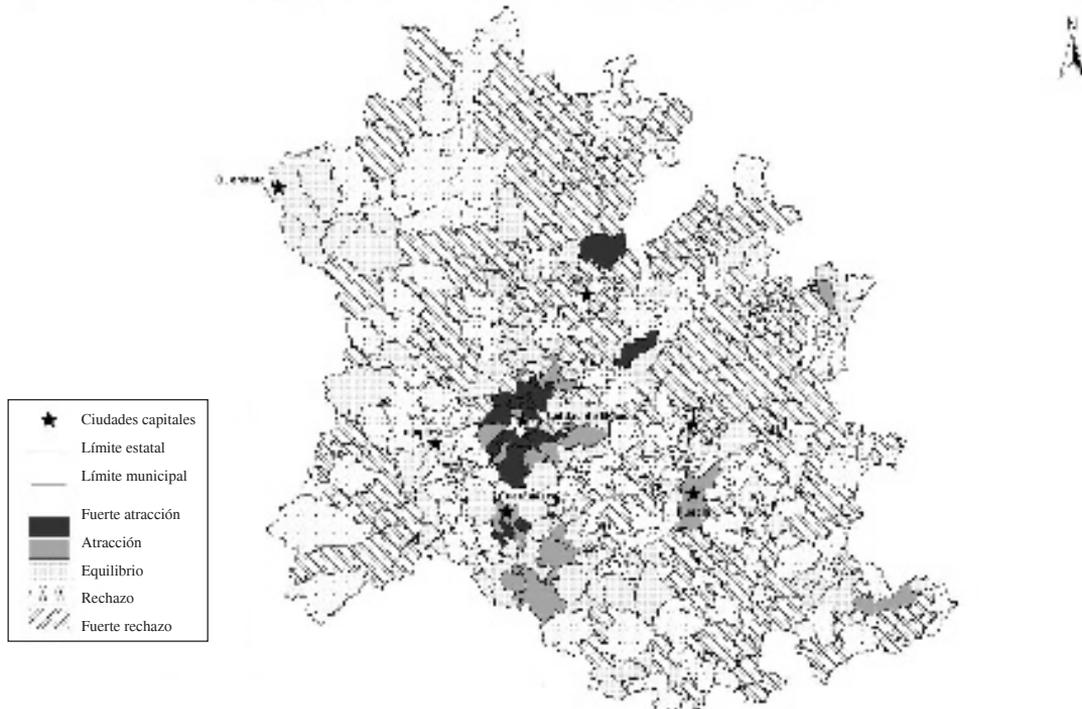
Nota: Para esta comparación se utilizó como base la cartografía censal de 1990 con 533 municipios.

Fuente: mapas M-1, M-2 y M-3

La imagen que surge de estos datos asemeja un rompecabezas deliberadamente diseñado para retar la habilidad de quien lo intente armar.⁸ La similitud en el tamaño de los municipios sólo se diluye un poco en Querétaro, en el norte de Hidalgo y en el extremo suroeste del Estado de México, en donde vemos municipios un tanto más extensos que en el resto del espacio regional. Esto obedece a que la creación del municipio moderno se apoya en la organización territorial precedente, que en la mayoría de los casos se remonta a la época colonial y aun a la prehispánica. Junto a su objetivo eminentemente político-administrativo,

⁸ Al compararlas con las de los municipios del norte del país se advierte que el tamaño de las unidades es más pequeño (toda la región cabría en unos cuantos municipios de Baja California o Sonora), y respecto a las de Oaxaca son ligeramente más extensas (pues éstas en promedio tienen 16 730 ha y las del centro del país 18 309 hectáreas).

MAPA 5
Región Centro: Tasas de crecimiento municipal, 1950-1970



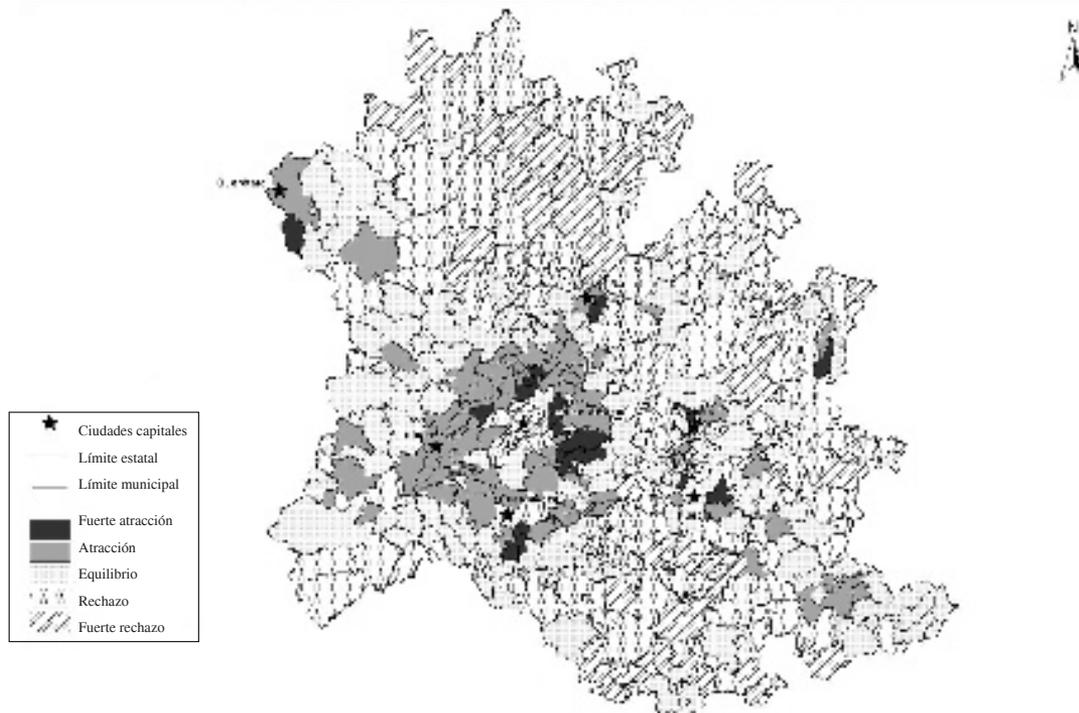
Fuente: Cálculos propios elaborados con base en la información de los Censos de Población y Vivienda de México, 1950 y 1970. La metodología utilizada se describe en el texto.

MAPA 6
Región Centro: Tasas de crecimiento municipal, 1970-1990



Fuente: Cálculos propios elaborados con base en la información de los Censos de Población y Vivienda de México, 1970 y 1990. La metodología utilizada se describe en el texto.

MAPA 7
Región Centro: Tasas de crecimiento municipal, 1990-2000



Fuente: Cálculos propios elaborados con base en la información de los Censos de Población y Vivienda de México, 1990 y 2000. La metodología utilizada se describe en el texto.

el “municipio libre” moderno tiene profundas raíces históricas, demográficas y culturales.⁹

La Región Centro fue siempre una zona densamente poblada debido a la riqueza y diversidad de sus paisajes y recursos naturales. Las localidades, grandes y pequeñas, funcionaban en la época prehispánica conforme a una sólida organización social y comunitaria, por lo que a la llegada de los españoles fue esta colonización la más intensa y mayor el mestizaje. Junto con la ciudad de México se fueron consolidando durante las épocas colonial e independiente centros urbanos muy importantes como Puebla y Querétaro, y llegaron a constituir un sistema urbano bastante equilibrado al iniciarse el siglo xx.¹⁰ Fue después de la Revolución y particularmente entre 1940 y 1970 cuando se acentuó la concentración en la urbanización nacional y regional y se concedió una alta primacía dentro del sistema urbano nacional a la ciudad de México (Unikel *et al.*, 1978).

Etapa de concentración, 1950 a 1970

Durante los primeros 20 años de nuestro periodo de estudio (mapa 5) es poca la frecuencia con que encontramos municipios de fuerte atracción y atracción moderada; en cambio en el extremo de fuerte repulsión se encuentra el mayor número de unidades. En este lapso sólo 41 municipios se clasificaron como de atracción y fuerte atracción, y 391 como de rechazo y fuerte rechazo poblacional, lo que refleja que la población se concentraba en un escaso territorio y la perdían extensas zonas de la región.

El crecimiento social más acentuado estaba en la primera corona de municipios y delegaciones que rodean el corazón de la

⁹ Una valiosa compilación de trabajos sobre el origen, la historia, y las convulsiones recientes del municipio mexicano aparecen en Boehm de Lameiras, 1987.

¹⁰ En 1900 la ciudad de México contaba con 344 721 habitantes, Puebla con 93 000, Pachuca con 37 487, Querétaro con 33 152, Toluca con 25 940 y Cuernavaca con 9 584.

ciudad de México, así como en los municipios de Morelos que colindan al sureste con Cuernavaca y Cuautla, y en dos municipios aislados de Hidalgo: Atotonilco el Grande y Tepeapulco (Ciudad Sahagún), que recibió en los años cincuenta y sesenta grandes inversiones.

Los municipios de atracción moderada estaban también en la periferia metropolitana de la ciudad de México, así como en diversas zonas de Morelos y en los municipios de Puebla y Tehuacán.¹¹ En esta etapa de concentración espacial ejercía atracción de manera casi exclusiva la ciudad de México, que vivía sus primeras etapas de metropolitanismo (Unikel, 1972), así como varios municipios de Morelos, que en cierta forma desempeñaban el papel de periferia metropolitana en expansión.

El vasto complemento del territorio regional en los cincuenta y sesenta estuvo sometido a un proceso de despoblamiento moderado o severo con lagunas de equilibrio poblacional que salpican el mapa principalmente alrededor de las ciudades importantes: ciudad de México, Cuernavaca, Puebla, Querétaro, Tlaxcala, Tehuacán y Atlixco. El trazo de una diagonal desde Querétaro hasta Tehuacán divide este mapa en dos sectores: el noreste aglutina a la mayoría de las unidades que sufrieron pérdidas de población y el suroeste a las de equilibrio y atracción.

Inicio de la desconcentración, 1970 a 1990

Entre 1970 y 1990 el crecimiento poblacional dibujó un patrón distinto y francamente más desconcentrado. En este segundo momento del análisis, representado en el mapa 6, la expansión metropolitana de la ciudad de México maduró y se alejaron los municipios con mayor crecimiento poblacional hacia la tercera y

¹¹ También aparece con atracción moderada el municipio de Ayotoxco de Guerrero en el norte de Puebla, que por tener muy poca población (1 539 habitantes) mostró un incremento considerable cuando aumentó en 1 114 habitantes en los años cincuenta. Éste, que fue un caso aislado entre 1950 y 1970, se multiplicó en las etapas subsecuentes.

cuarta coronas colindantes a la ciudad central, mientras los centrales se tornaron sitios de fuerte rechazo poblacional. La llamada ciudad central padeció un proceso agudo de pérdida poblacional en las delegaciones que la integraban (Cuauhtémoc, Venustiano Carranza, Miguel Hidalgo, Benito Juárez) y se difundió entre sus colindantes: Azcapotzalco y Gustavo A. Madero.

Los sitios atractivos para la población se multiplicaron orientándose hacia las capitales estatales y sus propias periferias, que acusaron procesos de metropolización incipientes, pero también hacia municipios menos urbanos y aun a otros con características semirurales. Las unidades de atracción y las de equilibrio demográfico se multiplicaron hasta volverse mayoría, al grado de que la superficie que ocupan estos dos grupos se duplicó, pues pasó de 21 981 km² en la etapa anterior a 46 409 km² 20 años después.

La categoría con avance más enérgico es la de atracción, en la cual se ubican las ciudades de Toluca, Puebla, Tlaxcala y Pachuca, mientras que las manchas de fuerte rechazo poblacional se reducen y consolidan en el norte de Hidalgo y el sur de Puebla.

Convergencia y consolidación, 1990-2000

El mapa 7 no es estrictamente comparable con los anteriores, pues en él se consignan los cambios en la dinámica de crecimiento social de los municipios correspondientes a 10 años y no a 20 como los anteriores.¹²

Aun con esta reserva se observa en el periodo nuevamente un cambio sustancial respecto a las etapas precedentes.

¹² En periodos más cortos los cambios pueden ser más bruscos y mostrar tendencias que no perduran en el mediano y el largo plazos. En una versión anterior de este capítulo que fue publicada en la revista *Estudios Demográficos y Urbanos* se analizaron los datos del quinquenio 1990-1995, y los resultados iban en una dirección que difiere de la que muestran los datos censales para el decenio completo.

En el rango de los de fuerte atracción aparecen dos municipios menos que entre 1970 y 1990, y también son un poco menos numerosos los de atracción poblacional. Los primeros se ubican en puntos específicos de las periferias de las zonas metropolitanas y sólo unos cuantos en la de la ciudad de México. El área de expulsión poblacional correspondiente a la ciudad central de la capital se amplía para incluir unidades de rechazo débil, rechazo marcado y equilibrio poblacional.

En cuanto a las unidades municipales que experimentaron rechazo, se observa en el decenio que disminuye casi a la mitad el número de ellas con fuerte rechazo y aumentan sensiblemente (de 109 a 187) las de rechazo moderado.

Con ánimo de describir geográfica y estadísticamente la información para este lapso se eliminaron los municipios extremos de fuerte atracción y fuerte rechazo poblacional. El saldo alrededor del rango de equilibrio (incluyendo crecimientos sociales positivos y negativos moderados) es de 445 municipios, y 81 882 km², que equivalen a 83% de las unidades y de la superficie regional. En los periodos precedentes estas proporciones eran de 56% entre 1950 y 1970, y 72% entre 1970 y 1990, lo cual marca un proceso de menor divergencia en la dinámica del conjunto.

En cuanto a la ubicación geográfica de los municipios en las diferentes clasificaciones, el mapa 7 muestra una consolidación de los espacios de atracción y equilibrio demográfico en una franja continua ancha, de orientación noroeste-sureste, que incluye a las principales ciudades y zonas metropolitanas y a sus periferias, así como los espacios intermetropolitanos que las conectan.

Por otra parte, las zonas de rechazo poblacional mezcladas con las de rechazo acentuado siguen dibujando subregiones bastante homogéneas en el norte de Querétaro, Hidalgo y Puebla y el extremo sur de Puebla, Morelos y el Estado de México. Las tendencias observadas indican el avance de la consolidación de espacios geográficos de atracción y rechazo y una mayor convergencia en el crecimiento social de las unidades municipales de esta región.

El papel de las ciudades del conjunto regional en la desconcentración poblacional ha sido clave. Hasta antes de 1970 los municipios que albergaban a las capitales estatales y las principales ciudades no ejercieron un poder particular de atracción sobre la población regional. Además de Cuernavaca y Cuautla, a las que se aludió al hablar de Morelos, sólo Puebla atrajo población a un ritmo moderado durante ese lapso. Tlaxcala, Toluca y Querétaro fueron neutras en su crecimiento, y Pachuca experimentó incluso rechazo poblacional.

Con el adelanto de la desconcentración todas estas ciudades cambiaron de categoría y se convirtieron en puntos de atracción poblacional moderada. Sin embargo el atractivo fue más elevado en algunos de sus municipios contiguos, en los que crecieron a ritmos más rápidos y reflejaron movimientos de suburbanización en una dinámica de crecimiento de corte metropolitano.

En las ciudades medias de la región el despegue de su crecimiento demográfico se dio desde el principio con más ímpetu en la periferia que en el centro urbano tradicional. No hubo un periodo previo —al menos suficientemente largo como para ser apreciado en lapsos de 20 años— en que se elevara el poder de concentración del municipio central de la ciudad. Esta forma de expansión de tipo metropolitano en cada una de las ciudades de la corona se ha consolidado y afinado en los años recientes al grado de que hoy está presente en todas esas localidades.

De acuerdo con la metodología utilizada resulta que ninguno de los municipios que albergan a las capitales regionales aparece con atracción fuerte en algún periodo. Fueron en cambio sus periferias las que lo hicieron, lo cual sugiere cierta simultaneidad en los fenómenos de metropolización y suburbanización en la zona.

LA MIGRACIÓN REGIONAL

La Región Centro es la zona en que la movilidad territorial de la población nacional ocurre con mayor intensidad, y ha sido por

amplio margen la más atractiva para los migrantes que en años recientes han abandonado la Zona Metropolitana de la Ciudad de México. Si en esta región vive uno de cada tres mexicanos (33.32%), también en ella residía 42.41% del total de migrantes interestatales entre 1985 y 1990 y dos de cada tres emigrantes del Distrito Federal (66.46 por ciento).

Reorientación de los flujos migratorios

Durante el periodo 1930-1970 la migración interna en el ámbito nacional tuvo una clara orientación rural urbana, principalmente hacia las ciudades más grandes del país (México, Guadalajara y Monterrey). El predominio de este tipo de migración fue consecuencia del modelo de desarrollo que se adoptó y de las políticas orientadas a aplicarlo, pues el fomento y el proteccionismo de la actividad industrial sustitutiva de importaciones tuvieron como escenarios las grandes zonas metropolitanas del país (Balán, Browning y Jelin, 1973; Stern y Muñoz, 1977).

Ante las evidencias de agotamiento de este estilo de desarrollo (crisis de la balanza comercial, crisis de endeudamiento, crisis fiscal, crisis bursátil etc.) se manifestaron las limitaciones e inconvenientes del ámbito metropolitano para impulsar la nueva vía que, en más de un sentido, está rompiendo esquemas anteriores: la apertura de mercados frente al proteccionismo; las privatizaciones frente a la participación directa del gobierno en la actividad económica; los apoyos dirigidos al desarrollo social frente a los subsidios generalizados; la mayor participación social en el terreno político electoral y comunitario frente al autoritarismo y la cerrazón, etcétera.

Los drásticos cambios en la orientación de los flujos migratorios en México encuentran explicación en varias esferas. Por una parte se explican por la vulnerabilidad material de las grandes ciudades —puesta de manifiesto con fenómenos como los sismos de 1985 y las explosiones en Guadalajara—; asimismo por su fragilidad ante las crisis económicas de los años ochenta,

las cuales incidieron con mayor fuerza en el desempleo y el costo de la vida de sus habitantes; por último, y como factor definitivo para muchos, están los problemas derivados del tamaño que han alcanzado estas ciudades, pues ante el reposicionamiento de los principales actores sociales han surgido problemas severos de inseguridad, congestión vial, contaminación y violencia.¹³

Entre los cambios más importantes de carácter nacional figuran la creciente importancia numérica de la migración; el abandono del patrón tradicional de movimientos del campo a la ciudad y la sustitución por trayectorias predominantemente urbano-urbanas o metropolitano-urbanas; la multiplicación de orígenes y destinos; la creciente intensidad en la movilidad de la población, y la mayor complejidad en los movimientos debida a la combinación de desplazamientos permanentes con temporales y de los internos con los internacionales (Corona, 1997; Conapo, 1997). Todo esto alimenta la pertinencia de la “hipótesis de la transición de la migración” (Zelinsky, 1971) en el caso mexicano.

Movimientos entre la Región Centro y el resto del país

Dentro de este panorama general de cambios del fenómeno migratorio en México se explica que el espacio central sufra con especial estrépito la reversión de los flujos rural-urbanos. Sin embargo es cuestionable si en esta transición la Región Centro avanza hacia una mayor consolidación como región, o si por el contrario los rasgos que la identifican y distinguen como tal se diluyen en un proceso de apertura e integración con otras zonas del territorio nacional.

El fenómeno es demasiado complejo para responder aquí a esta interrogante, ya que para ello sería necesario acudir a información de tipo funcional acerca de la evolución de los flujos de

¹³ En la Encuesta Nacional de Migración en Áreas Urbanas levantada por Conapo en 1987 los entrevistados manifestaron que estos problemas, y no los motivos estrictamente económicos, los llevaron a migrar.

CUADRO 3.4
Flujos migratorios en la Región Centro y el país

Entidad de destino	Absolutos			Relativos	
	Total	Originarios de entidades de la Región Centro	Originarios del resto del país	Región Centro	Resto del país
<i>Immigrantes a la Región Centro entre 1965 y 1970</i>					
DF	709 047	239 606	469 441	33.79	66.21
Hidalgo	20 658	12 734	7 924	61.64	38.26
Estado de México	651 933	421 019	230 914	64.58	35.42
Morelos	61 369	23 003	38 366	37.48	62.52
Puebla	62 058	27 866	34 192	44.90	55.10
Querétaro	19 319	6 812	12 507	35.26	64.74
Tlaxcala	11 213	8 726	2 487	77.82	22.18
Total rc	1 535 597	739 766	795 831	48.17	51.83
<i>Immigrantes a la Región Centro entre 1985 y 1990</i>					
DF	298 235	152 798	145 437	51.23	48.77
Hidalgo	66 964	51 216	15 748	76.48	23.52
Estado de México	786 367	620 777	165 590	78.94	21.06
Morelos	91 227	53 848	37 379	59.03	40.97
Puebla	125 686	69 636	56 050	55.40	44.60
Querétaro	67 857	41 467	26 390	61.11	38.89
Tlaxcala	35 858	29 824	6 034	83.17	16.83
Total rc	1 472 194	1 019 566	452 628	69.25	30.75
<i>Emigrantes a la Región Centro entre 1965 y 1970</i>					
DF	474 766	394 408	80 358	83.07	16.93
Hidalgo	95 418	80 157	15 261	84.01	15.99
Estado de México	142 474	97 985	44 489	68.77	31.23
Morelos	31 724	21 513	10 211	67.81	32.19
Puebla	145 890	110 280	35 610	75.59	24.41
Querétaro	32 630	22 711	9 919	69.60	30.40
Tlaxcala	33 395	30 687	2 708	91.89	8.11
Total rc	956 297	757 741	198 556	79.24	20.76
<i>Emigrantes a la Región Centro entre 1985 y 1990</i>					
DF	1 035 758	688 351	347 407	66.46	33.54
Hidalgo	85 909	61 405	24 504	71.48	28.52
Estado de México	271 421	139 127	132 294	51.26	48.74
Morelos	39 613	19 258	20 355	48.62	51.38
Puebla	139 132	84 325	54 807	60.61	39.39
Querétaro	29 264	10 919	18 345	37.31	62.69
Tlaxcala	25 028	19 241	5 787	76.88	23.12
Total rc	1 626 125	1 022 626	603 499	62.89	37.11

Fuente: INEGI, Censos Generales de Población y Vivienda 1970 y 1990

bienes, servicios y mensajes entre las entidades de la región y entre ésta y el resto del país. Aunque algunos estudios han aplicado este enfoque en la Región Centro (Graizbord, y Gallado, 1987; Conapo, 1991; Bataillon, 1997), en este apartado sólo se explora, siempre en el coto de los movimientos poblacionales, el camino por el cual transita nuestra región de estudio en cuanto a interdependencia y consolidación como sistema regional.

Con base en los datos censales relativos a la procedencia y destino de los migrantes en dos lapsos significativos, 1965-1970 y 1985-1990 (cuadro 3.4), se llega a la conclusión de que los inmigrantes de la Región Centro —es decir la población que cambió su entidad de residencia en el periodo de referencia— proceden cada vez en mayor medida de la propia zona central. Si entre 1965 y 1970, 5 de cada 10 habitantes que cambiaron de entidad de residencia procedían de otra entidad regional, 20 años después la proporción aumenta a 7 de cada 10.

El proceso ha sido inverso en cuanto a la emigración, pues la proporción de población que emigró de alguna entidad regional para dirigirse a otra entidad regional ha ido en descenso. De 1965 a 1970, ocho de cada 10 personas que abandonaron su entidad de residencia en la región se dirigieron a algún otro estado de la propia región y 20 años después sólo lo hicieron 6 de cada 10. En términos de inmigración los estados centrales fortalecieron su interdependencia en una aparente consolidación del sistema regional mientras que desde el punto de vista de la emigración la zona se abrió cada vez más y desarrollaba sus nexos con otras regiones del país.

Las ligas más fuertes de la región con el exterior ocurrieron en el campo de la emigración —principalmente desde la ZMCM— y se dieron con los estados de Guerrero, Guanajuato, Michoacán, Oaxaca, Veracruz y Aguascalientes. Todas estas entidades fueron importantes receptoras de migrantes originarios del Distrito Federal o del Estado de México (entre 30 y 40% de sus inmigrantes) de 1985 a 1990 y de 1995 a 2000 (cuadro 3.5).¹⁴

¹⁴ Respecto a la población nativa de cada entidad (mayor de 5 años), en los estados de Baja California Sur, Baja California, Campeche, Aguascalientes,

CUADRO 3.5
Emigración desde la ZMCM hacia el resto del país: 1985-1990 y 1995-2000

<i>Destino</i>	<i>Origen</i>	
	<i>Residentes en el DF y el Estado de México en 1985 (%)</i>	<i>Residentes en el DF y el Estado de México en 1995 (%)</i>
<i>Entidad de residencia en 1990 y 2000</i>		
República Mexicana	37.59	34.01
Región Centro	56.53	56.16
Resto del país	23.65	18.36
Aguascalientes	42.08	34.08
Baja California	15.41	9.94
Baja California Sur	18.45	12.55
Campeche	9.70	8.00
Coahuila	14.89	9.92
Colima	13.92	11.12
Chiapas	29.41	26.75
Chihuahua	13.13	8.01
Distrito Federal	27.03	46.18
Durango	14.40	7.96
Guanajuato	51.55	42.63
Guerrero	49.52	40.57
Hidalgo	67.08	65.70
Jalisco	27.25	20.11
Estado de México	69.75	65.18
Michoacán	48.32	37.70
Morelos	51.59	50.07
Nayarit	10.80	7.82
Nuevo León	12.54	11.51
Oaxaca	40.84	40.88
Puebla	44.20	41.45
Querétaro	54.84	52.12
Quintana Roo	14.41	15.57
San Luis Potosí	33.71	25.79
Sinaloa	8.12	5.05
Sonora	10.65	5.98
Tabasco	14.25	14.47
Tamaulipas	12.00	8.18
Tlaxcala	51.86	43.02
Veracruz	29.81	32.95
Yucatán	30.87	18.74
Zacatecas	26.08	15.59

Fuente: INEGI, Migración, tabulados temáticos, tomo I, XI, Censo General de Población y Vivienda y Censo 2000.

Si atendemos a las entidades particulares observamos que las relaciones más estrechas ocurrieron entre Querétaro y Guanajuato, entre Morelos y Guerrero, y entre el Estado de México y Michoacán, es decir, con un estado vecino y colindante. Esta relación ha evolucionado en el sentido anunciado, es decir, la inmigración hacia el estado que forma parte de la Región Centro disminuyó en los 20 años considerados mientras los traslados de este último hacia la entidad externa a la región se incrementaron. La sola y notable excepción a esta dinámica es Guanajuato, de donde han salido volúmenes de migrantes cada vez más numerosos hacia Querétaro.

Lazos entre entidades

Poco se ha analizado hasta ahora el fortalecimiento o debilitamiento de los lazos entre las unidades del conjunto regional.¹⁵ La magnitud y el predominio de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México en el ámbito regional ha oscurecido los nexos entre el resto de los estados que la circundan.

Con el fin de explorar estas ligas utilizando la información sobre movilidad poblacional se construyeron matrices de inmigración y emigración para la zona en los periodos 1965-1970 y 1985-1990. En ellas se ilustra la forma en que evolucionaron los flujos de migrantes en su volumen, dirección y sentido entre los estados de la región en esos intervalos (cuadros 3.6 y 3.7). En ambas matrices las cifras absolutas de migrantes son equivalentes, sin embargo los porcentajes corresponden a la importancia relativa de estos flujos respecto a la emigración total del lugar de procedencia (matriz de emigración) y respecto a la inmigración

Colima y sobre todo Quintana Roo fue mayor la importancia relativa de los migrantes que provenían del DF y el Estado de México, superando al promedio en la Región Centro, que es de 6.21 por ciento.

¹⁵ Quizá el estudio más significativo sea el de Chávez y Savenberg, 1995.

total del lugar de destino (matriz de inmigración). Del análisis de esta información podemos inferir que:

1) El Distrito Federal es cada vez menos importante como lugar de destino para quienes abandonan alguna entidad regional. Entre ambos quinquenios dicha importancia se ha reducido aproximadamente a la mitad (véase el primer renglón de la matriz de emigración). Por ejemplo, la proporción de los que salieron de Morelos para dirigirse al DF bajó de 43 a 20%, y en el caso de los poblanos de 46 a 22%. Esto es cierto aun para el caso del Estado de México, pues el DF sólo fue elegido como destino por 30% de quienes abandonaron esa entidad entre 1985 y 1990. A pesar de ello continuó siendo el origen de la mayoría de los inmigrantes al DF.

En cambio los emigrantes del DF constituyen los flujos más voluminosos hacia todas las entidades de la región, destino privilegiado para quienes dejan la capital. Como ejemplo, los emigrantes del DF con destino a Hidalgo pasaron de 5 214 entre 1965 y 1970 a 28 686 entre 1985 y 1990, es decir, de 1 al 3% de la emigración total del DF.

2) La intensidad de los flujos de migrantes entre el DF y el Estado de México continúa. Los que llegaron al Estado de México procedentes del DF siguieron en aumento hasta alcanzar más de medio millón de personas entre 1985 y 1990, y en cambio en sentido contrario la corriente se mantuvo estable en alrededor de 80 000 personas durante ambos quinquenios. Entre ambos periodos cambió la importancia relativa de estos flujos respecto a la emigración de ambas entidades, la cual disminuyó de 56 a 30% del total de emigrantes del Estado de México y de 77 a 53% de los que salieron del DF. Este hecho habla de una menor intensidad en los movimientos entre el centro y la periferia metropolitana en aras del mayor fogueo en la región.

3) Dejando fuera al DF y al Estado de México, los emigrantes de todas las entidades regionales con destino a la propia región representan proporciones mínimas, aunque van en aumento (por ejemplo, los emigrantes de Hidalgo con destino a Puebla pasaron de 3 a 5%, los de Tlaxcala con destino a Hidalgo pasaron de 3

CUADRO 3.6
Matriz de emigración, 1965-1970 y 1985-1990*

Entidad de destino	Entidades de procedencia													
	Distrito Federal		Estado de México		Hidalgo		Morelos		Puebla		Querétaro		Tlaxcala	
	1965-1970	1985-1990	1965-1970	1985-1990	1965-1970	1985-1990	1965-1970	1985-1990	1965-1970	1985-1990	1965-1970	1985-1990	1965-1970	1985-1990
Distrito Federal			79 662 55.91%		49 615 52.00%		13 799 43.50%		67 520 46.28%		12 723 38.99%		16 287 48.77%	
				29.81% 80 905		26.71% 22 947		19.70% 7 802		22.42% 31 200		15.61% 4 568		21.48% 5 376
Estado de México	365 951 77.08%				25 474 26.70%		5 857 18.46%		29 594 20.29%		9 322 28.57%		7 616 22.81%	
		53.00% 548 974				33.98% 29 191		21.24% 8 413		24.58% 34 199		18.26% 5 345		23.32% 5 836
Hidalgo	5 214 1.10%		3 723 2.61%				323 1.02%		2 259 1.55%		666 2.04%		872 2.61%	
		2.77% 28 686		6.02% 16 336				1.40% 556		2.96% 4 125		3.44% 1 006		4.25% 1 063
Morelos	7 111 1.50%		8 405 5.90%		852 0.89%				6 635 4.55%		267 0.82%		218 0.65%	
		3.13% 32 463		5.40% 14 648		1.75% 1 507				4.08% 5 680		1.48% 434		1.69% 422
Puebla	10 992 2.32%		6 195 4.35%		3 128 3.28%		1 857 5.85%				337 1.03%		5 694 17.05%	
		3.69% 38 231		6.45% 17 505		5.04% 4 331		7.68% 3 043				1.82% 533		26.15% 6 544
Querétaro	3 477 0.73%		2 247 1.58%		1 088 1.14%		146 0.46%		441 0.30%				64 0.19%	
		2.66% 27 553		3.59% 9 733		3.67% 3 155		1.54% 610		0.74% 1 030				0.88% 221
Tlaxcala	1 663 0.35%		1 741 1.22%		813 0.85%		237 0.75%		4 272 2.93%		56 0.17%			
		1.20% 12 462		2.27% 6 160		2.08% 1 785		0.75% 296		6.56% 9 121		0.65% 191		
Región Centro	394 408 83.07%		101 973 71.57%		80 970 84.86%		22 219 70.04%		110 721 75.89%		23 371 71.62%		30 751 92.08%	
		66.46% 688 351		53.53% 145 287		72.71% 62 462		52.31% 20 720		61.35% 85 355		41.27% 12 077		77.76% 19 462
Resto del país	80 358 16.93%		40 501 28.43%		14 448 15.14%		9 505 29.96%		35 169 24.11%		9 259 28.38%		2 644 7.92%	
		33.54% 347 407		46.74% 126 134		27.29% 23 447		47.69% 18 893		38.65% 53 777		58.73% 17 187		22.24% 5 566
Total República Mexicana	474 766 100%		142 474 100%		95 418 100%		31 724 100%		145 890 100%		32 630 100%		33 395 100%	
		100% 1 036 758		100% 271 421		100% 85 909		100% 39 613		100% 139 132		100% 29 264		100% 25 028

Fuente: INEGI, Censos Generales de Población y Vivienda, 1970 y 1990.
*Porcentajes de la emigración del lugar de origen.

CUADRO 3.7
Matriz de inmigración, 1965-1970 y 1985-1990*

Entidad de destino	Entidades de destino													
	Distrito Federal		Estado de México		Hidalgo		Morelos		Puebla		Querétaro		Tlaxcala	
	1965-1970	1985-1990	1965-1970	1985-1990	1965-1970	1985-1990	1965-1970	1985-1990	1965-1970	1985-1990	1965-1970	1985-1990	1965-1970	1985-1990
Distrito Federal			365 951 55.82%		5 214 25.06%		7 111 11.47%		10 992 17.42%		3 477 17.81%		1 663 14.78%	
				69.75%		42.74%		35.55%		30.31%		40.53%		34.71%
			548 974		28 686		32 463		38 213		27 553		12 462	
Estado de México	79 662 10.92%				3 723 17.89%		8 405 13.56%		6 195 9.82%		2 247 11.51%		1 741 15.48%	
		27.03%				24.34%		16.04%		13.89%		14.32%		17.16%
		80 905		16 336		14 648		17 505		9 733		9 733		6 160
Hidalgo	49 615 6.80%		25 474 3.89%				852 1.37%		3 128 4.96%		1 088 5.57%		813 7.23%	
		7.67%		3.71%				1.16%		3.44%		4.64%		4.97%
		22 947		29 191			1 057		4 331		3 151		1 785	
Morelos	13 799 1.89%		5 857 0.89%		323 1.55%				1 857 2.94%		146 0.75%		237 2.11%	
		2.61%		1.07%		0.83%			2.41%		0.90%		0.82%	
		7 802		8 413		556			3 043		610		296	
Puebla	67 520 9.25%		29 594 4.51%		2 259 10.86%		6 635 10.71%				441 2.26%		4 272 37.98%	
		10.42%		4.35%		6.15%		6.22%			1.52%		25.40%	
		31 200		34 199		4 125		5 680			1 030		9 121	
Querétaro	12 723 1.74%		9 322 1.42%		666 3.20%		267 0.43%		337 0.53%				56 0.50%	
		1.53%		0.68%		1.50%		0.48%		0.42%			0.53%	
		4 568		5 345		1 006		434		533			191	
Tlaxcala	16 287 2.23%		7 616 1.16%		872 4.19%		218 0.35%		5 694 9.02%		64 0.33%			
		1.80%		0.74%		1.58%		0.46%		5.19%		0.33%		
		5 376		5 836		1 063		422		6 544		221		
Región Centro	239 606 32.84%		443 814 67.70%		13 057 62.75%		23 488 37.90%		28 203 44.70%		7 463 38.23%		8 782 78.04%	
		51.05%		80.30%		77.14%		59.90%		55.66%		62.22%		83.59%
		152 798		631 958		51 772		54 704		70 169		42 298		30 015
Resto del país	489 994 67.16%		211 780 32.30%		7 751 37.25%		38 490 62.10%		34 894 55.30%		12 060 61.77%		2 466 21.92%	
		48.95%		19.70%		22.86%		40.10%		44.34%		37.78%		16.41%
		146 487		155 062		15 342		36 618		55 887		25 678		5 891
Total República Mexicana	729 600 100%		655 594 100%		20 808 100%		61 978 100%		63 097 100%		19 523 100%		11 248 100%	
		100%		100%		100%		100%		100%		100%		100%
		299 285		787 020		67 114		91 322		126 056		67 976		35 906

Fuente: INEGI, Censos Generales de Población y Vivienda, 1970 y 1990.
*Porcentajes respecto a la inmigración en la entidad de destino.

a 4%). Esto habla en favor de una tendencia, aunque muy débil, hacia la consolidación regional desde el punto de vista de la emigración. La excepción a este patrón son los poblanos y mexicanos, pues los que se mudaron pasaron de 5 a 4% en el primer caso y de 6 a 5% en el segundo.

4) En la matriz de inmigración (cuadro 3.7) podemos observar un aspecto complementario: la composición de la inmigración en los estados de la Región. A la luz de esta información apreciamos que el abrumador aumento de los originarios del DF y del Estado de México hace que en general el peso de los originarios del resto de las entidades regionales disminuya o se mantenga igual respecto al total de inmigrantes.

5) A pesar de esta ligera pero positiva tendencia hacia la consolidación regional es necesario ponderar tal resultado, pues hay entidades que se mantienen prácticamente aisladas respecto a otras de la Región Centro; son los huecos en las matrices de migración. El caso más patente es el de Querétaro, que casi no establece intercambios poblacionales con Puebla, Morelos, Tlaxcala y el Estado de México.

Tlaxcala es también una entidad con escaso intercambio de migrantes regionales. Se encuentra fuertemente vinculada con Puebla, menos con el DF y débilmente con Hidalgo, y sus canales con Morelos, Querétaro y el Estado de México son prácticamente nulos.

6) En contraste con el movimiento hacia la consolidación, la región se ha abierto más en cuanto a la diversificación de los lugares de destino de sus emigrantes. Aunque todas las entidades presentan una tendencia similar, en particular Querétaro y Morelos han reducido más radicalmente la proporción de emigrantes que se dirige al resto de la región (Querétaro se ha abierto a Guanajuato, Morelos a Guerrero y el Estado de México a Michoacán) (Chávez y Savenberg, 1995).

7) Las entidades que albergan a las ciudades más grandes —Distrito Federal, México y Puebla— tienen menos dependencia migratoria de la región. La procedencia de sus inmigrantes es más diversificada, pues reciben proporciones mayores de migrantes externos.

Con base en las tasas de migración neta (inmigración menos emigración) se confirma que la dinámica migratoria interestatal sigue las tendencias ya reveladas respecto a la trayectoria de los estados (cuadro 3.8): el DF frenó su atracción y se convirtió en entidad expulsora desde los años setenta, el Estado de México alcanzó tasas elevadas de migración neta que disminuyeron sensiblemente entre 1980 y 1990, periodo en que Morelos presentó la tasa positiva mayor de toda la región. Hidalgo aún perdió población con tasas negativas pero en ascenso hasta acercarse a cero. Puebla presentó una dinámica similar y llegó a tasas menores que uno. Tlaxcala se volvió una entidad ganadora y Querétaro un foco de atracción.

CUADRO 3.8
Tasas de migración neta interestatal por entidad
de residencia, 1950-1990

	<i>Tasa anual por mil residentes</i>			
	<i>1950-1960</i>	<i>1960-1970</i>	<i>1957-1980</i>	<i>1980-1990</i>
Distrito Federal	13.98	1.16	-11.81	-22.33
Estado de México	7.65	26.76	-29-23	14.91
Morelos	7.78	8.77	-5.17	15.23
Querétaro	-11.59	2.31	2-58	8.65
Hidalgo	-7.48	-9.97	-5.77	-0.49
Puebla	-4.63	-4.95	-4.59	-1.09
Tlaxcala	-9.68	-6.87	-4.97	3.76

Fuente: Cálculos propios elaborados con base en los datos publicados por Rodolfo Corona Vázquez en su artículo "Migración permanente interestatal e internacional 1950-1990", *Comercio Exterior*, vol. 45, núm. 8, 1993.

Un retrato de los nuevos migrantes

Como consecuencia de la reversión de la migración hacia las grandes ciudades se han modificado algunos de los rasgos característicos los migrantes internos en México en periodos anteriores. En este apartado se hace referencia a algunos de los

aspectos que distinguen a estos nuevos migrantes en la región de estudio, y se presentan ciertas peculiaridades de la población que abandonó el Distrito Federal.¹⁶ Si bien las diferencias respecto a los migrantes de todo el país resultan mínimas, al identificarlas se vislumbran los factores y ventajas que están atrayendo población hacia esta zona.

Edad y preparación escolar

La estructura poblacional de la Región Centro se distingue de la del país en que hay ligeramente más mujeres que hombres y la pirámide se abulta un poco en las edades activas (de 15 a 60 años). Hay proporcionalmente menos niños y menos ancianos que en el país en su conjunto. El alejamiento de la media nacional es reducido, pues no rebasa 2%, y la diferencia llega a su máximo en el grupo de edad de entre 30 y 35 años. La composición poblacional de la Región Centro sugiere que allí hay más posibilidades de ejercer actividades económicas que en el resto del país, y en especial más oportunidades para las mujeres.

Los migrantes totales interestatales de la región entre 1985 y 1990 se concentraron en edades más tempranas que las de la población total: entre 25 y 39 años y en el grupo que supera 60 años, que es también más grueso. Este dato es congruente con el tipo de traslados en la zona, que corresponde a adultos jóvenes y personas de edad avanzada. En los grupos de mayor edad se observa que emigran más ancianas que ancianos en esta región, hecho que podría encontrar explicación en un contexto de migración de “retorno”, ya que en las etapas anteriores los flujos presentaban un predominio femenino (Rogers y Castro, 1982).

¹⁶Para conocer los antecedentes de los patrones migratorios recientes rumbo a la Zona Metropolitana de la Ciudad de México y a la región centro véanse los trabajos de Corona, Luque, s.f; y Chávez y Savenberg, 1995.

Los originarios del Distrito Federal con destino al resto de la región (dos de cada tres emigrantes) son un grupo proporcionalmente muy joven, especialmente en el rango entre 25 y 35 años, y con más niños que aquellos que emigran hacia entidades más lejanas. Las mujeres que salen lo hacen antes, con una diferencia de cinco años respecto a los hombres. Esto sugiere cierta preferencia de las parejas jóvenes con hijos a abandonar el DF. La búsqueda de empleo y de ambientes más sanos fuera de la ciudad de México para criar a los niños puede ser un factor que promueva la migración en la región.

En la escolaridad existe una selectividad positiva, pues el nivel educativo que alcanza la población que migra es superior al de quienes no cambiaron de entidad de residencia entre 1985 y 1990 (cuadro 3.9). La proporción de los que completaron la primaria, la secundaria o cursaron algún año de estudios técnicos, bachillerato o universidad es mayor entre los migrantes que entre los no migrantes.

CUADRO 3.9
Región Centro: Población migrante y no migrante entre 1985 y 1990
por nivel de educación* (porcentajes)

	<i>Primaria completa</i>	<i>Secundaria completa</i>	<i>Algún año de estudios técnicos o comerciales con secundaria</i>	<i>Algún año de preparatoria o comercial</i>	<i>Algún año de educación superior</i>
Población total					
De la Región Centro	17.23	10.96	4.33	8.50	7.86
Del Distrito Federal	16.51	12.45	6.33	11.94	13.09
No migrante					
De la Región Centro	17.20	10.87	4.29	8.40	7.64
Del Distrito Federal	16.39	12.44	6.42	12.01	13.04
Migrante					
Originarios de					
la Región Centro	18.15	12.57	5.03	10.05	10.64
Originarios del DF	20.27	13.47	4.72	10.31	12.51

Fuente: INEGI, Migración, tabulados temáticos, tomo I, XI Censo General de Población y Vivienda, 1990.

* Porcentajes respecto a la población de 6 años y más.

Al distinguir entre los migrantes y los no migrantes del Distrito Federal observamos una diferencia: una parte de los que emigran es proporcionalmente más escolarizada, ya que son mayores los porcentajes de gente con primaria y secundaria terminada, sin embargo los migrantes con niveles de instrucción más elevados —es decir, con preparatoria o universidad— representan porcentajes menores que los correspondientes a los no migrantes. En resumen, los migrantes están más preparados que los no migrantes de la región, excepto en el caso de los originarios del Distrito Federal con educación media superior y superior. Este grupo se encuentra en el rango más alto de escolaridad y al parecer tiende a permanecer en el Distrito Federal, donde seguramente encuentra todavía mejores opciones de desarrollo profesional que en la provincia.¹⁷

Estas características educativas de los nuevos migrantes alteran la composición tradicional del flujo migratorio rural urbano, que se componía *grosso modo* de grupos de campesinos con pocos estudios, aunque también con selectividad educativa positiva respecto a sus comunidades de origen (Stern, 1975; Stern y Cortés, 1979). Con el nuevo patrón metropolitano urbano o metropolitano rural la selectividad positiva en cuanto a escolaridad puede tener repercusiones favorables en los lugares de destino, tanto por el efecto demostración que supone, como por la elevación de la productividad, los cambios

¹⁷ En un artículo donde se analiza a los migrantes de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México con datos de la encuesta demográfica de 1992 (ENADID) se destacan algunas de sus características frente a otros grupos: 1) Entre los emigrantes de la Zona Metropolitana son mayores las proporciones de casados y jefes de hogar con edades entre 20 y 35 años, 2) La mitad se dirige a ciudades mayores de 100 000 habitantes y 20% se movió a zonas francamente rurales. Un tercio de los emigrantes “chilangos” en realidad no lo son tanto, pues el movimiento observado constituyó el regreso a su entidad natal, 3) Los emigrantes chilangos están mejor preparados, pero esto no se aplica en el extremo de mayor escolaridad y 4) Los “chilangos” tienen mejores ocupaciones que el conjunto de habitantes de los lugares de origen adonde han llegado (Browning y Corona, 1995). Estos resultados son congruentes con los que aquí se presentan.

culturales y la mejora en la calidad de vida que estos migrantes pueden inducir.¹⁸

Inserción en el mercado laboral

Si en la mayoría de los casos el principal móvil de la migración continúa siendo laboral, los cambios en el volumen, la dirección y la composición de los flujos migratorios en la Región Centro deben haber ido acompañados por transformaciones en los mercados laborales de los lugares de origen y destino. En este apartado se apuntan algunos de ellos. La base del análisis es la información del censo de 1990.

En los datos relativos a la estructura ocupacional de los migrantes interestatales de la región entre 1985 y 1990 se consiguen algunas diferencias de la población económicamente activa ocupada en la región y sus entidades, en comparación con la del resto del país, en cuanto a rama de actividad, ocupación principal, situación laboral e ingreso.

La Región Centro se especializa en varias ramas de actividad que ocupan proporciones relativamente elevadas de trabajadores en relación con la proporción nacional. Las cinco ramas de especialidad más destacadas son en orden decreciente: 1) servicios financieros, 2) servicios profesionales y técnicos, 3) administración pública y defensa, 4) transportes y comunicaciones y 5) manufactura.

Éstas son las ramas que, comparativamente con el país, generan más empleo en la región, aunque también destacan en menor grado: comercio, servicios personales y de mantenimiento, servicios comunales y sociales, electricidad y agua. A esa estructura ocupacional notablemente diversificada se debe que los migrantes encuentren un abanico amplio de opciones ocupacionales en la zona.

¹⁸ Un estudio realizado en Querétaro muestra por ejemplo el cambio en las preferencias electorales inducido por los migrantes de la ciudad de México (Morales, 1995).

Más elocuente quizá es el hecho de que además de las actividades primarias (agricultura, minería, extracción de petróleo y gas), que son realmente bajas, las únicas ramas en que no se especializa la región son la construcción y los servicios de restaurantes y hoteles. Se diría que la nueva actividad constructiva y turística del país se está concentrando fuera del espacio regional.

Dentro de la diversificación general de la actividad regional, en cada entidad sobresalen una o dos ramas en las cuales se concentran las proporciones más elevadas de migrantes. Los migrantes potenciales de la zona reciben de una u otra forma señales tentadoras de estas ramas con mayor desarrollo relativo que los impulsan a cambiar su lugar de residencia .

Aunque los servicios avanzados —financieros, profesionales y técnicos— son los que distinguen la especialización laboral en el Distrito Federal, no son éstas las ramas que ocuparon a la mayoría de los inmigrantes recientes. Ellos, y principalmente ellas, se dirigieron a los servicios personales y de mantenimiento.

En primer término el flujo de migrantes a esta capital está integrado por mujeres que desempeñan tareas de baja calificación y remuneración en los servicios domésticos. Sin embargo las oportunidades para el sexo femenino no se reducen a esta rama, ya que en la mayoría de las demás actividades económicas la especialización es mayor para las mujeres que para los hombres. Desde esta perspectiva el Distrito Federal es el paraíso de las mujeres que trabajan en México.

En coincidencia con lo anterior podemos observar que entre los migrantes recientes a la capital predominan las ocupaciones de nivel bajo. Sobresale en primer lugar la ocupación como trabajador doméstico (39.85%), tres veces más importante que las que le siguen, que son: trabajadores en servicios públicos (12.53%), ambulantes (11.51%), ayudantes y similares (11.30 por ciento).¹⁹

¹⁹ Cuando se habla de las ocupaciones, los porcentajes se establecen respecto al total de migrantes interestatales del país en esta ocupación entre 1985 y 1990.

Por su participación en la vida metropolitana el Estado de México presenta una elevada diversificación en su estructura ocupacional. Las ramas con mayor grado de especialización son el transporte, la manufactura, la electricidad y el agua, así como la administración pública y la defensa; también los servicios profesionales, los personales y el comercio emplean proporciones altas de trabajadores.

Quienes migraron recientemente a esta entidad, tanto hombres como mujeres, encontraron acomodo en varias de estas ramas de actividad, pero con mayor frecuencia en el transporte y las comunicaciones, la manufactura, y varios tipos de servicios: financieros, públicos, profesionales y técnicos. Según manifiestan los migrantes, su ocupación principal es la de operadores del transporte (32.05%) y en segundo término de oficinistas (29.69 por ciento).

La minería, el petróleo y el gas son las ramas que atraen más migrantes a Hidalgo, y en ellas se especializa la estructura ocupacional de la entidad. La tradicional riqueza minera, así como la actividad de la refinería de Pemex en Tula, continúan siendo el eje de la economía hidalguense. Aparentemente las mujeres migrantes encuentran sitio con más facilidad que los hombres en estas actividades, ya que la especialización femenina entre las migrantes recientes es varias veces mayor que la que se observa en otras ramas.

Los migrantes que llegan a Hidalgo muestran una importancia relativa mayor en los grupos ocupacionales de “operadores del transporte” (2.10%) y trabajadores de la educación (1.97 por ciento).

Dos ramas de actividad son fuentes esenciales de empleo para los migrantes que llegan a Morelos: la construcción y los servicios personales y de mantenimiento. Esta especialización refleja la particular forma de desarrollo en el estado, donde se edifican casas de fin de semana, se les da mantenimiento y se les cuida para un uso preferente durante los fines de semana (Ortiz y Joffre, 1991).

La rama de actividad que ocupa el tercer lugar en importancia en esta entidad es la de servicios en restaurantes y hoteles

para atender al turismo; sin embargo los puestos en estos rubros no fueron especialmente favorables para los migrantes recientes. Por último también se observa que en los servicios comunales y sociales (como educación y salud) hay un nicho de ocupaciones importantes para los recién llegados.

Las peculiares características del mercado de trabajo morelense coinciden por tanto con la estructura ocupacional, que se especializa en los trabajos domésticos (2.78%) y los servicios públicos (3.13%). También se aprecia que entre quienes eligieron esta entidad como destino hay una buena proporción de artistas (3.27%) y de profesionistas (2.88 por ciento).

El estado de Puebla alberga a una de las ciudades más grandes de México y a la vez cuenta con áreas rurales ricas y pobres. Es la única entidad de la región con una marcada especialización de su estructura ocupacional en las actividades agrícolas. Si bien esta rama presenta mayor especialización en cuanto a ocupación de migrantes, es la única, pues éstos se distribuyen en muy diversas actividades terciarias, ya que la ciudad de Puebla funge como principal proveedora de servicios para la propia entidad y para una parte del sureste de la República.

El grupo sobresaliente en la ocupación principal de nativos y de migrantes recientes a Puebla es el de trabajadores agropecuarios (7.65 y 4.36% respectivamente) y en menor grado los operadores de maquinaria fija, trabajadores de la educación y vendedores ambulantes. Por su situación laboral, en la población activa migrante predominan los trabajadores familiares no remunerados y los trabajadores por cuenta propia.

Querétaro se especializa en la construcción, la manufactura y la minería, y la población que migró a esta entidad se ha ocupado principalmente en las ramas manufacturera y de servicios empresariales directos (financieros, profesionales, técnicos) o indirectos (servicios sociales, incluyendo la educación, la investigación y la salud).

Tal conjunto de actividades responde a los móviles económicos que han impulsado el desarrollo de esta entidad en los últimos años. Los migrantes recientes a este estado tienen ocupa-

ción como funcionarios y directivos (3.67%), como inspectores y supervisores (3.26%) y en puestos de primer nivel como patrones y empresarios.

Tlaxcala es la entidad más pequeña de la Región Centro y se especializa en la manufactura, la agricultura y la construcción. Su creciente dinamismo ha comenzado a atraer migrantes que se han ocupado preferentemente en la administración pública, en los servicios sociales, educativos y de salud, así como en la manufactura. Al tiempo que continúa el desarrollo de la industria local se mejora la calidad de vida de la población mediante el desarrollo social y urbano, y se fortalece la capacidad administrativa y de gestión en la entidad.

Nivel de ingresos

¿Es la migración un medio eficiente para alcanzar ingresos altos?
¿El ingreso de los migrantes es mejor, igual o peor que el de los nativos de la región? En la Región Centro encontramos diversos tipos de migrantes y, como hemos visto, el flujo a cada entidad difiere bastante en cuanto a su asimilación al mercado laboral del lugar que lo acoge. Así, encontramos un factor más de diferenciación en la estructura del ingreso que perciben los nuevos migrantes.

En la composición de las corrientes de migrantes hacia Morelos y Querétaro se manifiestan ventajas, que se traducen en ingresos, respecto a otros conjuntos de migrantes y respecto a la población que los recibe en tales sitios de destino. Quienes llegan a estas entidades se concentran en la parte superior de la estructura de ingresos local, pues los que reciben de tres a más de diez salarios mínimos en estas entidades son proporcionalmente mayoritarios.

El caso contrario se encuentra en Hidalgo, Puebla y Tlaxcala, cuyos inmigrantes se concentran en los grupos de ingreso bajo, muy bajo, e incluso entre los que no perciben ingresos. Los que llegan al DF están proporcionalmente más concentrados en

el grupo que recibe entre medio y un salario mínimo (salario normal entre las trabajadoras domésticas). Por último, en el Estado de México los grupos de ingreso más recurrentes entre los migrantes están en el rango medio de entre uno y dos salarios mínimos, que corresponden a los rangos de la mayoría de la población de la entidad.

BIBLIOGRAFÍA

AGUILAR BARAJAS, Ismael

“Población y economía en el estado de Quintana Roo: algunas consideraciones de la experiencia reciente”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 10, núm. 1, México, El Colegio de México, 1995.

ALEGRÍA OLAZÁBAL, Tito

Desarrollo urbano en la frontera México-Estados Unidos: una interpretación y algunos resultados, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992 (Colección Regiones).

BALÁN, J., H. BROWNING y E. JELIN

“Men in a Developing Society. Geographic and Social Mobility in Monterrey, México”, *Latin American Monographs*, núm. 30, Austin, EU, University of Texas Press, 1973.

BATAILLON, C.

Espacios mexicanos contemporáneos, México, Fideicomiso Historia de las Américas/FCE/El Colegio de México, 1997 (Serie Ensayos).

BOEHM DE LAMEIRAS, Brigitte (comp.)

El municipio en México, México, El Colegio de Michoacán, 1987.

BROWNING, H. y R. CORONA

“La emigración inesperada de los chilangos”, *Demos. Carta demográfica sobre México*, núm. 8, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1995.

CABRERA, Gustavo

“Las regiones costeras. Crecimiento y potencial demográfico”, *Demos. Carta demográfica sobre México*, núm. 6, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1993.

CONSEJO NACIONAL DE POBLACIÓN

La situación demográfica de México, México, Conapo, 1997.

Sistema de ciudades y distribución espacial de la población en México, México, Conapo, 1991.

Características principales de la migración en las grandes ciudades del país: resultados preliminares de la encuesta nacional de migración en áreas urbanas (ENMAU). Perspectivas demográficas y socioeconómicas, México, Dirección General de Estudios de Población, 1988 (Serie de Estudios Prospectivos).

CORONA CUAPIO, Reina y José Rodolfo LUQUE GONZÁLEZ

“Cambios recientes en los patrones migratorios a la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, ZMCM”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 7, núm. 2-3, México, El Colegio de México, s.f.

CORONA, Rodolfo

“Cambios en migración interna de los hogares”, *Demos. Carta demográfica sobre México*, núm. 10, 1997.

CHAMPION, A. G.

“The Reversal of the Migration Turnaround: Resumption of Traditional Trends?”, *International Regional Science Review*, vol. 11, núm. 3, 1988.

CHÁVEZ, A.M. y Sandra SAVENBERG

“Nuevo horizonte de la migración en el centro de México: 1970-1990”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 19, núm. 2, 1995.

GARZA, Gustavo

“La concentración espacial de la industria en la ciudad de México, 1930-1970”, *Demografía y Economía*, vol. 18, 1984.

GARZA Gustavo y Programa de Intercambio Científico y Capacitación Técnica (comps.)

Atlas de la ciudad de México, México, Departamento del Distrito Federal/El Colegio de México, cap. 4, 1987.

GRAIZBORD, B. y G. GALLARDO

“La ciudad de México aislada”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, México, CEDDU, El Colegio de México, 1987.

GUTIÉRREZ MONTES, L.R. y B.G. VÁZQUEZ

“Conformación del proceso migratorio al norte de México, 1930-1990”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 10, núm. 3, 1995.

INSTITUTO DE GEOGRAFÍA, UNAM

Atlas nacional de México, vols. I y II, México, UNAM, 1990.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, GEOGRAFÍA E INFORMÁTICA

Censos Generales de Población y Vivienda, México, INEGI, 1950, 1960, 1970, 1980, 1990 y 2000.

Migración, tabulados temáticos. XI Censo General de Población y Vivienda, 2 tomos, México, INEGI, 1990.

MORALES GARZA, Martha Gloria

“Migración y comportamiento electoral en Querétaro”, tesis de maestría en ciencia política, México, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, 1995.

ONTIVEROS Ruiz, G.

La política social en México 1988-1994: El Programa Nacional de Solidaridad, 2005, en <www.eumed.net/libros/2005/gor>.

ORTIZ PÉREZ, Irene y Ruth JOFFRE LAZARÍN

Así es pues; trabajadoras domésticas de Cuernavaca, México, Colectivo Atabal, 1991.

RICHARDSON, H.W.

“Polarization Reversal in Developing Countries”, *Papers Regional Science Association*, núm. 45, 1980.

ROGERS, A. y L. CASTRO

“Patrones modelo de migración”, *Demografía y Economía*, vol. 16, núm. 3, 1982, pp. 267-227.

STERN, Claudio

Migraciones a la ciudad de México: orígenes y tendencias por tipos de zonas, México, El Colegio de México, 1975.

STERN, Claudio y H. MUÑOZ (comps.)

Migración y desigualdad social en la ciudad de México, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM/El Colegio de México, 1977.

STERN, Claudio y F. CORTÉS

Hacia un modelo explicativo de las diferencias interregionales de los volúmenes de migración a la ciudad de México, 1900-1970, México, El Colegio de México, 1979 (Cuadernos del CES, 24).

UNIKEL S., Luis

La dinámica del crecimiento de la ciudad de México, México, Fundación para Estudios de la Población, 1972.

UNIKEL S., Luis, Crescencio RUIZ y Gustavo GARZA

El desarrollo urbano de México: diagnóstico e implicaciones futuras, México, Centro de Estudios Económicos y Demográficos, El Colegio de México, 1978.

VINING, D.R. y R. PALLONE

“Migration Between Core and Peripheral Regions: a Description of the Patterns in 22 Countries”, *Geoforum*, vol. 13, núm. 4, 1982.

ZAVALA DE COSÍO, M.E.

Cambios de fecundidad en México y políticas de población, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 1992 (Economía Latinoamericana).

ZELINSKY, W.

“The Hypothesis of the Mobility Transition”, *Geographical Review*, vol. 61, 1971, pp. 219-249.

IV. EVOLUCIÓN DE LA ECONOMÍA REGIONAL

En este capítulo se explora la evolución de la economía regional con el propósito de conocer las tendencias del desarrollo de la actividad productiva en esta zona, sujeta a las presiones generadas por la apertura de mercados y la mayor competencia internacional. Se pretende averiguar la forma y la medida de los cambios que han acompañado al movimiento de redistribución poblacional del centro del país y explorar también los efectos espaciales, en particular el impacto en la Región Centro a raíz de este cambio.

Para describir los procesos experimentados en la zona se utiliza un esquema sectorial apoyado en estadísticas sobre el PIB y el empleo. La evolución de la actividad primaria se trata con detalle en el capítulo VI, dedicado al medio rural. Para observar el nuevo carácter de este espacio y considerar las perspectivas económicas de sus habitantes se analiza el comportamiento regional de las manufacturas y los servicios en el referido periodo de transición. Se ha utilizado el ejemplo de Querétaro para ilustrar algunos aspectos de la relocalización y el desarrollo de la actividad industrial fuera de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México.

LA DINÁMICA MANUFACTURERA EN LA REGIÓN CENTRO Y SUS TENDENCIAS DE RELOCALIZACIÓN

El producto interno bruto manufacturero en el centro del país creció a una tasa anual de 3.14% entre 1970 y 1998. En términos reales pasó de 313 a 745 millones de pesos a precios constantes de 1980; el ritmo de crecimiento nacional fue superior, cercano a 4%. De hecho, la manufactura ha sido la verdadera especialidad de la actividad económica regional a lo largo de este periodo de casi 30 años,

con una participación de alrededor de 50% del total del PIB nacional del sector. Sin embargo cabe mencionar que durante ese lapso se ha observado un descenso paulatino de tal participación respecto al país del orden de 6.5%, como muestran las cifras del cuadro 4.1.

La actividad manufacturera se concentró en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México y el gran perdedor durante los últimos decenios fue el Distrito Federal, con una baja equivalente a 13% del PIB sectorial entre el año inicial y el final, junto con la estabilidad de la importancia relativa de su complemento metropolitano, el Estado de México, cuyos altibajos lo hicieron oscilar en distintos momentos de este periodo entre 16 y 19%. En conjunto esas dos entidades metropolitanas han disminuido su importancia relativa de 50 a 35% del producto manufacturero nacional a lo largo de estos años.

El estado de Puebla se ha mantenido relativamente estable en su participación, con alrededor de 3.5% del PIB nacional, mientras las entidades de Querétaro y Morelos han logrado ganancias significativas en volumen y en participación. Querétaro pasó de 0.92 a 1.77% y Morelos de 0.81 a 1.95%. A Tlaxcala le correspondió la producción manufacturera más baja de esta zona, con menos de 1% nacional; al igual que Hidalgo sólo pudo mejorar su posición dentro de la región en algunos quinquenios y de manera marginal.

El cambio estructural en la industria del país (del cual se habló en el capítulo I) se analiza en nuestra región de estudio con apoyo en indicadores censales; se incluyen el número de unidades económicas, el personal ocupado, el PIB, el tamaño promedio de las empresas y los índices de productividad del sector, los cuales aparecen resumidos en el cuadro 4.2. En primer lugar observamos que entre 1970 y 1998 disminuyó la concentración de unidades económicas en el centro del país, ya que pasó de 44% del total nacional en la fecha inicial a sólo 34% en el año final. Con base en estas cifras podemos decir que el grado de concentración de los establecimientos manufactureros descendió hasta un nivel similar al grado de concentración de la población en esta región.

CUADRO 4.1
 Manufactura Región Centro: Producto interno bruto manufacturero 1970-1998
 (miles de nuevos pesos, a precios de 1980)

<i>Entidad</i>	<i>1970</i>	<i>1975</i>	<i>1980</i>	<i>1985</i>	<i>1988</i>	<i>1993</i>	<i>1998</i>
Distrito Federal	178 630	220 618	291 330	283 851	247 585	327 913	318 147
Hidalgo	8 319	11 027	21 657	23 673	19 591	24 911	29 707
Estado de México	97 162	128 478	178 595	219 611	195 060	221 405	267 861
Morelos	4 492	7 771	10 383	15 399	15 567	23 005	32 362
Puebla	17 414	27 457	37 380	41 486	32 616	43 213	59 414
Querétaro	5 102	9 621	13 943	24 363	23 615	26 055	29 375
Tlaxcala	2 107	4 366	4 747	9 768	8 048	9 659	8 630
Región Centro	313 226	409 339	558 036	618 153	542 081	676 161	745 496
Resto del país	241 352	330 743	430 864	531 043	516 878	594 818	914 114
Total nacional	554 578	740 082	988 900	1 149 196	1058 959	1 270 979	1 657 610
<i>Porcentajes</i>							
Distrito Federal	32.21	29.81	29.46	24.70	23.38	25.80	19.17
Hidalgo	1.50	1.49	2.19	2.06	1.85	1.96	1.79
Estado de México	17.52	17.36	18.06	19.11	18.42	17.42	16.14
Morelos	0.81	1.05	1.05	1.34	1.47	1.81	1.95
Puebla	3.14	3.71	3.78	3.61	3.08	3.40	3.58
Querétaro	0.92	1.30	1.41	2.12	2.23	2.05	1.77
Tlaxcala	0.38	0.59	0.48	0.85	0.76	0.76	0.52
Región Centro	56.48	55.31	56.48	53.79	51.19	53.20	49.92
Resto del país	43.52	44.69	43.52	46.21	48.81	46.80	50.08
Total nacional	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00

Fuente: Elaboración propia con base en estimaciones de Salvador Rivera (no publicadas) sobre información de los Censos Económicos y las Cuentas Nacionales publicados por el INEGI.

En cuanto al empleo industrial, la zona perdió importancia en esos 28 años en cerca de 15% de los puestos de trabajo del país, pues pasó de 53% a sólo 34.8%. De esta manera, al haber perdido 6% de su peso en cuanto a producto interno bruto se redujo la participación de las empresas en cuanto al número relativo de unidades productivas en 10%, y menguaron 18.75% los puestos de trabajo de las industrias de esta zona central del país, también en relación con el total nacional.

En cuanto a estos indicadores también el cambio más drástico ocurrió en el Distrito Federal, en donde al inicio del periodo se ubicaba una cuarta parte de las industrias del país, y como resultado de múltiples factores, entre ellos los procesos de reconversión y modernización tecnológica y la competencia externa de productos manufacturados, hacia 1998 sólo quedó 9% de las unidades económicas y menos de 12% del personal manufacturero.

El giro hacia la desconcentración espacial de la planta industrial del Distrito Federal (de 24.57 a 9.03%) no fue compensado por un movimiento opuesto en los municipios metropolitanos, pues el comportamiento en el Estado de México durante el mismo periodo acusa un ligero decremento de poco más de 1% en cuanto a participación en el producto, sólo un incremento de 2.68% en la proporción de unidades económicas, y una reducción en el personal ocupado cercana también a 3%. Sin embargo se incrementó la productividad del trabajo en la manufactura del Estado de México, rebasó el promedio del país y fue sólo superada en el interior de la región por las productividades medias en Querétaro y Morelos.

El proceso de cambio estructural también se manifestó en el tamaño promedio de los establecimientos (calculado como el personal ocupado entre el número de establecimientos). Este indicador muestra una ligera reducción a escala nacional (de 13 a 12 empleados por unidad económica) y más acentuada en la Región Centro (de 16 a 12 empleados). En este sentido podemos anotar que tanto en el centro del país como en la República Mexicana en su conjunto el tamaño promedio de los establecimientos

CUADRO 4.2
Región Centro: Indicadores de la manufactura, 1970-1998
(porcentajes)

	<i>Unidades económicas</i>		<i>Personal ocupado</i>		<i>Producto interno bruto</i>		<i>Tamaño promedio*</i>		<i>Índices de productividad**</i>	
	<i>1970</i>	<i>1998</i>	<i>1970</i>	<i>1998</i>	<i>1970</i>	<i>1998</i>	<i>1970</i>	<i>1998</i>	<i>1970</i>	<i>1998</i>
República Mexicana	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	13.18	12.30	1.00	1.00
Región Centro	44.05	34.31	53.61	34.86	56.47	49.92	16.04	12.49	1.05	1.15
Distrito Federal	24.57	9.03	31.13	11.77	32.20	19.17	16.70	16.03	1.03	0.95
Hidalgo	1.64	2.00	1.73	1.74	1.50	1.79	13.83	10.65	0.87	0.97
Estado de México	7.58	10.26	14.50	11.57	17.51	16.14	25.23	13.86	1.21	1.47
Morelos	1.30	1.67	1.03	0.97	0.81	1.95	10.39	7.14	0.79	1.57
Puebla	5.99	8.56	3.69	5.32	3.14	3.58	8.13	7.64	0.85	0.78
Querétaro	1.20	1.16	0.94	2.16	0.92	1.77	10.36	22.88	0.98	1.58
Tlaxcala	1.77	1.62	0.59	1.33	0.38	0.52	4.40	10.09	0.65	0.81

* Personal ocupado/unidades económicas.

** PIB manufacturero/personal ocupado en la manufactura en cada entidad respecto al país.

Fuente: INEGI, Censos Industriales 1970 y 1998 y Cuentas Nacionales.

manufactureros se redujo a niveles similares de 12.49 y 12.30 trabajadores en promedio respectivamente.¹

Hacia 1970 había en el interior de la región bastante heterogeneidad en cuanto al tamaño medio de las unidades del sector, desde 4.4 trabajadores por unidad en Tlaxcala hasta un máximo de 25 trabajadores en el Estado de México. En los últimos decenios se redujo a la mitad el tamaño de los negocios del Estado de México y en contraste en Tlaxcala y Querétaro aumentó a más del doble. Hacia 1998 Querétaro alcanzó el mayor tamaño promedio entre los establecimientos manufactureros de la región.

Como último indicador se calculó un índice de productividad laboral manufacturera para cada entidad respecto a la del total nacional (PIB manufacturero/ personal ocupado en el sector), el cual mostró una ligera ventaja de la región en comparación con el país. La productividad intrarregional más alta le correspondió a Querétaro, seguido de cerca por Morelos y el Estado de México. Se observaron algunos ligeros retrocesos del mismo indicador entre 1970 y 1998 en Puebla y el Distrito Federal. Este último presentó en 1998 los índices de productividad manufacturera más bajos de la región, incluso inferiores a la media nacional, lo cual podría apuntar a que las nuevas condiciones económicas no han favorecido la especialización manufacturera en esta entidad, revirtiendo una vocación manifiesta a inicios del periodo considerado.

En Puebla el PIB manufacturero fue aumentando paulatinamente en términos absolutos, aunque menos en términos relativos. A la vez se incrementó la participación de la entidad en cuanto a unidades económicas y personal ocupado, pero disminuyó el ya pequeño tamaño medio de los establecimientos. Sin embargo el índice de productividad no mejoró en ese lapso, lo que indica cierta expansión industrial dentro de un esquema de establecimientos muy pequeños (7.6 trabajadores)

¹ La reducción de personal es atribuible a la introducción de mejoras tecnológicas y organizativas en las empresas con el paso del fordismo a la producción flexible.

y cuya productividad laboral fue la más baja de esta región. La industria de Tlaxcala fue la más rezagada en comparación con el resto de las entidades regionales y estuvo muy vinculada a la de Puebla. Sin embargo presentó indicadores cada vez mejores en relación con la proporción de personal ocupado, el PIB y la productividad manufacturera, en empresas que aumentaron de 4 a 10 trabajadores en promedio.

En los estados de Morelos y Querétaro, como ya se dijo, se alcanzaron en 1998 los niveles más altos de productividad industrial de la región, que duplicaron el del país en su conjunto. Si bien los incrementos en el PIB manufacturero de ambas entidades fueron similares, difirieron en el resto de las variables. Así, Morelos aumentó su participación en cuanto a unidades económicas y la disminuyó en cuanto a personal empleado y a tamaño de las unidades productivas (de 10 a 7 trabajadores), mientras Querétaro logró al final menor participación en establecimientos pero casi el doble en cuanto a promedio de trabajadores en las empresas más grandes de la región (22.88 trabajadores), dos veces mayores que las que había en 1970 en esta misma entidad. Por último Hidalgo se mantuvo en niveles bajos y poco dinámicos en relación con su actividad manufacturera durante el periodo analizado.

A continuación se describen algunos rasgos sobresalientes respecto a la composición interna del sector manufacturero en nuestra región de estudio y se les compara con la estructura industrial del país (cuadro 4.3). Hacia 1970 la división manufacturera con mayor incidencia en el PIB nacional era la de alimentos y bebidas, seguida de lejos por la producción de maquinaria, la industria química y la textil (los porcentajes de participación pueden consultarse en el mismo cuadro 4.3). Treinta años más tarde vemos que la división de maquinaria y equipo tomó el primer sitio, dejando en el segundo a la producción de alimentos y en el tercero a la industria química, cuya importancia relativa decayó ligeramente. Por su parte la actividad textilera mostró un franco declive al pasar de 14.7% del PIB, a sólo 8% en el año final.

CUADRO 4.3
Estructura del PIB manufacturero, 1970-1998
(porcentajes)

<i>División de actividad</i>	<i>Región</i>									
	<i>País</i>	<i>Centro</i>								
	<i>1970</i>		<i>1980</i>		<i>1988</i>		<i>1993</i>		<i>1998</i>	
Total	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00
Alimentos	27.92	19.69	24.59	16.32	26.16	18.82	26.48	22.35	24.03	20.96
Textiles	14.75	15.75	13.77	14.13	11.57	10.93	9.04	9.12	8.01	9.18
Madera	3.43	2.22	4.27	2.29	3.81	2.40	2.97	2.19	2.56	1.96
Papel	5.41	7.08	5.47	6.38	5.89	8.10	5.30	7.32	4.01	6.17
Química	17.52	20.22	14.89	19.34	18.07	23.33	17.77	21.52	14.76	18.53
No metálicos	5.79	4.92	6.98	4.84	6.93	6.15	7.09	7.02	6.44	5.47
Metálica básica	5.56	3.87	6.15	5.04	6.30	5.54	5.88	3.15	5.35	3.07
Maquinaria	17.90	23.93	21.30	27.79	18.91	22.02	22.94	24.23	31.93	31.89
Otras	1.72	2.32	2.59	3.89	2.37	2.69	2.52	3.11	2.91	2.76

Fuentes: Cálculos elaborados por Salvador Rivera (no publicados) con base en los datos de los Censos Económicos, las Cuentas Nacionales y <<http://www.inegi.gob.mx/difusion/español/bvinegi/scnmma.pdf>>.

La división de actividad más fuerte en la Región Centro ha sido la producción de maquinaria y equipo, que durante muchos años mantuvo en esta zona cierta ventaja comparativa respecto al país. Sin embargo esta ventaja se ha ido perdiendo en los últimos años, pues en 1998 dicho rubro participó con cerca de 32% del PIB tanto en la escala nacional como en la regional.

Al compararla con la del país se advierte que la estructura industrial del centro de México se ha especializado en algunos subsectores de actividad como la industria química, la del papel y la textil, situación que se mantuvo a lo largo de todo ese tiempo. Aunque siguió siendo menos fuerte que en el país (21% contra 24%), la producción de alimentos industrializados mostró un avance significativo en la estructura productiva de la región durante ese lapso.

La dinámica general de la manufactura en la región se materializa en formas diversas de acuerdo con las condiciones previas al periodo observado y las particularidades de las distintas entidades que la integran. En los párrafos que siguen se mencionan algunos datos que ilustran el grado de concentración y la distribución geográfica de la actividad de este sector por rama de actividad dentro de la Región Centro.²

Una característica esencial de la industria del Distrito Federal ha sido su gran diversificación, que se mantiene hasta ahora. Sin embargo, como ya se indicó páginas atrás, esta entidad fue la gran perdedora durante el periodo, afectada por un proceso de desconcentración de sus actividades. Los tres subsectores en que se desconcentró la producción manufacturera hacia otras entidades regionales de forma más pronunciada en el periodo fueron 1) el de productos metálicos, maquinaria y equipo; 2) el de sustancias químicas, derivados del petróleo, caucho y plástico; y 3) el de productos minerales no metálicos.

En esta misma entidad, entre las manufacturas más dinámicas que destacaron con el nuevo modelo económico de años

² Los datos por rama de actividad provienen del Sistema de Cuentas Nacionales de México. PIB por Entidad Federativa, INEGI, 1994.

recientes está la producción de alimentos, bebidas y tabaco, en la cual se experimentó uno de los aumentos del producto más notables después de 1988. Es probable que esto responda al proceso de sofisticación en el consumo de alimentos, particularmente entre las clases medias y altas capitalinas, que incluye cada vez más alimentos procesados e industrializados.

Dentro de los productos de consumo no duradero destacan también la industria textil y la del vestido. Su grado de concentración en el conjunto regional alcanzó alrededor de 60% del producto total nacional, la mitad del cual se ubicó en el DF y, al igual que el rubro de alimentos, presentó un repunte en el periodo de recuperación salinista.

Otro giro con alto grado de concentración en la capital se observa en la industria del papel, que mantiene aún 60% de la producción en las entidades metropolitanas (Distrito Federal y Estado de México). De igual manera, la industria farmacéutica tiende a estar sumamente concentrada y orientada al mercado. Por ello para este sector la Región Centro ha sido y se mantiene como la favorita en términos de localización de establecimientos. Así, en los siete estados de la región se ubicaba 81.76% de los establecimientos dedicados a la producción farmacéutica y 76.37% en 1992. Fuera de esta zona sólo Jalisco era asiento de empresas de este tipo (8.7% en 1992), mientras que Nuevo León sólo participaba con 2.57% de los establecimientos. La manufactura del Distrito Federal se localiza principalmente en las delegaciones centrales (Cuauhtémoc, Venustiano Carranza, Benito Juárez y Miguel Hidalgo), en Azcapotzalco e Iztapalapa.

La industria mexiquense, que debe tomarse en gran medida como complemento de la industria metropolitana porque está concentrada en los municipios integrados a la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, ocupa el segundo lugar como entidad productora en este sector desde los años sesenta. Los grupos empresariales y los gobiernos estatales han impulsado el desarrollo industrial de la entidad, sin embargo durante el periodo que nos ocupa su participación en el producto industrial nacional permaneció estable en alrededor de 17% respecto al país. Como

la del Distrito Federal, la diversificación industrial del Estado de México es también notable.

La planta industrial en esta entidad se ha modernizado, lo cual se refleja en sus índices de productividad laboral crecientes y superiores a la media nacional a lo largo de todo el periodo. Destacan como sectores modernos con mejor posición competitiva la industria química (fibras y sustancias químicas, vidrio) la industria electrónica, la automotriz (metalmecánica),³ la alimentaria y la farmacéutica (química). La planta industrial mexiquense se encuentra concentrada territorialmente en los municipios metropolitanos de Tlalnepantla, Naucalpan, Ecatepec, Netzahualcóyotl, y en el municipio de Toluca.

La textil ha sido pilar de la industrialización en el estado de Puebla y por largo tiempo sector líder en la manufactura nacional,⁴ sin embargo sufrió un decaimiento prolongado a partir de mediados de los años cincuenta y en los sesenta. Lo acompañan en este proceso los sectores de producción de alimentos y la industria del vestido. El tipo de desarrollo que siguió la industria textil y la falta de visión e iniciativa empresarial a largo plazo de sus dueños ocasionaron que no se invirtiera oportunamente en la modernización de la planta industrial, lo cual, junto con factores laborales, sociales y culturales llevó al declive a esta antes pujante industria.

Es esta situación una de las explicaciones al freno del desarrollo urbano y socioeconómico de la otrora gran metrópoli y de su pérdida de liderazgo en el proceso de industrialización nacional frente a núcleos mucho más dinámicos y abiertos como los de Nuevo León, Jalisco y la ciudad de México. A diferencia

³ La industria automotriz llevó a cabo un cambio en la ubicación de sus plantas. Antes de la desregulación se localizaba principalmente en el centro del país, y después ha tendido a orientarse hacia el norte, en busca de emplazamientos más cercanos al mercado estadounidense. Se trata de plantas muy modernas y con una organización productiva muy avanzada.

⁴ La tradición poblana en este renglón data de la época colonial y perdura y se acrecienta en el siglo XIX y la primera mitad del XX.

de otras zonas del país, en esa época no se impulsó en Puebla el desarrollo industrial de grupos modernos.

En una fase posterior de industrialización en la entidad (finales de los sesenta y setenta), ciertamente tardía respecto al ritmo que siguió el resto del país, llegaron grandes empresas transnacionales y nacionales (de capital regiomontano) de los sectores automotor (Volkswagen) y siderúrgico (Hylsa). Estas industrias pretendían explotar la cercanía y el acceso al mercado de la ciudad de México.

Los industriales textiles poblanos se actualizaron: las fábricas obsoletas desaparecieron mientras otras aprovechaban las oportunidades de financiamiento; cambiaron las fibras naturales por sintéticas, se modernizaron y consolidaron su posición en el mercado extranjero. Son sectores que se mantienen en manos de la burguesía local.

Las zonas de implantación industrial en la entidad son: en primerísimo lugar la ciudad de Puebla y sus municipios aledaños, entre los que destacan San Andrés y San Pedro Cholula, Huejotzingo, Cuautlancingo (Volkswagen), Xoxtla (Hylsa) y San Martín Texmelucan (Pemex), donde se concentra la mayor parte de la producción manufacturera (Urdaneta, 1988).

Un segundo núcleo de industrialización en el estado de Puebla es la zona de Tehuacán, con una industria de bebidas de cobertura nacional, otra de producción de alimentos (granjas), y más recientemente una de papel y textiles. Esta zona vive un periodo de expansión impulsado por la relación con los mercados de Oaxaca y Veracruz, y contrasta con Atlixco, en donde la industria textil tradicional continúa en declive. Por último Teziutlán, en la zona de la sierra de Puebla, concentra cierta actividad manufacturera para un mercado local que también atiende el norte de Veracruz.

Hacia 1993 la especialización de Puebla continuaba enfocada en la industria textil, del vestido y del cuero (5.9%), en la de productos metálicos, maquinaria y equipo (4.61%), metálica básica (4.35%) y un dinámico sector de madera y sus productos (muebles) que subió hasta 3.61 por ciento.

Aunque en una escala menor, el destino industrial de Tlaxcala se ha forjado bajo la influencia de Puebla, e igual que esta entidad ha sufrido el impacto de los periodos de auge y declive de la industria textil de la zona. Su comportamiento en el periodo analizado muestra, sin embargo, una mejoría constante en cuanto a su participación en la industria regional y nacional, así como un avance de 12.8% en el empleo industrial. Las ramas más fuertes son la textil y la de productos minerales no metálicos, y los municipios industriales más importantes son Santa Ana Chiautempan, Apizaco, Tlaxcala y Xicoténcatl.

La vocación natural del estado de Morelos es agrícola y turística, pues sus recursos naturales, tierra, agua, clima y orografía son propicios para estas actividades. Por su cercanía con la ciudad de México tradicionalmente ha sido un sitio de descanso para los capitalinos. La implantación industrial en esta entidad data de los años sesenta, con instalaciones pioneras en el ramo químico-farmacéutico (Ponds) y en el de automotores (Nissan, en 1966) y durante el periodo de observación creció sistemáticamente su participación en la producción industrial.

Los municipios de Cuernavaca y Jiutepec, al igual que otros de la región central como Lerma y Toluca en el Estado de México, Cuautlancingo y San Pedro Cholula en Puebla y Querétaro, se beneficiaron con las políticas de estímulos fiscales para la industrialización establecidas con el decreto de 1972 y con otros programas de fomento industrial que se pusieron en práctica en los años setenta con la intención de influir en la desconcentración industrial de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México.

Particularmente la Ciudad Industrial del Valle de Cuernavaca (Civac) se empezó a desarrollar en esos años con éxito evidente. La instalación de esta zona industrial en un municipio de tradición productiva agrícola (Jiutepec) se llevó a cabo con éxito, ya que ocurrió en un momento en que el crecimiento demográfico dificultaba el acceso a la tierra y a los recursos para hacerla producir, limitando la absorción de la población en actividades agrícolas. Las nuevas industrias proveyeron una opción de ocupación e ingreso muy bienvenida, que se combinó con otras

actividades en el campo y en los servicios para brindar mejores condiciones de vida a los obreros y campesinos de Morelos y a sus familias (Arias, y Bazán, 1980).

A estas condiciones favorables se sumó la escasa participación sindical de los obreros y con ella los bajos salarios, por lo que al compararla con otras zonas, como la fronteriza del norte de México, la entidad resultó muy atractiva para las empresas maquiladoras. Morelos ha sido uno de los estados más favorecidos con la inversión externa en manufacturas, y los sectores en que se ha especializado y no ha crecido son el químico-farmacéutico y el de automóviles. En este pequeño estado las actividades agrícolas, las industriales y las de servicios se han desarrollado con singular éxito.

En Hidalgo los recursos minerales se reconocen como la principal riqueza, aunque no la única de la entidad. Su participación en el subsector de productos minerales no metálicos (cemento) alcanzó 7.38% del país en 1993, y es ésta la especialidad industrial del estado. Ante el declive mundial de la minería y siendo una entidad relativamente pobre, extensa, muy poblada, con numerosa población indígena, y poco dotada para la agricultura comercial, sus gobiernos han buscado opciones para el desarrollo. A lo largo de la segunda mitad del siglo se han llevado a cabo diversos esfuerzos para impulsar su industrialización, con la idea de aprovechar la cercanía del mercado de la ciudad de México.

Uno de los primeros intentos de creación de un polo industrial para impulsar el desarrollo local se inició en 1953 en el municipio de Tepeapulco con el proyecto de Ciudad Sahagún. Inspirado en la idea de los “polos de desarrollo”, absorbió muchos recursos pero produjo magros resultados en las ramas siderúrgica y armadora de equipo de transporte.

En Tula aumentó la actividad cementera en función del crecimiento de la ciudad de México, que requiere permanentemente grandes volúmenes de materiales para la construcción. Se sumaron a esta actividad un complejo industrial de Petróleos Mexicanos y una termoeléctrica de la Comisión Federal de

Electricidad. En el municipio de Tizayuca la labor industrial gira básicamente alrededor de la producción de alimentos, y hay varias plantas integradas a la actividad de una importante cuenca lechera. El atractivo de esta entidad para el establecimiento de industrias radica principalmente en su cercanía con la ciudad de México y, al igual que Morelos, en los bajos salarios que ahí prevalecen.

El avance industrial de Querétaro en el panorama regional del periodo que consideramos se debe a diversos factores en que abundaremos a continuación; entre ellos destacan su localización privilegiada en la ruta hacia el norte del país, los incentivos fiscales y el desarrollo de parques industriales e infraestructura.

El despunte industrial del estado puede ubicarse en los años sesenta con la inserción del grupo ICA (Ingenieros Civiles Asociados). A partir de ese momento dominaron las actividades manufactureras de bienes de capital, cuya importancia superó a la tradicional agroindustria. Durante los últimos decenios han predominado la industria alimentaria y la metalmecánica, y más recientemente la química, la papelera y la del vestido se han visto también muy dinámicas, lo que implica un avance en la diversificación manufacturera de la entidad. Territorialmente el desarrollo industrial del estado se localiza en los municipios de Querétaro y San Juan del Río, y en menor proporción en Corregidora y El Marqués, colindante con el primero.

Es notable la transformación de la estructura del empleo estatal en este último cuarto de siglo: se perdió 32% del empleo del sector primario y se ganó en cambio 17.5% del industrial. Ambos porcentajes son los más extremos en el ámbito de la Región Centro.

LA DESCONCENTRACIÓN INDUSTRIAL HACIA QUERÉTARO

A raíz de la apertura gradual de la economía mexicana, primero tímida y después audaz, los factores que acercaban la planta productiva manufacturera a los grandes conglomerados urbanos

fueron cambiando y la industria buscó nuevos emplazamientos. En este proceso la Región Central de México resultó atractiva y el estado de Querétaro (particularmente el corredor Querétaro-San Juan del Río) ha sido uno de los lugares más exitosos hacia donde los empresarios industriales han considerado conveniente mover o ampliar sus plantas.⁵

Algunos datos ya referidos muestran aspectos de dicho éxito; así, el producto bruto manufacturero de Querétaro se multiplicó cinco veces entre 1970 y 1993, mientras en el total nacional, en las entidades metropolitanas (DF y Estado de México) y en la Región Centro el aumento fue sólo de 100%. En cuanto a este indicador, Querétaro duplicó su peso relativo en el cuadro nacional.

Después de las entidades metropolitanas Querétaro fue la que más inversión extranjera materializada recibió entre 1994 y 1997; se destinó íntegramente al sector de las manufacturas. Además, el tamaño de las industrias queretanas es grande (16.70 trabajadores por empresa en promedio), semejante al de las empresas de la zona metropolitana y muy superior al promedio nacional (10.15) y al del resto de las entidades regionales.

Contra lo observado en el total regional, el personal empleado en actividades industriales en Querétaro ha aumentado en las últimas décadas hasta duplicar su peso relativo, pues pasó de 0.94 a 1.90% del personal ocupado en las manufacturas del país.

Con más facilidad que en otros destinos, la población que ha migrado a Querétaro ha encontrado ocupación en las ramas manufacturera y de servicios empresariales directos (financieros, profesionales, técnicos) o indirectos (servicios sociales, educa-

⁵ En la Región Centro se observó mayor congruencia entre las zonas de desconcentración espacial señaladas por la política federal y los municipios favorecidos por la política estatal. La política federal indicaba zonas genéricas de desconcentración industrial como fronteras y costas, mientras que los estados focalizaron sus incentivos hacia sus municipios y ciudades con mayor potencial de desarrollo industrial, es decir, a localizaciones puntuales. En especial Querétaro fue a la vez apoyado como zona prioritaria para la desconcentración industrial del Valle de México y como polo sur del eje industrial León-Querétaro. Aguilar Barajas (1989) estima que 75% de las empresas que se han desconcentrado lo ha hecho hacia los estados de la Región Centro.

ción y salud). Los migrantes recientes a este estado se concentran en posiciones de funcionarios y directivos, inspectores y supervisores, y en puestos de primer nivel como patrones o empresarios, en mayor proporción que los migrantes a otras entidades.

En este marco resulta atractivo profundizar un poco en el fenómeno de la desconcentración industrial hacia esta entidad. De manera más específica, se trata de dimensionar el fenómeno y distinguir sus etapas y modalidades, de analizar los factores de atracción de Querétaro para la instalación de plantas industriales, y de detectar algunas consecuencias de la desconcentración en el desarrollo económico y social de la localidad.⁶

Los estudiosos de la industrialización del estado hablan de tres grandes periodos en este proceso que se resumen a continuación. El primero, que en realidad corresponde a un prolongado e incipiente despertar de las manufacturas, tiene raíces en la época colonial pero continúa con muchos altibajos hasta 1940 y se caracteriza por el predominio de la industria textil tradicional.⁷

Aunque la riqueza del estado se encontraba en la agricultura y la ganadería que daban vida a las grandes haciendas, el buen desempeño de la industria queretana de este tiempo se asociaba con la infraestructura caminera y con el aprovisionamiento del agua como recurso básico para el funcionamiento de telares, trapiches, obrajes, etc. Era importante el intercambio con otras regiones del Bajío, del norte, y por supuesto también con la ciu-

⁶ La información básica se obtuvo por medio de entrevistas telefónicas a un conjunto de 69 industrias que operan en Querétaro. Primero se eligieron 38 empresas del listado general del padrón oficial de industrias proporcionado por la Secretaría de Desarrollo Económico llamado SINQRO y después otras 29 de capital extranjero del mismo padrón. La información se complementó con algunas entrevistas personales. Las referencias al desarrollo industrial queretano fueron tomadas del estudio de González y Osorio, 1977.

⁷ La industria textil queretana se consolidó hacia finales de la Colonia en el siglo XVIII, cuando la principal zona textilera del país se localizó entre Querétaro, Salvatierra, San Luis Potosí y San Miguel el Grande, desplazando en volumen y calidad a los géneros producidos en el sur: Puebla, México y Tlaxcala. Sin embargo, en los textiles Puebla mantuvo un ritmo constante de crecimiento, contra el rezago queretano.

dad de México. Las comunicaciones como ordenadores de los principales flujos económicos se reforzaron con la inauguración del ferrocarril hacia principios de 1900, y de igual manera que en el virreinato se consolidaron las relaciones entre Querétaro y la ciudad de México, y entre ésta y el Bajío y norte de México.

El segundo periodo, mucho más breve que el primero, sólo abarca dos décadas, de 1940 a 1960. En este lapso, junto al impulso agropecuario despegó una industria orientada básicamente al procesamiento de alimentos, en la cual el capital extranjero tuvo una influencia decisiva.

Al giro tradicional de los textiles se sobrepuso uno de nueva creación apoyado en los requerimientos de productos alimentarios para abastecer a las grandes ciudades en expansión y en especial a la ciudad de México. Su despegue fue ciertamente tardío, pues mientras la industria de los alimentos estaba ya en plena madurez en el contexto nacional, las plantas en este giro apenas comenzaron a instalarse en Querétaro, después de años de promoción, a inicios de los cincuenta. La fórmula para el desarrollo de dicha especialidad consistía en articular el sector agropecuario con la industria, y Querétaro ofreció campo y ganado para recibir a cambio una planta industrial capaz de procesar sus productos.

La ganadería para producción de leche pretendía abastecer al mercado del Distrito Federal y proveer de insumos a la planta de Carnation, de capital suizo. Asimismo se fomentó la producción de frutas y legumbres para empresas trasnacionales y nacionales como Kellog's, Gerber, Clemente Jacques, La Madrileña, Grupo Martell, Cavas de San Juan y las harineras Queretana y Taide. Ni la producción lechera ni la agrícola fueron muy importantes, pero el Bajío proporcionaba insumos complementarios para tales industrias.

Los gobiernos federal y local proveyeron infraestructura para el riego y las comunicaciones, y con la concurrencia de capital privado se abrió la zona industrial La Antigua. También se mejoró la deficiente infraestructura urbana de agua, y energía, se aplicó una reforma fiscal con la intención de recaudar recursos

para el desarrollo urbano, se levantó un nuevo catastro y en 1947 se elaboró el primer plano de zonificación y planificación.

Durante esas dos décadas se establecieron los flujos comerciales de Querétaro a la ciudad de México, y de ahí al norte hasta el mercado potencial que ofrecía Estados Unidos, de tal forma que se aceptó la subordinación del espacio queretano a la capital y se reafirmó la importancia nodal de esta ciudad en la red de comunicaciones hacia el vecino país.

Con la inauguración de la autopista Ciudad de México-Querétaro en 1958 se acortó la distancia entre las dos ciudades y como consecuencia se fue incrementando la actividad fabril en forma progresiva y constante. A partir de ese momento evolucionó sin interrupciones el proceso de industrialización en el estado. En esta tercera etapa, que se inició en los años sesenta y continúa hasta nuestros días, el papel principal en la industrialización queretana ha correspondido a la industria metalmecánica, en la cual se especializa hoy la economía local.

En la entidad las políticas industriales nacionales y el papel del grupo empresarial Ingenieros Civiles Asociados marcaron el rumbo del desarrollo de la actividad industrial, cuyo perfil estaría claramente definido en torno a la metalmecánica. Este giro no obedecía al patrón industrial hasta entonces vigente y no se contaba en la localidad con los insumos necesarios, pues en su mayoría provenían de la siderurgia. Pese a ello y gracias a las buenas comunicaciones logró filtrarse en el ámbito local y permanecer como puntal de la economía desde los años sesenta (Salazar, 1983).

Durante el gobierno de González de Cosío (1961-1967) se dictó un conjunto de leyes y decretos que serían fundamentales para la promoción y adecuación de nuevas industrias.⁸ Con la intervención y las inversiones de ICA se diversificó la industria

⁸ El decreto número 13, de junio de 1962, estableció un subsidio para la exención de pago del impuesto predial a un conjunto de sociedades anónimas pertenecientes al grupo ICA, que posteriormente formaron parte de Parques Industriales.

hacia la rama metalmecánica, obedeciendo por un lado a la necesidad de satisfacer sus propios requerimientos de maquinaria pesada para la construcción, y por el otro al propósito de promover ciertas actividades que empezaron a adquirir cierto dinamismo al servicio de la industria automotriz. La participación del consorcio fue determinante para la integración de empresas de gran escala en Querétaro.

La inserción del grupo ICA tuvo que ver con su proyecto particular como consorcio: construyó la autopista y en las colindancias de ésta eligió el área de Parques Industriales para asentar sus propias industrias y además una zona residencial para trabajadores de mandos medios y altos.

Hacia la segunda mitad de los años setenta las políticas del gobierno federal fomentaron la descentralización de la industria de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México hacia el interior de la República, de acuerdo con la tercera fase del modelo de sustitución de importaciones que correspondía a la introducción de bienes de capital en la planta industrial. La producción de maquinaria pesada tenía el objetivo de emprender grandes obras de infraestructura, principalmente presas y carreteras; asimismo se fabricó equipo y maquinaria para las diferentes dependencias gubernamentales y posteriormente se elaboraron partes automotrices que hasta entonces se importaban.

En el marco de esta política se consideró al municipio de Querétaro como zona II en el Decreto de descentralización industrial y desarrollo regional de julio de 1972, y al resto del estado como zona III. Tales zonas se vieron favorecidas con los estímulos y la ayuda del gobierno federal. En la entidad este impulso se tradujo en la creación de cinco parques industriales.⁹ San Juan del Río avanzó en su desarrollo con la creación de un parque industrial y se empezó a formar el corredor industrial Querétaro-San Juan del Río, en lo que se advierte el fortalecimiento de la relación con la ciudad de México.

⁹ Benito Juárez (1972), Fraccionamiento industrial La Cruz (1978), El Marqués (1979), San Juan del Río (1981) y Balvanera (1980). Para un análisis detallado de los parques industriales de México véase Garza, 1992.

Al igual que en todo el país, con la década de los ochenta llegó la caída abrupta de la economía y como consecuencia el cierre de múltiples empresas. Hubo sin embargo factores que compensaron esta caída y coadyuvaron para que en 1989 se incrementaran la mediana y la gran industrias. Se trata de los constantes programas de fomento a la descentralización industrial de la Zona Metropolitana y del terremoto de 1985. Las consecuencias de este último fueron tantas que orillaron a muchas empresas a tomar la decisión de migrar.

A inicios de los noventa era preciso salir de la crisis y el rezago tecnológico en que se encontraba la industria nacional. La apertura de la economía ofreció una nueva oportunidad que hizo aumentar los flujos de inversión extranjera y, como se ha mencionado, en Querétaro el sector manufacturero fue el receptor. Con el dinamismo de la economía se abrieron muchas empresas nuevas. Los giros más dinámicos fueron la industria alimentaria y la metalmecánica, sin embargo hoy día industrias como la papelería y la química han adquirido un lugar preponderante.

Mediante entrevistas telefónicas y personales realizadas durante visitas a esta ciudad en 1998 y 1999 recopilamos las características del proceso de desconcentración industrial hacia Querétaro que se reseña de manera sintética a continuación.¹⁰

Como modalidades de la desconcentración industrial se proponen cuatro variantes que permiten diferenciar las formas en que las industrias llegaron a asentarse en Querétaro:

1) Relocalización. Esta forma de desconcentración consiste en el cambio de emplazamiento de una industria, en este caso de la ciudad de México hacia Querétaro. Una decisión de este tipo implica costos elevados, por lo que debe sustentarse en factores de peso, tanto de rechazo de la Zona Metropolitana como de atracción hacia Querétaro. La búsqueda del sitio de destino de la

¹⁰ La selección de las empresas entrevistadas no constituye una muestra representativa, por lo que los resultados no pretenden llegar a conclusiones en ese sentido. En conjunto representan 12% del total del padrón de SINQRO.

empresa migrante toma en cuenta razones sólidas y el momento propicio que ofrezca expectativas favorables para enfrentar los costos del endeudamiento.

2) Expansión. Ocurre cuando la empresa crece y busca un sitio distinto del original para ubicar una nueva planta. Esta modalidad implica la conveniencia de mantener cierta relación con la primera implantación; se efectúa tras el crecimiento de la demanda o para conquistar mercados nuevos. En ocasiones tal expansión no sólo se dirige hacia otra ciudad sino que puede abarcar varios destinos e implicar la creación de una red de plantas industriales.

3) Nueva implantación fuera de la Zona Metropolitana. En este caso se busca el sitio más adecuado para abrir una nueva empresa fuera de las ciudades industriales tradicionales (ciudad de México, Monterrey o Guadalajara). Esto favorece la formación de un patrón espacial menos concentrado, sin embargo el resultado final dependerá de que en la ciudad de industrialización tradicional el ritmo de establecimiento de industrias nuevas sea menor que en las localizaciones alternas. En las nuevas industrias se puede invertir capital extra local o básicamente queretano.

4) Otras. Se trata de una modalidad de expansión tipo red similar a la descrita con la clave 2, sólo que en estos casos el emplazamiento original no es la ciudad de México, por lo cual conviene distinguirlo para este análisis. Las variantes 1 y 2 se consideran modalidades del proceso de desconcentración industrial, no así los casos que tienen claves 3 y 4.

Importancia de las empresas desconcentradas

Resulta difícil hacer una estimación precisa del número de empresas que se han desconcentrado desde la Zona Metropolitana de la Ciudad de México hacia Querétaro y de su peso específico en la industria actual de esta ciudad, pues esos datos no aparecen en ninguno de los registros oficiales disponibles.

Del conjunto de 38 empresas consideradas, 14 (37%) estaban en este caso.¹¹

Un primer hallazgo es que el proceso de desconcentración fue emprendido principalmente por empresas de tamaños grande y mediano, ya que 12 de las 14 que declararon haberse desconcentrado desde la ZMCM son grandes y medianas y sólo 2 son negocios pequeños. La actividad de las industrias desconcentradas no corresponde a un giro en especial; el fenómeno afecta una gama amplia de actividades que cubre todo el espectro de la industria queretana: agroindustria, textil, metalmecánica y otras.

Más de la mitad de las empresas que declararon haberse desconcentrado mantiene oficinas en el Distrito Federal para facilitar las funciones de comercialización de productos y diseño de políticas de mercadeo. Esto ocurre también entre las empresas no desconcentradas, y en varias hay una red de puntos de venta en diversas ciudades del interior del país y no sólo en la capital.

Al considerar el origen del capital se encuentra que en el conjunto de empresas con participación extranjera las políticas de localización parecen ser más flexibles que en las de capital nacional, pues se advierten muchos casos de desconcentración y de redes de plantas en ciudades que no incluyen a la ciudad de México.

Contrario a lo que podría esperarse, las desconcentraciones ocurrieron en los tres decenios analizados y no de manera discriminada como reconocimiento a algún momento específico de las políticas de desconcentración. Esto se reveló tanto en la muestra general como en las entrevistas a empresas de capital extranjero. Sin embargo cabe destacar que durante el periodo más agudo de la crisis económica, entre 1983 y 1988, no hubo relocalizaciones entre las industrias entrevistadas por teléfono, lo cual puede ex-

¹¹Aunque esta proporción es muy significativa de ninguna manera se aplica al universo de las industrias queretanas dadas por las características de la muestra. Entre otras cuestiones se debe tomar en cuenta que no se incluyen las microempresas (con menos de 15 trabajadores) porque no aparecen en la base de datos oficial del SINQRO.

plicarse por la escasez de recursos. Este “hueco” fue llenado por las empresas de capital extranjero, que viéndose menos afectadas por esta situación continuaron las relocalizaciones desde finales de los sesenta hasta 1995.

Indudablemente la localización relativa de Querétaro respecto a la capital nacional, esto es, su cercanía, ha sido uno de los elementos que más han pesado en la decisión de las empresas. La orientación hacia el mercado más grande del país es fundamental para muchos de los productos de la industria local, en especial los del sector metalmecánico, pues gracias a ella se reducen los costos de transporte entre la planta productora y el consumidor final. Para las empresas relacionadas con la industria automotriz la ubicación de Querétaro en la Región Centro ha sido decisiva, ya que muchos de los clientes se encuentran dentro de esta zona. La infraestructura carretera y de transportes complementa la ventaja de la cercanía al mercado, ya que aumenta la accesibilidad y reduce los costos de los fletes y el transporte de las mercancías.

La disponibilidad de espacio para la industria a precios relativamente bajos en varios parques y ciudades industriales de la entidad fue reconocida por varios de los entrevistados como un factor de atracción importante. El diferencial de precios por metro cuadrado en las zonas industriales respecto a los que prevalecen en la Zona Metropolitana es notable: entre la tercera y la décima parte del costo en la ciudad de México.

Varios entrevistados se refirieron a la infraestructura. Mencionaron que habían encontrado naves abandonadas cuya adquisición resultó verdaderamente económica. Ante la crisis de los ochenta una parte de la capacidad instalada y de las plantas permanecía ociosa, subutilizada o absolutamente inutilizada. Esta capacidad ociosa llegó a ser atractiva para la instalación de empresas de capital extranjero que vinieron a sentar una nueva base económica.

Otro grupo de entrevistados se refirió a la buena calidad de vida de la ciudad, a su centro histórico, avenidas, comercios y servicios en general, así como a la tranquilidad provinciana que

se respira en Querétaro.¹² Los diferenciales en el costo de la mano de obra fueron también muy significativos y orientaron la balanza en favor de Querétaro. El salario mínimo era inferior al de la Zona Metropolitana: para los trabajadores no especializados se fijó en \$20.50 en todo el estado y en \$28.25 en la ciudad de México.

Un elemento adicional al que parecen dar mucha importancia los empresarios extranjeros es el “buen gobierno”: hubo 10 referencias a ello en las entrevistas. La canalización de apoyo y fomento hacia la manufactura se ha dado vía exenciones de impuestos y leyes de protección a los inversionistas y sólo excepcionalmente mediante inversiones directas, pero es obvio que los gobernantes queretanos han sido sensibles y han colaborado con su actitud al éxito de las empresas.

En dos de los casos de relocalización, uno ocurrido en 1980 y otro en 1997, así como en las entrevistas personales, se habló de las características negativas de la ciudad de México, como la contaminación y las condiciones de vida “intolerables”, que contaron entre las razones de mayor peso en la decisión de relocalizar de sus empresas.

Algunos efectos sociales y territoriales

Cabe resaltar dos efectos inducidos por la desconcentración industrial hacia esta ciudad en la economía local. Uno es el grado de eslabonamiento que se ha logrado entre la producción de algunos establecimientos grandes y otros pequeños dentro de un mismo sector de actividad, lo cual habla de la madurez alcanzada en el conjunto de las manufacturas en la localidad. El otro efecto, relacionado con el anterior, es que el capital local va incursionando cada vez más en las actividades industriales modernas, pese a que antes prefirió mantenerse en sectores más tradicionales.

¹² Esto se analiza con detalle en el trabajo de Enrique Pérez C., 2006.

El sector privado queretano estuvo limitado a una función ahorrativa antes de los años sesenta. Luego realizó funciones de capitalización al diversificar su participación hacia actividades productivas del sector terciario turístico, como la hotelería, los restaurantes y los balnearios. En la actualidad su presencia en las manufacturas es creciente.

El desarrollo urbano de Querétaro ha sido objeto de una fuerte injerencia del sector privado. Los intereses de ICA, Banamex (desconcentración fallida de las oficinas corporativas del mayor banco de México) y otros grandes promotores inmobiliarios privados llevaron a integrar una reserva territorial inmensa que se ha ido incorporando paulatinamente al mercado inmobiliario de acuerdo con el ritmo que impone por la demanda (García Peralta, 1988).

El control de la oferta ha permitido salvaguardar los intereses de los propietarios y efectuar operaciones inmobiliarias (construcción y venta de fraccionamientos, viviendas y parques industriales) de carácter muchas veces especulativo. La injerencia es tal que estos agentes privados llevan a cabo los planes de desarrollo urbano aún hoy.

La llegada al estado de industrias y de población externas ha presionado sobre el mercado de viviendas y sobre los servicios urbanos de todo tipo y los ha ido volviendo cada vez más caros. La vivienda en renta es más onerosa y difícil de encontrar y los impuestos municipales son elevados. A pesar de estos y otros problemas (como la escasez relativa de agua para la ciudad), la ausencia de conflictos y la colaboración estrecha y constante entre la iniciativa privada y el gobierno local han generado un clima favorable para el desarrollo económico, social y urbano en Querétaro.

Aunque prevalecía el interés privado, la ciudad de Querétaro creció de forma planeada, con una zonificación clara e instrumentos para un desarrollo urbano armónico, situación excepcional en el panorama mexicano. Otro efecto inducido por este proceso son algunos cambios de tipo cultural. La sociedad queretana tradicional ha sido trastocada por la llegada de las empresas y la población capitalinas. La industrialización en el estado, pero

principalmente la asociada a procesos de desconcentración, se ha visto acompañada por un fuerte flujo migratorio de los sectores medios y altos, que han alterado de forma muy significativa la composición social en la entidad.

Un cambio cultural notable se observa en el comportamiento político y electoral. Se han fundado organizaciones sociales independientes de empresarios, de padres de familia etc., o de carácter político como los partidos, promovidas en su mayoría por personajes no nativos de la entidad, sobre todo en los municipios más urbanizados del estado.

De acuerdo con Morales (1995), quien ha estudiado estos cambios, a partir de 1970, cuando la migración de capitalinos se aceleró, desaparecieron las tensiones entre el poder local y el nacional, que se resolvieron en favor de este último. El poder del partido oficial dejó de ser absoluto y el PAN se posicionó como segunda fuerza electoral en el estado.

El bajo nivel de escolaridad de la población queretana ha sido reconocido con frecuencia como un obstáculo para el desarrollo industrial de la entidad, sin embargo no se ha atendido este aspecto con la misma diligencia que otros rubros. La falta de instituciones de educación superior, técnica y profesional ha sido un problema para el desarrollo de la entidad y no sólo para el industrial.¹³ En todas las empresas, pero en especial en las industrias desconcentradas, los espacios para el personal más calificado suelen asignarse a los profesionistas migrantes.¹⁴ La posi-

¹³ Cuando el gobernador Octavio Mondragón (1949-1955) solicitó que se asignara un ingeniero para encargarse de las obras materiales en una clínica de la ciudad se enteró de que sólo había dos ingenieros para toda la ciudad. Ahí se percató de la necesidad de fundar una universidad en Querétaro (citado en Estrada, 1995).

¹⁴ Es sabido que la movilidad migratoria es mayor entre los profesionistas que en la población general. Los profesionistas que en 1990 residían en una entidad que no era la de su nacimiento constituían 34% del total, cifra que duplica la registrada por la población en general. Respecto al total de residentes en Querétaro en 1990, la ganancia neta de profesionistas entre 1985 y 1990 fue de 17.4%, proporción sólo superada por Quintana Roo (Cancún), cuya ganancia alcanzó 30.5% (INEGI, 1993).

bilidad de atraer al personal calificado que radica en la capital ha ocasionado que las opciones para este nivel de estudios se hayan abierto tardía y parcialmente La Universidad Autónoma de Querétaro (1951), el Tecnológico Regional de Querétaro (1967) y el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Unidad Querétaro (1975).

La preparación técnica ha sido atendida más seriamente: los industriales, demandantes directos, han sido también los promotores. Ejemplos de ello son los centros de capacitación de Singer y de Industria del Hierro, y por parte del gobierno el Centro de Capacitación para el Trabajo Industrial (Cecati), todos ellos en funciones desde los años sesenta.

De la exposición de este caso se desprende que en Querétaro, como sede de procesos de desconcentración industrial, se han conjugado múltiples factores, y casi todos los menciona la literatura relativa a la localización y el desarrollo manufacturero. Más que repetirlos, conviene apuntar que han sido “descubiertos” y “redescubiertos” varias veces a lo largo de la evolución industrial de Querétaro y se han ido adaptando a la situación particular de cada etapa. El esfuerzo conjunto de los empresarios extranjeros y mexicanos, de los gobiernos locales y federales, y de los más diversos grupos sociales ha logrado dar continuidad y vigencia a las condiciones ventajosas de esta ciudad y se ha llegado a un resultado exitoso en términos de industrialización y desarrollo económico.

LA MAQUILA EN LA REGIÓN

Aunque diversos analistas han observado la tendencia de la maquila de exportación a ubicarse también en el interior del país y no sólo en la frontera con Estados Unidos, esta migración es aún incipiente. Las estadísticas oficiales muestran que en 1995 correspondía a la zona norte de la República Mexicana, que abarca los estados limítrofes, 95% de la producción de este sector.

Los estudiosos del tema afirman que la maquila del interior es más intensiva en mano de obra que la fronteriza, que lo es más en capital. Lo que condujo a la localización interior fueron los diferenciales salariales, ya que por ejemplo la mano de obra es mucho más barata en Morelos (Sklair Leslie). También se plantea que la maquila del interior genera más lazos con la economía local y produce más efectos multiplicadores, entre ellos una mayor demanda de los insumos nacionales y más ventas locales (P. Wilson, 1992).

En la Región Centro los datos confirman estas características de la actividad maquiladora, pues revelan que en 1999 sólo se generó allí 3.21% de la producción, y en cambio se consumió 8.95% del total de insumos nacionales y se empleó 5.09% del personal remunerado en esta actividad en todo el país (cuadro 4.4). Los datos oficiales para 1997 y 1999 muestran que se reforzaron estas tendencias en el centro de México, y que en los últimos años se incrementó rápidamente la importancia relativa de la maquila de exportación en esta zona del país.

El tipo de maquila que se ubica en la región corresponde básicamente a las actividades textiles, la confección de prendas de vestir y la industria del cuero (Distrito Federal, México, Puebla, Tlaxcala, Querétaro). Sólo en Querétaro y el Estado de México hay también maquila de productos metálicos, de maquinaria y equipo, y en particular de la industria electrónica.

CUADRO 4.4
Región Centro: Indicadores sobre la industria
maquiladora de exportación
(porcentajes respecto al total nacional)

	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1997	1999
Producción	0.79	0.93	0.98	1.11	0.92	0.87	1.97	3.21
Insumos	3.30	3.94	4.24	4.19	4.13	4.02	7.32	8.95
Personal remunerado	0.98	1.48	1.76	2.22	2.39	2.54	4.05	5.09

Fuentes: INEGI, Sistema de Cuentas Nacionales. Producción, salarios, empleo y productividad de la industria maquiladora de exportación por entidad federativa, 1990-1995, México, 1997, en <<http://www.inegi.gob.mx/difusion/español/bvinegi/scnmma.pdf>>.

Fuera del ámbito de las empresas formales se ha investigado sobre el fenómeno de la maquila domiciliaria en diversas áreas del país, como en las zonas rurales de Jalisco y del Bajío, y también sobre la maquila textil en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (Treviño Siller, 1988; Escobar y De la Rocha, 1988; Arias, 1988; Alonso, 1988). Los investigadores interesados en este fenómeno han llegado a la conclusión de que tal industria es muy importante cuantitativamente, y sobre todo a partir de los sismos de 1985, cuando los sindicatos de costureras lucharon con más fuerza por sus reivindicaciones salariales y laborales, ha constituido una de las formas preferenciales de explotación de la mano de obra femenina, no sindicalizable, entre los maquiladores grandes y pequeños de la industria del vestido.¹⁵

El éxito del desarrollo de la maquila en las entidades fronterizas fue la causa del cambio del centro de gravedad industrial desde el viejo, situado en la ciudad de México, hacia el norte. Aunque en mínima proporción, el desarrollo de la maquila en el centro del país ha sido un elemento de equilibrio porque ocupa abundante mano de obra y crea lazos interindustriales.

Con la intención de sintetizar el sentido de la reestructuración industrial y territorial en la Región Centro podemos distinguir tres momentos o etapas en el proceso de desconcentración de la manufactura:

1) Durante el primer decenio (1970-1980) y hasta la terminación del periodo de auge petrolero destacan la actitud de liderazgo de los gobiernos y las acciones que llevaron a cabo para impulsar la desconcentración de la industria fuera de las grandes zonas metropolitanas. Las leyes, decretos, planes y programas constituyeron las bases legales; los subsidios, exenciones fiscales y fondos de apoyo fueron la base económica; y la construcción de parques industriales fue la base territorial en que se apoyó di-

¹⁵ En este aspecto, como en casi todos los aquí considerados, no se incluyen estadísticas del sector informal, pues no las hay. Sin embargo cabe recordar que su importancia es creciente en este periodo de cambio estructural y reestructuración hacia nuevos esquemas productivos.

cho proceso. Hubo en este lapso cierta movilización de empresas que se relocalizaron fuera de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México. Las políticas de desconcentración industrial fueron más congruentes en términos territoriales en esta zona que en otras del país, lo cual impulsó más la desconcentración.

2) En el gobierno de Miguel de la Madrid la escasez de recursos y las perspectivas poco favorables del entorno económico ocasionaron que las empresas se replegaran en sus ubicaciones tradicionales, y el declive tan severo de la demanda las llevó a detener las inversiones dirigidas a una relocalización. El cierre de muchas empresas y la contracción de las actividades en otras ocasionaron la caída de la producción regional y afectaron en mayor grado a nuestra zona de estudio.

3) Por último, en el periodo salinista despertó nuevamente la actividad manufacturera en el entorno competitivo propicio para que la iniciativa empresarial local pudiera desarrollarse. Se materializaron nuevas inversiones en las entidades de la región, muchas veces con la participación de capital extranjero. Para las grandes empresas la ciudad de México constituía una ubicación óptima, ya fuera por las características del mercado capitalino o por otras economías de carácter externo, de ahí que se reforzaran sus inversiones en el Distrito Federal.

A partir de los años ochenta y hasta la fecha, periodo de transformaciones económicas que buscan adaptar la economía mexicana a los requerimientos del mercado externo, la región ha perdido peso en cuanto a las actividades del sector secundario, con alrededor de 6 puntos porcentuales del PIB manufacturero del país (cuadro 4.1), y ha experimentado algunos cambios en la localización de empresas (cuadro 4.2). En el Distrito Federal se ha llevado a cabo un proceso de desindustrialización, reflejado en la pérdida de 10 puntos porcentuales del PIB manufacturero del país entre 1980 y 1998, mientras el Estado de México disminuyó su participación 2% durante el mismo lapso. Morelos y Querétaro tuvieron incrementos relativos de 0.90 y 0.36% respectivamente mientras el binomio Puebla-Tlaxcala conservó su participación estable, ligeramente arriba de 4 por ciento.

LOS SERVICIOS EN LA REGIÓN CENTRO

Conviene indagar acerca de la evolución de las actividades de servicio en el centro de México para ayudar a establecer si en esta región, y particularmente en la capital del país, se desarrollan las actividades terciarias de punta y los servicios al productor, tendencia esperable en aras de adquirir un papel significativo como ciudad o región global.

Al comparar las cifras nacionales con las de la región vemos que el producto del sector terciario se concentraba en esta parte del país: 46.6% en 1998, nivel que ya presentaba en los años setenta y que sólo fue un poco más bajo que el correspondiente a la concentración del sector manufacturero en ese mismo año, en que alcanzaba 50% (cuadro 4.5). La importancia relativa de esta región en el sector se mantuvo a lo largo del periodo en estudio con ligeras fluctuaciones. El movimiento general intrarregional revela cambios muy pequeños en distintos subperiodos, sin embargo las estructuras porcentuales al inicio y al final del periodo fueron bastante similares.

Tan grande es la variedad de actividades incluidas dentro de la clasificación de servicios que se hace necesario desagregarlas por tipo de actividad. Un análisis por sector y subperiodo (véase cuadro 4.6) revela que ha habido momentos de notable impulso al desarrollo de la actividad terciaria en cada entidad. Sobresale el rubro del transporte, almacenamiento y comunicaciones, en donde destaca Querétaro con tasas de 8 a 12% anual prácticamente a lo largo de todo el periodo. Esto habla del papel crucial de esa entidad en la estructura de los transportes terrestres y por ende en el desarrollo y consolidación de la región y en su vinculación hacia el norte de la República Mexicana. En otra dirección, esta vez hacia el sureste, Puebla y Tlaxcala cumplen un papel similar aunque menos determinante, que se refleja también en tasas de crecimiento muy altas en varios subperiodos.

Las actividades financiera, inmobiliaria y de seguros mostraron en esta región un dinamismo mayor que el observado en el

país durante todo el periodo (excepto entre 1988 y 1993), y esto refleja su especialización en dichas actividades.¹⁶ Los servicios financieros, de seguros y bienes inmuebles siguieron localizándose mayormente en el Distrito Federal (27% en 1993), pero mostraron en el periodo un movimiento de desconcentración desde la capital. Esta pérdida de empuje se observa exclusivamente en el Distrito Federal, pues otras entidades regionales como Querétaro, Morelos e Hidalgo lograron crecimientos muy importantes entre 6 y 9% anual de 1988 a 1993. Podemos plantear la hipótesis de que el mercado para estas actividades adquirió vitalidad en las entidades de la región como respuesta a la demanda de la población y a las actividades económicas que se desconcentraron de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México hacia las entidades vecinas.

Las de servicios comunales, sociales y personales¹⁷ mostraron a su vez una ligera tendencia a la desconcentración desde la zona central hacia el resto de México. En el Distrito Federal el movimiento fue más severo, pues la participación de estos años bajó de 40.38 a 33.15%. De nuevo fueron Querétaro y Morelos las entidades con tasas más elevadas entre 1988 y 1993, a pesar de lo cual la tasa de crecimiento de dichos servicios en el Distrito Federal se aceleró en el quinquenio, y más entre 1993 y 1998, cuando experimentó mayor dinamismo.

Por último, el grupo correspondiente a comercio, restaurantes y hoteles presentó una ligera tendencia a la baja en el producto de la Región Centro frente al resto del país (de 44 a 39%). En el Distrito Federal se escenificó un gran cambio con una pérdida de más de 10 puntos porcentuales. También en este rubro, y quizá con mayor espectacularidad que en otros, el Dis-

¹⁶ En este grupo se incluyen los servicios de “punta” o servicios al productor. Éstos, intensivos en conocimientos e información, se dividen en corporativos o centros gerenciales, que tienden a localizarse en las grandes ciudades (puertas al mundo), e intensivos en conocimientos más ligados a la producción, que suelen ubicarse en ciudades medias diferentes de los centros industriales de producción masiva y de los centros gerenciales (Chávez y Zepeda, 1996).

¹⁷ El título revela la diversidad de actividades que agrupa este rubro, que incluye educación, salud y servicios personales entre otros.

CUADRO 4.5
Sector servicios: Producto interno bruto, 1970-1990
(miles de nuevos pesos a precios de 1980)

	1970	1975	1980	1985	1988	1993	1998
Distrito Federal	604 110	777 886	1 114 122	984 325	1 038 343	1 221 161	1 507 960
Hidalgo	20 442	26 324	42 741	53 453	57 325	56 321	66 060
Estado de México	116 256	203 830	347 981	388 780	378 217	415 097	419 681
Morelos	18 992	25 658	38 514	50 136	49 839	64 242	67 087
Puebla	55 520	74 430	115 544	130 574	126 452	136 764	157 851
Querétaro	11 492	17 737	28 929	41 265	39 050	59 792	59 751
Tlaxcala	6 916	11 187	15 942	23 322	21 148	21 816	26 681
Región Centro	833 728	1 137 053	1 703 773	1 671 856	1 710 374	1 975 193	2 305 071
Resto del país	981 192	1 283 002	1 946 026	2 270 885	2 229 330	2 535 007	2 641 442
Total nacional	1 814 920	2 420 055	3 649 799	3 942 741	3 939 704	4 510 200	4 946 513
	<i>Porcentajes</i>						
Distrito Federal	33.29	32.14	30.53	24.97	26.36	27.08	30.49
Hidalgo	1.13	1.09	1.17	1.36	1.46	1.25	1.34
Estado de México	6.41	8.42	9.53	9.86	9.60	9.20	8.48
Morelos	1.05	1.06	1.06	1.27	1.27	1.42	1.36
Puebla	3.06	3.08	3.17	3.31	3.21	3.03	3.19
Querétaro	0.63	0.73	0.79	1.05	0.99	1.33	1.21
Tlaxcala	0.38	0.46	0.44	0.59	0.54	0.48	0.54
Región Centro	45.94	46.98	46.68	42.40	43.41	43.79	46.60
Resto del país	54.06	53.02	53.32	57.60	56.59	56.21	53.40
Total nacional	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00

Fuentes: Cálculos elaborados por Salvador Rivera (no publicados) con datos de los Censos Económicos, las Cuentas Nacionales y <<http://www.inegi.gob.mx/difusion/español/bvinegi/scnmma.pdf>>.

CUADRO 4.6
Región Centro: Tasas de crecimiento del PIB por entidad federativa y sectores de actividad, 1970-1998

<i>Entidad</i>	<i>1970-1980</i>	<i>1980-1988</i>	<i>1988-1993</i>	<i>1993-1998</i>	<i>1970-1980</i>	<i>1980-1988</i>	<i>1988-1993</i>	<i>1993-1998</i>
Distrito Federal	6.74	-1.13	2.18	4.38	4.40	6.22	1.39	3.15
Hidalgo	10.65	-1.39	-1.88	4.25	1.75	0.88	6.27	1.96
Estado de México	9.38	1.40	1.64	5.69	6.75	2.95	5.64	4.36
Morelos	7.19	3.65	1.67	4.34	4.15	0.66	8.29	2.35
Puebla	9.59	0.55	-0.67	8.24	2.25	1.47	4.59	1.99
Querétaro	11.55	1.94	10.88	8.17	5.56	1.50	9.30	3.49
Tlaxcala	12.18	4.06	0.46	7.30	2.39	1.02	4.56	3.31
Región Centro	7.63	-0.24	1.93	5.12	4.48	4.73	2.91	3.26
Resto del país	7.35	0.31	3.63	5.86	3.27	3.70	4.55	2.40
Total nacional	7.49	0.05	2.86	5.54	3.79	4.16	3.80	2.78
	<i>Servicios comunales, sociales y personales</i>				<i>Comercio, restaurantes y hoteles</i>			
Distrito Federal	7.63	-0.19	3.10	5.11	5.50	-4.27	6.18	1.05
Hidalgo	9.13	8.80	-2.80	2.50	6.40	8.36	0.43	-0.17
Estado de México	12.69	3.96	1.06	1.76	15.48	-1.27	1.20	2.94
Morelos	9.01	3.13	8.41	2.12	7.82	3.81	5.64	-1.60
Puebla	8.31	2.72	1.95	0.50	8.36	0.59	2.18	4.64
Querétaro	10.16	4.49	7.72	2.95	9.37	6.30	7.55	6.19
Tlaxcala	10.24	3.14	-0.04	0.76	9.21	4.73	-0.74	2.64
Región Centro	8.38	1.09	2.69	0.96	7.57	-2.27	4.32	1.85
Resto del país	8.82	2.87	0.90	1.44	7.42	1.67	1.97	2.15
Total nacional	8.60	1.99	1.76	1.21	7.49	0.05	2.86	2.03

Fuentes: Cálculos elaborados por Salvador Rivera (no publicados) con datos de los Censos Económicos, las Cuentas Nacionales y <<http://www.inegi.gob.mx/difusion/español/bvinegi/scnmma.pdf>>.

trito Federal se recuperó durante el sexenio salinista a una tasa de 6.19% anual, sólo superada en el ámbito regional por la de Querétaro, de 7.55%. Durante el último quinquenio considerado destacó esta entidad por el crecimiento de su actividad comercial, seguida por Puebla.

ESTRUCTURA DEL EMPLEO REGIONAL¹⁸

En términos de empleo de la población económicamente activa mexicana, los cambios fueron notables en el lapso 1970-2000 (cuadro 4.7). Cabe destacar un primer dato: que si bien el sentido de las transformaciones de la estructura del empleo fue el mismo en los ámbitos regional y nacional, con pérdida de empleos agrícolas y ganancias en ocupaciones industriales y de servicios, los cambios fueron más drásticos en el total de la República que en nuestra región de estudio.

La Región Centro era ya en 1970 una zona más industrializada, con más servicios y menor proporción de ocupaciones primarias que el resto del país, pero en el periodo observado las diferencias tendieron a reducirse, de manera que las estructuras sectoriales de empleo en la región y en el país se asemejaron cada vez más. Sin embargo no debemos engañarnos con las cifras agregadas, pues de nuevo en este caso el cambio del Distrito Federal, cuyo peso es muy fuerte en la región, oscurece la dinámica que experimentó el resto de las entidades. Así presentamos una disminución drástica de los porcentajes de empleo en las actividades primarias del conjunto regional, exceptuando al Distrito Federal, en donde la proporción ya era mínima. En tres estados, Puebla, Hidalgo y Tlaxcala, en el año 2000 aún eran

¹⁸ Para el estudio del empleo se consultaron los Censos de Población, donde no se distingue entre la actividad formal captada por los censos económicos y la informal, de ahí que la interpretación parta de una perspectiva diferente no comparable con la que antecede en el capítulo.

significativas las proporciones de empleo agropecuario, que iban de 18 a 28 por ciento.

Proporcionalmente el empleo regional durante los últimos tres decenios ha transitado más lentamente que el del resto del país hacia una disminución en el sector primario. Un dato relevante es que la cifra absoluta de trabajadores en actividades primarias tanto en el país como en la Región Centro prácticamente no varió en los 30 años considerados (poco más de cinco millones de trabajadores en el país y un millón en la región), por lo que sólo implicó descensos relativos frente a la población empleada total. La disminución relativa fue mayor en el resto del país, pues representó un retroceso equivalente a 30% de los empleos totales, mientras en el conjunto regional esta disminución fue de sólo 16 por ciento.

El empleo secundario sin duda ha crecido más fuera de nuestra región que dentro de ella debido a la pérdida de puestos en el Distrito Federal; sin embargo las proporciones de ganancia en entidades como Querétaro, Tlaxcala, Morelos e Hidalgo son sin duda superiores a las del resto de la República. En la actual distribución territorial de la industria del país estos estados han resultado ganadores.

Los trabajadores del sector secundario aumentaron en términos absolutos y relativos a lo largo del periodo y en todo el país, sin embargo las ganancias porcentuales en la zona central fueron mínimas (1.4% del empleo total), mientras que para el resto del país el incremento fue cercano a 10%. En este sector se manifestó con nitidez un proceso de desconcentración del empleo hacia territorio extrarregional. Las ganancias positivas y negativas que presentaron los estados que rodean al Distrito Federal fueron dispares, pues mientras el empleo industrial en el Estado de México fue muy parecido en 1970 y en 2000, en Querétaro subió 18 puntos porcentuales, al pasar de 19 a 37 por ciento.

El sector terciario suele estudiarse en términos de empleo por ser el gran proveedor (o sector de refugio) para los expulsados de las actividades primaria y secundaria. En la estructura del empleo regional este sector ganó 19% de trabajadores en los

CUADRO 4.7
Región Centro: Estructura del empleo por entidad federativa, 1970-2000
(número de trabajadores)

1970										
Sector primario	5 283 694	4 136 681	1 147 013	5 283 694	191 338	306 242	74 378	384 295	64 934	58 227
Sector secundario	2 793 365	1 451 758	1 341 607	2 793 365	41 317	316 472	30 523	115 306	24 434	22 210
Sector terciario	4 130 473	2 256 397	1 874 076	4 130 473	52 241	298 479	51 504	147 477	29 730	19 819
N. E.	747 525	510 434	237 091	747 525	17 034	70 580	14 472	32 626	8 986	6 177
Total	12 955 057	8 355 270	4 599 787	12 955 057	301 930	991 773	170 877	679 704	128 084	106 433
Porcentajes										
Sector primario	40.78	49.51	24.94	40.78	63.37	30.88	43.53	56.54	50.70	54.71
Sector secundario	21.65	17.38	29.17	21.65	13.68	31.91	17.86	16.96	19.08	20.87
Sector terciario	31.88	27.01	40.74	31.88	17.30	30.10	30.14	21.70	23.21	18.62
N. E.	5.77	6.11	5.15	5.77	5.64	7.12	8.47	4.80	7.02	5.80
Total	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00
1980										
Sector primario	5 560 629	4 477 645	1 082 984	5 560 629	192 195	262 382	72 191	406 399	53 775	56 471
Sector secundario	6 242 709	3 798 228	2 444 481	6 242 709	114 994	1 039 566	95 871	263 933	105 758	66 341
Sector terciario	10 796 203	6 456 553	4 339 650	10 796 203	167 712	1 456 246	172 143	381 055	120 739	70 109
N. E.	803 872	513 612	200 260	803 872	18 414	102 782	8 152	32 929	8 723	3 688
Total	23 403 413	15 246 038	8 157 375	23 403 413	493 315	2 860 976	348 357	1 084 316	288 995	196 609
Porcentajes										
Sector primario	23.76	29.37	13.28	23.76	38.96	9.17	20.72	37.48	18.61	28.72
Sector secundario	26.67	24.91	29.97	26.67	23.31	36.34	27.52	24.34	36.60	33.74
Sector terciario	46.13	42.35	53.20	46.13	34.00	50.90	49.42	35.14	41.78	36.66
N. E.	3.43	3.37	3.56	3.43	3.73	3.59	2.34	3.04	3.02	1.88
Total	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00
2000										
Sector primario	5 338 299	4 260 747	1 077 552	5 338 299	183 852	232 448	74 472	464 879	41 479	59 822
Sector secundario	9 384 109	6 101 397	3 282 712	9 384 109	209 332	1 391 402	144 276	478 217	177 274	124 355
Sector terciario	17 995 223	10 938 266	7 056 957	17 995 223	321 091	2 657 045	318 835	689 442	244 521	137 726
N. E.	1 012 579	631 015	381 564	1 012 579	14 451	181 466	13 248	32 983	16 706	6 682
Total	33 730 210	21 931 425	11 798 785	33 730 210	728 726	4 462 361	550 831	1 665 521	479 980	328 585
Porcentajes										
Sector primario	15.83	19.43	9.13	15.83	25.23	5.21	13.52	27.91	8.64	18.21
Sector secundario	27.82	27.82	27.82	27.82	28.73	31.18	26.19	28.71	36.93	37.85
Sector terciario	53.25	49.87	59.81	53.25	44.06	59.54	57.88	41.39	50.94	41.91
N. E.	3.00	2.88	3.23	3.00	1.98	4.07	2.41	1.98	3.48	2.03
Total	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00

Fuentes: Cálculos elaborados con base en INEGI, Censos de Población y Vivienda, 1970, 1990 y 2000.

30 años considerados, mientras en el resto del país las ganancias fueron mayores, cercanas a 23%. Por lo tanto la terciarización de la estructura del empleo ha sido más acusada fuera del ámbito regional. Los empleos en el comercio y los servicios han compensado la severa disminución del sector primario como generador de ocupaciones y el lento crecimiento del número de puestos en actividades del sector secundario, pues ha crecido sistemáticamente.

Entre las entidades del centro del país, en las que menos aumentó el empleo en este sector fueron el Distrito Federal (por estar ya muy terciarizada en el momento inicial) y Puebla, en donde se conservaron más empleos agropecuarios. La Región Centro, más urbanizada en un principio que el resto del país, presentaba una estructura ocupacional relativamente más especializada en servicios. Sin embargo a lo largo de las últimas tres décadas la terciarización ha sido mayor en el resto del país, por lo que ambas estructuras ocupacionales se han acercado.

EL PRODUCTO PER CÁPITA

Pese a las limitaciones de un indicador resumen como el producto per cápita ($\text{PIB global} \div \text{población total}$), nos permite un acercamiento aunque sea burdo a la situación media que prevalece en cada entidad respecto a la riqueza ahí generada en relación con la población residente. Este dato, quizá poco relevante en una sociedad tan desigual como la mexicana, es al fin un indicador de la riqueza o pobreza promedio en cada entidad a lo largo de este convulsionado periodo.¹⁹

¹⁹ Bajo el supuesto de que la desigualdad es similar en las entidades de la región, la comparación entre estados mantiene cierta validez.

Un primer vistazo a los datos del cuadro 4.8 revela que el producto per cápita en la Zona Centro fue superior al registrado en el resto de la República y que esta diferencia positiva se mantuvo a lo largo del periodo analizado. La diferencia en favor de la región se acrecentó entre 1970 y 1980, cuando la situación relativa de la Región Centro alcanzó una posición óptima frente al resto del país para reducir sus diferencias durante los años ochenta, en la llamada “década perdida”, lo cual se refleja en las cifras correspondientes a 1985 y 1988. Sin embargo en 1993, en condiciones económicas distintas —pues ya México estaba de hecho en un ambiente de apertura económica—, los datos muestran una recuperación en la Región Centro, que volvió a incrementar su ventaja relativa en el contexto nacional y la mantuvo hasta 1998.

El comportamiento de cada una de las entidades regionales se analizó con base en un índice que refleja la relación del PIB per cápita de cada estado con relación al PIB per cápita promedio en el país (parte baja del cuadro). El resultado revela que entre 1970 y 1998 las entidades de la región sufrieron altibajos, y entre éstos destaca la pérdida en el Estado de México, en donde el muy sensible descenso de todos estos años se fue acentuando cada vez más (de 106 a 76). La llegada masiva de migrantes a esta entidad, procedentes en su mayoría del Distrito Federal, diluyó, por decirlo así, los beneficios de la riqueza económica ahí generada, al grado que ha presentado un producto per cápita siempre decreciente y pasó de un estatuto superior a la media nacional a otro claramente inferior. En el Distrito Federal el balance fue contrario, dado el muy bajo incremento poblacional en relación con el aumento del producto.

Las entidades que llegaron a 1998 con índices superiores a 100, es decir, que lograron condiciones mejores que el promedio nacional, fueron por supuesto el Distrito Federal que más que la duplicó (2.6 veces), así como Querétaro, que con un indicador muy inferior, de 120, superó también la media nacional y confirmó el buen desempeño de su economía.²⁰ El resto de las enti-

²⁰ En 1970 sólo los estados del norte del país (Baja California y Baja California Sur, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas) y los que

CUADRO 4.8
 PIB per cápita
 (pesos de 1980)

	1970	1975	1980	1985	1988	1993	1998
Total	47.91	55.55	66.82	66.64	62.24	65.05	73.40
Región Centro	63.04	71.95	84.82	78.95	74.49	82.17	90.93
Resto del país	40.43	47.08	57.06	60.25	56.04	56.46	64.47
Distrito Federal	95.09	108.37	132.18	124.67	126.13	156.63	158.70
Hidalgo	25.63	31.12	43.01	44.09	45.59	44.87	41.94
Estado de México	50.82	59.60	66.44	62.64	56.48	54.91	55.90
Morelos	40.30	45.41	52.40	55.28	53.17	68.38	62.58
Puebla	29.58	34.96	44.58	43.24	38.13	41.06	54.70
Querétaro	37.51	48.68	57.61	68.30	61.12	68.73	88.16
Tlaxcala	21.79	31.69	37.59	47.82	37.83	37.64	39.40
<i>Índices respecto a la media nacional</i>							
Total	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00
Región Centro	136.56	129.50	126.94	118.47	119.67	126.32	123.87
Resto del país	84.38	84.74	85.40	90.41	90.04	86.80	87.82
Distrito Federal	198.46	195.07	197.83	187.08	202.63	240.78	258.40
Hidalgo	53.49	56.01	64.37	66.15	73.25	68.97	57.12
Estado de México	106.07	107.28	99.44	93.99	90.74	84.41	76.15
Morelos	84.10	81.73	78.42	82.95	85.42	105.12	85.24
Puebla	61.74	62.93	66.71	64.88	61.26	63.12	74.50
Querétaro	78.28	87.63	86.23	102.49	98.20	105.66	120.09
Tlaxcala	45.47	57.05	56.26	71.76	60.78	57.87	53.67

Fuente: Cuadros 2.2 y 3.1.

dades regionales no mostró tendencias contundentes de mejora y sólo excepcionalmente hubo aumentos significativos, pero que no lograron mantenerse, como en los casos de Morelos en 1993 y de Puebla en 1998.

albergaban las zonas metropolitanas mayores (Distrito Federal, Estado de México y Jalisco) alcanzaron un producto per cápita superior al nacional. En 1993 aparecieron en este grupo otras entidades y desaparecieron algunas más. Se incorporaron Campeche, Colima, Quintana Roo, y en la Región Centro, Morelos y Querétaro. Salieron Chihuahua, Tamaulipas y en la Región Centro el Estado de México.

En la perspectiva regional esta información apoyaría varias de las tendencias observadas con anterioridad:

- 1^o La fortaleza revigorizada de la Región Centro en el contexto nacional.
- 2^o La consolidación de las entidades regionales y en particular el despegue de Querétaro y de Morelos hasta antes del último quinquenio.
- 3^o La diferenciación, segregación o polarización de las entidades metropolitanas de la ciudad de México (Distrito Federal y Estado de México). Conviene ser muy cuidadosos en el manejo de este caso, ya que por tratarse de una sola economía metropolitana la división estatal puede arrojar resultados intrascendentes.
- 4^o Una tendencia ligera hacia la convergencia de la Región Centro respecto al resto del país y un distanciamiento del Distrito Federal respecto al resto de los estados que integran la zona de estudio.²¹

Con altibajos en el transcurso de estos años, dependiendo de las diferentes coyunturas por las que ha pasado la economía mexicana la Región Centro conservó su potencial productivo hacia el final del siglo. Lejos de hablar de decadencia o inamovilidad, la información analizada muestra signos de marcadas transformaciones estructurales, y el hecho de que se mantuviera el nivel de producción anterior demuestra la capacidad de adaptación e innovación que existían en la zona, cualidades que la han llevado a retomar dentro de una nueva modalidad y en un contexto más competitivo el papel dinámico que la caracterizó en etapas anteriores.

El Distrito Federal ha sido el asiento de las actividades líderes en la economía tanto en tiempos de apertura como en los de economía protegida que los precedieron, y en este sentido ha

²¹ En análisis similares al nuestro (Caraza Herrasti, 1993) se encuentra que la diferencia de los ingresos per cápita entre las entidades del país tendió a disminuir en las últimas décadas del siglo. Este proceso de convergencia es más evidente en los periodos en que el PIB nacional aumenta.

desempeñado un papel similar al de otras grandes metrópolis del mundo globalizado. Esto ha implicado una profunda reestructuración y reorganización de las actividades económicas secundarias y terciarias en la capital, las cuales se han conjugado con la tendencia observada en el más largo plazo hacia la desconcentración territorial efectiva de ciertas infraestructuras productivas de manufactura y servicios desde el Distrito Federal hacia otras áreas dentro y fuera del conjunto regional.

BIBLIOGRAFÍA

AGUILAR BARAJAS, Ismael

Industrial Decentralization and Regional Development in Mexico: an Evaluation of the Industrial States Programme, 1970-1986, Inglaterra, London School of Economics and Political Sciences, University of London, 1989.

ALONSO, José A.

“La maquila industrial domiciliaria en la metrópoli mexicana”, *Estudios Sociológicos*, vol. VI, núm. 18, 1988.

ARIAS, Patricia y Lucía BAZÁN

CIVAC: Un proceso de industrialización en una zona campesina, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Centro de Investigaciones Superiores, 1980 (Cuadernos de La Casa Chata, 1).

ARIAS, Patricia

“El empleo a domicilio en el medio rural: la nueva manufactura”, *Estudios Sociológicos*, vol. VI, núm. 18, 1988.

CARAZA HERRASTI, María Inés

“Convergencia del ingreso en la República Mexicana”, tesis de licenciatura en economía, México, Instituto Tecnológico Autónomo de México, 1993.

CHÁVEZ, G.F. y M.E. ZEPEDA (coords.)

El sector servicios: desarrollo regional y empleo, México, Fundación Friedrich Ebert, 1996.

ESCOBAR LATAPÍ, A.G. y Mercedes DE LA ROCHA

“Microindustria, informalidad y crisis en Guadalajara, 1982-1987”, *Estudios Sociológicos*, vol. VI, núm. 18, 1988.

ESTRADA CORREA, David Rafael

Querétaro en la memoria de sus gobernantes, 1939-1985, México, Talleres Gráficos del Estado de Querétaro, 1995.

GARZA VILLARREAL, Gustavo

Desconcentración, tecnología y localización industrial en México. Los parques y ciudades industriales, 1953-1988, México, Programa sobre ciencia, tecnología y desarrollo, El Colegio de México, 1992.

“Niveles y determinantes de la concentración industrial en la ciudad de México, 1930-1980”, *Vivienda*, vol. 14, núm. 1, enero-junio, 1989.

“La política de parques y ciudades industriales en México: etapa de expansión, 1971-1987”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 3, núm. 1, El Colegio de México, 1988.

GONZALEZ GÓMEZ, Carmen I. y Lorena E. OSORIO FRANCO

“Cien años de industria en Querétaro”, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Autónoma de Querétaro, 1997, mimeo.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, GEOGRAFÍA E INFORMÁTICA

Los profesionistas en México, México, INEGI, 1993.

MINIAN, Isaac y Hilker TOENS H.

Cambio estructural en Europa y México, México, Fundación Friedrich Ebert, 1989.

MORALES GARZA, Martha Gloria

“Migración y comportamiento electoral en Querétaro”, tesis de maestría en ciencia política, México, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, 1995.

PACHECO, Edith

“Cambios en la población económicamente activa: 1900-1995”, *Demos. Carta demográfica sobre México*, México, 1997.

SALAZAR SÁNCHEZ, Héctor

“Dinámica y estructura industrial de las áreas urbanas de las ciudades de Puebla, Querétaro y Toluca: un análisis de cambio y participación, 1960-1970”, tesis de maestría en Desarrollo Urbano, México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México, 1983.

PÉREZ CAMPUZANO, Enrique

“Reestructuración urbano-regional y emigración de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México”, tesis de doctorado en geografía, México, Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.

TREVIÑO SILLE, Sandra

“Reflexiones sobre el trabajo a domicilio en la zona noreste de Guanajuato”, *Estudios Sociológicos*, vol. VI, núm. 18, 1988.

URDANETA TROCONIS, Carlos Enrique

“El proceso de industrialización en el estado de Puebla (1965-1985)”, tesis de maestría en desarrollo urbano, Méxi-

co, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México, 1988.

WILSON, Patricia A.

Exports and Local Development. Mexico's New Maquiladoras, Austin, University of Texas Press, 1992.

V. EL DESARROLLO URBANO

ESTRUCTURA Y EVOLUCIÓN DEL SISTEMA URBANO

En este capítulo se analiza el desarrollo urbano de la Región Centro, la más urbanizada del país, en el último tercio de siglo xx. Durante estos años se pasó de una forma de desarrollo urbano concentrada en la ciudad de México a otra en que el dinamismo se ubica en las capitales estatales y en algunas ciudades de la región. En adelante llamaré “ciudades de la corona”¹ a las capitales de los estados que integran la región, en alusión a la forma en que están emplazadas alrededor de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México.

En el marco del desarrollo urbano ha sido evidente que el fenómeno más vistoso es el agotamiento de la capacidad concentradora de la capital del país con la tendencia hacia un nuevo equilibrio demográfico, político y económico entre los elementos del sistema urbano, en particular de la Región Centro. En este sentido se suele hablar de un desarrollo urbano “desconcentrado”.

Se aborda el tema desde dos puntos de vista: el primero es de tipo demográfico y analiza estos cambios en el contexto de la urbanización nacional y regional, priorizando los procesos de redistribución poblacional entre ciudades de distintos tamaños. A continuación se examina el caso de la ciudad de México así como

¹ El término “corona de ciudades”, que hoy utilizan diversas instituciones en varios contextos urbano regionales (Conapo, Sedesol, Metrópoli 2025, Universidad de Barcelona, etc.) no tiene un origen ni una definición precisos, por lo que es necesario especificarlo cada vez que lo aplicamos a un contexto particular. Sin embargo es, en mi opinión, un término afortunado para referir al conjunto de ciudades de tamaño menor que rodean a una ciudad principal. En la Región Centro de México fue Delgado (1998) quien lo utilizó, quizá por primera vez, para referirse al anillo de ciudades que rodean a la ciudad de México, aunque en el mismo texto también utiliza el término de “corona regional” para referirse a un conjunto de 200 municipios y 16 delegaciones del Distrito Federal.

los de las principales ciudades que la rodean, y junto a su papel destacado en este escenario se consideran algunos aspectos de la competencia interurbana y su reflejo en las condiciones de vida de las principales ciudades de la provincia regional.

DE UN DESARROLLO URBANO CONCENTRADO EN LA CAPITAL
A OTRO DESCONCENTRADO EN LAS CIUDADES DE LA CORONA

Tendencias de la urbanización en México

Si tuviéramos que sintetizar en un solo término el cambio más radical al que fue sometida la sociedad mexicana durante el siglo que terminó, éste sería sin duda la urbanización, y como resultado su transformación hacia mediados de los años setenta de una sociedad básicamente rural en otra mayoritariamente urbana.² Se llegó al año 2000 con 1.6 mexicanos urbanos por cada residente rural.³

La profundidad de las transformaciones sociales que esto ha implicado se advierte en todos los aspectos de la vida en México, especialmente en los ámbitos económico, tecnológico, socio político y cultural. A lo largo de este tiempo el tránsito hacia la sociedad urbana se ha vuelto más complejo, pues la vida en las ciudades y en áreas no urbanas se ha transformado en más

² La trascendencia de este fenómeno de carácter demográfico y la magnitud de sus consecuencias sociales sólo son comparables en la historia de México con las producidas por la merma de la población indígena ocasionada por las epidemias durante el periodo colonial (García, 1988).

³ La clasificación rural urbana que se utiliza aquí hace referencia a las localidades con más de 15 000 habitantes como localidades urbanas. Otra clasificación común que suele utilizarse oficialmente considera urbanas a las localidades con más de 2 500 habitantes, sin embargo a partir los análisis pioneros de la diferenciación entre lo rural y lo urbano en México elaborados por Luis Unikel (1968) se distinguen características urbanas principalmente a partir de 15 000 habitantes.

de un sentido. A algunos de esos cambios se refiere el presente capítulo.

Marcada por un ritmo acelerado desde los años treinta y cuarenta, la urbanización nacional alcanzó su auge hacia mediados del siglo y luego se tornó cada vez más lenta, lo cual se reflejó en tasas de urbanización decrecientes. Los años bajo estudio fueron de franca “desaceleración” de la urbanización.⁴ Contra lo que podría esperarse después de tantas décadas de movilizaciones masivas de campesinos hacia las ciudades mexicanas, la población rural todavía continúa creciendo en términos absolutos, aunque su proporción va en descenso. Los pobladores de localidades con menos de 15 000 habitantes aumentaron de casi 26 millones en 1970 a 38 millones en 2000 (cuadro 5.1). Si consideramos que es población rural sólo la que vive en localidades con menos de 2 500 habitantes, vemos que aumentó de 20 millones a 24.7 millones en el mismo lapso.⁵ Aparentemente el factor demográfico responsable del crecimiento rural no ha sido sobrepasado aún por el de la emigración hacia localidades urbanas.

Aunque de escasa magnitud, resalta en las cifras analizadas en este cuadro el mayor peso relativo de la población rural (de 38.83 a 39.05% de la población total del país) a lo largo de los años noventa. En contra de la tendencia esperada, esta recuperación se debe a las localidades semiurbanas de entre 2 500 y 15 000 habitantes, cuya dinámica de concentración de población ha sido importante. Se analiza con mayor profundidad en el capítulo dedicado al mundo rural.⁶

⁴ La tasa de urbanización es el ritmo al cual la población cambia su residencia de localidades rurales a urbanas, y la evolución temporal de este ritmo indica que la velocidad fue creciente desde inicios del siglo y decreciente a partir de los años sesenta.

⁵ De continuar esta tendencia, la población rural también se reducirá en números absolutos en un futuro próximo.

⁶ Si consideráramos urbana a la población en localidades de más de 2 500 habitantes el grado y las tasas de urbanización serían mayores.

CUADRO 5.1
Indicadores de la urbanización en México y en la Región Centro, 1970-2000

<i>Año</i>	<i>República Mexicana</i>	<i>Región Centro</i>	<i>Resto del país</i>
<i>Población</i>			
1970			
Población total	49 018 797	16 185 272	32 833 525
Población urbana	23 033 016	10 205 239	12 827 777
Población rural	25 985 781	5 980 033	20 005 748
1980			
Población total	66 941 947	23 557 923	43 384 024
Población urbana	37 759 469	17 017 923	20 741 546
Población rural	29 182 478	6 540 000	22 642 478
1990			
Población total	81 749 453	27 246 585	54 502 868
Población urbana	50 007 952	20 199 774	29 808 178
Población rural	31 741 501	7 046 811	24 694 690
2000			
Población total	97 483 412	32 936 450	64 546 962
Población urbana	59 419 208	23 000 696	36 418 512
Población rural	38 064 204	9 935 754	28 128 450
<i>Porcentajes</i>			
1970			
Población total	100.00	100.00	100.00
Población urbana	46.99	63.05	39.07
Población rural	53.01	36.95	60.93
1980			
Población total	100.00	100.00	100.00
Población urbana	56.41	72.24	47.81
Población rural	43.59	27.76	52.19
1990			
Población total	100.00	100.00	100.00
Población urbana	61.17	74.14	54.69
Población rural	38.83	25.86	45.31
2000			
Población total	100.00	100.00	100.00
Población urbana	60.95	69.83	56.42
Población rural	39.05	30.17	43.58
<i>Tasa de urbanización</i>			
1970-1980	1.84	1.37	2.04
1980-1990	0.81	0.26	1.35
1990-2000	-0.04	-0.07	0.59

Fuente: Cálculos propios elaborados con base en información censal.

Al considerar las tres características que suelen indicar el avance de la urbanización en un país: 1) proporción creciente de población que vive en localidades urbanas; 2) multiplicación del número de ciudades; y 3) concentración de población urbana en ciudades cada vez más grandes, se observa que en México la primera se sigue llevando a cabo aunque a ritmo más lento, que la segunda continúa y que respecto a la tercera, la población urbana aumenta en las ciudades mayores de 500 000 habitantes. Sin embargo las metrópolis más importantes del país, las zonas metropolitanas de México, Guadalajara y Monterrey, se distancian de este patrón al concentrar proporciones menores de la población urbana mexicana (50.2% en 1970 y sólo 40.7% en 2000).

La urbanización en la Región Centro

La comparación entre el espacio nacional y el de la Región Centro denota que este último se encuentra más urbanizado que el primero, ya que la población residente en las ciudades regionales se acerca a 70% en el resto de la República y se mantiene rezagada en aproximadamente 13%, lo cual se debe a la alta primacía del sistema urbano nacional y a la inclusión de la capital en esta región. Sin embargo cabe mencionar que en las últimas décadas se ha ido acortando la distancia entre el nivel de urbanización del país y el de la región.

De acuerdo con los cálculos que aparecen en el cuadro 5.1 no sólo disminuyó el ritmo de la urbanización regional, sino que el proceso se revirtió al presentar una tasa negativa de -0.07% anual entre 1990 y 2000, ya que la población urbana pasó de 74.14% en 1990 a 69.83% en 2000.

Más que pensar en la inflexión del proceso de urbanización, debemos buscar la explicación a estos datos en el marco de la evolución de tal proceso, que al incorporar nuevas pautas en las relaciones económicas, laborales, comerciales, administrativas y en general de formas de vida, involucra a localidades más peque-

ñas que antes se consideraban rurales o en transición de rurales a urbanas.

Como se ha mencionado, si se reelaboran los cálculos del cuadro referido para los años 1990 y 2000 (periodo en que parece invertirse el proceso de urbanización) considerando rural sólo a la población que habita en localidades con menos de 2 500 habitantes en lugar de 15 000, los porcentajes de urbanización siguen avanzando incluso en la Región Centro, aunque con ritmos muy lentos.⁷ Sobre esta hipótesis abundaremos más adelante al presentar los análisis sobre el desarrollo del componente rural en la región.

Las profundas transformaciones sociales que ocurren en nuestro país y en el mundo entero hacen necesario elaborar nuevos conceptos y taxonomías, entre los que se encuentran sin duda los referentes a la urbanización y a las formas de vida que se están construyendo dentro y fuera de las ciudades.

Los tamaños de las ciudades

Una amplia gama de ejercicios versa sobre la clasificación de las ciudades de acuerdo con su tamaño. Hay poca discusión respecto a considerar pequeñas las ciudades con menos de 50 000 habitantes; la polémica se centra en el rango que incluye a las ciudades medias, que según el autor de que se trate va hasta 100 000, 250 000 e incluso 500 000 habitantes. En el interior del grupo restante, el de las grandes urbes, se distinguen con frecuencia las ciudades millonarias. La clasificación que se usa aparece en las notas del cuadro 5.2 y no difiere mayormente de las anteriores, excepto en que se considera “gigantes” a las ciudades con más de cinco millones de habitantes, por lo que en este rango sólo queda la ciudad de México.

⁷ De acuerdo con las nuevas estimaciones el grado de urbanización de la Región Centro habría pasado de 82.28% en 1990 a 83.45% en 2000, mientras en el resto del país lo habría hecho de 66.28 a 70.14 por ciento.

CUADRO 5.2

Población urbana por tamaño de localidad en México y la Región Centro, 1970-2000

Tamaño de ciudad	República Mexicana					Región Centro				
	Absolutos		Porcentajes		Tamaño promedio	Absolutos		Porcentajes		Tamaño promedio
	Población	Localidades	Población	Localidades	Localidades	Población	Localidades	Población	Localidades	Localidades
1970										
Ciudades gigantes ⁱ	8 790 314	1	38.16	0.59	8 790 314	8 790 314	1	85.73	5.00	8 790 314
Ciudades grandes ⁱⁱ	3 440 122	3	14.94	1.76	1 146 707	667 539	1	6.51	5.00	667 539
Ciudades medianas ⁱⁱⁱ	7 963 393	55	34.57	32.35	144 789	462 190	4	4.51	20.00	115 547
Ciudades pequeñas ^{iv}	2 839 197	111	12.33	65.29	24 689	333 695	14	3.25	70.00	21 938
Total	23 033 016	170	100.00	100.00		10 253 738	20	100.00	100.00	
1980										
Ciudades gigantes ⁱ	13 865 453	1	36.72	0.45	13 865 453	13 865 453	1	81.09	3.33	13 865 453
Ciudades grandes ⁱⁱ	8 037 230	7	21.29	3.15	1 148 176	1 816 151	2	10.62	6.67	908 076
Ciudades medianas ⁱⁱⁱ	12 007 759	66	31.80	29.73	179 220	1 001 475	7	5.86	23.33	153 600
Ciudades pequeñas ^{iv}	3 849 027	148	10.19	66.67	25 490	414 716	20	2.43	66.67	20 736
Total	37 759 469	222	100.00	100.00		17 097 795	30	100.00	100.00	
1990										
Ciudades gigantes ⁱ	15 141 005	1	30.28	0.32	15 141 005	15 141 005	1	74.44	2.27	15 141 005
Ciudades grandes ⁱⁱ	16 259 872	16	32.51	5.18	1 016 242	3 242 265	3	15.94	6.82	1 080 755
Ciudades medianas ⁱⁱⁱ	13 140 441	79	26.28	25.57	164 256	1 155 851	6	5.68	13.64	202 962
Ciudades pequeñas ^{iv}	5 466 634	213	10.93	68.93	25 308	801 693	34	3.94	77.27	23 579
Total	50 007 952	309	100.00	100.00		20 340 814	44	100.00	100.00	
2000										
Ciudades gigantes ⁱ	17 287 649	1	28.54	0.27	17 287 649	17 287 649	1	73.13	1.54	17 287 649
Ciudades grandes ⁱⁱ	22 418 433	22	37.01	5.99	1 019 020	3 880 071	4	16.41	6.15	970 018
Ciudades medianas ⁱⁱⁱ	14 565 448	94	24.04	25.61	154 952	1 270 689	9	5.37	13.85	141 188
Ciudades pequeñas ^{iv}	6 306 555	250	10.41	68.12	25 226	1 202 813	51	5.09	78.46	23 585
Total	60 578 085	367	100.00	100.00		23 641 222	65	100.00	100.00	

* Promedio de habitantes en cada tipo de ciudad

ⁱ Más de 5 000 000 habitantes

ⁱⁱ entre 500 000 y 5 000 000 habitantes

ⁱⁱⁱ entre 50 000 y 500 000 habitantes

^{iv} entre 15 000 y 50 000 habitantes

Fuente: elaboración propia con base a información de los censos de población del INEGI 1970-2000.

Las ciudades regionales tienen tamaños muy distintos. De acuerdo con la clasificación adoptada, en 2000 había 4 grandes, 9 medianas y 51 pequeñas. Al analizar esta clasificación llama la atención que, sin considerar a la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, en todos los rangos de ciudades del centro del país en 1970 y 1980 se presentaban tamaños promedio inferiores a los de México en su conjunto. Este hecho lleva a pensar que apenas hace pocos años en toda la gama de ciudades regionales se resintió cierto efecto “inhibidor” del desarrollo urbano, probablemente a causa de la presencia de la ciudad de México, cuya influencia se proyectaba sobre el área inmediata que la circundaba.

A manera de hipótesis se establece que la ciudad de México —que por su tamaño califica entre las gigantes del mundo— tiene un peso tal en el contexto regional que acarrea el subdesarrollo de las ciudades más cercanas a ella. No deja de ser paradójico que la región más urbanizada del país haya mantenido sin embargo ciudades relativamente más escasas y más pequeñas hasta 1980, con excepción, por supuesto, de la capital nacional.

Esta situación se modificó a lo largo de la década de los ochenta; ya en 1990 las ciudades grandes de la zona lograron acercarse e incluso rebasar un poco el tamaño promedio de sus equivalentes en el total nacional, situación que se revirtió según los datos del último censo. Precisamente durante el periodo de estudio que abarca el último tercio de siglo las ciudades grandes crecieron con vigor, de manera que a esta clase, que sólo incluía a Puebla en 1970, se agregaron Toluca desde 1980, Querétaro desde 1990 y Cuernavaca a partir de 2000.

Respecto al grupo de ciudades medianas de la región (de 50 000 a 500 000 habitantes) se observa que había pocas localidades en el rango, pues su número llegó sólo a nueve. La población en este tipo de ciudades ha aumentado muy lentamente en términos absolutos y relativos, y tampoco se observa estabilidad en su tamaño promedio, el cual suele oscilar hacia arriba y hacia abajo respecto a la media nacional de esta clase, dependiendo de la reclasificación de algunas de ellas como ciudades grandes.

El rasgo más sobresaliente de la dinámica de la urbanización regional en este periodo fue que disminuyó la proporción de población que habitaba en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (de 86 a 73%) y aumentó de manera persistente la que vivía en ciudades grandes con más de 500 000 habitantes. El incremento en este rango fue de 10% de la población urbana (de 6.5 a 16.4%), y no en las medianas (de 50 000 a 500 000), cuyo peso poblacional continuó siendo insignificante durante todo el periodo (entre 3 y 5.8 por ciento).

En el espacio nacional el grupo de ciudades pequeñas con menos de 50 000 habitantes) en 2000 constituía 68% de las localidades del sistema urbano, y la población que ahí vivía se mantuvo estable en alrededor de 11% del total de habitantes urbanos desde 1970 hasta 2000. En contraste, en la Región Centro este grupo fue cada vez más numeroso (pasó de 70 a 78% de las localidades urbanas), pero eran localidades un tanto más pequeñas que la media nacional. La media regional era de 23 584 habitantes y la del país 25 226 habitantes.

Es probable que su menor tamaño obedeciera a la alta densidad de población rural y en transición de rural a urbana en la zona. Podemos suponer que los servicios que se prestan en estas pequeñas ciudades tienen un mercado ampliado por la población rural en sus áreas de influencia inmediata, a diferencia de lo que sucede en localidades con menor densidad en sus alrededores. A pesar de que son ligeramente más pequeñas, su peso en el sistema urbano regional es más fuerte que en el total de la República Mexicana (78% frente a 68% de las localidades urbanas respectivamente) y concentran proporciones más bajas (pero en aumento) de la población urbana de la zona. Estas pequeñas ciudades despegaron a partir de los años ochenta y llegaron a concentrar 5% de la población urbana regional al final del milenio; el doble que en 1980.

En el sistema urbano de la región las ciudades más pequeñas son relativamente más numerosas, y a pesar de ello concentran menos población urbana que sus equivalentes en el sistema urbano nacional. Muestran, sin embargo, signos recientes de vitali-

dad al albergar proporciones crecientes de la población urbana de este territorio. Se podría pensar que el efecto inhibitor de la ciudad de México sobre las que le siguen en rango encuentra réplica en la relación entre las ciudades grandes de la región y las más pequeñas. Estas últimas resienten la influencia que les proyectan las capitales y las ciudades medianas de tales entidades.

En síntesis podemos plantear la hipótesis de que la urbanización de la región en términos cuantitativos se ha desacelerado y ha avanzado muy lentamente en los últimos años. La forma de esta urbanización es distinta de la experimentada en los periodos precedentes de rápida urbanización. Respecto a la distribución espacial se manifiesta una tendencia vigorosa de esta población a ubicarse en las ciudades grandes, la mayoría zonas metropolitanas, en detrimento de la ciudad gigante (ciudad de México). Las ciudades medias son escasas, mientras que las pequeñas mantienen una base urbana amplia y dinámica en términos del número de localidades y solamente dinámica en cuanto a población residente.

El tamaño y la localización relativa de los elementos del sistema urbano de esta región influyen en forma determinante en el proceso de urbanización que se observa en dicha porción del territorio nacional. Con base en tales elementos y los que se presentan en el capítulo siguiente se contrasta la hipótesis de Geyer y Kontuly de la urbanización diferencial en el centro de México.

El sistema de ciudades y la metropolización

Con el desarrollo del enfoque sistémico se acuñaron los conceptos *sistema de ciudades* y *sistema metropolitano*, que han sido de mucha utilidad para entender la forma en que se estructuran las relaciones entre las ciudades y de éstas con sus áreas circundantes.⁸ El precisar el alcance de la influencia de una metrópoli e identificar la intensidad de las relaciones interurbanas es valioso

⁸ Un buen análisis de la evolución del enfoque sistémico aplicado a la organización urbana puede verse en Bourne y Simmons, 1978.

e indispensable para llevar a cabo una buena planeación económica y social, por lo que se han aplicado muchos esfuerzos con este propósito y se seguirá haciendo sin duda en el futuro.

El tema requiere información de flujos de personas, mercancías y mensajes entre localidades, lo cual resulta del mayor interés puesto que ayuda a conocer mejor el orden y el grado de integración económica de los elementos del sistema, así como la dirección y el sentido de las comunicaciones que se establecen entre ellos.

Algunos ejercicios apoyados en información de flujos de llamadas telefónicas entre ciudades para identificar los sistemas y las relaciones entre éstas que atañen a la Zona Centro se basan en datos sobre el origen y destino de las llamadas telefónicas. Graizbord (1985) utiliza datos de 1980 y 1983 y Conapo (1991) de 1988. Los resultados de estos ejercicios no varían demasiado, pero me interesa destacar algunos elementos que se advierten en ellos y que considero pertinentes para conceptualizar el proceso de urbanización de esta región.

El primero se refiere a la primacía de la ciudad de México. En ambos estudios sobresale como un rasgo distintivo un predominio que podríamos llamar “exagerado” de la ciudad de México como emisora y receptora de llamadas telefónicas en la región.

Sin embargo este predominio incuestionable parece atenuarse. En el estudio de Graizbord se comparan los flujos entre 1980 y 1983 y se observa una disminución en la intensidad de la comunicación telefónica originada en el DF con dirección hacia el resto de las entidades regionales, y más acentuada respecto a Puebla, con la que se redujo 11%. Este cambio puede haber sido coyuntural debido a los efectos de la crisis económica de los años ochenta, pero podría también estar anunciando una tendencia a la reducción de la importancia relativa de la capital respecto a otras ciudades regionales e incluso extrarregionales.

Una segunda cuestión que conviene resaltar es la distinción en el interior de la Región de subgrupos de entidades (subregiones funcionales) y de subsistemas urbanos. Al considerar la interacción agregada de entidades Graizbord hace hincapié en

la existencia de dos regiones funcionales: la primera, en la que los flujos son más intensos, está integrada por las entidades colindantes del Distrito Federal, Morelos y el Estado de México, y la segunda, con menos interacción, está formada por Hidalgo, Puebla, Tlaxcala y Querétaro.

Al bajar al nivel de localidad y eliminar del análisis el flujo dominante de la ciudad de México sobre toda la zona, se identifica un sistema urbano jerárquico entre ciudades de segundo y tercer orden, en el que localidades de distintos tamaños gravitan sobre las capitales estatales formando “sistemas urbanos subregionales”.⁹ En ellos se identifican tendencias hacia una mayor integración con sus áreas de influencia inmediatas.

Cabe advertir también la debilidad —que parece rayar en la inexistencia— de los lazos entre los demás elementos del sistema, en particular entre las capitales estatales. Las excepciones son Tlaxcala con Puebla, y Cuernavaca con Cuautla. La contundencia del esquema radial de relaciones interurbanas queda manifiesta en estos trabajos y coincide con otros elementos estructurantes del espacio regional como las carreteras, que se analizarán en el capítulo VII.

El tratamiento de la metropolización obedece a este mismo enfoque sistémico; pese a las dificultades de medición ha sido desarrollado en el contexto regional desde 1940.¹⁰ Estos esfuerzos se enfrentan al problema de que en México no se cuenta con fuentes de información accesibles, continuas, comparables en el tiempo y fidedignas sobre las interrelaciones funcionales entre municipios y entre localidades que posibiliten la evaluación y el seguimiento del funcionamiento de los sistemas urbanos y de procesos como el de metropolización. Por ello ha predominado el criterio físico espacial de continuidad de las manchas urbanas sobre los criterios funcionales y de relación entre el centro y la

⁹ En ese ejercicio se identificaron los subsistemas de Puebla, Querétaro, Cuernavaca (en el cual se incluye Cuautla), Toluca, Pachuca y uno más con centro en Chalco (este último de menor jerarquía).

¹⁰ Los primeros ejercicios de delimitación metropolitana de la ciudad de México también corresponden a Luis Unikel (1972)

periferia en los ejercicios de delimitación metropolitana que hasta ahora se han llevado a cabo en el país, mientras la información de los municipios ha suplido esta deficiencia en el caso del análisis de sistemas de ciudades.

Al parecer la deficiencia de información adecuada se ha empezado a subsanar parcialmente, ya que en la muestra censal de 2000 se consignó, por primera vez información acerca de las personas que laboran en un municipio distinto del que habitan, lo cual ofrece la posibilidad de delimitar las áreas de mercados de trabajo (*labour market areas*), las cuales han servido tradicionalmente como base para la delimitación metropolitana en muchos países. Partiendo de nueva información se ha hecho un primer ejercicio de delimitación metropolitana para el país, considerando metropolitano un municipio en el cual al menos 15% de su PEA trabaja en otro municipio perteneciente a la localidad metropolitana original (Sobrino, 2003). A partir de 2004 se ha publicado una delimitación de zonas metropolitanas de México, consensuada entre las instituciones interesadas en el tema (Sedesol, Conapo e INEGI, 2004).

De acuerdo con esta delimitación oficial, por su carácter más urbanizado la Región Centro alberga a 12 de las 55 zonas metropolitanas del país: la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, capital nacional, todas las capitales estatales, Tulancingo, Tehuacán, San Juan del Río, Apizaco y Cuautla. El crecimiento de las ciudades grandes e incluso de algunas de tamaño mediano que ha sido experimentado por la Región Centro ha adoptado técnicamente una forma metropolitana, lo que significa que con su desarrollo y expansión física las ciudades han sobrepasado los límites del municipio que originalmente las contenía.¹¹ Cuando esto ocurre se vuelve conveniente la agregación municipal como forma más permanente y fácil de identificar una localidad, en

¹¹ Este proceso resulta favorecido por la pequeñez de las unidades político administrativas en esta zona y por la forma extendida y relativamente poco densa en que se expanden las ciudades mexicanas.

lugar de trabajar con los límites territoriales cambiantes del área urbanizada de una gran ciudad.

En una primera etapa del proceso de metropolización, que duró hasta mediados de los ochenta, las ciudades regionales y en especial la capital nacional sufrieron un proceso en el cual la población que llegó del medio rural, o la que se movía de las zonas centrales a las periféricas, hacía crecer la mancha urbana de una manera más o menos continua. Éste fue el caso de los primeros municipios conurbados, como Tlalnepantla, Naucalpan y Nezahualcóyotl.

Posteriormente el área urbana fue perdiendo esta forma continua de expansión, al tiempo que se reforzó otra variante de integración a la actividad de la ciudad central consistente en que una parte de los habitantes de los poblados cercanos (y cada vez menos cercanos a la ciudad) que ha ido perdiendo su actividad agrícola tradicional utiliza cotidianamente el transporte, público o privado, para trasladarse a los centros de trabajo de la ciudad, en donde se emplea sin necesidad de cambiar su residencia.

El desarrollo de zonas industriales y subcentros urbanos que combinan las actividades de comercio con las de servicio fuera del núcleo tradicional de la ciudad (lo que se ha dado en llamar tejido urbano polinuclear) hace posible mantener la residencia en tales poblados, cuya población aumenta cada vez más y se mejora su accesibilidad. A esto hay que añadir la multiplicación de fraccionamientos y colonias de todo tipo que se han desarrollado en las periferias de las grandes ciudades. El resultado es una forma discontinua, más difusa y menos evidente de incorporación de espacios al ámbito metropolitano, lo que hace que el mismo concepto de zona metropolitana requiera una reconsideración para dotarlo de un contenido que refleje mejor esta nueva realidad. Para ello es preciso aún mucho trabajo de investigación.

LOS PROTAGONISTAS DEL DESARROLLO URBANO

*La Zona Metropolitana de la Ciudad de México*¹²

La ciudad de México ha sido sin duda la estrella del desarrollo urbano debido a su carácter de capital nacional. La importancia de su papel trasciende la mera concentración demográfica, económica y cultural del país al desempeñar la conducción administrativa y política de la federación. Esto tiene implicaciones en cuanto al tipo de relaciones sociales que ahí se generan, pues la convierte en símbolo nacional y sede de los representantes en turno de un poder central muy poderoso. Todo ello tiene efectos en la organización y uso del espacio metropolitano, en especial del llamado centro histórico (Monnet, 1995).

En la corriente de transformaciones inducidas por el proceso de globalización la ciudad de México ha ido asumiendo nuevas funciones al insertarse como nodo en la red de intercambios crecientes entre naciones. En este apartado se muestra que el proceso de concentración poblacional en la ciudad de México se ha detenido al tiempo que han aparecido otros rasgos que reflejan su nuevo papel en el conjunto nacional y regional, así como en el concierto de naciones.

Alto a la concentración

Durante todo el siglo xx la población de la ciudad de México no dejó de aumentar. Empezó el siglo con 369 000 habitantes y lo terminó con 18.2 millones, en números redondos 49 veces más que al principio. La magnitud de este crecimiento se aprecia mejor al compararla con la del país, ya que durante ese mismo lapso

¹²En 2004 la delimitación oficial de la Zona Metropolitana del Valle de México incluía las 16 delegaciones del DF, 59 municipios del Estado de México y uno del estado de Hidalgo.

la población nacional sólo aumentó 7 veces, al pasar de 13.6 millones en 1900 a cerca de 100 millones en el año 2000.

Hacia la mitad del siglo, en el periodo de 1940 a 1970, se aceleró el proceso de concentración demográfica y se desató el crecimiento más espectacular que haya visto la ciudad de México, acompañando de cerca al desarrollo industrial y económico del país. Se inició con un fuerte impulso al aumento poblacional con las tasas más altas registradas, de 6.02% anual entre 1940 y 1950, y continuó con tasas superiores a 5% hasta 1970. La dinámica demográfica activada durante este lapso hizo que en 1979 la población capitalina alcanzara 8.6 millones de habitantes y que a lo largo de la década de los setenta se incrementara anualmente en la fabulosa cifra de 437 129 personas cada año en promedio.

Después de una década de transición en los años setenta, cuando se iniciaron el descenso de la fecundidad (más acentuada en las grandes ciudades que fuera de ellas) y la reversión de la migración, en los últimos 20 años el crecimiento de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México ha sido bajo, con tasas muy cercanas a las del aumento natural de su población. A partir de 1980 la tasa de crecimiento de la ciudad de México se ha ubicado por debajo de la del país (cuadro 5.3).

Los datos censales de 1990 fueron sorprendentes porque revelaron que por primera vez en el siglo, durante los años ochenta el ritmo de crecimiento poblacional de la capital había sido inferior al nacional. Si bien el deseo de disminuir la concentración metropolitana era claro en el discurso político, las medidas que se habían tomado para lograrlo no parecían suficientes, por lo que el fenómeno se calificó como no inducido, es decir, no resultante de medidas de política orientadas a este fin. La reversión de la concentración poblacional se confirmó en la década siguiente.

A pesar de que en los últimos años (entre 1990 y 2000) la población de la Zona Metropolitana creció aún a un ritmo cercano a 200 000 habitantes por año, el siglo terminó con un cambio largamente esperado en la dinámica demográfica de la ciudad de México: el final de la inercia concentradora. En efecto, después de un largo periodo de muy fuerte atracción poblacional que re-

CUADRO 5.3
Ciudad de México. Población total por unidades territoriales básicas, 1900-2000ⁱ

	1900	1910	1920	1930	1940	1950	1960	1970	1980	1990	2000
a República Mexicana	13 607 272	15 160 369	14 334 780	16 552 722	19 653 552	25 789 626	34 923 129	48 225 238	66 846 833	81 249 645	98 056 007
b Distrito Federal	541 516	720 753	906 063	1 229 576	1 757 530	3 050 442	4 870 876	6 874 165	8 360 192	8 351 045	8 605 239
c Ciudad de México ⁱⁱⁱ	368 898	471 066	615 367	1 048 970	1 644 921	2 952 199	5 125 447	8 623 157	12 994 450	15 274 256	17 287 649
d Ciudad central ^{iv}	368 898	471 066	615 367	1 029 068	1 448 422	2 234 795	2 832 133	2 902 969	2 453 136	1 957 291	1 692 179
<i>Porcentajes</i>											
e c/a	2.71	3.11	4.29	6.34	8.37	11.45	14.68	17.88	19.44	18.80	17.63
f b/a	3.98	4.75	6.32	7.43	8.94	11.83	13.95	14.25	12.51	10.28	8.78
g d/c	100.00	100.00	100.00	98.10	88.05	75.70	55.26	33.66	18.88	12.81	9.79
h b/c	146.79	153.00	147.24	117.22	106.85	103.33	79.72	64.34	54.67	49.78	
<i>Tasas de crecimiento</i>											
	1900-1910	1910-1921	1921-1930	1931-1940	1941-1950	1951-1960	1961-1970	1971-1980	1981-1990	1991-1995	
a República Mexicana	1.09	-0.51	1.61	1.73	2.75	3.08	3.28	3.32	1.97	1.90	
b Distrito Federal	2.90	2.10	3.45	3.64	5.67	4.79	3.50	1.98	-0.01	0.30	
c Ciudad de México ⁱⁱⁱ	2.47	2.46	6.11	4.60	6.02	5.67	5.34	4.19	1.63	1.25	
d Ciudad central ^{iv}	2.47	2.46	5.88	3.48	4.43	2.40	0.25	-1.67	-2.23	-1.44	

Fuente: Estimaciones propias con base en información censal

ⁱ Población estimada al 30 de junio de cada año.

ⁱⁱ En 1980 y 1990 las cifras están ajustadas, excepto para el total nacional.

ⁱⁱⁱ A partir de 1940 se considera el área metropolitana.

^{iv} Incluye las delegaciones Benito Juárez, Cuauhtémoc, Miguel Hidalgo y Venustiano Carranza.

dundó en un crecimiento alto y sostenido, la ciudad de México detuvo su potencial de atracción, expulsó a más población de la que recibió, y en las últimas décadas ha crecido a un ritmo inferior al natural.

El grado máximo de concentración poblacional se alcanzó hacia 1980, cuando 19.44% de los mexicanos vivía en esta ciudad, y descendió a 17.6% en el año 2000. El momento de inflexión en la tendencia concentradora lo marcó la disminución de esta proporción, cuya reducción, aunque ligera, fue en aumento: 0.64% en los años ochenta y 1.17% en los noventa. Estos datos anuncian el final de un ciclo de concentración poblacional en la capital y el inicio de una fase de “estabilización de su dinámica demográfica”.¹³

Respecto de la migración habría que indagar qué hizo perder a la ciudad de México el atractivo que mantuvo durante tantas décadas al mismo tiempo que se empezó a gestar un nuevo estilo de desarrollo en el país. Un indicador de la pérdida de importancia de la ciudad de México como lugar de destino de quienes deciden abandonar su entidad de origen es que en toda la República la proporción que representan los que llegan hoy a la capital respecto al total de emigrantes de cada entidad es muy inferior a la de 20 años atrás. Entre 1965 y 1970 se observó que en nueve entidades del país más de la mitad de los emigrantes se dirigieron a la ciudad de México para residir allí. Veinte años más tarde, entre 1985 y 1990, sólo los hidalguenses mantuvieron la prioridad de este destino en más de 50% de los casos de quienes abandonaron la entidad (cuadro 5.4).

Si bien el factor demográfico ha sido crucial, también otros de diversa índole se conjugaron en la gestación de este cambio tan radical. Los más evidentes han sido de carácter urbano y están

¹³ Esto no significa que el reto del incremento demográfico al que está sometida la ciudad de México en la actualidad haya desaparecido. Por el contrario, la restricción tan severa de recursos que sufre la ciudad hace de ello un problema mayúsculo, sobre todo por el desigual crecimiento y desarrollo económico, social y territorial.

CUADRO 5.4
ZMCM: Origen de los inmigrantes por entidad federativa
1965-1970 y 1985-1990

<i>Entidad de origen</i>	<i>Inmigrantes entre 1965 y 1970</i>	<i>Inmigrantes entre 1985 y 1990</i>	<i>Porcentajes entre 1965 y 1970</i>	<i>Porcentajes entre 1985 y 1990</i>	<i>Cambio entre periodos</i>
Aguascalientes	9 452	1 967	1.05	0.44	-0.61
Baja California	6 178	4 365	0.69	0.97	0.29
Baja California Sur	601	1 196	0.07	0.27	0.20
Campeche	2 899	1 432	0.32	0.32	0.00
Coahuila	9 440	3 482	1.05	0.78	-0.27
Colima	2 386	1 364	0.26	0.30	0.04
Chiapas	18 469	12 623	2.05	2.82	0.77
Chihuahua	10 930	3 152	1.21	0.70	-0.51
Durango	9 364	2 295	1.04	0.51	-0.53
Guanajuato	97 415	20 268	10.81	4.52	-6.29
Guerrero	54 286	30 722	6.02	6.85	0.83
Hidalgo	70 920	48 427	7.87	10.80	2.93
Jalisco	43 736	14 839	4.85	3.31	-1.54
Michoacán	130 630	30 703	14.49	6.85	-7.65
Morelos	17 938	13 588	1.99	3.03	1.04
Nayarit	2 886	1 329	0.32	0.30	-0.02
Nuevo León	8 888	5 306	0.99	1.18	0.20
Oaxaca	84 194	50 821	9.34	11.33	1.99
Puebla	92 736	62 818	10.29	14.01	3.72
Querétaro	20 809	8 921	2.31	1.99	-0.32
Quintana Roo	627	2 231	0.07	0.50	0.43
San Luis Potosí	26 066	7 996	2.89	1.78	-1.11
Sinaloa	6 673	4 150	0.74	0.93	0.19
Sonora	5 096	3 055	0.57	0.68	0.12
Tabasco	5 655	4 469	0.63	1.00	0.37
Tamaulipas	12 872	5 883	1.43	1.31	-0.12
Tlaxcala	22 750	10 698	2.52	2.39	-0.14
Veracruz	67 569	58 365	7.50	13.02	5.52
Yucatán	9 107	2 528	1.01	0.56	-0.45
Zacatecas	27 147	3 361	3.01	0.75	-2.26
entidad i.e.	0	1 462	0.00	0.33	0.33
Extranjero	23 515	24 549	2.61	5.48	2.87
Total	901 234	448 365	100.00	100.00	0.00

Fuente: INEGI, Censos de Población y Vivienda, 1970 y 1990.

relacionados con los problemas que genera la congestión en la ciudad, tales como la contaminación del aire, la escasez de agua, el intenso tráfico y la inseguridad, que por momentos han alcanzado niveles dramáticos. Pero también los hay de tipo económico, como las diseconomías de aglomeración. De hecho, las crisis recurrentes que se han presentado en el último cuarto de siglo han acarreado el decremento de las oportunidades de empleo y pocas expectativas de mejora real para la mayoría de los habitantes de la capital, en contraste con las etapas anteriores, cuando la ciudad representaba para muchos la oportunidad de alcanzar mejores niveles de vida.

Como se vio páginas atrás al hablar de la economía regional, las dos entidades metropolitanas, el Distrito Federal y el Estado de México, han estado expuestas a transformaciones estructurales que han sido determinadas por la apertura económica y el proceso de globalización. Esto incluso se reflejó entre 1993 y 1998 en tasas de crecimiento del PIB inferiores a las observadas en el país.

Otros factores más son de carácter sociopolítico, como las medidas de descentralización y democratización, la mayor competencia electoral, y la creciente participación social en las decisiones que afectan a la comunidad. Todos son sin duda relevantes y su conjunto ayuda a entender el comportamiento demográfico y territorial de la capital. Enseguida se hace un somero recuento de algunos de los cambios urbanos más evidentes, que reflejan la crisis urbana y el nuevo papel que la ciudad de México adquirió en este lapso de transición tan significativo.

En 1970 la alarma urbana había sonado. La relación entre la población y los recursos para satisfacer la creciente demanda de infraestructura y servicios en la capital se deterioraba y las demandas populares urbanas aumentaban. Como en un simulacro poco ensayado, durante este decenio se adoptaron medidas urgentes; hubo algunas acertadas pero otras fueron poco afortunadas y acarrearón efectos adversos.¹⁴ Hacia mediados de la

¹⁴ Como ejemplo, entre 1970 y 1976 se suspendieron las obras del metro y en cambio se estimuló el uso del automóvil con la apertura de los ejes viales. En opinión de algunos esto ocasionó el aumento de la contaminación del aire.

década se inició formalmente la planeación urbana y se le dotó de los primeros instrumentos operativos: la Ley de Población y la Ley de Asentamientos Humanos en 1976.

La delicada situación económica que atravesó el país durante los años ochenta afectó mucho a la capital, pues los efectos de la crisis se magnificaron en ella. Ante la mala situación de la economía muchas empresas no pudieron modernizarse, en especial en el sector manufacturero, aunque también en el comercio formal y aun en el sector público. La pérdida de empleos e ingresos orilló a las familias a recurrir al autoempleo, que sólo era posible generar en los servicios personales y de transporte, en la distribución de productos importados o dentro del comercio informal. Otra medida que tomaron en muchos hogares fue el aumento del número de trabajadores por familia, incluyendo a las mujeres y los niños (Pacheco, 1994).

Para colmo, los sismos de septiembre de 1985 trajeron una secuela de destrucción en vidas y en pérdidas materiales que puso en jaque a la ciudad de México y ahuyentó a muchos de sus habitantes. En síntesis, las malas condiciones económicas y ambientales coadyuvaban para deteriorar sensiblemente la calidad de vida en la Zona Metropolitana. De alguna manera muchos problemas en la ciudad tocaron fondo en esa época.

Los problemas que se observaban en el espacio metropolitano parecían irresolubles: no podía salir de una dinámica perversa gestada durante muchos años en la que predominaban la falta de recursos, la mala calidad en la provisión y administración de los servicios públicos, la corrupción y la eterna desigualdad social.

Más tarde, durante el gobierno salinista, la ciudad padeció varios tipos de efectos resultantes de las enérgicas medidas adoptadas para impulsar la apertura económica y para plegarse al estilo neoliberal de conducir al país. La planeación urbana se hizo a un lado para dar cabida a las fuerzas del libre mercado inmobiliario y a un conjunto de acciones de desarrollo urbano que fueron ejecutadas discrecionalmente mediante el Programa de Solidaridad.

Una transformación notable que dejó este periodo en el paisaje capitalino fue el desarrollo de algunas zonas de la ciudad como Santa Fe, Perisur y Reforma Centro, en donde se concentraron fuertes inversiones en construcciones modernas y costosas que albergarían a las oficinas corporativas de las mayores empresas del país y darían asiento a las nuevas funciones que debe cumplir la ciudad en su papel de nodo dentro de la red de “ciudades globales” del mundo actual (Castells, 1995).

Durante este lapso la rápida e indiscriminada apertura comercial a múltiples productos de consumo inmediato fue minando irremediablemente a la industria nacional e inundó los mercados, principalmente los de la ciudad de México, con una amplia gama de productos importados a menor costo que los producidos en el país, lo cual redundó en un “momentáneo subsidio al consumo” que alimentó la ilusión de nuestra entrada al mundo desarrollado. La percepción de la mejora nacional según mostraban los indicadores macroeconómicos,¹⁵ y la nueva personalidad capitalina como ciudad mundial, probablemente influyeran en el ligero repunte demográfico de la capital que se registró en la última década. La siguiente crisis, que comenzó al final de 1994, nos hizo poner de nuevo los pies sobre la tierra. El espejismo se descubrió efímero y el atractivo de la ciudad de México volvió a decaer frente al de otras ciudades que en estos virajes se habían visto favorecidas o menos afectadas.

El efecto de polarización social y espacial en la capital se acentuó en estos últimos tiempos. En la estructura social de la ciudad de México vemos hoy que los grupos más favorecidos encuentran aquí sus mejores opciones de desarrollo, empleos y negocios; las golpeadas clases medias ven disminuidas sus posibilidades reales de acceder a bienes que les permitan mejorar o siquiera mantener su nivel de vida, por lo que buscan nuevas opciones, y los más pobres son desplazados a la periferia metropolitana o a otras entidades.

¹⁵ La inflación se hizo bajar, se renegó la deuda del país y se obtuvieron recursos frescos con la venta de paraestatales.

El gobierno capitalino de izquierda que por primera vez administró al Distrito Federal alcanzó sus mayores logros en la lucha contra la corrupción en diversas esferas de la administración. Al impulsar la participación ciudadana en los programas de desarrollo urbano no sólo buscó el consenso social sino un cambio de actitud más profundo en la conducta de los ciudadanos, los gobernantes y los empresarios. Muy limitado en recursos y con un equipo de gobierno todavía poco consolidado y falto de experiencia, el gobierno del ingeniero Cárdenas rompió el tabú respecto a la alternancia de los partidos en el gobierno de la ciudad de México e intentó demostrar que los cambios que necesitaba la ciudad para volverse más justa y eficiente podrían alcanzarse con la participación responsable de los ciudadanos.

Del mismo color político, el gobierno de Andrés Manuel López Obrador impulsó, después de muchos años de inactividad en esta esfera, una obra pública llamativa, el segundo nivel del Anillo Periférico y el Metrobús, con la intención de aminorar la congestión vial en la capital. Dejó ganancias paralelas en el ámbito electoral del DF con el triunfo de Marcelo Ebrard en 2006.

Divergencias entre el Distrito Federal y el Estado de México

Aunque funcionalmente integrada en una sola localidad, la Zona Metropolitana está compuesta por dos conjuntos de unidades bien diferenciadas: las delegaciones del DF y los municipios metropolitanos del Estado de México. La línea que virtualmente separa ambas entidades marca en la realidad una fuerte diferenciación que coloca al Estado de México en posición de periferia. En el aspecto de la movilidad poblacional esta diferencia se refleja en la dinámica demográfica: buena parte de la población abandona el territorio del Distrito Federal para asentar su residencia en algún municipio del Estado de México metropolitano, en lo que debe considerarse más un cambio de domicilio intraurbano que un movimiento migratorio.

Entre 1965 y 1970 este movimiento del Distrito Federal hacia los municipios metropolitanos del Estado de México fue de 345 845 personas, y 20 años después alcanzó 505 834 habitantes, con un aumento de 46%. En sentido contrario el movimiento se mantuvo prácticamente estable en cuanto a su volumen, pues los 79 662 mexiquenses que movieron su residencia al Distrito Federal en los últimos años setenta sólo aumentaron marginalmente en la segunda mitad de los ochenta para llegar a 80 905 habitantes.

Sin embargo este tránsito del Estado de México al Distrito Federal representó proporciones crecientes de los movimientos poblacionales hacia esta última entidad, ya que de 11% de fines de los sesenta, estos movimientos llegaron a 25% de los nuevos residentes en las delegaciones del DF en el último quinquenio de los ochenta. Las condiciones de habitación en el Estado de México resultan más convenientes para muchos pobladores de escasos y medianos recursos del DF, quienes encuentran en estos municipios mayor facilidad de acceso a la vivienda en las colonias populares, condición que pueden combinar con la cercanía a los mercados de trabajo y a los servicios del Distrito Federal. Por el contrario, en el DF se han visto nuevos desarrollos de colonias medias y altas. (Conapo, 1998.)

Por vez primera en muchas décadas se observó entre 1995 y 2000 un flujo que se reforzó hacia el DF, ya que esta entidad recibió a 173 865 migrantes del Estado de México, lo que representa más del doble de los que llegaron entre 1985 y 1990. En cambio se redujo el flujo de originarios del DF al Estado de México de 549 000 a 449 000 en el mismo lapso. Estas cifras confirman la importancia creciente de los movimientos intrametropolitanos para ambas entidades. El atractivo reciente del DF puede atribuirse a diversas causas, quizá algunas de ellas vinculadas con las políticas sociales del gobierno de López Obrador.

Aunque siempre ha sido clara la segregación social y espacial entre el Estado de México y el Distrito Federal, últimamente se ha acentuado. Ambas entidades enfrentan situaciones si no inéditas, sí más críticas. Mientras el impacto del aumento poblacional no puede ser enfrentado con los insuficientes recursos

del Estado de México, la pérdida del Distrito Federal hace que disminuyan sus ingresos fiscales sin considerar las necesidades de una población flotante en aumento ni los requerimientos de infraestructura de las actividades terciarias “de punta” que se desarrollan en esta entidad.

Lo más grave es que la evidencia de nuevos fenómenos socioespaciales encuentra oídos sordos y no se actúa con visión metropolitana y regional para coordinar esfuerzos que coadyuven en la solución de estos contrastes. En todo caso la evidencia confirma la complejidad de la interdependencia de ambos espacios, cuyos gobiernos han pretendido ignorar durante largos periodos que forman parte de una misma unidad funcional.

Ciudades de la corona regional

De acuerdo con la hipótesis esbozada en la primera parte del capítulo respecto a que por largo tiempo la dinámica de la capital inhibió el desarrollo urbano de la zona circunvecina y posteriormente esa influencia cambió de carácter para impulsar un desarrollo urbano vigoroso en el ámbito regional, particularmente fuera de la ciudad de México, a continuación se mencionan algunas de las características más importantes de este cambio.

A cualquiera que haya conocido años atrás las capitales estatales de la Región Centro y las visite hoy día no dejará de sorprenderle su transformación física. La imagen de provincia rezagada e impermeable a los impulsos de la modernidad se tornó en muy corto tiempo (20 años) en su opuesto: ciudades vivas y activas con infraestructura y servicios modernos, dinámicas en su economía y atractivas para el desarrollo humano.¹⁶

¹⁶ Hay quienes con una perspectiva alarmista ven en este despegue del crecimiento urbano y en la modernización de la infraestructura citadina una “afrenta” a la vida provincial tradicional y un peligro, ya que con el aumento poblacional empiezan a aparecer varios de los problemas que se consideraban exclusivos de la ciudad de México: el congestionamiento vial, un crecimiento urbano desordenado, la inseguridad, etcétera.

El resurgimiento de las llamadas “ciudades medias” (en alusión a la importancia central que los analistas han otorgado a su posición relativa en la jerarquía urbana nacional) vino aparejado con la reducción del crecimiento de las grandes metrópolis de México, Guadalajara y Monterrey en los años ochenta y noventa, de hecho asociada al mismo.

Las ciudades medias y pequeñas no fueron motivo de investigación ni de interés antes de los años setenta. Era evidente que las corrientes migratorias rurales no se detenían en las ciudades medias. Los campesinos tenían más razones y relaciones para migrar y perderse en las vecindades del centro de las ciudades de México, Guadalajara o Monterrey, que en otras ciudades de tamaño medio, aunque estuvieran más cercanas a sus lugares de origen (Arias, 1993).

La ciudad media ejerció funciones de intermediación¹⁷ al ser incapaz de retener sus flujos económicos y sus corrientes demográficas, y poco a poco se fue afirmando y profundizando en esta dinámica tradicional. Tal era también la imagen que ofrecía. La eficacia de sus funciones comerciales se debía al carácter casi exclusivamente agropecuario de la población rural en sus zonas de influencia. Las demás actividades urbanas en los ámbitos industrial y de servicios se subestimaron hasta que su vigorosa reanimación comenzó a revelar la verdadera complejidad de sus funciones, y a manifestar cuál era su papel en la reanimación de sus zonas de influencia.

Las ciudades medias en México se han estudiado aisladamente; se han tomado como casos particulares a los que se ha seleccionado por su tamaño y pocas veces en un contexto territorial regional (Aguilar *et al.*, 1997; Salazar, 1984). En este texto, además de su pertenencia al área de estudio y de los aspectos que las caracterizan como conjunto o sistema urbano, se destacan algunos de los rasgos de la “personalidad” de cada ciudad, pues son los que se vieron cuando reaparecieron como actores de

¹⁷ Esta situación dio origen al concepto de ciudad “intermediaria” que acuñaron los primeros analistas del resurgimiento de la ciudad media.

primer orden en el escenario urbano de la zona centro y los que se han desarrollado para conformar una relación peculiar con la ciudad de México y con la sociedad capitalina.

Todas las ciudades de la corona se encuentran a corta distancia de la ciudad de México: entre 64 y 210 km; la más cercana es Toluca y la más lejana Querétaro. Todas tienen una privilegiada comunicación con la capital mediante autopistas de cuota y caminos alternos libres de pago, lo cual las hace accesibles en un tiempo que va de 40 minutos a dos horas. Esta condición propicia que mantengan hoy día una relación cotidiana con la ciudad de México, de ahí que se puedan combinar los lugares de vivienda, de trabajo y de diversión. Este tipo de relaciones se establecen cuando la unión de las ventajas de la capital y la provincia supera las desventajas del traslado diario. Como es lógico, por su mayor vecindad con Toluca, Cuernavaca y Pachuca que con el resto de las ciudades regionales el arreglo se facilita aun más.

Todas las capitales estatales de la región han crecido a ritmo acelerado, con tasas que variaron de 3.10 a 7.8% anual entre 1980 y 1995, y en todas ellas se recuerda el éxodo que provocaron los sismos de 1985 y se reconoce que fue un impulso sin precedentes para el proceso de desconcentración poblacional que las afecta.

Por su jerarquía de capitales estatales, en todas estas ciudades se llevan a cabo funciones político administrativas equivalentes, y por ello han adquirido un rango superior frente a otras ciudades localizadas dentro de sus territorios. A partir de su “modernización” (que ocurrió en el periodo que abarca este estudio) se pueden observar también otros rasgos similares en todas estas ciudades. Sus economías presentan una diversificación amplia con una industria fortalecida en décadas recientes (localizada en la periferia de las ciudades) y un conjunto de actividades de comercio y servicios cada vez más completo que atiende también la demanda de las áreas de influencia extraurbana. En cuanto a equipamiento comercial destaca la aparición de centros comerciales del tipo estadounidense y la extensión de sucursales de varios de los principales establecimientos y cadenas comerciales de

la capital, como bancos, tiendas de autoservicio y departamentales, hoteles y restaurantes, entre otros.

En estas ciudades había una carencia ancestral: la poca oferta y la mala calidad de la educación superior. Ha venido aliviándose con el reforzamiento de las instituciones públicas estatales y con las nuevas opciones universitarias que ha abierto el sector privado.

Cada una de estas ciudades tiene un “centro” rico en valores históricos y arquitectónicos, herencia del periodo colonial y del Porfiriato. La menos favorecida en este sentido es Toluca, pues es reciente su ascenso como capital estatal y regional, y la más rica es Puebla, cuyo centro histórico ha sido declarado por la UNESCO patrimonio de la humanidad. Estos centros históricos han sido objeto de la atención de los gobiernos y la sociedad locales, que los han remozado obedeciendo a un impulso de preservación de su identidad, de su historia y sus tradiciones, así como a un interés por aumentar su atractivo turístico.

A la par que se han multiplicado las colonias populares, en estas ciudades también han aparecido barrios nuevos para clases medias y altas en los límites externos de las manchas urbanas, con adecuada infraestructura y buenas vías de comunicación. Estos ensanches urbanos, así como la localización de la nueva infraestructura comercial y de servicios, han sido planeados en función de la construcción de libramientos, vialidades y circuitos internos y periféricos que dan fluidez al tránsito en las zonas más céntricas y otorgan a las ciudades un carácter definitivamente más moderno.

La “personalidad” de cada ciudad¹⁸

Con sólo 1 200 metros sobre el nivel del mar, Cuernavaca goza de un clima excepcional que le ha valido el título de “la ciudad de

¹⁸ Aquí se describen algunas características peculiares de cada una de las principales ciudades regionales, que las distinguen de las demás y las dotan

la eterna primavera”. Este don de la naturaleza determinó desde tiempo atrás el rasgo más característico de su personalidad: es el lugar de descanso favorito de la población de la ciudad de México y de muchos nacionales y extranjeros.

En el periodo más reciente ha sido uno de los principales sitios de desconcentración poblacional para la gente de las clases media y alta que ya contaba con una casa de fin de semana en esa ciudad. También se ha preferido como emplazamiento de fábricas, de instituciones de investigación y de infraestructura comercial, lo cual ha reforzado su carácter urbano, que en gran medida es una extensión de la ciudad de México. La población y los inversionistas extranjeros mencionan a esta ciudad entre sus preferidas.

Pachuca conserva y también enfatiza su carácter minero, y así se le anuncia en la decoración del boulevard que le da acceso al visitante desde que tiene el primer contacto con la ciudad. Algunos edificios de la época porfiriana engalanan el centro de la ciudad; la riqueza minera de la época colonial se fugó a la capital sin dejar huella en Pachuca.¹⁹ La ciudad modernizada ha atraído a algunos habitantes de la ciudad de México, pero la tendencia dominante indica que los pachuqueños, aunque con menos intensidad, siguen emigrando hacia la capital. De los flujos entre Pachuca y la ZMCM conviene destacar que son numerosos los viajeros que viven en la primera y trabajan en la segunda. Contrario a lo que sucede con Toluca, la “intención” de su población, reflejada de forma abierta en sus propuestas para el desarrollo económico local (véase INAP, 1997) ha sido siempre integrarse con la capital para explotar las ventajas de su cercanía.

La oportunidad de materializar la tan deseada integración franca a la economía metropolitana estuvo presente en la discu-

de un carácter único. Estos rasgos frecuentemente constituyen elementos atractivos para ciertas actividades económicas y para el turismo, y representan ventajas comparativas.

¹⁹ Éste fue un efecto negativo prematuro de la cercanía con la capital (Monterrubio, 1995).

sión sobre la construcción del nuevo aeropuerto internacional de la ciudad de México muy cerca de esta ciudad. Pero la batalla debió librarse contra intereses económicos muy fuertes ligados a otros de tipo político, lo cual hasta ahora no augura buenos resultados para Hidalgo, pese a las ventajas que dicha ubicación reportaría para un reordenamiento territorial más adecuado de toda la Región Centro (véase el capítulo VIII).

Sin gran atractivo urbano, Toluca, capital del Estado de México, se esfuerza por conservar un equilibrio conveniente entre las ventajas y las desventajas de su cercanía con la capital. La aprovecha manteniendo excelentes comunicaciones terrestres que hacen posible la vinculación de sus mercados, incluyendo el turístico (Valle de Bravo y otras localidades son sitios de fuerte atracción turística de fin de semana) y el laboral (con una proporción creciente de *commuters*). A la vez pugna constantemente por su independencia.

El grado de integración funcional y territorial de las zonas metropolitanas de México y de Toluca se encuentra muy avanzado. Toluca ha asimilado a muchos de los capitalinos, quienes habitan en las colonias que se han desarrollado en la periferia de la ciudad o a lo largo de las carreteras que comunican a la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, ya que muchos suelen trasladarse cotidianamente entre ambas ciudades.

Querétaro es una hermosa ciudad colonial con un centro histórico de gran valor. Fue la tercera en importancia durante la Colonia. En el momento actual, como antaño, su mayor ventaja consiste en una localización geográfica clave entre el Bajío y los valles centrales de México. Ello le ha valido ser sede de un desarrollo industrial asombroso patrocinado por capitales extranjeros y nacionales. El papel de Querétaro en el transporte de mercancías se ha fortalecido con el incremento del intercambio comercial con Estados Unidos a partir del Tratado de Libre Comercio.

Muchos capitalinos se fueron a Querétaro después de los sismos de 1985 siguiendo los pasos de numerosas empresas que encontraron en esta ciudad de sabor tradicional, infraestructura adecuada y condiciones favorables para su emplazamiento.

Puebla es una gran ciudad con ventajas semejantes a las de Querétaro, la segunda en importancia durante el periodo colonial. Su sociedad cerrada y muy religiosa la mantuvo en cierta medida aislada del proceso modernizador e industrializador del país, al cual se sumó tardíamente. Cuando al fin dejó de aferrarse a su tradicional industria textil comenzó su desarrollo manufacturero, que mucho debe al capital extranjero impulsor de la industria automotriz y al interés del grupo Monterrey por aprovechar su cercanía con el mercado de la capital.

Suficientemente grande para ser independiente de la ciudad de México, Puebla se integró al ámbito de la Región Centro sólo a partir de que mejoró su comunicación por carretera en 1965. Ha cultivado sus relaciones con la metrópoli pero a la vez se ha fortalecido como capital estatal, con vínculos importantes con el sureste y el Golfo de México, a los que ha servido como brazo conector hacia la capital. En su expansión metropolitana reciente ha absorbido a la ciudad de Tlaxcala, que también tardíamente se ligó con éxito al desarrollo industrial poblano. Por sus tamaños disímolos, su localización inmediata y su integración funcional, no pocas veces se considera a Puebla y Tlaxcala como una sola zona metropolitana.

Todas estas ciudades de la corona son capitales estatales y todas mantienen su aire provincial. Sus papeles, que han sido combinados con acierto, son de muy diversos estilos y con un carácter y personalidad propios. Mantienen fuertes ligas con la capital pero conservan un arraigo profundo a sus tierras, a su historia y a su cultura local. Son iguales en muchas de las características de su modernización urbana pero totalmente distintas entre ellas. Quizá tantas diferencias ocasionen que aunque compartan su cercanía con la capital, en la práctica no compitan unas con otras.

COMPETENCIA INTERURBANA Y CONDICIONES DE VIDA EN LAS CIUDADES DEL CENTRO DE MÉXICO

En este apartado se presentan algunas evidencias que explican la disminución del atractivo de la ciudad de México para muchos

migrantes potenciales y para ciertos grupos de sus residentes; asimismo el correlativo aumento de la atracción de las ciudades provinciales de todos tamaños (véase el mapa 8).

En México la competencia entre ciudades es un campo virgen. A pesar de que es claro el proceso de revitalización de las ciudades, no se ha impulsado la tarea de hacerlas competir como opciones económicas o residenciales; lo poco que se ha hecho obedece a un interés casi exclusivamente turístico e involucra sólo a ciudades que destacan en ese rubro.

Los inversionistas ciertamente buscan entre la gama de opciones de localización el lugar que les reporta mayores ventajas, y en ese sentido las ciudades compiten. La inversión, sobre todo la extranjera, es el trofeo más codiciado, y la mayoría de las ciudades de la Región Centro ha obtenido buenas calificaciones.

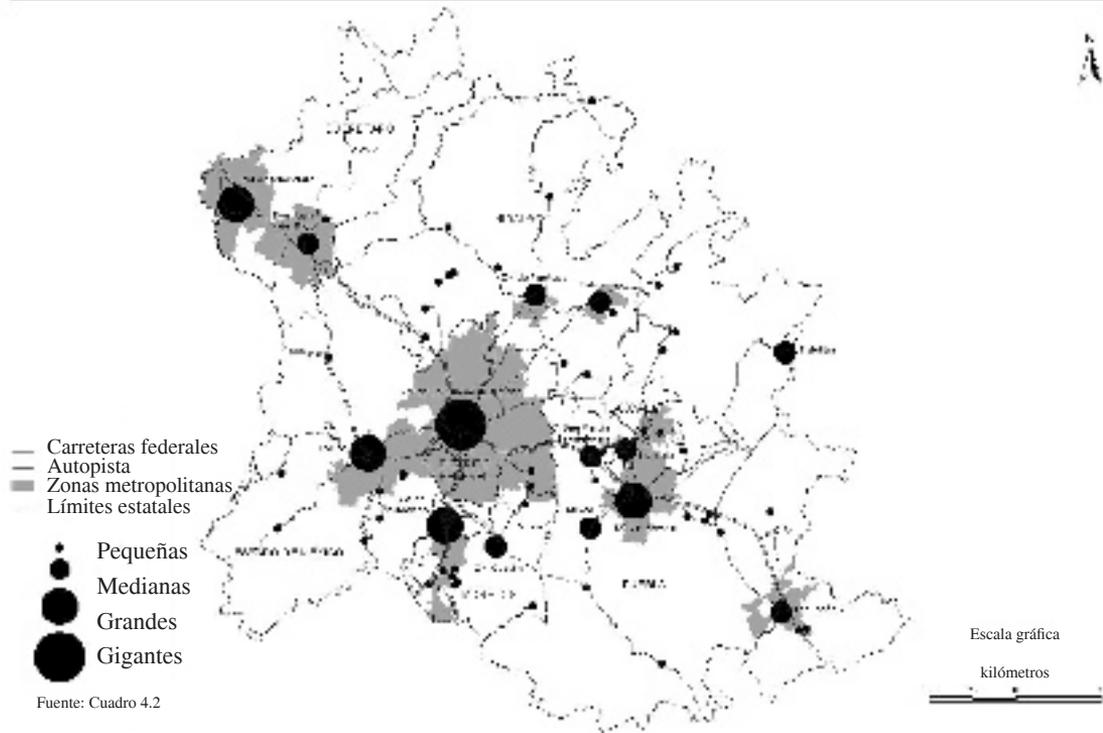
Más allá de esta competencia silenciosa, ni los gobiernos locales ni los grupos interesados en el desarrollo económico o cultural de las ciudades divulgan la calidad o mejora de sus infraestructuras, servicios y ofertas de vivienda, el menor costo y la mejor calidad de vida de su ciudad para motivar a la población, a los empresarios e inversionistas a preferirlas frente a otras.

A pesar de ello, en este apartado se sostiene que en el proceso de desconcentración poblacional desde la ciudad de México hacia las ciudades de la corona regional subyace la percepción que tiene la población (más nítida para los miembros de las familias originarias de estas provincias) de las ventajas que adquirieron dichas ciudades en los años considerados y que han resultado en lo que podemos llamar una mejor “calidad de vida”.²⁰

Con base en información de tipo censal se ha constatado una mejoría en diversos aspectos de la vida material y social en las ciudades de México durante el periodo que observamos (Rodríguez, 1997; Sobrino, 1998; Damián, 2002). Se ha mejorado en algunas cuestiones sociodemográficas que registran los cen-

²⁰ Un término tan vago da lugar a distintas interpretaciones sobre los diferentes estilos de vida, pero aquí se evalúan ciertas características de las ciudades que siendo comparables son básicas para la reproducción social.

MAPA 8
Región Centro: Localidades urbanas por tamaño, 2000



sos y que aluden básicamente a la educación de la población, la infraestructura de salud, ciertos rasgos de la vivienda, y la disponibilidad de servicios públicos, un conjunto al que estos autores nombra “condiciones de vida” en las ciudades.²¹

En el estudio de Rodríguez se comprueba que además de esa mejora generalizada hay una “convergencia” de las condiciones de vida en el sistema urbano nacional; se refleja en el hecho de que las ciudades en mejores condiciones presentan avances ligeros, mientras las que se encuentran en condiciones menos favorables mejoran con mayor rapidez, y que esto guarda relación con el ritmo de urbanización de la región a la que pertenecen (las que avanzan en su urbanización mejoran más y viceversa).

En lo que concierne a la Región Centro,²² el estudio destaca un comportamiento peculiar y en cierta medida excepcional, ya que en las entidades que la componen se constatan cambios positivos y muy pronunciados en las condiciones de vida urbana, a pesar de que el ritmo de urbanización reciente ha sido muy lento. La Región Centro se presenta además como el mejor ejemplo de convergencia intrarregional en México.

El autor concluye que las ciudades pequeñas presentan mejoras más notables en las condiciones de vida, aunque tal proceso no sea exclusivo de estas ciudades ni su tamaño parezca ser una condición esencial para participar en él. La actividad agropecuaria, como especialización única o combinada en las ciudades, tiene una presencia evidente en las localidades que han logrado cambios positivos más pronunciados. Asimismo el

²¹ Los indicadores que utiliza Rodríguez son *a*) el porcentaje de población alfabeta, *b*) el porcentaje de población de 6 a 14 años que asiste a la primaria, *c*) el porcentaje de población de 15 años y más con primaria completa, *d*) el porcentaje de viviendas con agua entubada, *e*) el porcentaje de viviendas con drenaje, *f*) el porcentaje de viviendas que no tienen piso de tierra, *g*) el porcentaje de viviendas con electricidad, *h*) el porcentaje de viviendas propias. Sobrino y Damián emplean variables similares.

²² Rodríguez excluye a Querétaro de la Región Centro y la considera parte del conjunto del centro norte, junto con Guanajuato, Aguascalientes y San Luis Potosí.

menor tamaño de las ciudades primarias, primario secundarias y primario terciarias confirma lo dicho en torno al papel central de las ciudades pequeñas que conservan parcialmente actividades primarias en la tendencia convergente de las condiciones de vida en las regiones del país.

A conclusiones similares llega el estudio de Sobrino (1998), quien indica que se observa una tendencia convergente en la calidad de vida interurbana; hay una relación positiva entre el cambio en las condiciones de vida, las tasas de crecimiento demográfico y los porcentajes de PEA en el sector servicios. Araceli Damián (2002) observa que a pesar de que el ingreso de los hogares disminuyó, otros indicadores del bienestar mejoraron debido a que en el periodo 1982-1994, en plena crisis económica, se protegió el gasto social al ampliarse la cobertura de los servicios de salud, aumentarse los recursos para la educación, e incrementarse la construcción de infraestructura de agua, drenaje y electricidad. Refiere también que la apertura comercial pudo haber tenido un impacto positivo en el consumo de los hogares al reducirse el precio de algunos productos, como fue el caso de los electrodomésticos.

Las ciudades necesitan infraestructura para la educación, la salud y la cultura para ser competitivas.²³ Los esfuerzos gubernamentales de varias décadas se han acumulado para lograr una mejor distribución espacial y elevar la calidad en la prestación de estos servicios. Los resultados seguramente han repercutido en la desconcentración poblacional de la ciudad capital, que todo lo acaparaba.

Los avances en la educación media y superior han tenido efecto en la calificación de los empleados y los trabajadores locales, que en su gran mayoría se desenvuelven en estas mismas ciudades. Las universidades de provincia, cuya calidad ha ido mejorando, no están dirigidas a las elites, que con frecuencia se van a estudiar a la ciudad de México o al extranjero, sino a la

²³ Sobrino (1998) incluye indicadores sobre estos aspectos para medir la calidad de vida en el sistema urbano del país.

población local. Los requerimientos de la educación superior, y en particular de la universitaria (maestros calificados, estudiantes con estudios de bachillerato, instituciones con aulas y equipamiento especial) hacen más conveniente que se sitúen en ciudades de cierto rango. En la República Mexicana, las ciudades de Guadalajara, Monterrey y Puebla, además de la capital, albergaron a la mayoría de los estudiantes hasta hace pocos años (véase el cuadro 5.5).²⁴

CUADRO 5.5
Región Centro: población entre 20 y 24 años que estudia
en instituciones de educación superior, 1970-1975
(porcentajes)

	1970	1980	1990	1995
República Mexicana	5.16	11.88	13.77	12.95
Distrito Federal	14.44	23.27	28.03	28.17
Hidalgo	1.20	2.84	5.44	5.14
Estado de México	0.50	7.49	9.11	7.82
Morelos	3.43	5.94	7.69	9.65
Puebla	4.21	10.47	25.00	17.58
Querétaro	2.42	17.38	11.32	12.45
Tlaxcala	0.70	3.04	9.27	12.21

Fuente: Elaboración propia a partir de los censos de ANUIES.

Hacia 1970 estudiaba en el Distrito Federal más de la mitad de los alumnos de licenciatura (54.41% en 1971); para 1995 el panorama de la distribución de la educación superior en términos

²⁴ Con excepción de la Universidad de Puebla, que se creó en 1937, las universidades estatales de la Región Centro se fundan de manera sumamente tardía: Querétaro: 1951, Morelos: 1953, México: 1957, Hidalgo: 1961, Tlaxcala: 1976. Ésta es una faceta más del efecto “sombra” de la ciudad de México sobre su área de influencia inmediata, pues la UNAM por su cercanía inhibió el desarrollo puntual de las instituciones universitarias en las entidades contiguas a la capital.

de matrícula en licenciatura ofrecía otra perspectiva. A pesar de que el número absoluto de estudiantes no había cesado de crecer, el Distrito Federal había disminuido su proporción relativa a cerca de la mitad, pues albergaba sólo 22.77% de los estudiantes de licenciatura del país.

Estas mejoras de la calidad de vida en las ciudades de provincia de la región no sólo las aprecia la población que reside dentro del área de influencia local; también lo hacen las clases medias capitalinas, en particular las parejas jóvenes que están optando con mayor frecuencia por establecer su residencia en provincia. En esta decisión mucho han influido las oportunidades de empleo que se han comenzado a abrir fuera de los mercados de trabajo tradicionales de México, Guadalajara y Monterrey y las ventajas que estas ciudades pueden reportar en cuanto a calidad de vida.

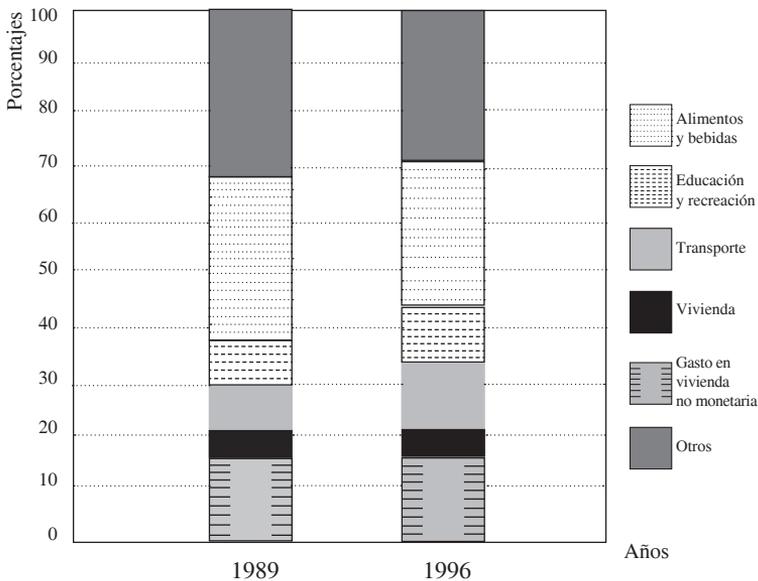
De acuerdo con observaciones de campo y entrevistas informales constatamos que las diferencias en el costo de la vida entre la ciudad de México y las de la corona son significativos, y el rubro más destacado es el correspondiente a vivienda: tanto el gasto estimado del alquiler (parte del gasto no monetario) como los que corresponden propiamente a gastos en vivienda (que son parte de los gastos monetarios) e incluyen pago de servicios, mantenimiento etc. En la gráfica 5.1, que compara los datos de la Encuesta Nacional de Ingreso Gasto de los Hogares 1989 y 1996, vemos que los gastos en vivienda representan cerca del 20% del gasto total de los hogares mexicanos.

En cuanto al transporte, para los grupos de clase media y media alta el automóvil particular es la norma, por lo que al reducirse las distancias que deben recorrer el gasto en provincia necesariamente disminuye. El transporte público en las ciudades de la región goza de menos subsidios que en la ciudad de México, pero se utiliza con menor intensidad y en viajes más cortos.

Para la población nacida en las entidades regionales, tanto en el medio rural como en el urbano, la permanencia en el lugar de origen o la migración de retorno representan en una buena opción. El crecimiento de las capitales provinciales y la consecuente ampliación de la gama de comercios y servicios

ha tenido como efecto el fortalecimiento de las relaciones con sus áreas de influencia más cercanas. Ya no fue tan necesario trasladarse a la ciudad de México, pues la capital provincial comenzó a ofrecer muchos de los bienes y servicios antes reservados a ésta. Las regiones circundantes de las ciudades de la corona se potencializaron hasta constituir una parte sustantiva de su clientela.

GRÁFICA 5.1
Gasto corriente total de los hogares en México, 1989-1996



Fuente: Encuesta Nacional de Ingreso Gasto de los hogares (ENIGH) 1989 y 1996, INEGI.

Estas mismas ciudades se convirtieron en una alternativa laboral para muchos de los trabajadores del campo que, convertidos en peones de la construcción, se empleaban antes en la capital. Ha sido precisamente esta rama de actividad económica (la construcción) la que ha experimentado el más agudo proceso de desconcentración desde la Zona Metropolitana de la Ciudad de México hacia los estados circunvecinos. En efecto, todos los estados de

la corona vieron aumentar el empleo en la construcción más allá de lo que permitía suponer su participación relativa previa en el sector. En conjunto los estados de México, Querétaro, Hidalgo, Puebla, Tlaxcala y Morelos participaban en 1970 con 48% del empleo en construcción de la región, y en 1990 la proporción había aumentado a 76%, con tres de cada cuatro puestos de trabajo en ese sector.

El sector de actividad que más empleo genera es el de los servicios, incluyendo un número importante de puestos de trabajo en educación y salud. Los esfuerzos gubernamentales en apoyo a la descentralización de ambos sectores han sido constantes a lo largo de los últimos años; se ha logrado así, junto con otros beneficios, una mejor distribución territorial de la infraestructura. La construcción de escuelas primarias, secundarias y técnicas, así como de clínicas de primero y segundo nivel en medios rurales, constituye un apoyo a la permanencia de la población en sus entidades de origen al desincentivar los movimientos originados en la exigencia de satisfacer estas necesidades sociales básicas.

Otro elemento que ha sido importante para impulsar el verdadero desarrollo de una ciudad, y que en esta etapa de globalización y de mayor competencia interurbana ha adquirido un peso específico mucho mayor es el de la calidad de la gestión urbana y las prácticas de buena administración de los gobiernos locales. Si bien el tema no se desarrolla en este trabajo, su análisis es, sin duda, una de las tareas más relevantes.²⁵

Es difícil medir la relación entre las condiciones de vida y el desempeño económico de una ciudad, y en todo caso no se hace en forma directa o inmediata; sin embargo éstas se reflejan de manera indirecta, afectan en el mediano plazo el desarrollo económico y social de las ciudades, y generan junto con una eficiente administración local, un ambiente propicio para su desarrollo.

Aunque sin profundizar, cabe advertir que en el caso de la industrialización de Querétaro esto ha sido evidente.

²⁵ Sobre este tema véanse para los casos latinoamericano y mexicano los trabajos de Cabrero, 2006; Cabrero *et al.*, 2005; y Ziccardi, 2006.

BIBLIOGRAFÍA

AGUILAR, Adrián Guillermo, Boris GRAIZBORD y Álvaro SÁNCHEZ CRISPÍN

Política pública y base económica en seis ciudades medias de México, México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México, 1997.

ARIAS, Patricia

“Dos miradas antropológicas a la ciudad media (1940-1970; 1980-1990)”, en Margarita Estrada *et al.* (comps.), *Antropología y ciudad*, México, CIESAS/UAM Iztapalapa, 1993, pp. 205-220.

BOURNE, Larry y James W. SIMMONS

Systems of Cities: Readings on Structure, Growth, and Policy, Nueva York, Oxford University, 1978.

BRUGNES, Marie-Paule (coord.)

Universités et développement urbain dans le tiers-monde: Étude comparée de FES Maroc, Merida Venezuela, Morelia Mexique, SFAX Tunisie, París, Régional de Publication de Toulouse, Centre National de la Recherche Scientifique, 1989.

CABRERO MENDOZA, Enrique

Los retos institucionales de la descentralización fiscal en América Latina, México, CIDE, División de Administración Pública, 2006 (Documento de trabajo, 181).

CABRERO, Enrique, Liliana LÓPEZ, Fernando SEGURA y Jorge SILVA

Acción municipal y desarrollo local ¿Cuáles son las claves del éxito?, México, CIDE, División de Administración Pública, 2005 (Documento de trabajo, 163).

CAMARENA LUHRS, Margarita y Mario SALGADO VIVEROS

“Movimientos radiales y periféricos en la región”, en J. SERRANO MORENO (coord.), *De frente a la ciudad de México ¿El despertar de la Región Centro?*, vol. II, México, CRIM-UNAM, 1996.

CASTELLS, Manuel

“La ciudad informacional: tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional”, *Tecnología, Economía y Sociedad*, núm. 3, Madrid, Alianza, 1995.

CONNOLLY, Priscilla

“¿Cuál megalópolis?”, en J. DELGADO y B. RAMÍREZ (coords.), *Transiciones. La nueva formación territorial de la ciudad de México*, tomo 1, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Plaza y Valdés, 1999.

CONSEJO NACIONAL DE POBLACIÓN (Conapo)

Sistema de ciudades y distribución espacial de la población en México, México, Conapo, 1991.

Escenarios demográficos y urbanos de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México 1990-2010. Síntesis, México, Conapo, 1998 (Serie Estudios Regionales).

DAMIÁN, Araceli

Cargando el ajuste: los pobres y el mercado de trabajo en México, México, El Colegio de México, 2002.

DELGADO, Javier

Ciudad-región y transporte en el México central: un largo camino de rupturas y continuidades, México, Plaza y Valdés/Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

DOGER CORTE, José

“Por el camino de la excelencia, avanzamos: segundo informe de labores ante el H. Consejo Universitario; gestión 1993-1997”, Puebla, 1995.

GARCÍA PERALTA, Beatriz

La actividad inmobiliaria en la ciudad de Querétaro: 1960-1982, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1998 (Cuadernos de Investigación Social, 17).

GRAIZBORD, Boris

“Regionalización funcional y subsistemas urbanos de la Región Centro del país”, cap. II, en CEDDU, *Diagnóstico del Sistema de Ciudades y Descentralización en la Región Centro de México*, México, El Colegio de México, abril, 1985 (mimeo).

INSTITUTO NACIONAL DE ADMINISTRACIÓN PÚBLICA

La administración local en México, México, INAP.

KENT, Rollin

“Expansión y diferenciación del sistema de educación superior en México, 1960-1990”, informe preparado para el proyecto comparativo de políticas públicas en educación superior en América Latina, México, DIE, CINVESTAV, IPN, 1996.

“Higher Education Reform in Mexico: the Evolving Agenda in 1990’s”, en Jorge BALÁN, Rollin KENT, Rollin SERNA y Juan Carlos NAVARRO, *Higher Education Reform in Latin America*, Washington, Latin American Program, Woodrow Wilson International Center for Scholars, 1998 (Working Paper Series, 235).

LOREY, David E.

The Rise of the Professions in Twentieth-Century Mexico. University Graduates and Occupational Change Since 1929, Los Ángeles, UCLA Latin American Center Publications, University of California, 1994.

MONNET, Jérôme

Usos e imágenes del centro histórico de la ciudad de México, México, DDF, CEMCA, 1995.

MONTERRUBIO, Antonio Lorenzo

Evolución urbana de la ciudad de Pachuca, Pachuca, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes del Estado de Hidalgo, Centro de Investigación, 1995 (Cuadernos Hidalguenses, 2).

MORENO BOTELLO, Ricardo, Rollin KENT SERNA, Héctor M. ÁLVAREZ LÓPEZ

La educación superior en Puebla 1970-1990, Puebla, Centro de Estudios Universitarios, Universidad Autónoma de Puebla, 1992 (Cuadernos de crítica, 6).

Directorio académico del estado de Puebla 1993, Puebla, Centro de Estudios Universitarios, Universidad Autónoma de Puebla, 1993.

ORGANIZACIÓN DE COOPERACIÓN Y DESARROLLO ECONÓMICO (OCDE)

Exámenes de las políticas nacionales de educación: México; educación superior, México, OCDE, 1997.

PACHECO, Edith

“Heterogeneidad laboral en la ciudad de México a fines de los ochenta”, tesis de doctorado en ciencias sociales con especialidad en estudios de población, México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México, 1994.

PANSTERS, Wil

Política y poder en México. Formación y ocaso del cacicazgo avilacamachista en Puebla, 1937-1987, Puebla, Centro de Estudios Universitarios, Universidad Autónoma de Puebla/Editorial Lozada, 1992.

PÉREZ PEÑA, Alberto

El Colegio del Estado de Puebla en el primer centenario de su vida civil. 1925 (facsimil), presentación de Enrique Doger Guerrero, Puebla, BUAP, 1998.

RICHARDSON, Harry Ward

City Size and National Spatial Strategies in Developing Countries, Washington, Banco Mundial, 1977 (World Bank Staff Working Paper, 252).

RODRÍGUEZ H., Francisco

“Tendencias de desconcentración y cambios en las condiciones de vida de la población urbana en México. 1970-1990”, en Guillermo AGUILAR A. , *Política pública y base económica en seis ciudades medias de México*, CEDDU, El Colegio de México, 1997.

(coord.), *Economía global y proceso urbano en México. Cambios y tendencias recientes*, Cuernavaca, Morelos, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, 1997.

SALAZAR SÁNCHEZ, Héctor

Dinámica de crecimiento de ciudades intermedias en México. Los casos de León, San Luis Potosí y Torreón, 1970-1980, México, CEDDU, El Colegio de México/Conapo, 1984.

SECRETARÍA DE DESARROLLO SOCIAL, CONSEJO NACIONAL DE POBLACIÓN, INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, GEOGRAFÍA E INFORMÁTICA

Delimitación de las zonas metropolitanas de México, México, Sedesol/Conapo/INEGI, 2004.

SOBRINO, Luis Jaime

Desarrollo urbano y calidad de vida, Toluca, México, El Colegio Mexiquense, 1998 (Documentos de investigación, 28).

UNIKEL, Luis

La dinámica del crecimiento de la ciudad de México, México, Fundación para Estudios de la Población, 1972.

“Ensayo sobre una nueva clasificación de población rural y urbana en México”, en *Demografía y Economía*, vol. 2, núm. 1, 1968.

ZICCARDI, Alicia

“Calidad de vida en las ciudades”, en Boris GRAIZBORD y Judith ZUBIETA (coords.), *Distribución territorial de la población, estrategias de política*, México, Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, Programa de Estudios Avanzados en Desarrollo Sustentable y Medio Ambiente, El Colegio de México, 2006.

VI. EL MUNDO RURAL

Un complejo entramado de pueblos grandes y pequeños, colonias, caseríos y ranchos constituye el mar de asentamientos que pueblan el espacio comprendido entre las ciudades y las zonas metropolitanas de la Región Centro. Este vasto territorio también experimentó transformaciones notables durante las últimas décadas del siglo.¹

Se ha considerado que la población que habita en localidades con menos de 15 000 habitantes forma parte del mundo rural.² Como se vio en el capítulo anterior, 4 de cada 10 mexicanos viven actualmente en sitios rurales, y en la Región Central la proporción es menor: 3 de cada 10 habitantes. Aunque la proporción de la población rural continúa reduciéndose con el avance de la urbanización, la cifra en términos absolutos no ha cesado de aumentar: 38 millones en la República Mexicana y casi 10 millones en la Región Centro del país en el año 2000. El mundo rural sigue creciendo y se han hecho estimaciones que pronostican su decrecimiento hacia 2005 (Núñez y Moreno, 1986).

A pesar de la importancia demográfica evidente de este sector, la atención que le han prestado los gobiernos ha sido reduci-

¹ El mundo rural y sus relaciones con su contraparte urbana en esta región fueron analizados con una mirada a la vez comprensiva y detallada en sus múltiples facetas por C. Bataillon (1972, 1977). En el presente capítulo se describen algunos de los rasgos más destacados de la forma que ha adoptado la "ruralidad" en esta zona central del país en los últimos años.

² Las definiciones de lo que se considera rural en cada país suelen diferir. Una compilación de éstas se puede encontrar en Naciones Unidas, 1981. En el caso de México, oficialmente los poblados donde habitan más de 2 500 habitantes son urbanos; sin embargo el estudio de Unikel *et al.* (1976), el más completo sobre este tema, llegó a la conclusión de que las características urbanas predominan en las localidades con más de 15 000 habitantes. A partir de esa obra ha habido consenso entre los estudiosos del urbanismo en el país en adoptar el límite de 15 000 habitantes para diferenciar lo rural de lo urbano.

da, y en el ámbito académico tampoco ha conseguido el sitio que merece. No hay “ruralistas” que hagan contrapeso a los “urbanistas”. El mundo rural se sigue estudiando desde ángulos particulares o especializados: indígena, agrícola, como tema de política social (atención a la pobreza extrema) o de manera casuística al estilo de los antropólogos, pero raras veces en una forma integral que sirva de sustento para el diseño de políticas tendientes al desarrollo del complejo ámbito “no urbano”.

En las páginas que siguen se hace un ejercicio de clasificación de las localidades rurales y se emprende una primera exploración de algunas de sus características sociodemográficas y territoriales.

El primer paso consiste en distinguir tres grupos de poblados atendiendo a su tamaño: con menos de 500 habitantes (que llamaré población rural “dispersa” en microlocalidades), de entre 500 y 2 500 habitantes (asentamientos rurales “medios”), y localidades pobladas por 2 500 y 15 000 habitantes (población rural “concentrada” o “en transición rural-urbana”).³

DISPERSIÓN Y CRECIMIENTO DESEQUILIBRADO DEL MEDIO RURAL

Si bien la población rural del país va perdiendo presencia frente a su complemento urbano, el mundo rural en México refleja una gran vitalidad desde el punto de vista del número de poblados. Las localidades rurales mexicanas entre 1980 y 2000 pasaron en números redondos de 125 000 a casi 200 000, mientras en la Región Centro —donde se ubica aproximadamente 10% de estos poblados— sucedió algo similar, pues de 12 544 pasaron a 21 387 en el mismo lapso (cuadro 6.1).⁴

³ En un estudio para América Latina se llega a la conclusión de que la población dispersa en esta parte del mundo es aquella que vive en localidades de hasta 500 habitantes, muy superior a la convención de 200 habitantes que se utiliza generalmente en todo el mundo (Herrera *et al.*, 1975).

⁴ En este inciso no se tomó en cuenta el año 1970 porque no aparece en el censo la desagregación rural equivalente para hacer las comparaciones.

La evidencia muestra, pues, una proliferación de asentamientos en el medio rural que se fortalece con el tiempo. Pareciera que la dispersión poblacional, que se suele considerar limitante para el desarrollo socioeconómico de la nación, se mantiene e incluso se agudiza.⁵

La composición de este universo rural también ha variado. El perfil que ha ido adquiriendo es el de un conjunto en donde predominan numéricamente las poblaciones más pequeñas y tiende a acentuarse el patrón disperso. Hacia 1980 tenían menos de 500 habitantes 88% de los asentamientos rurales del país y 68% de la región, mientras que para 2000 alcanzaban ya 92 y 80% respectivamente. Esto resulta más difícil de explicar si recordamos que el fenómeno sucede al mismo tiempo que se reduce el peso relativo de la población rural en el contexto nacional.

En el extremo opuesto, las localidades de población “rural concentrada” (entre 2 500 y 15 000 habitantes) son minoritarias y disminuyen su proporción en el conjunto. Esta última clase, constituida por los poblados más grandes, puede considerarse de transición entre lo rural y lo urbano, pero a juzgar por su escaso dinamismo se diría que dicha transición se lleva a cabo de manera muy lenta. Sus tasas de crecimiento son de 1.5 o 2% frente a 5.5 y 6% de su contraparte de poblados minúsculos.

Para entender mejor la dispersión poblacional es conveniente tomar en cuenta, además del número de localidades, aspectos como el número de viviendas en dichas localidades, la población que allí habita, su ubicación, y la distancia que los separa. Algunos de ellos se refieren a continuación.

La distribución de la población rural por tamaño de localidad (cuadro 6.2) ofrece un panorama distinto y en cierta forma opuesto de la dispersión. Por una parte se revela que a pesar de que son tan minoritarios en número, los poblados rurales medianos y mayores (500 a 2 500 habitantes y 2 500 a 15 000 habitantes) albergan a la gran mayoría de la población rural; las

⁵No comparto esa visión negativa respecto a la dispersión. En lo que sigue sólo se ilustra este fenómeno y se abunda un poco en su comprensión y análisis.

CUADRO 6.1
Región Centro: número de localidades rurales por tamaño, 1980-2000

<i>Entidad</i>	<i>Absolutos</i>				<i>Relativos (porcentajes)</i>			
	<i>Total de localidades rurales</i>	<i>Población dispersa 1 a 499</i>	<i>Población media 500 a 2 499</i>	<i>Población concentrada 2 500 a 14 999</i>	<i>Total de localidades rurales</i>	<i>Población dispersa 1 a 499</i>	<i>Población media 500 a 2 499</i>	<i>Población concentrada 2 500 a 14 999</i>
1980								
República Mexicana	125 000	109 860	13 309	1 831	100.00	87.89	10.65	1.46
Región Centro	12 544	8 584	3 308	652	100.00	68.43	26.37	5.20
Distrito Federal	0	0	0	0				
Hidalgo	3 020	2 318	656	46	100.00	76.75	21.72	1.52
Estado de México	3 372	1 999	1 071	302	100.00	59.28	31.76	8.96
Morelos	510	269	167	74	100.00	52.75	32.75	14.51
Puebla	3 712	2 538	1 001	173	100.00	68.37	26.97	4.66
Querétaro	1 292	1 025	249	18	100.00	79.33	19.27	1.39
Tlaxcala	638	435	164	39	100.00	68.18	25.71	6.11
1990								
República Mexicana	156 186	140 551	13 465	2 170	100.00	89.99	8.62	1.39
Región Centro	15 971	12 129	3 145	697	100.00	75.94	19.69	4.36
Distrito Federal	267	244	9	14	100.00	91.39	3.37	5.24
Hidalgo	3 856	3 150	636	70	100.00	81.69	16.49	1.82
Estado de México	3 973	2 678	1 036	259	100.00	67.40	26.08	6.52
Morelos	711	529	115	67	100.00	74.40	16.17	9.42
Puebla	4 911	3 750	966	195	100.00	76.36	19.67	3.97
Querétaro	1 467	1 171	263	33	100.00	79.82	17.93	2.25
Tlaxcala	786	607	120	59	100.00	77.23	15.27	7.51
2000								
República Mexicana	198 878	182 357	13 993	2 528	100.00	91.69	7.04	1.27
Región Centro	21 387	17 096	3 432	859	100.00	79.94	16.05	4.02
Distrito Federal	459	447	2	10	100.00	97.39	0.44	2.18
Hidalgo	4 580	3 806	691	83	100.00	83.10	15.09	1.81
Estado de México	4 780	3 245	1 197	338	100.00	67.89	25.04	7.07
Morelos	1 326	1 136	120	70	100.00	85.67	9.05	5.28
Puebla	6 530	5 269	1 027	234	100.00	80.69	15.73	3.58
Querétaro	2 477	2 167	257	53	100.00	87.48	10.38	2.14
Tlaxcala	1 235	1 026	138	71	100.00	83.08	11.17	5.75

Fuente: elaboración propia con base en datos censales.

CUADRO 6.2
Región Centro: distribución de población por tamaño de localidad, 1980-2000

Entidad	Absolutos				Relativos (porcentajes)			
	Total	Población dispersa 1 a 499	Población media 500 a 2500	Población concentrada 2 500 a 14 999	Total	Población dispersa 1 a 499	Población media 500 a 2500	Población concentrada 2 500 a 14 999
1980								
República Mexicana	32 034 129	9 384 535	13 027 119	9 622 475	100.00	29.30	40.67	30.04
Región Centro	8 179 841	1 394 654	3 490 141	3 295 046	100.00	17.05	42.67	40.28
Distrito Federal	0	0	0	0	0	0	0	0
Hidalgo	1 284 758	399 544	632 273	252 941	100.00	31.10	49.21	19.69
Estado de México	3 095 602	361 083	1 186 319	1 548 200	100.00	11.66	38.32	50.01
Morelos	633 819	44 565	200 094	389 160	100.00	7.03	31.57	61.40
Puebla	2 268 776	395 689	1 044 077	829 010	100.00	17.44	46.02	36.54
Querétaro	478 362	150 912	236 500	90 950	100.00	31.55	49.44	19.01
Tlaxcala	418 524	42 861	190 878	184 785	100.00	10.24	45.61	44.15
1990								
República Mexicana	34 443 831	9 911 198	13 296 362	11 236 271	100.00	28.77	38.60	32.62
Región Centro	8 391 616	1 548 236	3 281 248	3 562 132	100.00	18.45	39.10	42.45
Distrito Federal	143 151	8 605	13 368	121 278	100.00	6.01	9.27	84.72
Hidalgo	1 398 402	440 981	597 692	359 729	100.00	31.53	42.74	25.72
Estado de México	2 811 040	413 885	1 114 053	1 283 102	100.00	14.72	39.63	45.65
Morelos	529 562	45 604	124 431	359 527	100.00	8.61	23.50	67.89
Puebla	2 457 045	453 980	1 016 114	986 951	100.00	18.48	41.36	40.17
Querétaro	560 108	147 923	274 449	137 736	100.00	26.41	49.00	24.59
Tlaxcala	492 308	37 258	141 241	313 809	100.00	7.57	28.69	63.74
2000								
República Mexicana	38 064 204	10 622 962	14 100 679	13 340 563	100.00	27.91	37.04	35.05
Región Centro	9 935 754	1 771 851	3 680 004	4 483 899	100.00	17.83	37.04	45.13
Distrito Federal	107 287	17 674	9 442	80 171	100.00	16.47	8.80	74.73
Hidalgo	1 551 581	456 444	676 453	418 684	100.00	29.42	43.60	26.98
Estado de México	3 544 725	480 480	1 311 796	1 752 449	100.00	13.55	37.01	49.44
Morelos	631 584	79 731	146 843	405 010	100.00	12.62	23.25	64.13
Puebla	2 820 979	524 954	1 085 221	1 210 804	100.00	18.61	38.47	42.92
Querétaro	688 463	173 006	282 428	233 029	100.00	25.13	41.02	33.85
Tlaxcala	591 135	39 562	167 821	383 752	100.00	6.69	28.39	64.92

Fuente: elaboración propia con base en datos censales del INEGI.

localidades rurales medias 37%, y las de transición rural urbana 35% del país y 45% de la región.

Con base en estos datos se puede afirmar que a pesar de que en el centro del país hay una mayoría creciente de microlocalidades, la proporción de población que los habita se ha mantenido estable en el lapso observado entre 17 y 18%. Las localidades de población rural concentrada han avanzado lentamente en su función concentradora (de 40.3% pasaron a 45.6% de la población rural total de esta zona). El incremento de localidades en el rango inferior ha ido en sentido opuesto a la concentración de población de los poblados más grandes.

Cabe advertir una acusada distinción entre los estados de la zona centro respecto a su grado de dispersión (porcentaje de población en localidades con menos de 500 habitantes). Querétaro e Hidalgo eran en 1980 las entidades con mayor dispersión rural, ya que 1 de cada 3 hidalguenses y queretanos no urbanos vivía en poblados pequeños de este rango. Con el tiempo ha ido disminuyendo el grado de dispersión en Querétaro y en 2000 descendió a 1 de cada 4 queretanos en estas localidades. En Hidalgo la reducción se llevó a cabo más lentamente: sólo 2% en esos 20 años.

En la categoría de entidades con menor dispersión están Tlaxcala, Morelos y el Estado de México, pues menos de 15% de su población vive en asentamientos rurales pequeños. El Distrito Federal no presentaba población en este rango en 1980, pero ésta se volvió significativa al final del periodo. Las posibles explicaciones del incremento de 6 a 16% de la población rural del DF se explorarán con apoyo en los análisis subsiguientes.

Otro de los indicadores elocuentes respecto a la dispersión es el número promedio de viviendas que hay en los poblados en cada rango de población. Aunque se toman localidades de un mismo rango, veremos que en el caso de la población dispersa existen diferencias considerables en cuanto al tamaño promedio de los asentamientos (cuadro 6.3).

El promedio de viviendas en los poblados dispersos (con menos de 500 habitantes) es realmente pequeño y ha dismi-

nuido en el país: pasó de 15 viviendas en promedio en 1980 a sólo 12 en 2000. En este rango destaca la Región Centro que mantiene promedios mayores (cerca al doble) que el total nacional: 28.5 viviendas en 1980 y 21 en 2000. Como se ve, estas microlocalidades, aun siendo tan chicas, se han ido reduciendo en las últimas décadas, lo cual enfatiza la paradoja de su multiplicación numérica. Son cada vez más numerosas y a la vez más pequeñas en cuanto a número de viviendas promedio.

Respecto al resto del país, el mundo rural del Centro de México, englobado en este rango de minúsculas localidades con menos de 500 habitantes, se desarrolla mediante asentamientos relativamente más grandes, con más viviendas y más población en promedio (103.64 habitantes por localidad en la Región Centro y 85.45 en el total nacional).

Hasta aquí hemos logrado apreciar cinco rasgos fundamentales de la distribución poblacional en el ámbito rural del México central:

- 1) El número abrumador de localidades dispersas y su rápida multiplicación.
- 2) La población dispersa de la región lo está menos que la población dispersa del país.
- 3) Una distribución de la población rural que favorece a las localidades medianas y mayores y que se mueve hacia una concentración mayor en estas últimas, lo cual se agudiza en la Región Centro.
- 4) La pequeñez de las localidades dispersas en cuanto a número de viviendas promedio y su tendencia a decrecer aún más.
- 5) El mayor número promedio de viviendas en los asentamientos dispersos de esta región en comparación con los del país.

Se presenta ahora un ángulo más de la evolución rural contemporánea al comparar los datos del ritmo de crecimiento de las localidades, la población y las viviendas (cuadro 6.4). Esta información sintetiza los datos anteriores y considera un periodo más

CUADRO 6.3
Región Centro: número promedio de viviendas
en localidades rurales, 1980-2000

	<i>Total de localidades rurales</i>	<i>Población dispersa 1 a 499</i>	<i>Población media 500 a 2 499</i>	<i>Población concentrada 2 500 a 14 999</i>
1980				
República Mexicana	44.79	15.01	169.29	926.65
Región Centro	110.94	28.51	180.03	845.60
Distrito Federal				
Hidalgo	74.94	31.07	168.86	946.11
Estado de México	154.02	31.04	186.98	851.12
Morelos	221.65	29.61	207.40	951.93
Puebla	104.19	27.63	180.65	785.09
Querétaro	59.08	24.52	149.13	781.61
Tlaxcala	109.40	17.16	194.48	780.51
1990				
República Mexicana	41.54	13.17	183.71	997.05
Región Centro	95.47	23.45	188.56	928.70
Distrito Federal				
Hidalgo	69.15	26.62	177.21	1000.89
Estado de México	126.78	27.86	192.45	886.84
Morelos	145.09	17.16	209.34	1044.94
Puebla	89.17	22.00	188.22	890.09
Querétaro	66.86	22.22	180.41	745.97
Tlaxcala	111.71	10.89	208.23	952.59
2000				
República Mexicana	40.44	12.17	210.20	1140.44
Región Centro	94.99	21.38	216.79	1073.29
Distrito Federal				
Hidalgo	47.89	8.94	301.50	1738.60
Hidalgo	72.77	25.63	208.38	1105.51
Estado de México	151.00	30.37	220.29	1063.74
Morelos	108.17	15.94	271.88	1324.34
Puebla	85.27	19.86	209.09	1014.75
Querétaro	55.06	16.09	214.01	877.75
Tlaxcala	95.44	7.68	241.83	1079.24

Fuente: elaboración propia con base en datos censales del INEGI.

extenso, pues incluye desde 1960. En ella observamos en primer lugar que la dinámica entre los tres elementos que analizamos ha sido francamente desequilibrada, ya que las localidades han crecido a un ritmo mayor que las viviendas y aun superior al de la población rural. El orden de las diferencias no es desdeñable, pues las tasas para la población alcanzan menos de la mitad de las que corresponden a las viviendas y éstas a su vez la mitad de las obtenidas por las localidades.

En otras palabras, en el mundo rural del México actual se multiplican los nuevos poblados al abrirse opciones de asentamiento, pero las viviendas no se construyen al mismo ritmo, sino más lentamente, y la población residente en estos poblados crece aún más despacio. La parte material del desarrollo de los asentamientos rurales, poblados y viviendas, camina más rápido que la parte humana, es decir, la población que los habita.

Cabe mencionar como dato adicional que durante el último decenio considerado (entre 1990 y 2000) se confirma la reanimación en el medio rural con un aumento de localidades, viviendas y población respecto a la década anterior (1980-1990). En particular las tasas de crecimiento de los asentamientos dispersos se elevaron desde 2.26% para el país y 0.74% para la región durante la década de 1980 a 1990, hasta 2.46 y 3.0% respectivamente entre 1990 y 2000. Dicha reanimación se acentuó sensiblemente en el Distrito Federal y Morelos, entidades que incrementaron sus localidades con menos de 2 500 habitantes a gran velocidad durante los años noventa.

La relación desequilibrada entre el crecimiento de localidades, viviendas y población rural del país ha estado presente con ligeras variantes en todos los estados de la región. La dispersión poblacional en Morelos llama la atención, pues constituye un caso peculiar. De acuerdo con las cifras presentadas en el cuadro 6.4, en esta entidad las pequeñas localidades eran menos numerosas que en el resto de las entidades regionales (436 en 1980) y sin embargo allí se presentaron las tasas más elevadas de incremento, particularmente en el último decenio

CUADRO 6.4
Región Centro: indicadores de la evolución rural, 1980-2000*

Entidad	Absolutos					Tasas de crecimiento			
	1960	1970	1980	1990	2000	1960-1970	1970-1980	1980-1990	1990-2000
Localidades									
República Mexicana	88 151	95 410	123 169	154 016	196 350	0.79	2.59	2.26	2.46
Región Centro	9 655	10 173	14 193	15 274	20 528	0.52	3.39	0.74	3.00
Distrito Federal	212	222	0	253	449	0.46			5.90
Hidalgo	2 586	2 366	2 974	3 786	4 497	-0.89	2.31	2.44	1.74
Estado de México	2 351	2 722	5 371	3 714	4 442	1.48	7.03	-3.62	1.81
Morelos	276	295	436	644	1 256	0.67	3.98	3.98	6.91
Puebla	2 626	2 889	3 539	4 716	6 296	0.96	2.05	2.91	2.93
Querétaro	1 057	1 109	1 274	1 434	2 424	0.48	1.40	1.19	5.39
Tlaxcala	547	570	599	727	1 164	0.41	0.50	1.96	4.82
Viviendas									
República Mexicana	3 285 498	3 422 209	3 902 150	4 324 154	5 159 892	0.41	1.32	1.03	1.78
Región Centro	775 553	646 766	840 269	877 455	1 109 599	-1.80	2.65	0.43	2.38
Distrito Federal	55 681	36 833	0	4 347	4 597	-4.05			0.56
Hidalgo	146 455	153 897	182 789	196 568	241 535	0.50	1.74	0.73	2.08
Estado de México	218 656	96 993	262 308	273 993	362 250	-7.81	10.46	0.44	2.83
Morelos	35 830	31 342	42 600	33 149	50 736	-1.33	3.12	-2.48	4.35
Puebla	230 250	237 485	250 949	264 325	319 375	0.31	0.55	0.52	1.91
Querétaro	51 569	53 358	62 266	73 472	89 858	0.34	1.56	1.67	2.03
Tlaxcala	37 112	36 858	39 357	31 601	41 248	-0.07	0.66	-2.17	2.70
Población									
República Mexicana	17 218 011	19 916 682	22 411 654	23 207 560	21 723 641	1.47	1.19	0.35	0.63
Región Centro	3 972 481	3 735 486	4 884 795	4 829 484	5 451 855	-0.61	2.72	-0.11	1.22
Distrito Federal	204 848	229 446	0	21 873	27 116	1.14			2.17
Hidalgo	771 716	856 884	1 031 817	1 038 673	1 132 897	1.05	1.88	0.07	0.87
Estado de México	1 165 135	599 565	1 547 402	1 527 938	1 792 276	-6.43	9.95	-0.13	1.61
Morelos	180 730	185 151	244 659	170 035	226 574	0.24	2.83	-3.57	2.91
Puebla	1 200 356	1 340 178	1 439 766	1 470 094	1 610 175	1.11	0.72	0.21	0.91
Querétaro	255 151	312 715	387 412	422 372	455 434	2.06	2.17	0.87	0.76
Tlaxcala	194 545	211 547	233 739	178 499	207 383	0.84	1.00	-2.66	1.51

* Datos referidos a localidades con menos de 2 500 habitantes.

considerado (6.91%). Asimismo en el DF sucede algo inusual, pues si bien no se registraron localidades rurales en 1980, éstas fueron apareciendo y aumentando entre 1990 y 2000. Tendremos oportunidad de examinar con mayor detalle tales fenómenos en los apartados siguientes, donde se abordan la geografía de la dispersión y las relaciones del campo y la ciudad.

Podemos plantear una hipótesis preliminar: que al ubicarse estos indicadores en dos de los estados con mayores presiones para la urbanización es viable suponer que en alguna medida pueda tratarse de una nueva modalidad de la expansión territorial de la ciudad y no propiamente de un proceso de ruralización. Es posible que el incremento de la demanda de suelo urbano esté generando presión sobre las áreas agrícolas para transformar su uso y volverlas urbanas, particularmente de vivienda. Si a esto añadimos la desregulación de la tierra ejidal para su incorporación al mercado de suelo, el resultado podría ser la aparición de numerosos fraccionamientos, colonias populares, zonas de invasión u otro tipo de pequeños asentamientos en áreas cercanas a las ciudades, fenómeno que se refleja en las cifras que nos ocupan.⁶

⁶ Sin información adecuada es difícil elaborar hipótesis que expliquen, al menos en parte, los acusados diferenciales en el ritmo de crecimiento de las tres variables consideradas –población, viviendas y localidades rurales– en el periodo estudiado, pero resulta necesario al menos esbozar algunas posibles líneas de investigación futuras. En primer lugar estos datos podrían estar reflejando fenómenos tales como la especulación del suelo mediante la transformación prematura de usos agrícolas a residenciales y urbanos, lo cual daría origen a la aparición de nuevos asentamientos, generalmente muy pequeños. Este fenómeno sería más frecuente en las zonas cercanas a las ciudades, en donde es menos remoto esperar la llegada de nuevos habitantes.

Otra línea de investigación podría ser la inversión en la construcción de viviendas en los pequeños poblados rurales derivada de las remesas de los migrantes, principalmente los internacionales, pero también los internos rural-urbanos. En estos casos las viviendas se construyen y permanecen deshabitadas esperando el retorno de sus propietarios a los lugares de origen, lo cual con frecuencia no ocurre.

GEOGRAFÍA DE LA DISPERSIÓN

La dispersión es uno de los aspectos menos estudiados dentro del mundo rural porque se oponen a su cuantificación serios obstáculos y por ende hay menores posibilidades de análisis e incluso de definición. Los estudios de tipo cuantitativo intentan medir y en cierta medida describir la tendencia global del fenómeno, mientras los análisis de corte antropológico se abocan a profundizar en la explicación de los determinantes, causas y consecuencias de la dispersión entre la población indígena o campesina con base en las costumbres, los valores y los estilos de vida imperantes en las pequeñas comunidades que se eligen como casos de estudio.

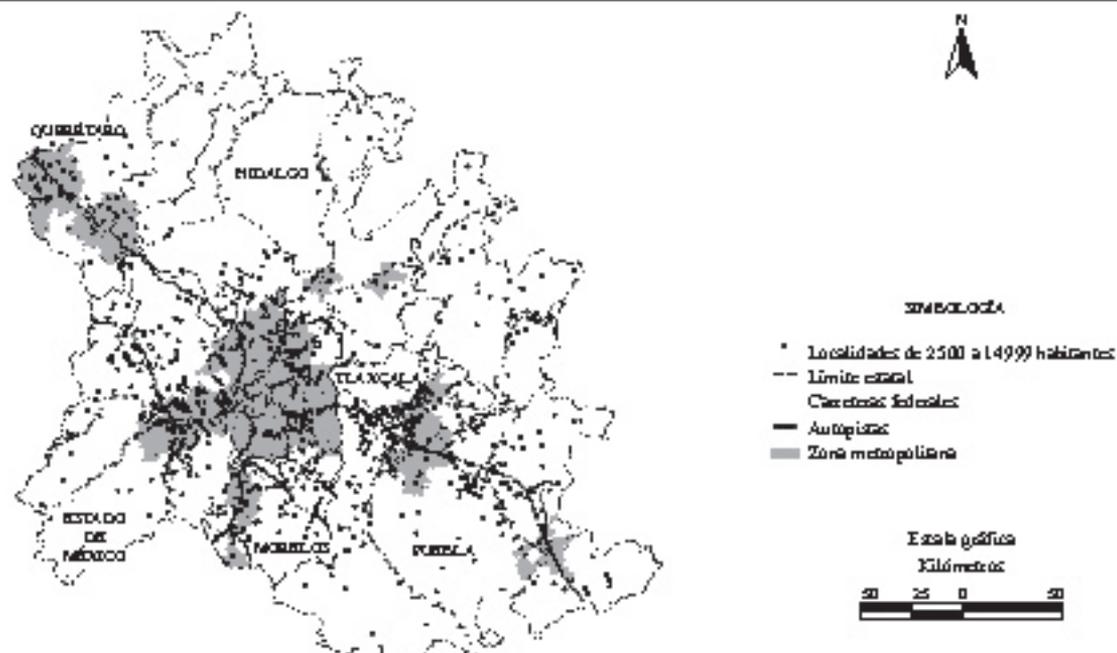
Una vía original para acercarse a explorar la dispersión rural se vale de su representación y análisis cartográfico. En México este método prácticamente no ha sido utilizado porque es muy difícil ubicar cada localidad con precisión y resulta complejo manejar la información asociada a esta inmensa cantidad de poblados. Hoy es posible aplicarlo gracias a la disponibilidad de información sobre la localización exacta de los pequeños asentamientos (coordenadas) y a que las tecnologías computacionales, como los sistemas de información geográfica, lo hacen posible. Los mapas muestran la localización geográfica de los subgrupos del mundo rural sobre el territorio regional. Con ellos es viable hacer patentes sus patrones espaciales de distribución y facilitar la elaboración de hipótesis para explicar los fenómenos (mapas 9-a y 9-b).⁷

Población rural concentrada
(de 2 500 a 15 000 habitantes)

Los pueblos más grandes, representados por puntos negros (mapa 9-a), presentan un esquema espacial ordenado básicamente conforme a dos criterios. El primero es que tienen una orien-

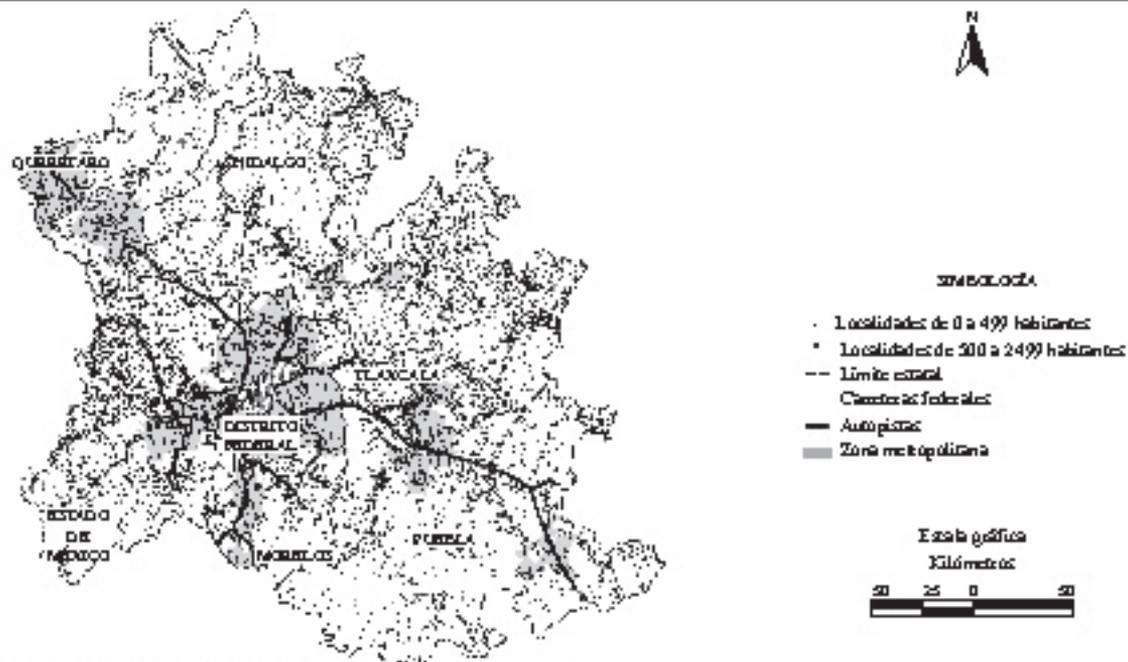
⁷ En esta cartografía no aparecen las localidades con una o dos viviendas, sólo las de tres viviendas en adelante, ya que por motivos de “confidencialidad” el

MAPA 9a
Región Centro: distribución de la población rural, 2000



Fuente: Principales resultados por localidad. XII Censo General de Población y Vivienda 2000.

MAPA 9b
Región Centro: distribución de la población rural, 2000



Fuente: Principales resultados por localidad. XII Censo General de Población y Vivienda 2000.

tación céntrica dentro de la superficie que abarca la región, pues el grueso de ellos se localiza en el área que cubre los espacios comprendidos entre las zonas metropolitanas de las ciudades de México, Toluca, Querétaro, Pachuca, Tlaxcala, Puebla, Cuautla y Cuernavaca, y son escasos en la franja periférica de la región. De hecho varios de estos poblados están ubicados en las periferias de las grandes ciudades, dentro de territorio metropolitano, como por ejemplo en las delegaciones de Tlalpan o Xochimilco en el sur de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México.

Podría plantearse la hipótesis de que estos pueblos de escala mayor encuentran en su cercanía con las grandes ciudades la vitalidad que los hace crecer y concentrar población (véase el cuadro 6.2). A tan corta distancia de ellas, y considerando que se trata de ciudades de gran tamaño, es difícil pensar en que estos asentamientos tengan independencia funcional y más bien se suponen fuertes lazos en términos de relaciones sociales y muy probablemente entre mercados de trabajo, de bienes y de servicios.

Entre los más cercanos a las ciudades hay algunos que funcionan como pueblos dormitorio, pues una gran proporción de su población lleva a cabo viajes diarios para trabajar en las ciudades, como lo prueban las altas proporciones de PEA que viaja cotidianamente desde los municipios metropolitanos periféricos hacia otros más céntricos; sin embargo en muchos casos la vida interna de la comunidad ofrece la mayoría de los empleos que desempeña su población.

El acomodo céntrico de estos poblados y la escasa distancia que los separa de las grandes ciudades son factores de carácter espacial que ayudan a explicar que no aparezcan ciudades intermedias y pequeñas en este contexto, ya que no tendría sentido su desarrollo cuando a tan corta distancia se encuentra un mercado mayor.

el INEGI no proporcionó los datos para su ubicación. Aunque este subconjunto de viviendas aisladas es muy numeroso, no se incluye en el análisis geográfico de la dispersión.

Siguiendo esta hipótesis me interesa destacar el caso particular y extremo de Tlaxcala, que de acuerdo con el mismo cuadro 6.2 concentra en este rango de localidades 65% de la población rural del estado y sólo mantiene 35% en localidades con menos de 2 500 habitantes. Es probable que estos pueblos grandes semirurales y semiurbanos abarrotados en el espacio intermetropolitano de Puebla y Tlaxcala hayan adquirido un poder social y económico mayor que el reflejado por su tamaño poblacional (que se ve limitado a su vez por la presencia de las capitales estatales), y por ello hayan presionado para lograr su independencia político administrativa como municipios.⁸

La segunda fuerza que parece influir o estar relacionada con la localización de los poblados rurales grandes es su cercanía respecto a las principales vías de comunicación terrestre. Es quizá este rango de localidades en donde con mayor nitidez se manifiesta el efecto de la red principal de infraestructura carretera en la inducción del crecimiento poblacional rural, al otorgarles mejor accesibilidad y mayores posibilidades de realizar intercambios más intensos entre la ciudad y el campo.

Población dispersa (menos de 500 habitantes)

Por contraste se concentra en las zonas periféricas de la región (mapa 9-b). Se trata del área que se extiende entre las capitales estatales y los límites exteriores de la región, que es el espacio ubicado más allá de la corona de ciudades que rodean a la ciudad de México. Esto no quiere decir que no haya población dispersa en las cercanías de las grandes ciudades, pero la inmensa mayoría se encuentra alejada de ellas.

Una alta densidad de microlocalidades se asocia con altitudes superiores a 2 500 msnm en el extremo norte y este de Puebla

⁸ En 1995 se conformaron 16 nuevos municipios en Tlaxcala, todos en la zona sur, la más urbanizada del estado, entre las capitales de Puebla y Tlaxcala.

e Hidalgo, al oeste y sur del Estado de México y en la mitad norte de Tlaxcala. En varias de estas zonas altas se asientan comunidades indígenas como los nahuas de la Sierra Norte de Puebla, los huastecos del norte de Hidalgo o los mazahuas del noroeste del Estado de México.

Además de esta asociación espacial de las zonas serranas y montañosas con la población rural dispersa se podría establecer un patrón adicional para las áreas menos comunicadas de la región. Se trata de una correlación inversa de estos pequeños asentamientos con las principales vías de comunicación, lo que lleva afirmar por asociación que la población dispersa se encuentra mal comunicada.

Pero lo que resulta más inesperado en la distribución espacial de este mundo de pequeñas aldeas dispersas es que se encuentran esparcidas prácticamente sobre todo el territorio regional, evidenciando la capacidad de sus pobladores para adaptarse a cualquier medio geográfico, trátase de montañas, de valles o de planicies. Palerm y Wolf (1992) en sus estudios sobre la civilización en Mesoamérica, así como C. Bataillon en el trabajo ya citado sobre la región central de México, hacen referencia al proceso de “domesticación” del medio ambiente que por siglos han llevado a cabo los campesinos e indígenas de esta zona. Como han apuntado estos autores, tal acoplamiento —reflejado en los sistemas agrícolas indígenas— es fundamental para comprender la naturaleza y el desarrollo de las sociedades en esta región y la persistencia de la dispersión poblacional en el medio rural.

Pueblos de tamaño medio (entre 500 y 2 500 habitantes)

Allí vive más de un tercio de la población rural de toda la región y una porción mayoritaria de las de Hidalgo y Querétaro (mapa 9-b). Estas localidades se concentran en las planicies elevadas del oeste del Estado de México y en menor grado en el oeste de Querétaro, en el norte y el este de Puebla, y en las porciones norte y centro de Hidalgo.

La asociación espacial de estos pueblos con las carreteras principales sólo es evidente en casos aislados, como por ejemplo en el centro de Hidalgo con la carretera que cruza la entidad de este a oeste y comunica con Pachuca, o en el noroeste del Estado de México con la carretera de Toluca hacia Michoacán y Guadalajara. Sin embargo es probable que exista una asociación de su distribución territorial con la red de carreteras secundarias, las cuales no han sido consideradas en esta cartografía. Aunque en menor grado que los pueblos grandes, los pequeños necesitan vías de comunicación para realizar los intercambios indispensables para su sobrevivencia.

NACIMIENTO Y DESAPARICIÓN DE LOCALIDADES

Un aspecto que llama la atención en la comparación de la información intercensal sobre el medio rural es la constante aparición y desaparición de pequeños poblados, que se refleja en los reportes censales decenales. Se trata de un movimiento “intermitente” en el firmamento de estas pequeñas unidades residenciales, que no deja de ser paradójico si se considera el costo social, económico y hasta político de fundar un nuevo asentamiento, y la frustración, también multidimensional de su abandono.

Con apoyo en información sobre este ir y venir de microlocalidades entre 1990 y 1995, así como de los lugares en donde ha tenido efecto tal vaivén, se “contempla” primero, y luego se intenta comprender la lógica que organiza la distribución espacial de la población rural.

Localidades nuevas

Entre los censos de 1990 y 2000 aparecieron en la Región Centro 3 305 localidades con más de dos viviendas. Como es lógico, se trata de asentamientos humanos pequeños, que albergan en promedio 134 habitantes. Considerando una media de 5.32 habitan-

tes por vivienda,⁹ cada localidad tendría, también en promedio, un tamaño de aproximadamente 25 viviendas.

Por su distribución geográfica (mapa 10-a) se diría que el esquema territorial de aparición de localidades tiene dos caras: una de ellas en obvia relación con las periferias metropolitanas en expansión y la otra muy difusa que se despliega con homogeneidad sorprendente a lo largo de todo el espacio interurbano.

Periferias metropolitanas

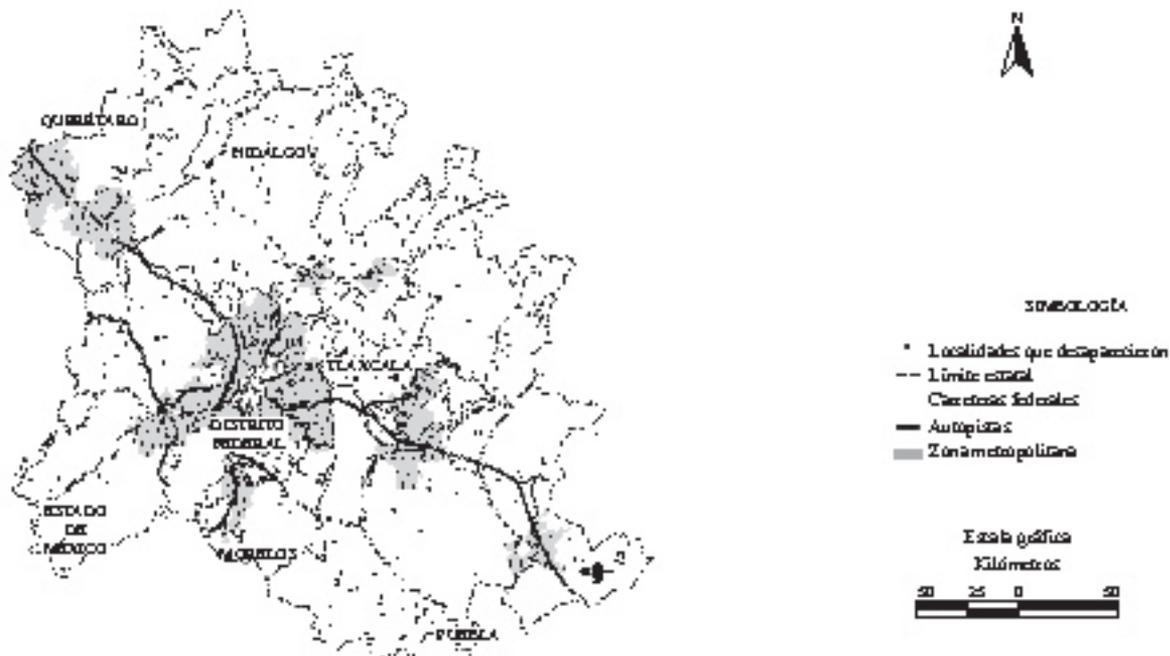
Sobre terrenos de municipios metropolitanos apareció 26% de las nuevas localidades de la región, la mayoría en la aglomeración capitalina, pero omnipresente en los límites externos de las grandes ciudades de la corona. En el Distrito Federal se registraron 171 de estas nuevas localidades, que se ubicaron mayormente en las delegaciones con más amplias extensiones no urbanizadas de uso rural: Milpa Alta, Tlalpan y Xochimilco, donde hay tierra para la expansión —legal o ilegal— de la mancha urbana.

En los límites externos de las grandes ciudades de la región prevalece una mezcla entre los usos del suelo urbanos y rurales. Con el avance de la suburbanización el uso habitacional poco a poco ha ido robando espacio a la actividad agropecuaria en estas franjas de tierra donde las rentas generadas por la actividad primaria resultan sobrepasadas por la rentabilidad de un uso urbano, las más de las veces habitacional. Son zonas de transición y en ellas cunde la erupción de minúsculos asentamientos.

Si bien la expansión física de la ciudad va ocupando áreas cercanas a la mancha urbana, la forma de esta expansión resulta afectada por la presencia de las vías de comunicación. A lo largo de las principales arterias que la ligan con el exterior aparecen en forma lineal nuevos poblamientos cuyo crecimiento es favorecido por el transporte público y las comunicaciones con los centros urbanos.

⁹ Que corresponden al promedio en la región para las localidades con menos de 2 500 habitantes en 1995.

MAPA 10a
Región Centro: nacimiento y desaparición de localidades, 1990-2000



Fuente: Conapo, 1990 y Principales resultados por localidad. XII Censo General de Población y Vivienda 2000.

MAPA 10b
 Región Centro: nacimiento y desaparición de localidades, 1990-2000



Fuente: Conapo, 1990 y Principales resultados por localidad. XII Censo General de Población y Vivienda 2000.

Uniformidad del proceso

La otra cara del nacimiento de localidades es, como en una medalla, la opuesta a la primera, pues paralelamente a la concentración en las periferias de las zonas metropolitanas, la distribución territorial del fenómeno es francamente homogénea. Se trata de un proceso generalizado en el espacio rural regional y que sólo logra formar pequeños racimos aquí y allá en muy contados municipios.

Esta faceta del proceso reciente de ocupación del territorio sugiere la aparición de condiciones favorables para la ocupación de nuevos espacios con el asentamiento de la población urbana y rural prácticamente en todo el espacio interurbano. En la búsqueda de explicaciones a la ola de expansión de pequeños asentamientos que ha ocurrido en los últimos años podemos plantear que se trata de un fenómeno asociado con la flexibilización del mercado de tierras ejidales tras las modificaciones al artículo 27 constitucional en el año de 1992. Varios autores han mostrado el efecto favorable a la urbanización derivado de la transformación del ejido, que pasó de ser propiedad comunal a propiedad privada.

La toponimia de los nuevos asentamientos refleja la heterogeneidad del proceso de dispersión. En clara asociación de ideas con paisajes bucólicos, encontramos que 8% de los nombres con que se han bautizado los nuevos sitios hace referencia a rasgos del paisaje natural que probablemente concuerden con su geografía real, como “campo”, “cerro”, “cañada”, “barranca”, “loma”, “paraje” etc., mientras en 6% se nombra “rancho” al asentamiento, haciendo alusión a las tareas productivas del agro. Otro 5% de los nombres incluye el término “barrio”, cuya referencia a la organización comunitaria clásica de los pueblos de México nos lleva mentalmente a un medio rural tradicional.

Más cercano a una idea moderna de expansión de manchas urbanas en los límites de las ciudades, 8% de los nombres incluye los términos “colonia”, “ampliación”, “sección” o “fraccio-

namiento”. Incluso la forma de crecimiento lineal de los asentamientos sobre los ejes de comunicación, que hemos reconocido en los mapas, se refleja en los términos “carretera”, “camino”, “kilómetro” y otros similares, que figuran en 2% de los nombres de nuevas localidades.

Sin importar que el proceso de creación de nuevos asentamientos sea contemporáneo ni que esto ocurra en las periferias metropolitanas o en las montañas más alejadas, antaño como ahora abundan las alusiones a santos y santas (18% de los nombres), a quienes se encomienda el porvenir del nuevo poblado. Los términos en lengua indígena son también muy abundantes y se combinan con el culto a los santos católicos en un patrón toponímico que bien puede calificarse de sincrético.¹⁰

Localidades que desaparecen

En el periodo intercensal se borra del universo de localidades de la región central un total de 841 nombres. Estos poblados eran ligeramente más grandes que los nuevos, con 178 habitantes en promedio. El tamaño máximo que hemos encontrado en este grupo es de 2 465 habitantes y corresponde a una localidad situada en las cercanías de Pachuca, Hidalgo.

El mapa 10-b donde se ubicaban las localidades que desaparecieron sugiere patrones espaciales similares a los que presentan las nuevas. En primer lugar se identifica una mayor densidad de estos puntos en las áreas de expansión de las manchas urbanas de las principales zonas metropolitanas; en algunos casos se observa también una relación de vecindad con las carreteras principales, y por último, al igual que en el caso anterior, hay dispersión de puntos en todo el territorio regional.

La interrogante sobre el paradero de las localidades que desaparecieron debe buscar respuesta en el terreno de la “recla-

¹⁰ El 53% restante de la toponimia de los nuevos asentamientos corresponde a otras categorías.

sificación” en la posibilidad de que fueran renombradas, ya que la experiencia no muestra evidencias de que las abandonaran sus pobladores o de que las viviendas fueran destruidas. Éste podría ser el caso excepcional de algunos sitios específicos, pero resulta altamente improbable como explicación general del fenómeno.

El desvanecimiento de poblados nos lleva a concluir que existe un sector muy inestable de microlocalidades constituido por las que tienen menos de 250 habitantes, que por su tamaño resultan más vulnerables o más susceptibles de ser asimiladas a otras mayores o abandonadas, en zonas rurales. Con base en las evidencias respecto a su ubicación podríamos hacer una tipología tentativa de posibilidades. En las periferias urbanas puede tratarse de asentamientos irregulares (invasiones) que fueron desalojados, o de caseríos que con el tiempo fueron alcanzados por el crecimiento de una zona urbana próxima e integrados a la misma con pérdida de su identidad inicial, o simplemente cambiaron de nombre.

En áreas menos urbanizadas es más difícil pensar en la reclasificación de poblados o en su integración a un poblado mayor, ya que aquí, a diferencia de las periferias urbanas, no se aprecia una asociación espacial contundente entre las localidades que nacen y las que desaparecen.

Una conclusión general del análisis exploratorio sobre la geografía de la dispersión es que al referirnos al mundo rural de esta zona del país conviene distinguir entre el espacio intermetropolitano y las zonas periféricas del territorio regional. En el primero la densidad de la población y el tamaño de las localidades rurales es mayor, en contraste con las características de las segundas, cuya población está más dispersa. Es probable que lo ocurrido entre los ámbitos rural y urbano en uno y otro segmentos del territorio regional, incluyendo el movimiento intermitente de localidades que surgen o desaparecen, revista cualidades distintas.

DISPERSIÓN, MARGINALIDAD Y PERMANENCIA
EN EL MEDIO RURAL

La corriente que busca mejorar los indicadores de la calidad de vida y del desarrollo socioeconómico de las naciones y de grupos más específicos de población en regiones o localidades ha llevado a cabo en México ejercicios valiosos cuya utilidad en el diseño de una mejor orientación de las políticas sociales es innegable. Quizá los más aceptados sean los índices de marginalidad que ha calculado el Consejo Nacional de Población (Conapo, 1993, 1997 y Ávila *et al.*, 2001) para los municipios del país.

En un artículo publicado por esa institución se construyó un indicador compuesto cuyos elementos más importantes son la educación (analfabetismo), la ocupación en el sector agrícola de la población activa, y las condiciones materiales de la vivienda en las localidades del país. Las conclusiones son sólidas e incuestionables y van en el sentido de que existe una correlación negativa muy estrecha entre el tamaño de la localidad y las condiciones de marginalidad.¹¹ Los resultados sobre los índices de marginalidad para el año 2000 se corroboran en el mapa 11, en donde se advierte la correlación entre los manchones en que se concentran los municipios (y localidades) con más alta marginalidad y las áreas que destacan en el mapa 9, porque allí se agrupan las localidades rurales más pequeñas.

Estos resultados se validan cuando se constata que corresponden con las observaciones y hallazgos de muy diversos estudios de caso en los que se comparan, por ejemplo, la infraestructura, el acceso a los servicios o la escolaridad en localidades de distinto tamaño (Garrocho, 1990). En el mismo mapa 11 aparece el trazo de las carreteras más importantes de la región, y las zonas marginadas se localizan en su mayoría fuera de las áreas mejor comunicadas.

¹¹ Esto no implica una determinación de la pobreza por el tamaño de localidad, pues esta condición prolifera cada vez más en ciudades de distintos tamaños.

Con base en esa pauta lineal hacia la disminución de la marginalidad conforme aumenta el tamaño de la localidad, usualmente se suele llegar a la conclusión de que conviene promover programas para hacer accesibles a la población dispersa los servicios sociales básicos y el apoyo necesario para el incremento de la productividad; para ello se debe inhibir la dispersión poblacional en las pequeñas localidades, y se indica que el ejemplo de acción a seguir es la concentración de la población dispersa en centros rurales de mayor escala (México, Dirección General de Centros de Población, SAHOP, 1979).¹²

Si sólo nos quedáramos con resultados, mediciones y conclusiones como ésta, lo menos que podríamos cuestionar es ¿por qué la población dispersa en el mundo rural no se mueve a las ciudades, particularmente en un caso como el de la Región Centro en que las ciudades grandes están tan al alcance? Es obvio que además de la persistencia —que muchos califican no sólo de arraigo sino de “necedad”— de esta población en permanecer en sus localidades pequeñas, hemos omitido los factores que explican la lógica de este fenómeno.¹³

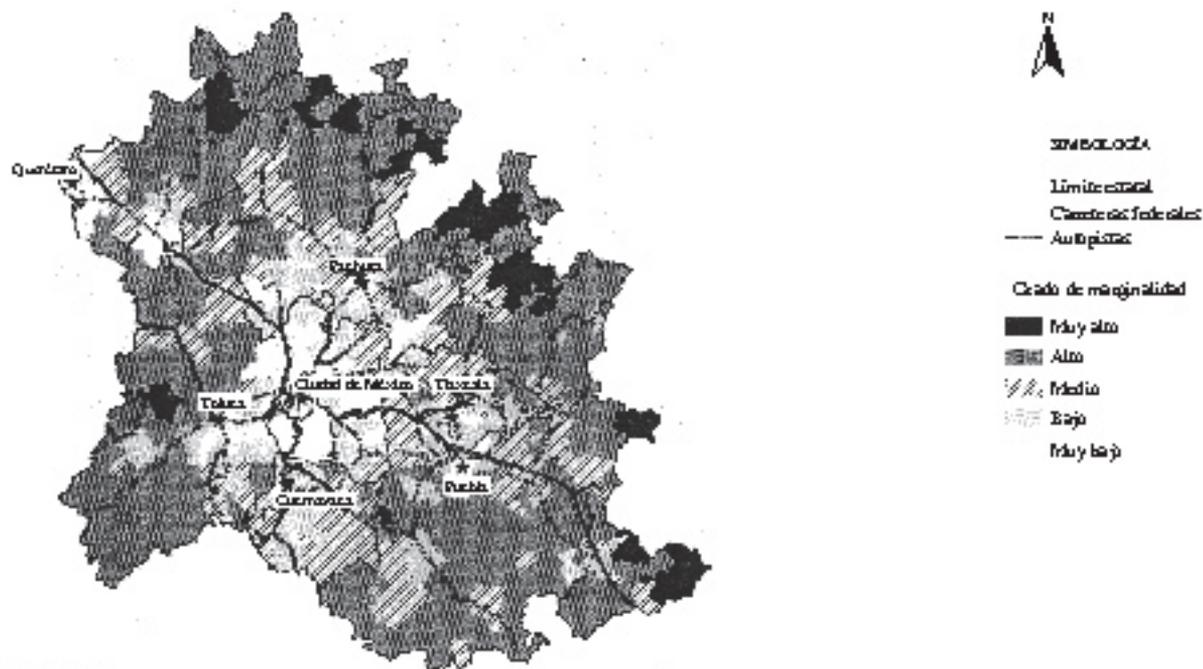
¹² Se han desarrollado enfoques más novedosos que pretenden optimizar la distribución de recursos (básicamente de salud y educación) para atender a la población dispersa y muchas veces aislada en el medio rural con objeto de mejorar su calidad de vida, sin pretender primero una redistribución poblacional más concentrada (Zubieta, 2006).

¹³ Hay ejemplos de estudios de corte sociodemográfico sobre el centro de México como el de Martínez Salgado (1992) en que la autora trata de identificar los efectos del empeño desplegado por la población dispersa para seguir viviendo en su lugar de origen y conservar su estilo de vida. Ella compara los datos de morbilidad de dos localidades del Estado de México: la cabecera municipal de Malinalco y una microlocalidad aislada en el mismo municipio.

A escala familiar o individual se señala el papel mediador de ciertos elementos sociodemográficos entre las condiciones materiales de vida (entendidas como el marco de los riesgos de enfermedad, la poca probabilidad de recibir educación y de beneficiarse de pocos servicios) y el resultado efectivo en cuanto a la calidad de vida de la población dispersa.

En términos individuales se encontró más enfermedad relacionada con la mayor edad y el sexo femenino y menor enfermedad con la escolaridad alta y la menor ocupación. Cuando hay familias extendidas disminuye la enfermedad,

MAPA 11
 Región Centro: grado de marginalidad y red carretera, 2000



Fuente: Cónago, 2000.

La preferencia por permanecer en el lugar en que se vive y que mejor se conoce no sólo es propia de grupos indígenas o campesinos cuyos valores y formas de producir, de vivir y de relacionarse con el exterior han sido tema de estudio de muchos de los mejores antropólogos de México y del mundo en este siglo (Warman, 1980; Meillasoux, 1977).

Tal preferencia también ha sido observada en sociedades tan modernas como la estadounidense, y debe estar, junto con otros determinantes, en la base de la explicación del rezago evolutivo de los patrones de distribución poblacional en el mundo con relación a la velocidad de los cambios en otras esferas como la económica, la tecnológica, y el comercio internacional.¹⁴

LAS ACTIVIDADES AGROPECUARIAS

En el periodo que consideramos la producción agropecuaria y forestal de México representó sólo alrededor de 7 u 8% del PIB nacional, pese a lo cual empleó a una cuarta parte de la PEA del país (24.7% de la PEA en 1995).¹⁵ La modernización del campo mexicano ha sido un proceso lento y diferenciado en los distintos segmentos de la estructura socioproductiva. Después de la Revolución (1910-1921) el reparto de tierras ejidales, la refor-

y cuando hay migración temporal sube. Lo sugerente de estos resultados invita a seguir buscando explicaciones a la dispersión en otras características socioculturales de estos grupos.

¹⁴ La tendencia hacia la desconcentración poblacional en los primeros años de los noventa en Estados Unidos fue estudiada por Brown *et al.* (1997). Dichos autores encontraron que se relaciona tanto con la reconfiguración de las actividades económicas que afectan la localización de oportunidades laborales, como con las preferencias residenciales más ligadas a la calidad de vida. Advirtieron que de manera consistente la gente prefiere el tipo de residencia que conoce y al cual está acostumbrada, sin dejar de tomar en cuenta el contexto económico.

¹⁵ Según estimaciones de Pacheco, 1997.

ma agraria y el apoyo estatal fortalecieron el desarrollo de una agricultura básicamente campesina, minifundista y centrada en la producción de granos para el consumo interno, principalmente maíz.

A partir de los años treinta y cuarenta, arrastrada por el avance vertiginoso de la industrialización y la urbanización del país, la demanda de productos agrícolas para la industria y para el consumo urbano fue creciendo, y paralelamente al desarrollo del campesinado fue expandiéndose el empresariado agrícola.

La gran transformación agropecuaria que se inició en los años sesenta consistió en la sustitución de los cultivos tradicionales por otros más comerciales. Los pasos hacia la modernización en ciertas esferas del sector agropecuario obedecieron a que se empezó a implantar en México una agroindustria con fuerte componente transnacional cuyo funcionamiento impulsó nuevas formas de organización para la producción y comercialización de los productos del campo, en especial de las hortalizas, las frutas y los lácteos. Un ejemplo fue la sustitución de maíz por sorgo, pues al irse incrementando la ganadería los forrajes adquirirían mejor precio en el mercado (Barkin *et al.*, 1991).¹⁶

Sin que se hubieran intentado cambios estructurales, las nuevas circunstancias hicieron proliferar formas de acceso a los recursos productivos, como la renta de tierras incluso ejidales, los cultivos por contrato, y el financiamiento y la organización para la producción y el comercio en el agro. El papel del Estado en este periodo cubría un objetivo dual: la suficiencia alimentaria y la modernización del agro.

Los mecanismos de intervención directa buscaban simultáneamente proteger al productor mediante los precios de garantía,

¹⁶La ganadería de bovinos se desarrolló mayormente en el norte del país porque era más barato engordar al ganado en México y vender la carne en Estados Unidos. Esta práctica se extendió luego al sureste. El impulso a la ganadería ha sido considerado un gran error porque ha inducido la deforestación de grandes extensiones y con ello ha acarreado importantes perjuicios ambientales, por sustituir cultivos para alimento humano, y por propiciar la formación o perpetuación de latifundios, sobre todo en el sureste.

controlar la distribución con la gestión de Conasupo para asegurar el abasto realizando importaciones cuando era necesario, y apoyar la producción comercial, ganadera y para exportación con inversión en infraestructura y medios de financiamiento.

Todo ello implicaba cierta apertura de mercados, pero no plena, como ocurrió con la llegada del segundo impulso transformador en el campo dado por la apertura comercial y el proceso paralelo de retiro del apoyo estatal en la producción de este sector.

La nueva política desincentivó la producción de granos básicos, y hacia mediados de los ochenta aumentó la participación de las frutas y hortalizas en la estructura productiva agrícola de México, que en los primeros años respondió a una creciente demanda del mercado interno —particularmente el urbano, que se iba sofisticando y solicitaba mayores cantidades de tales productos—, y poco a poco fue incrementado su participación en el mercado estadounidense (Téllez, 1994).

En el marco de la globalización el campo de los países en desarrollo, como México, parece destinado a desempeñar un papel complementario respecto al de los países desarrollados. Si éstos producen a menores costos los cereales para el consumo humano, nos corresponde especializarnos en productos que, aprovechando nuestras ventajas comparativas (mejor clima, mano de obra barata), satisfagan las demandas del mercado mundial, aunque esto implique el fin de la suficiencia alimentaria nacional y la agudización de la dependencia de productos básicos (Trápaga, 1995).

La implantación del modelo neoliberal en el agro también implicó la transformación del régimen de propiedad ejidal para terminar con el minifundio,¹⁷ y ha producido efectos notables en

¹⁷ Los argumentos, planteados en términos económicos y no de sustentabilidad social o ecológica, apuntaron a eliminar los obstáculos a la inversión privada en el campo y a integrar superficies de cultivo amplias para elevar la productividad aplicando mejoras tecnológicas, aunque esto ya se venía haciendo con el arrendamiento de los ejidos.

el entorno rural: la baja de la producción de granos básicos y el consiguiente aumento en las importaciones; la especialización en productos para la exportación, principalmente hortalizas, y la pérdida de empleos, ya que el nuevo modelo es liberador de mano de obra.¹⁸

El papel del gobierno, reflejado en la política agropecuaria, se ha transformado radicalmente en los últimos 25 años desde un ejercicio acorde con un gobierno protector y paternalista que apoyaba al productor pequeño o grande, buscaba la autosuficiencia alimentaria y participaba directamente en la producción y distribución de alimentos básicos, hacia un progresivo retiro de su intervención directa en el campo y en el mercado doméstico de productos básicos, dejando el peso del desarrollo en el sector privado y fomentado la especialización productiva con fines de exportación.

La producción agropecuaria regional

La Región Centro tiene un carácter productivo predominantemente urbano. La actividad agropecuaria en esta zona no es sobresaliente, pues no alcanza ni la quinta parte de la del país (15.6%), en contraste con el peso poblacional de 33%, y el producto global, que alcanza 43 por ciento.

Hacia 1993 las entidades con más presencia en el sector eran Puebla y el Estado de México, y en cada una de ellas se generaba cerca de 4.2% del producto agropecuario nacional.¹⁹ Para las economías de Hidalgo y Morelos la actividad primaria tampoco es desdeñable, pues su nivel de producción representa proporciones similares a las de su peso poblacional en el ámbito nacional; en cambio estas tareas resultan insignificantes para el

¹⁸ Las opciones para el campesino se han diversificado en sus lugares de origen y ya no es sólo la emigración a las grandes ciudades, el éxodo rural incluye también Estados Unidos como destino.

¹⁹ Para Puebla esta proporción resulta más significativa si se considera el menor volumen de su población.

CUADRO 6.5
Región Centro: PIB por entidad federativa, 1970-1998
Gran división 1. Agropecuario, silvicultura y pesca
(distribución relativa)

	1970	1975	1980	1985	1988	1993	1998
Distrito Federal	0.61	0.75	0.74	0.53	0.29	0.50	0.50
Hidalgo	4.36	5.00	6.25	4.87	4.53	4.24	5.37
Estado de México	1.77	1.84	2.40	1.73	1.86	2.12	1.91
Morelos	0.38	0.56	0.83	0.95	0.50	0.71	0.52
Puebla	3.90	3.75	4.79	3.94	3.89	4.27	4.51
Querétaro	1.83	1.71	1.46	1.01	0.96	2.78	2.33
Tlaxcala	1.17	1.58	1.29	0.96	0.64	0.95	1.38
Región Centro	14.02	15.19	17.77	14.00	12.69	15.56	16.52
Total resto de la República Mexicana	85.98	84.81	82.23	86.00	87.31	84.44	83.48
Total nacional	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00

Fuente: INEGI, Cuentas Nacionales.

Distrito Federal y poco relevantes en Querétaro e incluso en Tlaxcala (cuadro 6.5).

El conjunto regional está marcado por el minifundismo ejidal o privado, que va de media a tres hectáreas por campesino. Acorde con la geografía, con el poblamiento y la historia regionales, no existen ya grandes latifundios o haciendas en la zona, sino un esquema productivo tradicional, campesino y minifundista.

Durante los sexenios de Echeverría y López Portillo la región fue escenario de varios intentos del Estado para superar las condiciones de producción de subsistencia valiéndose de apoyos crediticios, precios de garantía, programas de fomento, apoyo técnico, etc. Por diversos motivos (corrupción, falta de organización, recursos insuficientes, caciquismo, etc.) nunca se logró que este sector fuera eficiente, productivo y moderno.²⁰ El reto de transfor-

²⁰ Uno de los periodos más exitosos de la política y la economía agrícolas de México y de la Región se presentó entre 1979 y 1982, cuando se instauró

mar la sobrevivencia de los pequeños productores en la suficiencia se truncó hacia 1982, con la introducción de las políticas neoliberales en el campo mexicano.

Junto con la creciente dependencia del exterior, el resultado de estas políticas ha sido la exclusión del pequeño productor tradicional, pues las nuevas tecnologías suelen ser intensivas en capital y ahorradoras de mano de obra. Fueron los agricultores y ganaderos medianos y grandes con recursos de capital, tecnología e impulso empresarial de esta zona (y del país en general) quienes, explotando las condiciones ventajosas de algunas zonas específicas y adaptándose a las nuevas reglas del juego, buscaron nichos en el mercado nacional, y en ciertos casos en el externo, para experimentar en el desarrollo de actividades agropecuarias. Ejemplos del éxito relativo que algunos han logrado son los floricultores de la zona de Villa Guerrero en el Estado de México, los productores de hortalizas de Morelos y los avicultores de Puebla.

Principales productos agropecuarios en la Región Centro

Si bien la expansión de la producción de hortalizas y frutas se observa en todo el país, el segmento especializado en la exportación se localiza en sitios específicos donde las condiciones climáticas representan ventajas comparativas significativas que elevan la calidad y la competitividad de los productos. Las zonas productoras por excelencia se hallan en el Pacífico norte (Sonora, Sinaloa, Jalisco, Nayarit, Colima) y en el Bajío.

el Sistema Alimentario Mexicano (SAM), gracias a que los recursos fueron suficientes para realizar inversiones sustantivas que favorecieron a los pequeños y medianos productores agropecuarios. Se lograron incrementos productivos asombrosos, pero el proyecto concluyó con el sexenio de López Portillo y el despertar del sueño petrolero.

La creciente demanda de alimentos frescos también forma parte de los nuevos patrones de consumo de las clases medias y altas, lo que ha incentivado su cultivo en zonas cercanas al gran mercado capitalino. Incluso en las zonas agrícolas del Distrito Federal se cultivan el nopal, la espinaca, la zanahoria y el chícharo, y los sitios de la región central donde se ha desarrollado más este tipo de cultivos son Morelos y Puebla (principalmente la producción de tomate y cebolla).

La Región Centro se especializa en la floricultura. Sumando las tres entidades de México, Morelos y Puebla tenemos más de 80% de la producción de ornamentales del país. Los principales cultivos son: el clavel —del cual México es un importante productor y que se cultiva en Puebla y Sinaloa—, la gladiola —cultivada en Puebla—, el nardo —en el Estado de México—, y la rosa —en Morelos y el Estado de México—. Alrededor de 90% de las exportaciones mexicanas de este rubro tiene como destino Estados Unidos, y la comercialización de esqueje de flor principalmente el mercado europeo (Prud'homme *et al.*, 1995).

A pesar de que el mercado doméstico de flor está aún poco desarrollado, en su mayor parte se ubica en la ciudad de México. Un buen ejemplo de la forma en que se desarrolla un nicho de especialización agrícola y de recomposición social de los productores, impulsado por la apertura comercial, es la zona de Villa Guerrero en el Estado de México, donde con base en condiciones climáticas muy favorables, agua para riego, mano de obra abundante y antecedentes en el cultivo de flor para el mercado interno (en la zona se cultivaba flor en pequeña escala y con técnicas tradicionales desde los años cincuenta), se ha atraído capital extranjero y en menor medida nacional para el desarrollo de la floricultura durante los últimos 20 años.

Tanto la demanda externa como la interna son satisfechas por tres tipos de productores de la zona:

1) Grandes inversionistas extranjeros, inicialmente de origen estadounidense, japonés o centroamericano y hoy principalmente colombianos, que utilizan técnicas de producción y al-

macenamiento muy avanzadas (invernaderos modernos, semillas importadas, cuartos fríos para almacenamiento, transportes refrigerados etc.) y exportan el total de la producción principalmente a Estados Unidos.

2) Empresarios locales y nacionales fuertes que, aunque en menor escala, han ido comprando terrenos y han adoptado también tecnología de punta. Producen en invernadero y a cielo abierto y comercializan sus flores tanto en los mercados internos como en los internacionales de acuerdo con la temporada.²¹

3) Los pequeños productores que siembran a cielo abierto y colocan sus productos principalmente en la central de abasto de la ciudad de México.

Poco a poco los empresarios locales, los nacionales e incluso los pequeños productores han ido copiando las técnicas y formas de organización modernas y las han incorporado a su producción.

El predominio del cultivo del maíz en unidades de producción pequeñas es característico del ámbito rural en la región. Entre los principales estados productores de cereales del país se cuentan Puebla (tercer productor de maíz) y el Estado de México, y desde el punto de vista del empleo Hidalgo y Puebla son dos de los ocho estados donde más de 20% de la población ocupada produce maíz. Cerca de 90% es minifundista y en promedio alrededor de 35% de la producción se dedica al autoconsumo. Al disminuir la proporción de la demanda cubierta por los productores nacionales se acrecienta la importación controlada por el gobierno, la cual utiliza los mismos canales tradicionales de ingreso, almacenamiento y distribución.

La ganadería es una actividad importante de los pequeños productores que generalmente se combina con la producción de maíz. De la leche que se consume en México 70% se produce internamente. Las granjas con ganado lechero salpican el terri-

²¹ La mejor época para exportar va de diciembre a mayo, pues en Europa, Estados Unidos, Japón y Canadá, que son los principales clientes, hace mucho frío y los costos de producción se elevan mucho (calefacción, luz, etcétera).

torio nacional desde Baja California hasta Yucatán, aunque con densidades significativamente más elevadas en el altiplano²² y en la zona que rodea a Torreón, Coahuila (La Laguna). Los costos de transporte influyen en la ubicación de las industrias procesadoras de leche y por ende en los precios al consumidor, por lo que se explica que procuren estar cerca de los mercados.

Los costos de los insumos (principalmente del agua para irrigar la alfalfa, forraje que representa 70% del costo de producción de la leche) son críticos para la producción. Hacia el norte del Valle de México, en el estado de Hidalgo (Tizayuca), grandes extensiones tradicionalmente dedicadas al maguey fueron abiertas a la irrigación con aguas provenientes del drenaje de la ciudad de México, lo cual posibilitó el cultivo de alfalfa para forraje y por ende el desarrollo de ganado, sobre todo lechero, para el abasto capitalino, aprovechando la cercanía con la ciudad.

En los años que siguieron a la anexión de México al GATT se redujo la intervención del gobierno mexicano en el mercado doméstico de lácteos y se desarrolló una relación más estrecha entre los mercados interno e internacional. Algunas inversiones extranjeras fuertes incursionaron en años recientes en este renglón.

La avicultura es la actividad pecuaria más dinámica de la región. También en este renglón ha habido una modificación de la demanda, pues disminuyó el consumo de carne de puerco y en menor medida el de carne de res y aumentó la preferencia por la de pollo. Se han hecho elevadas inversiones en los últimos años en instalaciones con tecnología estadounidense, en plantas de alimentos, incubadoras y granjas, entre otros rubros.

La producción de carne de ave se concentra en los estados de Jalisco, Guanajuato y Durango, y en la Región Centro en Querétaro y Puebla (60% de la producción nacional depende de estos cinco estados). Tal producción se ha concentrado al disminuir el

²² En la leche de vaca el Estado de México tiene el quinto lugar con 410 millones de litros anuales; Hidalgo y Puebla son productores medios con algo más de 250 millones de litros al año cada uno.

número de granjas y aumentar su tamaño; se estima que 1 500 granjas producen 90% del total nacional. Puebla es el primer estado productor de huevo en el país y el quinto de carne de aves.²³

La concentración y relocalización de la actividad pecuaria se explica en gran parte por razones de índole técnica. Los avicultores, en grado mayor que los porcicultores, dependen de sus vínculos con los proveedores de productos sanitarios, de equipos y de reproductoras. Asimismo la mayor fragilidad de los animales los obliga a controlar de cerca o a hacerse cargo directamente de las funciones de transporte, por lo cual la ubicación de las granjas en las proximidades de los grandes ejes de comunicación terrestre es significativa.

Recapitulando sobre la forma en que se han reestructurado la producción y el uso del suelo agropecuario de la región tras la apertura de mercados observamos que:

1) En el nuevo patrón productivo de gran concentración de capital subyace la relevancia de la cercanía del mercado capitalino, que por su tamaño y grado de sofisticación sigue representando un factor de mucho peso en las transformaciones recientes (productos perecederos como leche, huevo, puerco, pollo, hortalizas etcétera).

2) Se han aprovechado ciertas ventajas comparativas (como la variedad de suelos y climas y la mano de obra abundante, barata y con experiencia) para el desarrollo de nichos productivos agropecuarios que respondan a las transformaciones de la demanda interna y externa, como las flores.

3) Socialmente ha tenido efecto un proceso de refuncionalización de los productores pequeños y una concentración de la producción en las escasas manos de fuertes inversionistas nacionales y extranjeros. Algunos de los pequeños han desplegado sus capacidades de flexibilización y diversificación de actividades de todo tipo para procurarse ingresos, amoldándose a las nuevas

²³ Puebla es la entidad con mayor producción agropecuaria en la región, y además de lo ya mencionado, es el quinto productor de puercos del país y el que registra el mayor volumen de cacahuete.

circunstancias y sacando el mejor provecho de ellas; otros han sufrido un proceso de marginalización.²⁴

RELACIONES POLÍTICAS Y ADMINISTRATIVAS EN LOS MUNICIPIOS RURALES

Desde que llegaron los españoles al país, con su agudo sentido de la urbanización organizaron a los indígenas en agrupaciones jerarquizadas, con pueblos cabecera, barrios, estancias etc., respetando la estructura prehispánica:

para ser los indios verdaderamente cristianos y políticos, como hombres razonables que son, es necesario estar congregados y reunidos en pueblos y no vivan desparramados y dispersos por las sierras y montes. Dictámenes reproducidos en “Las Instrucciones a Don Luis de Velasco, Virrey de la Nueva España”, Valladolid, 16 de abril de 1550, citado en Francisco de Solano, 1977.

Haciendo honor a esta herencia colonial, la vida en el espacio rural del centro de México giró alrededor de los núcleos municipales llamados cabeceras. Como cabezas del cuerpo municipal, los cabildos cumplieron funciones rectoras centrales en sus jurisdicciones, formando el tejido básico sobre el cual se estructuran hasta hoy las relaciones político administrativas entre el campo y la ciudad. En estos poblados se ha concentrado desde su origen la escasa capacidad real otorgada a estas unidades primarias de la administración pública.²⁵

²⁴ Una señal de este proceso de marginalización y pérdida de opciones para el campesino de la región es el gran volumen de migrantes ilegales de origen poblano que trabaja en la ciudad de Nueva York, en donde se dedican al manejo de frutas y verduras en los mercados del centro de la ciudad. Este fenómeno lleva aproximadamente 10 o 15 años de gestación.

²⁵ En la Región Centro hay 421 cabeceras municipales rurales con un promedio poblacional sensiblemente más elevado que el del resto de las localidades rurales (4 372 habitantes en las cabeceras contra 573 del resto), lo cual es un reflejo demográfico de tal concentración de facultades.

En el periodo posrevolucionario se conformó un sistema de funcionamiento del poder local que resultó en una personalización de estilo caciquil con un lado oscuro en cuanto a la corrupción de funcionarios y al fraude electoral, que permiten el cumplimiento de las funciones de intermediación y el control de las comunidades por el poder central estatal o por el federal. Este poder recaía en ciertas familias del pueblo cabecera, que por lo común lo aprovechaban en su propio beneficio personal.

La distancia política entre la cabecera y el resto del municipio fue siempre grande. Fuera de las cabeceras, en los poblados menores o barrios la sociedad era muy cerrada si se le compara con la mayor complejidad de la sociedad en la cabecera. Las llamadas “ayudantías”, que correspondían al representante del gobierno municipal en estas localidades, recaían en algún miembro de la comunidad que llevara buenas relaciones con el presidente municipal en turno.

Cuando por algún motivo aparecieron agentes poderosos, disfuncionales a esta estructura bipolar intramunicipal —generalmente con la presencia de nuevos actores poderosos económicamente, como grupos empresariales, organizaciones sindicales o representantes de intereses nacionales o transnacionales— se impusieron a las fuerzas políticas de la población original de los municipios y muchas veces desmantelaron la subdivisión del territorio municipal original.²⁶

Tanto las facultades del municipio como su equilibrio interno han iniciado un tránsito hacia situaciones más modernas, acordes con los procesos globales de cambio de la sociedad mexicana. Las reformas al artículo 115 fueron trascendentales a favor del fortalecimiento de los municipios: aumentaron sus atribuciones en cuanto la gestión y suministro de servicios urbanos, la obtención de ingresos por recaudación fiscal, a la formulación de los planes de desarrollo urbano, y a la construcción y operación de sistemas de agua potable y alcantarillado.

²⁶ Este proceso se ha descrito en trabajos como el de Durand, 1987, y el de Hiernaux, 1987.

Es probable que este factor haya incidido en el fortalecimiento de la capacidad rural para retener población y para mejorar las posibilidades del municipio en la elevación de la calidad de vida de sus pobladores, pero a juzgar por el monto tan exiguo de los recursos con que siempre ha contado el municipio (De la Peña, 1985) la mejora es aún poco palpable. Otro limitante es la falta de cuadros técnicos capaces de asumir las nuevas atribuciones de los ayuntamientos.

Un elemento quizá más significativo que el administrativo y que actúa en favor de relaciones menos discriminatorias y desiguales entre la cabecera y las localidades menores es el cambio de las relaciones políticas. A escala nacional, la apertura democrática que implica una mayor competencia entre los partidos políticos ha vuelto al gobierno más sensible a las demandas sociales.

La competencia partidaria que campea por todo el país se ha hecho presente en los municipios rurales con resultados de mayor inclusión. En las elecciones municipales recientes, mucho más competidas, han proliferado las planillas con distintas banderas políticas, e incluso ha habido casos —antes nunca vistos— en que ha triunfado el grupo político de la localidad periférica sobre el de la cabecera municipal.²⁷

Poco a poco se ha dado una mayor diversificación social y cultural en las pequeñas localidades de la periferia municipal, promovida básicamente por los emigrantes a las ciudades o al extranjero. Los mediadores políticos han adquirido más presencia en la cabecera y muchas veces ante las autoridades estatales e incluso federales con resultados efectivos en la promoción de beneficios para la comunidad.

C. Lomnitz (1998) describe esta menor discriminación que va más allá del aspecto político administrativo en el interior del

²⁷ El espíritu de mayor competencia política encuentra campo fértil al llegar al ambiente municipal, pues la tradición comunitaria incluye prácticas muy democráticas con la discusión en asambleas públicas de los asuntos que afectan a la comunidad (Azaola y Krotz, 1976).

municipio de Tepoztlán en Morelos. Descubre nuevas conductas comunitarias entre los barrios y las cabeceras (por ejemplo mayor participación en las fiestas locales) y las ubica en un contexto de acciones de integración y unificación de las comunidades tradicionales con fines de “defensa” frente a los agentes modernizadores externos, que se perciben como amenaza para la reproducción social de la población nativa.²⁸

Aunque la fuerza política del municipio es prácticamente nula, tiene capacidad de gestión y reacción ante sus acciones del poder federal. El gobierno federal y los estatales han diseñado en las últimas décadas muchos programas orientados a apoyar al campo, tanto en la producción agropecuaria como en el mejoramiento social, de la vivienda y de la infraestructura. La mayoría ha tropezado con barreras infranqueables de corrupción e ineficiencia, de ahí que no hayan sido muchos los resultados efectivos.

El más destacado en cuanto a amplitud y monto de inversión en desarrollo rural fue el “Programa Solidaridad”, que se aplicó en todo el país durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994). Más que el mejoramiento de las localidades (que fue real) destacó la percepción que de este mejoramiento se tuvo en el propio medio rural. Probablemente fue una más de las razones para la consolidación del ámbito no urbano que se reflejaron en la comparación estadística de 1990 y 2000.

El gasto en el Programa Nacional de Solidaridad en la Región Centro estuvo orientado en mayor medida hacia los municipios con peores condiciones relativas, es decir, con mayor demanda de satisfactores sociales. Fueron beneficiados los municipios rurales con mayores porcentajes de PEA agrícola y menos niveles de salarios y educación.²⁹

²⁸ El pueblo de Tepoztlán reaccionó de esta forma al oponerse a la construcción de un campo de golf en tierras de la comunidad, pues intuyó el peligro que esto hubiera representado para sus recursos de agua y suelo y previó el aumento de la injerencia de grupos ajenos a ella (Lomnitz, 1999).

²⁹ No han sido confirmados los efectos “electorales” de las inversiones de Solidaridad, en el sentido de favorecer a los municipios priistas o de ganar votos para este partido a raíz de los beneficios del programa (Molinatti, 1996).

Cabe destacar que este programa, el que lo sustituyó en la administración de Ernesto Zedillo (Progresía), y el de la de Fox (Oportunidades), pretendían focalizar los beneficios sociales en los grupos más necesitados (las localidades y familias en extrema pobreza), y la administración de estos fondos no estuvo ligada a la estructura administrativa formal de los gobiernos estatales y municipales. Esto permitió romper hasta cierto punto la barrera organizativa piramidal y establecer condiciones más equitativas de acceso a los fondos. Es probable que el beneficio haya recaído en las cabeceras municipales y fuera de ellas.

Los dos aspectos esenciales de la situación y los procesos intramunicipales descritos se proyectaron en el ámbito demográfico regional. El primero es el ya referido peso político de las cabeceras municipales, hecho que habla del grado de concentración alcanzado en ellas. El segundo es que, como efecto probable del movimiento hacia una redistribución de las fuerzas políticas en el interior del municipio, se incrementó el dinamismo poblacional fuera de las cabeceras.

BIBLIOGRAFÍA

AZAOLA GARRIDO, E. y Esteban KROTZ

Los campesinos de la tierra de Zapata, III. Política y conflicto, México, Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia, SEP/INAH, 1976.

ÁVILA, José Luis, Carlos FUENTES y Rodolfo TUIRÁN

Índice de marginación 2000, México, Consejo Nacional de Población, 2001, en <<http://www.conapo.gob.mx/publicaciones/indices/pdfs/000.pdf>>.

BARKIN, David Peter, Rosemary BATT y Billie DEWALT

Alimentos vs. forrajes: la sustitución entre granos a escala mundial, México, Siglo Veintiuno, 1991.

BATAILLON, Claude

La ciudad y el campo en el México central, México, Siglo Veintiuno, 1972 (Economía y demografía).

BROWN L., David, Glenn FUGUITT V., Tim HEATON B. y Saba WASEEM

“Continuities in Size of Place Preferences in the United States, 1972-2992”, *Rural Sociology, College Station*, vol. 62, núm. 4, 1977, pp. 408-428.

CONSEJO NACIONAL DE POBLACIÓN

Indicadores socioeconómicos e índice de marginación municipal, 1990, México, Conapo, 1993.

“La marginación en las localidades de México, 1995”, *La situación demográfica de México, 1997*, México, Conapo, 1997.

DE LA PEÑA, Guillermo

“Notas sobre las relaciones entre el campo y la ciudad en México”, *Encuentro Hispanomexicano de Científicos Sociales, 1983, Igualdad, desigualdad y equidad en España y México*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1985.

DURAND, Jorge

“Los obreros que conquistaron un municipio”, en Brigitte B. BOHEM DE LAMEIRAS (coord.), *El municipio en México*, México, El Colegio de Michoacán, 1987.

GARROCHO RANGEL, Carlos Félix

“Localización geográfica de los servicios de salud en un sub-sistema de asentamientos rurales del Estado de México: un intento de evaluación”, en *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 5, núm. 1, México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México, 1990.

HERRERA, L., F.F. GATICA y R. JORDÁN

Consideraciones sobre el proceso de urbanización, la concentración y la dispersión de la población en América Latina: situaciones críticas, Santiago, Chile, Centro Latinoamericano de Demografía, Unidad Central del Programa de Investigaciones Sociales sobre Problemas de Población Relevantes para Políticas de Población en América Latina, 1975 (Documento de trabajo, 6).

HIERNAUX, Daniel

“Nuevos polos industriales y desequilibrios municipales”, en Brigitte B. BOHEM DE LAMEIRAS (coord.), *El municipio en México*, México, El Colegio de Michoacán, 1987.

LOMNITZ, Claudio

Modernidad indiana. Nueve ensayos sobre nación y mediación en México, México, Planeta, 1999.

MARTÍNEZ SALGADO, Carolina

“Recursos sociodemográficos y daños a la salud en unidades domésticas campesinas del Estado de México”, en *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 7, núm. 2-3, México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México, 1992.

MÉXICO, DIRECCIÓN GENERAL DE CENTROS DE POBLACIÓN

Modelo para el diagnóstico, y tipificación de centros de población rurales, México, Subsecretaría de Asentamientos Humanos, Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas, 1978 (Colección de instrumentos, 9).

MEILLASSOUX, Claude

Mujeres, graneros y capitales: economía doméstica y capitalismo, México, Siglo Veintiuno, 1977 (Antropología).

MOLINATTI, Alejandra Catalina

“La geografía política de la región central mexicana: voto y gasto en solidaridad como relaciones de intercambio político”, tesis de maestría en desarrollo urbano, México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México, 1996.

NACIONES UNIDAS

Modalidades del crecimiento de la población urbana y rural, Suiza, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales Internacionales, 1981 (Estudios Demográficos).

NÚÑEZ, L. y L. MORENO

México, Proyecciones de población urbana y rural, 1980-2010, México, Academia Mexicana de Investigación en Demografía Médica, 1986.

PACHECO, Edith

“Cambios en la población económicamente activa: 1900-1995”, *Demos. Carta demográfica sobre México*, México, Demos, 1997.

PALERM VICH, Ángel y Eric WOLF

Agricultura y civilización en Mesoamérica, México, Ger-nika, 1992 (Obras Ángel Palerm).

PRUD'HOMME, Jean-François, Kirsten APPENDINI y Armando BARTRA

El impacto social de las políticas de ajuste en el campo mexicano, México, Plaza y Valdés, 1995.

SOLANO, Francisco de

“Autoridades indígenas y población india en la Audiencia de Guatemala en 1572”, en <www.ucm.es/BUCM/revistas/ghi/05566533/articulos/REAA727220133A.PDF>, 24 marzo 2007.

TÉLLEZ KUENZLER, Luis

La modernización del sector agropecuario y forestal. Una visión de la modernización de México, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

TRÁPAGA, Yolanda

“Políticas agropecuarias y recursos naturales”, en Eulalia PEÑA TORRES y Emilio ROMERO POLANCO (coords.), *La modernización del campo y la globalización económica*, México, Instituto de Investigaciones Económicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995 (La estructura económica y social de México).

UNIKEL S., Luis, Crescencio RUIZ y Gustavo GARZA

El desarrollo urbano de México: diagnóstico e implicaciones futuras, México, El Colegio de México, 1978.

WARMAN, Arturo

Ensayos sobre el campesinado en México, México, Nueva Imagen, 1980 (Sociedad, proceso, coyuntura).

ZUBIETA, Judith

“Una alternativa para la inversión del gasto social en localidades rurales dispersas”, en Boris GRAIZBORD y Judith ZUBIETA (coords.), *Distribución territorial de la población, Estrategias de política*, México, Programa de Estudios Avanzados en Desarrollo Sustentable y Medio Ambiente (Lead-México)/El Colegio de México, 2006 (Cuaderno de trabajo, 6).

VII. LAS RELACIONES ENTRE EL CAMPO Y LA CIUDAD

En este capítulo se abordan ciertos aspectos de la evolución de las relaciones entre el campo y la ciudad, cuya transformación obedece tanto a los cambios experimentados en los mundos urbano y rural como a las mejoras en infraestructura, particularmente en el sector de las comunicaciones. Se analizan las nuevas formas de movilidad de la población entre el campo y la ciudad y los intercambios de productos alimentarios mediante el sistema de abasto. Con el ejemplo del poblado de Zacualpan, en el estado de Morelos,¹ se ilustra en cierta medida el cambio social en un segmento del mundo rural de la región, así como las transformaciones de su relación con el medio urbano.

LAS RELACIONES ENTRE EL CAMPO Y LA CIUDAD

Las clásicas formas de apreciar la relación entre el campo y la ciudad mediante el examen de la migración rural urbana y la provisión de productos agropecuarios para la alimentación de la población de las ciudades resultan estrechas frente al desarrollo de ciertas formas más complejas de interacción que se han desplegado entre ambos mundos. Si bien algunas de estas formas no son nuevas, han evolucionado más en los últimos tiempos, de ahí que nos ocupemos de ellas en este apartado.

¹Zacualpan es un pueblo en cierta forma privilegiado. No figura entre los más pobres, lo cual se refleja en su magnífico convento agustino, los vestigios de una hacienda azucarera y las caballerizas de Hernán Cortés. Desde la época colonial fue mestizo, con menos población indígena que sus vecinos, y concentró el poder político en su región de influencia.

Planteamos la hipótesis de que la relación entre el campo y la ciudad que se consolidó en las décadas intermedias del siglo xx fue básicamente de “dominación”, basada en la desigualdad. La ciudad de México, con un poder económico y una capacidad de control político crecientes, contrastaba con la “debilidad” del resto de la región, y fue extendiendo su dominio sobre los campos circundantes. El papel francamente menor que desempeñaban las ciudades de la corona, y que se reflejaba en el subdesarrollo de sus infraestructuras, se reconocía en la jerga popular con el dicho “fuera de México todo es Cuautitlán”.

Un cambio bastante drástico se ha experimentado durante el último cuarto de siglo: ha transformado esa dominación disminuyendo las desigualdades y construyendo una relación de mayor “complementariedad” basada en el aprovechamiento de las diferencias que separan al mundo rural del urbano. Dentro de este último ya no sólo cuenta la presencia de la ciudad de México, pues las de provincia desempeñan funciones de primer nivel y ejercen hoy un contrapeso considerable que reduce la polaridad que había prevalecido con anterioridad.

La ciudad de México cumple ahora, respecto a su ámbito de influencia rural, un papel más parecido al que ejerce el resto de las ciudades de la corona respecto a sus correspondientes áreas de influencia, mientras desempeña por igual sus funciones como capital federal sobre todo el territorio nacional. Dicho de otra manera, la “sombra” que proyectaba la capital sobre la Región Centro se ha atenuado y sólo se percibe sobre esta comarca el mismo halo que cubre a la totalidad de la nación. Los vientos que han modificado el rumbo anterior soplan orientados a reducir algunos de los contrastes entre ambos mundos, así como a valorar las características que los distinguen y sobre las cuales se pueden construir nuevas relaciones de carácter más complementario que desigual.

Esta perspectiva difiere de otra que encontramos en forma recurrente en la literatura sobre el tema: la ruralización de la ciudad y la urbanización del campo (Restrepo, 1980), ya que más que una intrusión mutua de ambos mundos se trata de enfatizar

las especificidades de uno y otro para construir formas novedosas de interacción.²

En el tránsito hacia un nuevo equilibrio entre la ciudad y el campo ha entrado en juego lo que podríamos denominar “la crisis metropolitana” de la ciudad de México, que ha afectado ciertos aspectos básicos de la subsistencia y de las condiciones de vida de las familias capitalinas y ha tenido un efecto expulsor de población. Uno de tales aspectos es el desempleo, que durante los ochenta afectó por vez primera a algunos sectores de las clases media y media alta, pero de manera masiva a los obreros y empleados con bajo nivel de calificación. Una parte de la población que había migrado hacia la Zona Metropolitana de la Ciudad de México en busca de mejores oportunidades de empleo consideró las opciones de volver a su lugar de origen o emigrar a Estados Unidos. Otra característica de esta crisis es el deterioro del medio ambiente con la contaminación, el tráfico excesivo, la inseguridad pública, y otros problemas que se fueron agudizando en los últimos lustros del siglo pasado.

En sentido opuesto ha influido el desarrollo de las ciudades medias, que han elevado su potencial como mercados de trabajo y se han convertido en opciones reales para ciertos sectores de la población que habita en sus áreas de influencia. Por último, amplias zonas del medio rural de la región también empezaron a mejorar sus infraestructuras, a establecer servicios básicos de educación y salud, a organizar mejores comunicaciones, y en general a ofrecer mejores condiciones de vida. El resultado es que han elevado su capacidad de retención poblacional y en algunos casos incluso han llegado a atraerla.

² No se adopta esa visión por considerar que en los espacios interurbanos del México central se mantienen características rurales y formas de vida muy diferentes de las de los suburbios localizados en torno a las ciudades estadounidenses y europeas.

Nuevas formas de movilidad entre el campo y la ciudad

Si bien no ha habido un salto tecnológico esencial en el rubro de los transportes durante los años que nos ocupan, la intensificación del uso de los transportes terrestres (básicamente automóviles, autobuses de pasajeros y camiones de carga) y principalmente el desarrollo de un sistema muy flexible denominado genéricamente “peseras” y “microbuses” ha acompañado y posibilitado muchos de los cambios en los flujos de personas entre el campo y la ciudad.

Durante los años setenta la forma de transporte predominante en la región era el autobús de pasajeros de segunda clase. Las “corridas”, que con intervalos más irregulares que constantes transitaban sobre los caminos y carreteras que lo permitían, constituían para la población rural el único medio de acceder a la ciudad provincial o a la capital. Las incomodidades inherentes a esta forma de transporte, como la pésima condición de las unidades y la mala organización del servicio, se compensaban con tarifas relativamente bajas, pero aun así la movilidad cotidiana entre el campo y la ciudad en los inicios de los años setenta no era significativa.

En la década crítica de los años ochenta se transformó el tránsito carretero en la región y en especial en las cercanías de las grandes ciudades. La búsqueda de mayor eficiencia hizo que sólo las rutas de autobús más rentables continuaran operando y que el servicio a las comunidades más pequeñas y alejadas se empezara a prestar empleando “peseras” y taxis colectivos, los cuales ahora lo brindan con mayor flexibilidad de horarios, rutas y destinos, aunque con un incremento en los precios por viaje.

En la telefonía hubo también mejoras sustanciales y redituables para la compañía telefónica, pues se multiplicaron las líneas privadas en el medio rural, sustituyendo al servicio tradicional y sumamente deficiente que sólo ofrecían las casetas telefónicas. La aparición de los teléfonos portátiles provocó un salto mayor en cuanto a este servicio. No hay duda de que también en este

rubro la modernización implicó un aumento espectacular en los costos.

Las mejoras en la accesibilidad de las zonas rurales y urbanas de la región, tanto terrestre como mediante otros medios de comunicación (como el Internet, que se refuerza aun en poblados rurales pequeños) fomentan un mayor intercambio de productos y servicios entre el campo y la ciudad, ampliando los mercados tanto desde el lado de la oferta como del de la demanda, pues el mayor acercamiento propicia el conocido proceso de difusión de innovaciones y adopción de nuevos hábitos de consumo.

En la sociedad tradicional campesina de los pueblos rurales de México no se había desarrollado hasta poco tiempo atrás una diferenciación social basada en el consumo, pero el contacto de varias generaciones de migrantes con la cultura urbana de México y Estados Unidos ha mostrado sus efectos. Por otra parte, la radio y la televisión cumplen su misión comercial divulgando la “excelencia” de las mercancías urbanas, por lo que la modernización del campo ha dado como resultado que el acceso a ciertos productos sea la base de nuevas distinciones entre las familias, los grupos y los individuos. (Lomnitz, 1999).

La dinámica intrarregional ya no puede describirse con los mismos términos que antaño. El movimiento de migración dominante del campo hacia la ciudad, en primera instancia a la ciudad de México y en segunda hacia las capitales provinciales, cedió importancia a favor de movimientos inéditos desde el comienzo de la industrialización del país. Su dirección es contraria, pues ahora van desde la Zona Metropolitana de la Ciudad de México hacia las capitales provinciales y hacia localidades no urbanas (véase el capítulo IV). Sin embargo, y a pesar de la importancia cualitativa y cuantitativa de este flujo de origen metropolitano, el grueso de los migrantes que alimentan el crecimiento de las ciudades de la corona proviene de sus campos circundantes.

En el marco de este cambio general han surgido o se han intensificado en el contexto regional los movimientos de corta distancia con motivos de trabajo (movimientos pendulares) o de

descanso (de fin de semana), con variantes entre distintos sectores sociales de la población.

Movimientos pendulares de tipo laboral

Las mejoras en la accesibilidad han ampliado el área de influencia dentro de la cual los trabajadores de las periferias metropolitanas pueden efectuar traslados cotidianos entre sus lugares de trabajo y de residencia (*commuters*). Al igual que los suburbios residenciales, muchos pueblos ubicados dentro de estas áreas de influencia rural, en donde la actividad agrícola es declinante, suelen vaciarse de trabajadores por las mañanas y recibirlos de regreso durante la tarde o noche. El grueso de estos flujos está integrado por obreros y empleados que laboran en los establecimientos de la ciudad, sin embargo el abanico se amplía al abarcar también a estudiantes, amas de casa y pequeños comerciantes locales que satisfacen las más diversas necesidades en la capital regional más cercana.

Conforme se van desarrollando las ciudades de la corona el fenómeno de los *commuters* (reseñado en varios estudios para la ciudad de México y su periferia) se repite y refuerza también en las áreas de influencia periurbanas y rurales de estas urbes.

Más allá de la relación del campo y la ciudad, esta práctica se ha extendido también entre los residentes, nativos o migrantes, de las ciudades de la corona más cercanas a la capital, como Toluca, Cuernavaca y Pachuca, quienes acuden todos los días a trabajar a la ciudad de México.³ En contraste con las situaciones similares que se presentan en países desarrollados en donde el tren es el medio de transporte obvio, aquí los traslados deben hacerse en autobús o en automóvil particular, con el consecuente gasto de energía; sin embargo el sector de la población que adopta esta práctica considera que obtiene de ella más beneficios que costos.

³ Los flujos de tráfico intrarregional más voluminosos se observan entre estas ciudades y la ZMCM.

En este contexto de movimientos intrarregionales por motivos laborales, tras los sismos de 1985 se presentó un fenómeno que podría considerarse una variante del movimiento pendular diario, sólo que con una periodicidad distinta y un sentido contrario al común: consiste en que el grupo familiar migra hacia alguna ciudad provincial mientras el jefe mantiene su residencia y su trabajo en la capital y sólo se traslada a la provincia los fines de semana para acompañar a su familia. Por lo general este arreglo familiar, tan costoso en muchos sentidos, es más común entre las familias con hijos pequeños, más vulnerables a los efectos nocivos en la salud que provoca la contaminación ambiental. El beneficio en cuanto a condiciones para la crianza de los hijos, su salud y su bienestar, compensa los costos asociados a esta clase de arreglo.

Otros movimientos menos frecuentes, “por uno o varios días”, los realizan algunos profesionistas, profesores, altos burocratas o trabajadores muy especializados cuyos servicios se requieren en las ciudades de provincia donde aún no se desarrolla una demanda cotidiana suficiente para justificar su traslado permanente. Mientras tanto son, en alguna medida, profesionales ambulantes casi siempre de altísima calificación. Por último, y en la medida en que se desarrolla la complementariedad de sus infraestructuras y servicios, también han aumentado los movimientos de la periferia a la periferia.

Todas las variantes mencionadas y y otras más que corresponden a movimientos poblacionales por motivos laborales encuentran cierta lógica, ya que de acuerdo con las conclusiones de los capítulos anteriores la población regional ha modificado sus patrones de residencia y se ha desconcentrado más de lo que lo ha hecho la actividad económica en esta porción del país. Tal desfase se absorbe mediante la intensificación de movimientos como los descritos.

Movimientos de fin de semana

Los movimientos de fin de semana entre el campo y la ciudad, así como entre la ciudad de México y las ciudades provinciales, es-

tán asociados a “estrategias residenciales” que son parte medular en la búsqueda del mejoramiento de la calidad de vida de algunos grupos sociales.

Un grupo numeroso, constituido por trabajadores domésticos y de la construcción, como vimos en el capítulo II, se ha mantenido como cuantitativamente dominante entre los migrantes hacia la ciudad de México y sigue la costumbre de movilizarse rumbo a su lugar de origen durante los fines de semana. La mejora de la calidad de los transportes favorece estos movimientos que nutren las terminales camioneras en los cuatro puntos cardinales de la ciudad, particularmente entre sábado y lunes.⁴

Muchos de estos trabajadores, al igual que quienes emigran a Estados Unidos, envían remesas de dinero a sus lugares de origen para contribuir al sustento familiar y solventar los gastos ceremoniales de la familia y la comunidad. Cuando pueden disponer de un remanente lo destinan generalmente a la construcción, ampliación o mejoramiento de sus viviendas. Esta gran masa de migrantes tradicionales, que ha pasado la mayor parte de su vida productiva desempeñando labores domésticas en las ciudades de la región, no sólo ha hecho posible la sobrevivencia de sus familias (o parte de ellas) en el medio rural de origen, sino que ha desarrollado una estrategia residencial para su retiro o para apoyar a sus familiares que residen en el poblado donde ellos nacieron.⁵

Quienes prefieren construir sus viviendas en el lugar de origen lo hacen porque además de la tradición y los factores familiares y culturales, existen ahí otras condiciones básicas como la mayor facilidad de acceso al suelo (terrenos más baratos) y la

⁴ Existe evidencia de que los viajes en autobús han disminuido en todo el país, y particularmente en la Región Centro. A pesar de que las estadísticas son limitadas a este respecto y deben tomarse con reserva, se calcula que en el ámbito regional la disminución de pasajeros alcanzó poco más de 27% entre 1988 y 2000. Esta cifra es superior a la caída de 23% que registró el total nacional (Islas *et al.*, 2004)

⁵ Hay evidencia de que buena parte de la desconcentración poblacional es consecuencia de los movimientos de retorno de los migrantes a sus lugares de origen (véase el capítulo II).

simplificación de la gestión misma de la vivienda con menos trámites, como permisos de construcción y otros que se exigen en la ciudad para edificar de manera legal. Por ello es común que las familias rurales se apliquen en reservar o incluso adquirir nueva tierra para construir las viviendas de sus hijos.

No es desdeñable la inversión agregada en vivienda en estos poblados después de tantos años, y puede explicar, al menos parcialmente, el desequilibrio entre el crecimiento de las viviendas y el de la población en el medio rural de nuestra región de estudio.

Este sector social sólo puede hacerse de una vivienda en la ciudad de manera ilegal mediante las invasiones de predios de la periferia metropolitana. Se ha observado que esta opción es más frecuente entre los campesinos sin tierra, para quienes a pesar de los riesgos es más fácil esta forma de acceso al suelo irregular. Algunos estudios (Ortiz Flores, 1979) explican que esta forma de acceder al suelo es más frecuente cuando un hombre participa en la invasión, en cambio el ahorro de las mujeres empleadas en tareas domésticas va al medio rural. Las empleadas domésticas no sufren una necesidad inminente de vivienda porque por lo común viven en la casa donde trabajan, y es frecuente que también resida allí “temporalmente” algún otro miembro del grupo familiar.

En cambio los obreros o empleados tienen que resolver su problema de habitación en la ciudad, y la alternativa de rentar alguna vivienda o cuarto en el centro, la preferida por muchos migrantes de los años cuarenta a setenta, es casi imposible en la actualidad.⁶

En zonas cercanas a la ciudad y mayormente en el territorio morelense y el del Estado de México se ha venido dando una estrategia residencial de las clases medias y altas de la ciudad de México. Cada vez con mayor intensidad esta población viaja los fines de semana a sitios de descanso cercanos a la ciudad en

⁶ Durante los años setenta, pero más en la década crítica de los ochenta, la vivienda en renta fue perdiendo atractivo como forma de inversión porque no podía competir con las altas tasas de interés bancarias. Esto se sumaba a una legislación que protegía de manera excesiva al inquilino frente al propietario. Otra razón fue que en estos años se fortalecieron las posibilidades de acceso a la tierra y a los materiales de construcción (Coulomb, 1991).

donde puede aliviar las tensiones de la vida urbana y disfrutar de aire limpio, mejor clima y servicios turísticos y recreativos.⁷

Las viviendas de fin de semana, por su función, no son ocupadas permanentemente por sus dueños pero constituyen una variante de las estrategias residenciales de extensas y crecientes capas sociales. Al llegar la etapa de la jubilación o el retiro, muchas de ellas se convierten en residencia habitual de sus dueños. La intensidad de este fenómeno se incrementa de manera directamente proporcional al envejecimiento de la población de la ciudad de México, particularmente la del DF, así como al deterioro de la calidad de vida y a los demás efectos negativos de la aglomeración metropolitana, lo que se constata al observar las largas filas de automóviles que abarrotan las carreteras los sábados, domingos y días feriados.

Este fenómeno tiene efectos también en el lugar de descanso, ya que proliferan las actividades y empleos relacionados con este especial tipo de “turistas” —cuidado de casas, mantenimiento de jardines y albercas, restaurantes y comercios especializados, etc.—, propiciando la permanencia de un segmento de la población que quizá en otras circunstancias se vería impelido a emigrar. Sin embargo, el turismo de fin de semana también tiene efectos negativos para los lugareños, que se sienten “invadidos” al perder la tranquilidad propia de la vida cotidiana y tener que soportar el ruido, la basura y la saturación cíclica de servicios municipales como el de limpia, como sucede en Cuernavaca.

ZACUALPAN, MORELOS: EVOLUCIÓN E INTERCAMBIOS⁸

Zacualpan es un pueblo del Oriente de Morelos que en el año 2000 contaba con 3 219 habitantes, por lo que cabe dentro del

⁷ Aunque son muchos los sitios que se frecuentan los fines de semana, algunos de los favoritos son Cuernavaca, Tequesquitengo, Cuautla, Tepoztlán y Yautepec en Morelos, y Valle de Bravo y Malinalco en el Estado de México.

⁸ Se seleccionó el caso porque desde mediados de la década de los setenta se cuenta con antecedentes en el estudio de la migración en este pueblo, y a partir

rango de “población rural concentrada” (entre 2 500 y 15 000 habitantes). Los pueblos de este rango proliferaron en los espacios intermetropolitanos de la región central en el periodo analizado y Zacualpan es un ejemplo de ello, pues pasó a esta clase entre 1970 y 1990, ya que en el primer año sólo tenía 2 121 habitantes y al final 2 888. La situación cambió entre 1990 y 2000, y Zacualpan creció a 1.09% anual, por debajo de 1.78% del país y de 2.00% de la región (cuadro 7.1). Respecto a este y a muchos otros poblados de centro del país se cuestiona ¿qué pasó? ¿qué motivó este cambio radical?

CUADRO 7.1
Zacualpan, Morelos: características generales del municipio
y sus localidades, 1950-1995

	Número de habitantes				Tasa de crecimiento		
	1950	1970	1990	1995	1950-1970	1970-1990	1990-1995
Total del municipio	2 842	4 595	6 929	7 569	2.07	2.07	1.78
Localidad de Zacualpan	1 391	2 121	2 888	3 271	2.13	1.56	2.52
Localidad de Tlacotepec	1 451	2 474	4 002	4 290	2.70	2.43	1.40
Localidades con 1 o 2 viviendas			39	8			
	<i>Viviendas</i>						
Localidad de Zacualpan		380	597	720		2.28	3.82
Localidad de Tlacotepec		400	701	847		2.84	3.86
	<i>Población económicamente activa</i>						
Localidad de Zacualpan							
Actividades primarias		66.6	45.33				
Actividades secundarias		11.3	17.58				
Actividades terciarias		12.4	37.09				
	<i>Población económicamente activa</i>						
Localidad de Tlacotepec							
PEA en actividades primarias		91.7	70.72				
PEA en actividades secundarias		1.8	11.29				
PEA en actividades terciarias		4.2	17.99				

Fuente: INEGI, Censos Generales de Población y Vivienda 1950, 1970, y Censo de población 1995.

de entonces quien esto escribe ha seguido en contacto más o menos continuo con Zacualpan. Las fuentes de información utilizadas son: una encuesta sobre migración de cobertura prácticamente censal levantada en 1978, la observación de campo, y las entrevistas con los habitantes del poblado.

La forma de presentación de este caso se hará mediante la comparación de la situación que prevalecía en los años setenta y la que se vivía en Zacualpan 30 años más tarde. Interesa destacar los cambios materiales y sociales que ha sufrido el poblado, así como las relaciones que se han establecido con el medio urbano de la ciudad de México y de las ciudades cercanas: Cuautla, Cuernavaca y Puebla. Los cambios se ejemplifican tomando como muestra a una familia zacualpeña perteneciente a uno de los dos grupos sociales más representativos del pueblo, el de las familias propietarias de tierras para el cultivo. El otro grupo lo forman las familias que no lo son.

Zacualpan es la cabecera del municipio del mismo nombre.⁹ El comportamiento demográfico de esta localidad mostró un crecimiento lento, con una tasa de 2.13% anual entre 1950 y 1970, inferior a la del país, que en ese lapso fue de 3.25% al año. La pérdida poblacional se acentuó en los 20 años siguientes (1970-1990), pues sólo creció 1.5% anual mientras el país alcanzó 2.61% y la Región Centro 2.67%. Este comportamiento es raro en Morelos (se asemeja más al del sur de Puebla, zona con la que colinda), pues casi todos los municipios morelenses presentan una dinámica demográfica de atracción o equilibrio poblacional.

Zacualpan se localiza a unos 25 km de la ciudad de Cuautla, dentro de un área conocida como el Oriente de Morelos. Esta zona se estructura topográficamente a lo largo del río Amatzinac, afluente del complejo sistema fluvial del Balsas (mapa 12). Empieza en las estribaciones del Popocatepetl a una altura de 2 200 msnm y termina al sur en la planicie cercana al poblado de Axochiapan, que tiene unos 1 200 msnm. Comprende una serie de poblados que se alinean de norte a sur en torno al drenaje natural de la barranca del Amatzinac. Del poblado más alto al más bajo distan unos 60 km, a lo largo de los cuales encontramos diversos climas, desde frío en el norte hasta caliente y seco en los poblados del sur.

⁹ La delimitación municipal actual es relativamente reciente, pues Zacualpan perdió en 1974 la mitad de su territorio en favor del nuevo municipio de Temoac. Hoy incluye sólo las localidades de Zacualpan y Tlacotepec.

MAPA 12
Morelos: región oriente



El Oriente de Morelos está integrado por los municipios de Axochiapan, Tepalcingo, Jonacatepec, Jantetelco, Temoac, Zacualpan y Tetela del Volcán. La colindancia con el estado de Puebla hace que sea cotidiano el contacto con los pueblos vecinos de San Bartolo y San Marcos, ubicados en esa entidad.

Zacualpan hace 30 años

El poblamiento de Zacualpan era relativamente disperso, con el centro más densamente habitado y casas construidas en medio de extensas y exuberantes huertas de café, sombreadas por altos nogales. Las huertas, antaño productivas, se encontraban plagadas y habían entrado en franca improductividad. La combinación de huertas y viviendas daba a Zacualpan un aspecto pintoresco: callejones frescos y sombreados, bardas bajas de piedra que limitaban las calles y servían para acumular la tierra fértil, casas de adobe que se apretaban en el centro del poblado y rumbo a los límites se iban separando y perdiendo entre los árboles.¹⁰

Fuera del casco urbano del poblado, colindante con él y separada por la carretera (pavimentada en 1972), la zona urbana del ejido contaba con unas cuantas calles de terracería y escasa población residente. No había alumbrado público, las calles principales tenían un empedrado rústico y las otras eran de tierra. El servicio de agua entubada (no potable) llegaba sólo a las viviendas más céntricas y era muy deficiente e irregular y conducía agua de muy mala calidad, aunque el líquido nunca faltaba gracias a su cercanía con el río Amatzinac y al sistema de irrigación por gravedad que data de tiempos prehispánicos. Quienes podían hacerlo excavaban junto a sus casas un pozo artesiano.

¹⁰ El poblado tiene origen prehispánico. El sistema de riego por gravedad, los canales por donde corre el agua (apantles), los retenes de piedra para acumular tierra fértil (tecorrales), y las ruinas de una pirámide en la calle principal así lo atestiguan.

Las viviendas de un solo piso, con gruesos muros de adobe, caleadas y sin ventanas, estaban cubiertas a base de vigas de madera y teja plana de barro, con altura suficiente para dar cabida a un tapanco que servía generalmente como bodega. La cocina, adyacente pero separada del resto de la casa, estaba cubierta pero abierta por varios de sus costados “tlecuil”. Lo benigno del clima permitía que se conviviera en este espacio semiabierto durante todo el año. La huerta funcionaba como baño, y las pocas viviendas céntricas que carecían de ella tenían una letrina. La electricidad se introdujo al poblado a mediados de los años setenta.

La actividad agrícola era predominante, aunque en 1970 la manufactura y los servicios ocupaban 24% de la población local. Dos tercios de la población activa trabajaba en el campo, la mayoría sembraba maíz, y algunos lo combinaban con un poco de frijol. Quienes contaban con recursos y podían arriesgarse (uno de cada tres agricultores) cultivaban cebolla o jitomate, productos que se comercializaban en la ciudad de México.

A pesar de su decadencia, las huertas representaban una fuente de ingreso adicional y ayudaban a cubrir el consumo de las familias del pueblo.¹¹ En los años setenta se empezó a incrementar el precio de venta de las huertas, pues su demanda como tierra urbana fue subiendo hasta rebasar su valor como productoras de frutas.

El tianguis dominical ha sido una actividad tradicional del pueblo y su área de influencia abarca aproximadamente 13 km de radio. Es el principal centro de abastecimiento de bienes de consumo y constituye un importante lugar de intercambio de ciertos productos de la región, como flores, frutas, carbón, madera, pulque, carne, maíz, frijol etc. También se encuentran allí productos manufacturados artesanalmente en la zona, como la cerámica de los pueblos alfareros cercanos, huaraches, dulces y pan. Acuden también comerciantes de Jonacatepec, Cuautla y Puebla que venden fruta, verdura, ropa y calzado.

El comercio diario era cubierto por dos tiendas ubicadas en el centro del pueblo. Por último, los servicios comunales como

¹¹ La mitad de las familias zacualpeñas tenía una huerta.

las dos escuelas primarias y la iglesia, y los asociados con su carácter de cabecera municipal generaban algunos puestos de trabajo. No había ningún tipo de servicio médico.

Al explorar los movimientos poblacionales de Zacualpan en la encuesta de migración que se levantó en el pueblo en 1978 destacan la intensa comunicación y los constantes intercambios con el exterior. En el momento de la encuesta la mitad de las familias tenía inmigrantes y una proporción similar contaba con emigrantes. Eran frecuentes los movimientos en el interior de esta región, que socialmente está muy consolidada porque allí ha transcurrido la vida de muchas generaciones. La migración intermunicipal es muy elevada; los lazos entre los poblados de la zona se refuerzan con los matrimonios, ya que la mujer suele ir a vivir al pueblo del marido.

En el año de la encuesta 33% de los propietarios de huertas o solares urbanos no vivía en Zacualpan, había emigrado y sólo visitaba el pueblo los fines de semana. Del restante 67% que vivía en la localidad, 10% de la PEA trabajaba fuera de ésta en 1978, principalmente dentro de la misma región (como jornaleros, trabajadores de la construcción o maestros rurales) o en otras ciudades como Cuernavaca, Cuautla, Atlixco e incluso en el DF (menos de 2% se hallaba en este último caso). Esto implicaba la necesidad de hacer viajes diarios o semanales entre el lugar de trabajo y Zacualpan, en donde residían.

El principal destino de los emigrantes zacualpeños era la ciudad de México; otros eran las ciudades cercanas, y en menor proporción otras localidades rurales (cuadro 7.2). Lo más común era que el hijo mayor migrara y después lo siguieran otros miembros de la familia. La migración se diferenciaba por grupo social. Era selectiva, pues en términos relativos los grupos que contaban con más recursos de tierra enviaban más migrantes que los carentes de éstos.¹² Muchos salían a estudiar después de terminar la primaria, alrededor de los 12 años. Otro grupo de emigrantes estaba formado por trabajadores agrícolas.

¹² De las familias con ejido de riego 22% envía a 30% de los migrantes; 42% de familias medias que corresponden a aquellas que tienen ejido de temporal o

La migración de retorno era ya relativamente frecuente. Alrededor de una tercera parte de los emigrantes regresó a Zacualpan después de residir fuera unos años (el periodo de estancia en el exterior que se registró con más frecuencia fue de 2 a 5 años).

CUADRO 7.2
Zacualpan: emigración según lugar de destino

<i>Destino</i>	<i>Total</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
Total rural urbano	219	123	96
De Zacualpan a la ZMVM	148	86	62
De Zacualpan a Cuautla, Cuernavaca o Puebla	61	31	30
De Zacualpan a otras ciudades	10	6	4
Total rural rural	68	35	33
De Zacualpan al estado de Morelos	30	8	22
De Zacualpan a localidades rurales del estado de Morelos	28	19	9
De Zacualpan a otras localidades rurales	10	8	2
Migración a Estados Unidos	15	15	
Destino no especificado	16	12	4

Fuente: Negrete, 1980, Encuesta sobre migración, Zacualpan.

La familia X

El padre es originario de Zacualpan y la madre de Axochiapan, pequeña localidad del extremo sureste de Morelos; sus cinco hijos, un varón y cuatro mujeres, entonces tenían entre 2 y 10 años de edad.

huerta es responsable de 50% de la población emigrante, mientras en contraste, 33.8% de las familias sin recursos de tierra sólo envía 18.7% de emigrantes.

El jefe del hogar trabajaba literalmente de sol a sol; se dedicaba al campo, sembraba maíz, un poco de frijol y algunas veces jitomate. Tenía 10 vacas que eran su orgullo, a las que atendía personalmente y con las que lo unían lazos entrañables de los que sólo germinan en el medio rural gracias al contacto cotidiano con la naturaleza. Además de su vivienda era dueño de dos terrenos dentro del pueblo, una huerta y un solar, y de una parcela de temporal de regular calidad, pues el terreno en la zona es muy pedregoso. Ahí sembraba con ayuda de jornaleros, que siempre eran conocidos del pueblo. Su producción se dividía entre el consumo familiar y el comercio en el mercado local regional, excepto el jitomate, que vendía a unos agentes que compraban las huertas completas para comercializarlas en Cuautla o el Distrito Federal.

Su vivienda era como la mayoría, es decir, un solo espacio rectangular grande, de aproximadamente 70 m², dividido por cortinas entre el área para dormir y un espacio social, cerca de la puerta. La cocina adyacente era alargada como un corredor y se abría al patio de unos 100 m² (10 x 10 m). Éste tenía árboles, macetas, una llave de agua y junto a ésta una tina para lavar los trastes y un lavadero para la ropa. En un rincón se hallaba la letrina y en otro un corral con gallinas y pollos.

El mobiliario se reducía a las camas, todas de tamaño matrimonial, en donde se acomodaban para dormir los miembros de la familia (y los invitados cuando era necesario), la mesa con unas sillas de palo, y unos sillones rústicos con tejido de plástico que hacían las funciones de sala. No había televisión, pero sí radio. No tenían refrigerador ni estufa de gas, pues se cocinaba con carbón, leña o petróleo. El sitio privilegiado y central (entre la sala, la cocina y las camas) lo ocupaba la máquina con la que la madre cosía la ropa para la familia.

Las condiciones de la vivienda descrita reflejaban mal la relativa abundancia de recursos del jefe de familia en comparación con otros zacualpeños, que carecían de tierras, animales o huerta. Ésta la habían ido descuidando y se redujo su productividad. La fruta que daba era de mala calidad, por lo que no se

vendía en el mercado y sólo servía para el trueque en el tianguis dominical.

En ese tiempo los hijos acudían a la primaria local; todavía no contaban con un jardín de niños. Unos años más tarde asistieron a una secundaria privada en Amilcingo, un pueblo vecino. Esta opción, por ser de paga, implicaba un sacrificio económico muy grande, pues incluía un servicio de autobús para llevar y traer a los alumnos de los poblados vecinos. El jefe de familia quería que sus hijos recibieran la mejor educación a su alcance, y para ello no escatimaba recursos.

Fuera de los pueblos del Oriente de Morelos, este hombre tenía poco contacto con el exterior. Al igual que sus dos hermanos nunca había migrado a la capital. Visitaba esporádicamente Cuautla, en donde se surtía de algunos productos para el consumo familiar, para la producción del campo o para sus vacas, que no encontraba en la tienda del pueblo o en el tianguis dominical.

El contacto con la ciudad de México llegó a esta familia, como a muchos morelenses, junto con los capitalinos que fueron descubriendo el “paraíso zacualpeño”, el ambiente misterioso de sus huertas, la hospitalidad de sus gentes, la vitalidad de su tianguis semanal, su convento y otros secretos. Vendió a uno de ellos uno de sus terrenos urbanos.

Zacualpan hoy

El pueblo de Zacualpan, que por siglos permaneció materialmente intocado, es difícilmente reconocible hoy día. A muchas viviendas se les construyó un segundo piso, gran parte de los techos tradicionales fueron sustituidos por losas de concreto armado, las puertas y ventanas de madera se cambiaron por otras de metal y vidrio.

Todas las calles cuentan ahora con alumbrado público, la mayoría de los tecorrales ya no existe y en su lugar han aparecido construcciones y bardas de tabique, de block de cemento o de piedra, cuando se trata de una huerta cuyos dueños tienen recursos. Se han construido viviendas a un ritmo más elevado

que el del crecimiento poblacional (cuadro 7.1), y es rara la que no cuenta con un televisor.

Un mercado moderno ocupa el sitio del anterior, y junto a la cancha de fútbol con gradas de concreto se armó un pequeño ruedo para las corridas de toros. La caseta telefónica cayó en desuso con la llegada de los teléfonos privados y los “celulares”. Automóviles y camionetas circulan por las calles reempedradas con demasiado concreto en las juntas para comodidad de los automovilistas y peligro de los niños y peatones en general.

El riego para las huertas ha ido disminuyendo poco a poco, lo que ha acelerado el ritmo de su destrucción.¹³ Las huertas han seguido dos destinos: 1) Ser adquiridas por un rico fuereño, generalmente capitalino, que busca hacerse de terrenos grandes y en algunos casos compra varias huertas colindantes para ampliar su propiedad. Como su interés primordial no es productivo sino decorativo y de estatus, la huerta se sigue deteriorando poco a poco; el terreno es bardeado o cercado a costa de inversiones no desdeñables. Estos visitantes de fin de semana del DF han generado algunos empleos en la construcción y en el mantenimiento de las casas. 2) El caso más frecuente ha sido la subdivisión de las huertas con la intención de construir viviendas para los hijos o para vender las partes como predios urbanos. La demanda ha aumentado con el incremento demográfico.

Ya no es redituable sembrar porque el precio del maíz importado es más bajo, de ahí que los campos se hayan dejado de cultivar. Varios intentos de industrialización, privados o impulsados por el gobierno, han fracasado, entre otros la maquila de ropa, una fábrica de balones, un beneficio de café y un vivero de rosas.

Con la llegada de los migrantes de retorno y los fuereños se han multiplicado los servicios, y los pequeños comercios se

¹³ La escasez del agua es algo insólito en Zacualpan, que siempre había disfrutado de la abundancia de este recurso aunque debía compartirlo con los pueblos de la región. La instalación de viveros privados (se dice que de un ex gobernador) ha despojado a los pueblos del líquido con el argumento de que las huertas son improductivas y la producción agrícola de la zona es de tipo campesino.

han surtido con algunos alimentos procesados como lácteos o salchichonería que antes no se consumían; se han establecido videoclubes, salones de belleza, farmacias, restaurantes, etc. Los migrantes de retorno, que son más numerosos, han adquirido predios o construido en los de sus familias. Suelen interesarse por poner algún negocio de comercio o servicios que abastecen regularmente en las ciudades cercanas o en la ciudad de México.

En el año 2001 Zacualpan entró en la esfera económica nacional e internacional con actividades del sector terciario. Se inauguró un pequeño y exclusivo hotel (50 habitaciones cabaña) de cinco estrellas y de carácter “ecológico”, cuyas oficinas centrales están en la ciudad de México, desde donde se hacen las reservaciones. El hotel explota esencialmente como atractivos turísticos el ecosistema local de huertas prehispánicas (las pocas que aún quedan) y el convento del siglo XVI, y los combina con SPA y terapias naturistas. Son pocos pero relativamente bien remunerados los empleos que ese hotel genera en el pueblo, por lo que han acarreado algún alivio para el mercado de trabajo local.

Las oportunidades de trabajo para quienes viven en Zacualpan se buscan en la localidad y en los pueblos o ciudades cercanos. Las facilidades para la movilidad han aumentado con los autos privados, los taxis y los autobuses.

La familia X

Los hijos de T y O crecieron. Los dos mayores, hombre y mujer, se graduaron de maestros y fueron enviados a poblados rurales del centro del país, ambos en el Estado de México. Con los primeros salarios que enviaron a sus padres, éstos se compraron muebles de sala y comedor, un televisor, un aparato de música, un refrigerador, una estufa y otros enseres. La vivienda fue modernizada y ampliada con un segundo piso y un baño completo. Ambos se casaron y viven con sus cónyuges e hijos en los poblados donde trabajan; visitan la casa familiar de Zacualpan durante las vacaciones.

El hijo se está preparando para cubrir la licenciatura y estudia en la ciudad de México los fines de semana. Además ha construido poco a poco una casa en Zacualpan, en una huerta que le dio su padre, donde piensa vivir algún día, cuando regrese definitivamente al pueblo. Por ahora la casa está deshabitada.

La tercera hija también estudió la normal, pero siguió una especialidad en educación para niños con retraso mental y trabaja en Cuautla, adonde viaja diariamente.

La cuarta hija rompió con la tradición y cursó la preparatoria en la misma escuela de Amilcingo. Al terminar decidió estudiar la carrera de informática en la Universidad Autónoma de Morelos en Cuernavaca. Para ello todos los días viajó durante cuatro años hasta Cuernavaca. El primer tramo iba en camión hasta Cuautla, y el segundo con una amiga en auto particular hasta Cuernavaca. Terminó su tesis dentro de un programa de apoyo del Tecnológico de Monterrey (campus Cuernavaca) y ahora trabaja en Cuernavaca, en donde alquila un departamento. La quinta hija, por sus características de personalidad, asume a la perfección el papel de la “chocoyotita”.¹⁴

El caso de Zacualpan ilustra bien el cambio social ocurrido en el mundo rural del México central y nos permite advertir algunas cuestiones que parecen haber sido poco valoradas en las explicaciones sobre la revitalización demográfica del campo y las relaciones entre el campo y la ciudad en esta región.

En primer lugar destaca la importancia de las redes sociales en los ámbitos familiar, local y regional, las cuales representan una base social muy sólida sobre la que se apoyan los intercambios y los movimientos poblacionales.

Es pertinente enfatizar la fortaleza de los vínculos subregionales entre las localidades del Oriente de Morelos, hasta hoy poco atendidos. Los lazos entre los pueblos y las familias de esa zona se han tejido a lo largo de mucho tiempo e incluso tienen raíces seculares. Ni la rápida urbanización de la región central

¹⁴ Conforme a la tradición local el hijo o hija menor tiene como destino cuidar a los padres durante su vejez.

(y en especial de la ZMCM) ni el imperdonable abandono en que ha caído la producción agrícola campesina con la nueva política agraria, han logrado disolverlos del todo. Por el contrario, explican gran parte del retorno de la población originaria.

La relación de los zacualpeños con los visitantes capitalinos de fin de semana ha sido la ocasión de que muchas familias pauperizadas hayan vendido sus huertas, que desde hace tiempo eran improductivas, como terrenos urbanos, con lo cual se allegaron algunos recursos en los momentos de crisis.

El papel de los migrantes de retorno ha sido central en la transformación física, social y cultural del pueblo, pues ellos adquirieron experiencia y habilidades que tratan de desarrollar en un medio más familiar y menos competido que el de la ciudad. Entre las primeras acciones que suelen emprender al regresar al pueblo (o incluso antes, como en el ejemplo de la familia X) está la construcción de una vivienda en terrenos familiares o adquiridos.

El caso familiar presentado ejemplifica varias cuestiones, entre ellas la evolución hacia la terciarización de la fuerza de trabajo en el mundo rural, pues ninguno de los hijos se mantuvo en el sector agrícola; también se observa la canalización del ahorro de los migrantes hacia el lugar de origen y su conversión en inversiones muebles e inmuebles.

En Zacualpan se constata el incremento más que proporcional de la construcción de viviendas en el medio rural y se muestran las modalidades de vinculación de la población con el medio rural y urbano de la región como lugar de estudio, de trabajo, de socialización, etcétera.

EL ABASTO ALIMENTARIO¹⁵

La cercanía respecto a la capital, que ha constituido una ventaja para la región circundante al traducirse en una demanda real para

¹⁵ Las principales fuentes de información para la elaboración de este capítulo son: Héctor Castillo Berthier, 1994, y Claude Bataillon, 1972.

los productos agropecuarios, ha tenido también su lado oscuro en la excesiva centralización del abasto alimentario del país en manos de un reducido número de mayoristas de la ciudad de México que hasta 1982 estaban asentados en la zona de La Merced en el centro capitalino y después de esa fecha en la Central de Abasto de Iztapalapa.¹⁶

En términos de área de influencia se puede decir que en la ciudad de México se controla el comercio de alimentos del centro, el sur y el sureste del país; que Monterrey atiende al noreste y Guadalajara al noroeste. La influencia de los mayoristas de la ciudad de México en la zona circunvecina es muy pronunciada.

A lo largo de muchos años se conjugaron tres condiciones para dar cabida a la aparición, evolución y desarrollo de este sistema de abasto: 1) las necesidades de los productores agropecuarios e industriales, 2) las de los consumidores, e incluso 3) las del gobierno.

1) Las necesidades de los productores: Al productor agropecuario grande le conviene asegurar la venta de su cosecha, por lo que compromete su producción mediante acuerdos previos con el mayorista. Los pequeños y medianos productores carecen de recursos para acceder al mercado capitalino, por lo que recurren a acaparadores e intermediarios que reúnen los pequeños volúmenes producidos para hacerlos llegar al mayorista. La dependencia del productor respecto al comerciante, y más recientemente respecto de los supermercados, que también compran al mayoreo, ha llegado a ser muy grande.

Otro elemento que hizo crecer el gremio de los abarroteros fue el desarrollo de la industria alimentaria, pues se amplió la gama de productos a distribuir. Por ello se puede decir que la industria alimentaria ha enriquecido al comerciante mayorista y que a la vez la gran industria trasnacional

¹⁶ En 1984 se estimó que 40% del consumo nacional se concentraba en la Central de Abasto; en ciertos productos no perecederos alcanza 100%, incluso hoy día.

lo ha forzado a establecer mecanismos de control al imponerle sus condiciones de venta.

- 2) Las necesidades de los comerciantes: Los mayoristas cumplen un papel muy importante al abastecer a los detallistas, quienes no tienen otro proveedor. Este sistema tradicional constituye el único canal para abastecer al pequeño comerciante de la ciudad y por ende al consumidor final, al movilizar cerca de 50% del total de alimentos.
- 3) Las necesidades del gobierno: La distribución de productos de la canasta básica con precios controlados por el gobierno ha requerido de la labor de los mayoristas, pues son el único canal capaz de llegar al consumidor final a falta de suficientes puntos de venta propios, a pesar de que la Comisión Nacional de Subsistencias Populares fue creada para este fin (Castillo B., 1994).¹⁷

Mientras este sistema de abasto iba cubriendo los huecos que se generaban en la estructura productiva y de distribución de alimentos, amoldándose a las necesidades cambiantes del mercado, su poder creció demasiado y se desataron comportamientos como el ocultamiento de productos, la evasión fiscal, la usura y el agio comercial, y aun otros de tipo mafioso.

A este lastre se añadió la ineficiencia del sistema, pues antes de ser distribuidos y vendidos los productos agrícolas en la región para su consumo final debían ser transportados físicamente a La Merced o a la Central de Abasto, donde se concentraban para trasladarlos desde ahí a los mercados finales. Muchas veces los alimentos volvían a las zonas productoras o a sitios cercanos

¹⁷La Conasupo se creó en 1965 como entidad pública responsable del abasto estratégico. En los sexenios de Echeverría y López Portillo se acrecentó la acción del Estado por medio de esta institución: se amplió la cobertura de los precios de garantía a más productos, se abrieron centros de compra y bodegas rurales, y se estableció una red de tiendas que alcanzó 14 000 establecimientos a finales de 1982 (Rello y Sodi, 1989). A partir de 1989 sus funciones se fueron limitando tanto en la compra y almacenamiento como en la transformación y venta de los productos básicos y se inició su paulatino desmantelamiento.

a éstas con el consecuente encarecimiento debido a la elevación de los costos de transporte y almacenamiento y a mermas excesivas ocasionadas por los traslados.

Este sistema de abasto alimentario en la región, tras una larga inercia hiperconcentradora en la capital del país, experimentó una serie de cambios que se materializaron en un efecto de desconcentración espacial. Al menos tres factores se han sumado para impulsar este cambio: las transformaciones de la demanda en la ciudad de México y en las entidades regionales; las acciones del gobierno orientadas a una mayor racionalización en el abasto, y el surgimiento —consecuencia de la creciente apertura económica— de nuevos competidores comerciales.

Transformaciones de la demanda de productos alimentarios

Hacia 1970 los niveles de vida y el poder de compra de la población de la ciudad de México y de la región que la rodea eran muy contrastantes. Por ello las relaciones entre la capital y su región circunvecina estaban determinadas básicamente por el consumo de la ciudad. La vecindad era el factor a explotar en el aprovisionamiento de alimentos, especialmente los perecederos.¹⁸

Al conjugarse el desarrollo de las capitales provinciales con el estancamiento demográfico de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México el contraste empezó a atenuarse. Muchas de estas ciudades de la corona alcanzaron el umbral crítico de demanda para el establecimiento de servicios comerciales y de distribución propios. Paralelamente el contraste entre el producto

¹⁸ La mitad del consumo capitalino de azúcar provenía de Morelos y Puebla; el arroz, de Morelos; y el abasto de aves, huevo y leche procedía casi totalmente de la Región Centro y se concentraba en los suburbios o en sitios cercanos de Morelos, el Estado de México (Valle de Toluca), Hidalgo (el Mezquital irrigado) y Puebla (Bataillon, 1970: 145).

per cápita en el DF y en las entidades vecinas se suavizó (véase el capítulo III), lo cual constituye un determinante esencial para la desconcentración en este ámbito al disminuir el poder del mercado del DF frente a los de la provincia cercana y abrirse nuevas opciones para los productores y comerciantes.¹⁹

Otro factor que ha influido en las últimas décadas en la transformación del sistema de producción y comercialización de alimentos en la región ha sido sin duda la sofisticación de la demanda. A la ampliación de las clases medias (sobre todo en los setenta) se sumó la paulatina inclusión de nuevos productos en el consumo de las clases altas y medias altas de la ciudad de México, que han ido transformando su dieta y han demandado por ejemplo más frutas y hortalizas, menos tortillas, carne de res y puerco (sustituyéndola por huevo y pollo), y cada vez más alimentos industrializados. Ahora empieza a desarrollarse el nicho de mercado de los productos orgánicos.

Con el cambio en las preferencias de los consumidores se han inducido transformaciones en la estructura productiva regional para reforzar la especialización agropecuaria en productos para ciertos segmentos del mercado en detrimento de los básicos, cuya importación ha aumentado.

Hacia una mayor racionalización en el abasto

A partir de la década de los ochenta este modelo tradicional de abasto empezó a sufrir quebrantos y mermas en su monopolio como efecto de medidas tendientes a disminuir el intermediarismo, a acercar a los productores y los consumidores y a hacer más eficiente y moderno el sistema, evitando en lo posible los traslados innecesarios.

Entre las primeras y más visibles medidas que adoptó el gobierno destacan la reubicación de los mayoristas de La Merced

¹⁹ En situaciones de depresión económica, como las posteriores a 1980, la elasticidad ingreso de la demanda de productos alimentarios suele ser mayor.

en la Central de Abasto de Iztapalapa en 1982 y la consecuente y creciente fiscalización de sus operaciones, lo cual llevó a transparentar un poco los mecanismos de funcionamiento de los mayoristas y a dar comienzo a la transformación de las relaciones entre éstos y el gobierno (Castillo Berthier, 1994).²⁰

En 1981, con cambios posteriores en su denominación, surgió el Sistema Nacional para el Abasto con la intención de atacar todas las fases del proceso: acopio y empaque en las zonas de producción, comercialización al mayoreo en las ciudades valiéndose de módulos y centrales de abasto, almacenaje, red en frío y venta al consumidor por medio de la modernización del sistema detallista (tiendas mercados y supermercados).

El énfasis de estos programas en la construcción de infraestructura no ha sido suficiente para acabar con las relaciones comerciales tradicionales ni para modernizar y hacer eficiente la red de abasto con miras a disminuir los costos de intermediación. Los pasos visibles en la ruta hacia la superación de este complejo problema de centralización se han reducido casi exclusivamente a la ampliación de la infraestructura, cuando es claro que sólo podrá lograrse con la participación de todos los actores que intervienen en el proceso, desde los productores hasta los consumidores finales.²¹

Surgimiento de nuevos competidores comerciales

Lo que más ha aminorado la centralización y el control de los mayoristas sobre el abasto y la comercialización en el mercado

²⁰ Quien empezaba a hablar de “desconcentración” en el gobierno de López Portillo solía referirse al traslado de instalaciones desde el centro de la ciudad hasta otras delegaciones del propio Distrito Federal. El caso de La Merced es un ejemplo de ello, pero en la misma forma se hablaba de desconcentración de las oficinas corporativas de Bancomer del centro de la ciudad a la delegación Coyoacán en 1980.

²¹ En esta zona del país se construyó un centro de acopio de frutas y hortalizas en San Antonio de la Isla, Estado de México; asimismo otros de granos y oleaginosas en Puebla, en Emiliano Zapata, Morelos y en Tlaltizapán,

regional ha sido la competencia de supermercados y clubes de precios. Los autoservicios han ampliado sus funciones entre las clases medias pero aún no atienden a las capas bajas de la sociedad, que se siguen abasteciendo del pequeño comerciante detallista en mercados de todo tipo y en pequeñas tiendas de abarrotes (tiendas de la esquina) que generalmente venden más caro pero están bien distribuidas en el espacio urbano (Magaña, 1996).

Con la apertura económica el capital comercial ha irrumpido en las principales ciudades de las entidades regionales, con las cadenas de supermercados primero y de clubes de precios después, diversificando las formas de atención al público y cubriendo la demanda de los segmentos sociales altos y medios, que cada vez con menor frecuencia recurren al mercado del Distrito Federal. La competencia de las tiendas del gobierno ha dejado de existir y se ha reforzado la presencia de las cadenas de supermercados y tiendas de autoservicio, cada vez más dependientes del capital extranjero.

Aunque más lentamente que lo deseable, en el rubro de abasto se han ido modificando las relaciones entre el campo y la ciudad, así como entre la capital y las ciudades de la corona. El flujo unidireccional de productos alimentarios de la región circunvecina hacia la ciudad de México se ha vuelto menos intenso en la medida en que se han fortalecido los mercados locales, se han diversificado los destinos de los productos agropecuarios tanto a los mercados externos como dentro del país, y se han modernizado y vuelto más racionales los sistemas de comercialización y abasto de alimentos.

Morelos, y uno más en Apizaco, Tlaxcala. Los centros de acopio de productos cárnicos se localizan en Tizayuca, Hidalgo, San Juan de Río, Querétaro, Pachuca y Jilotepec en el Estado de México. Las unidades de almacenamiento especializado y transporte para frutas y hortalizas están en Iztapalapa, DF y en Villa Victoria, Estado de México, y una polivalente en Cuautitlán, Estado de México. Se pusieron en operación centrales de abasto en Iztapalapa, Ecatepec, Toluca y Puebla y módulos de abasto en Cuautla, Morelos y Pachuca (Martínez, 1992).

La consolidación y modernización de los mercados regionales parece ser la vía para una relación más equitativa entre el campo y la ciudad al acercar a los productores y los consumidores. Sin embargo, con ánimo menos optimista cabe advertir que en años recientes se ha dado prioridad al desarrollo del mercado internacional mientras la modernización del comercio interior, por el arraigo de los vicios descritos, ha marchado muy despacio.

La mayor proporción de productos industrializados en la canasta básica de los consumidores ha sido determinante en la Región Centro. El comerciante, que antaño dominaba al productor rural, ha sido sustituido por el industrial del sector alimentario, quien ahora ejerce gran poder e influencia sobre los comerciantes y productores.

En el último cuarto de siglo el sistema tradicional y centralizado del abasto tendió a debilitarse por la competencia de nuevos actores; los supermercados, las cadenas de autoservicio y los clubes de precios empezaron a atender también a los mercados de provincia y transformaron las pautas de comercialización y consumo. El poder de los mayoristas de abarrotes de La Merced se aminoró al compartirse con el de las grandes industrias alimentarias y las cadenas de supermercados.

La industria alimentaria en la capital del país se ha reforzado en años recientes, pero los nuevos actores en los ámbitos de la distribución y la comercialización no requieren necesariamente de una concentración de infraestructura en la ciudad de México, sino que una amplia red de establecimientos atiende a los mercados locales que han alcanzado cierto umbral de demanda. Esto ha hecho de las capitales provinciales lugares en donde se puede encontrar prácticamente la misma gama de productos alimentarios industrializados que en la capital nacional.

El caso de la zona de Villa Guerrero antes mencionado, un naciente emporio de la floricultura en el Estado de México, sirve como ejemplo de las transformaciones en la relación entre el campo y la ciudad inducidas por las grandes inversiones y la apertura comercial en este sector de la producción y el abasto.

México dispone de notables ventajas comparativas para la producción de flores gracias a su clima benigno y no extremo muy favorable para el cultivo con costos muy inferiores a los de Europa, Estados Unidos, Japón y otros países del mundo. La apertura comercial ha favorecido el aprovechamiento de estas ventajas y una exitosa incursión en el mercado externo, con la adopción de tecnologías modernas en cuanto a semillas, invernaderos, formas de empaque, almacenamiento y transporte, organización para la producción y comercialización, etc. Las tecnologías avanzadas fueron introducidas por los productores más grandes, pero poco a poco han ido permeando los demás grupos.

En cambio el mercado interno de flores está aún poco desarrollado en México, pero se encuentra en fase de expansión y sofisticación entre las clases medias y altas de las ciudades a partir de la introducción de nuevas variedades más acordes con los gustos europeo y estadounidense.

La dependencia respecto a la ciudad de México de los tres tipos de floricultores que se han consolidado en la zona (grandes inversionistas extranjeros, empresarios locales o nacionales fuertes, y pequeños productores) ha evolucionado desde la casi total subordinación a los proveedores y bodegueros de La Merced hasta formas distintas y más flexibles.

Los grandes productores no utilizan el canal tradicional que va del campo a la ciudad. Ellos se abastecen de los insumos del extranjero mediante contactos directos con sus proveedores en los países de origen: Holanda y Estados Unidos principalmente. Esta costumbre, que elimina al intermediario, se ha difundido entre los demás grupos de productores, quienes individualmente o valiéndose de organizaciones de productores han reducido su dependencia del proveedor tradicional de la ciudad de México y adquieren a mejores precios (por el mayor volumen) y sin intermediarios todos sus insumos y servicios.

Por la escala que han alcanzado las operaciones comerciales, las cuestiones operativas para el financiamiento de la producción y comercialización se resuelven en la misma zona

de Villa Guerrero, donde se han instalado bancos y casas de bolsa que facilitan el manejo de las transacciones en monedas extranjeras sin que sea necesario trasladarse a la ciudad de México o Toluca para recurrir a los financiamientos usureros tradicionales o a algunos más modernos que otorgan diversas instituciones.

En otros aspectos continúa la dependencia respecto a la capital, ya que la infraestructura y organización para la distribución en el mercado interno son aún deficientes. Algunos clientes de Morelos, Guerrero y el propio Estado de México suelen acercarse directamente a esta zona productora para comprar la flor, pero la mayoría, como los de Monterrey que son clientes fuertes, prefiere abastecerse en el Distrito Federal y para ello varios grandes productores tienen bodegas con cuartos fríos en la Central de Abasto.

Hacia 1991 se trató de instalar un módulo de abasto de flores en la zona de Villa Guerrero. El intento no prosperó pero se sigue procurando ampliar y modernizar la infraestructura para agilizar el manejo de la flor y las operaciones con los clientes nacionales. Esto favorecería unas relaciones más equitativas entre el campo y la ciudad, disminuyendo el intermediarismo.

Para el productor exportador, sea mediano o grande, la dependencia de este nicho respecto a la ciudad de México se reduce a la utilización del transporte aéreo en el aeropuerto internacional de la capital, puerta obligada para la importación de insumos y a la Central de Abasto para los productores mediano y pequeño que venden en el mercado interno. El transporte de flores hacia Estados Unidos se hace por tierra en camiones refrigerador.

También se han empezado a utilizar los nuevos canales de distribución, como supermercados y tiendas de autoservicio, para la distribución de flores en la ciudad, sumándose a los tradicionales mercados de flores y a nuevas formas más modernas y flexibles de comercialización, como las entregas periódicas directas de los productores a algunas empresas, instituciones o establecimientos de diversos tipos.

BIBLIOGRAFÍA

BATAILLON, Claude

La ciudad y el campo en el México central, México, Siglo Veintiuno, 1972 (Economía y demografía).

CASTILLO BERTHIER, Héctor

Estructura de poder de los comerciantes mayoristas de abarrotes de la ciudad de México, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994 (Cuadernos de investigación, 24).

COMISIÓN NACIONAL DEL AGUA, GERENCIA REGIONAL DE AGUAS DEL VALLE DE MÉXICO

Estudio preliminar del drenaje de las zonas oriente y sudeste de la zona metropolitana de la ciudad de México, México, Conagua, junio, 1999.

COULOMB, René

¿Todos propietarios?: vivienda de alquiler y sectores populares en la ciudad de México, México, Centro de la Vivienda y Estudios Urbanos, 1991.

ISLAS RIVERA, Víctor Manuel, SALVADOR HERNÁNDEZ GARCÍA, Silvia BLANCAS RAMÍREZ

El transporte en la región de México, vol. 1, *Diagnóstico general*, Sanfandila, Querétaro, Instituto Mexicano del Transporte, SCT, 2004 (Publicación técnica, 232).

LOMNITZ, Claudio

Modernidad indiana. Nueve ensayos sobre nación y mediación en México, México, Planeta, 1999.

MAGAÑA CERVANTES, Norma M.

“Localización del comercio detallista moderno en el Distrito Federal: crecimiento y áreas de mercado”, tesis de

maestría en desarrollo urbano, México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México, 1996.

MARTÍNEZ, José Jaime

“Sistema Nacional para el Abasto”, en Ángel Bassillo BATAALLA, Felipe TORRES TORRES y Javier DELGADILLO MACÍAS, *Programa de operación*, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM/H. Cámara de Diputados LV Legislatura, México, 1992.

NEGRETE SALAS, María Eugenia

“La migración en una localidad campesina, Zacualpan de Amilpas, Morelos”, tesis de maestría en desarrollo urbano, México, El Colegio de México, 1980.

ORTIZ FLORES, Enrique

“Campo-ciudad: vivienda de la transición”, ponencia presentada en el Simposio sobre relaciones campo-ciudad, México, Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979.

RELLO, Fernando y Demetrio SODI

Abasto y distribución de alimentos en las grandes metrópolis: el caso de la ciudad de México, México, Nueva Imagen, 1989 (Economía).

RESTREPO, Iván

Conflicto entre ciudad y campo en América Latina, México, Centro de Ecodesarrollo, Nueva Imagen, 1980.

ZICCARDI, Alicia

“Empresas de la construcción y grandes obras en la ciudad de México”, en Gustavo GARZA (comp.), *Una década de planeación urbano-regional en México, 1978-1988*, México, El Colegio de México, 1989.

VIII. LA INFRAESTRUCTURA REGIONAL

El territorio que se encuentra entre las ciudades no es un espacio vacío ni está ocupado solamente por el mundo rural; en él se hallan los elementos que conectan las localidades de todos los tamaños y hacen posible que se estructuren las relaciones entre ellas. Se trata de las carreteras y los caminos, las vías de ferrocarril, los aeropuertos y todo tipo de infraestructura destinada a la comunicación.

El desarrollo de las comunicaciones constituye un rasgo fundamental en la reestructuración de las actividades humanas y un vehículo eficaz e insustituible para la construcción de relaciones entre las ciudades, regiones y países. Con razón se afirma que los cambios en los sistemas de comunicaciones y transportes son la fuerza que subyace al desarrollo económico de las regiones y hace posibles los cambios en las formas y tipos de urbanización. El caso que observamos no escapa a esta norma. Especialmente las telecomunicaciones, que posibilitan el flujo casi instantáneo de información entre sitios distantes, han favorecido que se lleven a la práctica los procesos de flexibilización de la producción al separar físicamente distintas etapas del proceso productivo y desligar a éste de las operaciones de dirección, control y administración de las empresas, y a ambos respecto a los mercados.¹

En este último capítulo se analizan algunos aspectos relativos al desarrollo de las principales infraestructuras carretera y ferroviaria en la Región Centro, así como la evolución de los flujos entre las principales ciudades, para evaluar su papel

¹Las redes de infraestructura para las nuevas formas de telecomunicación, tanto por satélite como por fibra óptica, recorren en gran medida las mismas rutas tradicionales de carreteras de alta velocidad, trenes rápidos, conexiones aeroportuarias etc., de tal manera que parece muy probable que las nuevas formas de integración a las redes de ciudades del mundo no se alejen demasiado de las actuales.

en las transformaciones recientes y potenciales de esta zona en los contextos regional, nacional e internacional. Se aborda con cierto detalle el proyecto del nuevo aeropuerto internacional de la ciudad de México y con él se ilustran varios aspectos de las relaciones sociales, económicas y políticas que se han puesto en juego alrededor de este proyecto.

LA INFRAESTRUCTURA REGIONAL PARA EL TRANSPORTE: ESTRUCTURA Y EVOLUCIÓN

La estructura de las comunicaciones que convergen en la ciudad de México, a las que se hizo referencia al hablar de los antecedentes históricos y las condiciones geográficas de la Región Centro, se fue fortaleciendo con el tiempo al sumarse la red de ferrocarriles durante el periodo porfirista (fines del siglo XIX y principios del XX). La red de comunicaciones terrestres de esta región presenta un esquema de tipo radial en que todos los ejes confluyen en la ciudad de México y la comunican con las capitales de los estados vecinos. A partir de los nodos que representan las ciudades de la corona, la red vial continúa en varias direcciones y se conecta principalmente con el puerto de Veracruz en el Golfo de México, con Acapulco en el Pacífico, y sigue hacia el centro, norte, sur y sureste del país para acceder a las principales ciudades mexicanas y para llegar a las fronteras con Estados Unidos y con Centroamérica.

Aunque este esquema no es nuevo, en el siglo pasado no se modificó, sino que por el contrario, se reforzó. La política caminera en el periodo posrevolucionario y hasta 1988 tuvo un objetivo expreso: facilitar la distribución de productos nacionales y dar acceso a nuevas zonas de recursos naturales. Esto se reflejó en la construcción de carreteras y caminos para vincular todo el territorio nacional y comunicarlo con el exterior, y también en la ampliación de la red alimentadora y rural de carreteras (Islas, 2004).

Su cercanía con el mayor mercado del país hizo de la Región Centro un área bien comunicada que logró avances paulatinos en

la construcción de caminos rurales así como en el desarrollo de las principales arterias que conectan a la ciudad de México con el resto del país, y por ende con las ciudades de la corona, pero sin modificar este esquema radial y sin estructurar una red vial más eficiente. Durante la segunda mitad del siglo xx se conservaron las carreteras federales y además se fue construyendo y poniendo en operación un conjunto de autopistas de cuota con altas especificaciones que comunica a la ciudad de México con las capitales regionales: en 1952 se inauguró la autopista México-Cuernavaca, en 1958 la México-Querétaro y en 1965 la México-Puebla. Por último, el tramo de autopista de 22 kilómetros de longitud entre México y Toluca, que mejora la accesibilidad con la capital del Estado de México, se concesionó en 1989.

Entre 1990 y 2000 se incrementó cerca de 10% la red vial en la Región Centro, y al final de este periodo las carreteras pavimentadas representaban 15% de las del país. Los tipos de vialidades dominantes en estas zonas eran las revestidas (46.4%) y las pavimentadas (52.1%) y sólo 1.4% correspondía a brechas mejoradas y terracerías.

La red ferroviaria no se expandió durante la segunda mitad del siglo xx de ahí que la concentración en el territorio regional sea fuerte, pues los 4 568 kilómetros de vías representan 17.2% de la red nacional. Esta infraestructura está subutilizada y se concentra principalmente en los estados de México, Puebla e Hidalgo (cerca de 70%). Uno de los proyectos más atractivos para mejorar el transporte suburbano en la ZMCM es el desarrollo de tres líneas de ferrocarril suburbano de pasajeros que utilizarían en parte los derechos de vía existentes. El primero de estos proyectos está en construcción y va de la estación Buenavista en el DF a Cuautitlán en el Estado de México. Se proyecta que las otras dos líneas conecten a Ecatepec.

Como consecuencia lógica de esta forma de estructuración de la red de comunicaciones se impulsó la concentración demográfica y económica en la capital y se desalentó la relación entre el resto de las ciudades regionales. En efecto, el esquema radial de comunicaciones terrestres prolonga los recorridos entre esas

ciudades, pues hace que, por ejemplo, para comunicar Querétaro con Tlaxcala se tengan que recorrer 367 km y 340 km con Puebla, mientras que la distancia máxima del Distrito Federal a la ciudad más distante, Querétaro, es de sólo 215 kilómetros.

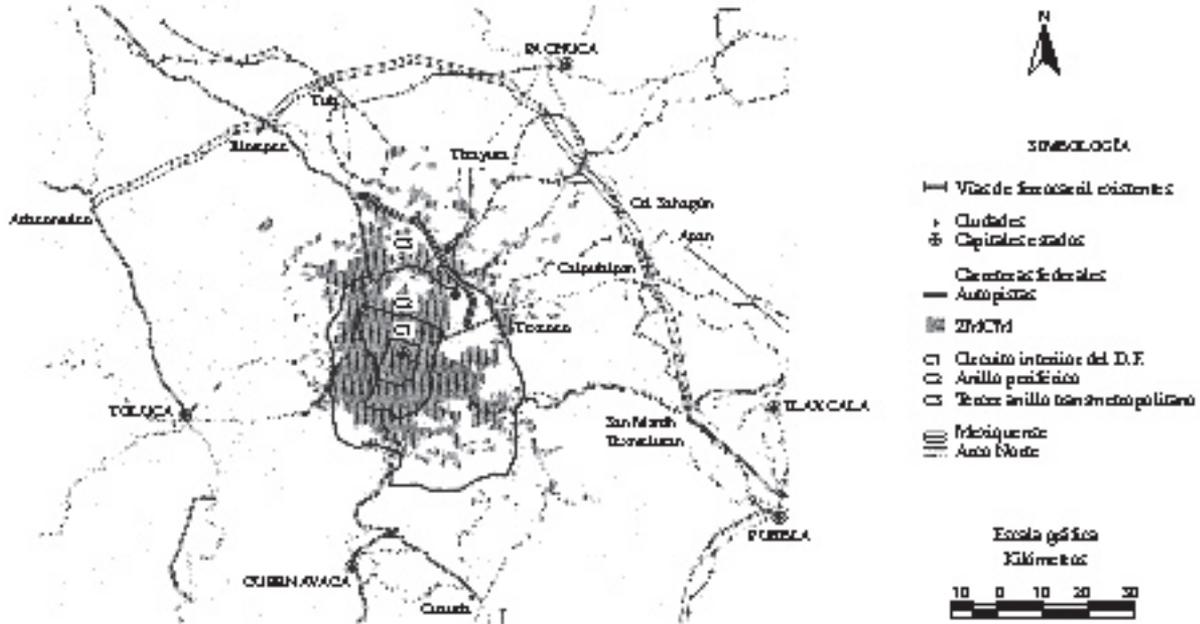
Precisamente esta estructura radial constituye una de las principales causas del congestionamiento vial crónico que sufre la ZMCM, pues ocasiona la concentración de vehículos en la zona central, origen y destino obligado de los vehículos en circulación. Como no hay vías de comunicación aceptables entre las ciudades de provincia es preciso transitar por la ZMCM (aun cuando el destino final se localice fuera de ella.² Es el caso de pares de ciudades como Toluca-Cuernavaca, Pachuca-Puebla, o Querétaro-Puebla.

Una red de este tipo no es eficiente para fortalecer la interacción espacial de las ciudades de la corona, pues las hace poco accesibles (mapa 13). Esto puede explicar que precisamente entre tales entidades los lazos generados por los flujos de carga y de personas (migratorios) sean aún muy débiles, como muestran la gráfica 8.1 y los datos presentados en el capítulo II, relativo a los reacomodos poblacionales.

Poco a poco, a un ritmo que se antoja demasiado lento, se ha ido tratando de aliviar esta hiperconcentración mejorando la conectividad de la red vial. En la capital se ha logrado dar mayor fluidez al tránsito construyendo vialidades anulares o tramos de éstas (arcos) que cada vez se encuentran más alejados del centro histórico. Destacan el circuito interior, el anillo periférico, aún inconcluso, algunos tramos del tercer anillo (autopista La Venta-Chamapa) y algunas vialidades tangenciales de cuota como los tramos del llamado Circuito Mexiquense. Entre los proyectos para el futuro es relevante el llamado circuito megalopolitano, que establecería ligas entre las principales ciudades de la Región Centro.

² Las vías periféricas al Distrito Federal presentan deficiencias de servicio y ofrecen menor seguridad y confort; éste es el caso de la carretera Pachuca-Tlaxcala, que atraviesa diversas poblaciones y se integra con tramos de carreteras cuyas especificaciones técnicas son heterogéneas.

MAPA 13
Región Centro: esquema global de comunicación



Fuente: Secretaría de Comunicaciones y Transportes (2006). *Atlas de Comunicaciones y Transportes-México*, Secretaría de Comunicaciones y Transportes-Coordinación General de Planeación y Centros scy, México.

Al planificar su futuro se han considerado los inconvenientes que todo esto acarrea para un desarrollo territorial equilibrado en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México y en la Región Centro. Así, el Programa de Ordenación de la Zona Metropolitana del Valle de México incluye entre sus objetivos el desarrollo de anillos viales alrededor del centro de la ciudad para romper el esquema radial, mejorar la conectividad de la red y disminuir la congestión vial existente. Una red vial completa, bien integrada y bien articulada (con nodos bien resueltos, con distribuidores viales eficientes, pasos a desnivel, etc.) es crucial para favorecer el desarrollo de flujos e intercambios de bienes, servicios y personas cada vez más complejos y variados entre los elementos del sistema, y por ende una verdadera integración funcional y la consolidación del espacio urbano y regional.

Un elemento de vital importancia para mejorar la red de comunicaciones en la Región Centro es el llamado Arco Norte (véase el mapa 13), el cual conectará Atlacomulco en el Estado de México, con San Martín Texmelucan en Puebla, intersectando con las autopistas México-Querétaro, México-Pachuca y México-Puebla y permitiendo el libramiento de la ZMCM al tráfico con dirección norte-sureste, que en términos de carga es el más pesado. En efecto, la participación de los camiones de carga en la carretera México-Querétaro era de 27% de los vehículos totales que transitaban por esa vía en 1989, y de 23% de los que iban sobre la carretera México-Puebla. Éstas son las proporciones más elevadas entre los flujos de las vías radiales al Distrito Federal.³

Otro dato que refleja la importancia del libramiento norte es que entre 1991 y 2002 los tramos de carreteras periféricas al Distrito Federal que alcanzaron las mayores tasas de crecimiento del tránsito de vehículos diario promedio anual (TDPA) unen al Estado de México con Querétaro, a Querétaro con Hidalgo y a Hidalgo con Tlaxcala, lo que muestra la creciente demanda de

³ Dato citado en Islas *et al.*, 2004:93. Fuente: Camarena y Salgado, 1996, con base en datos viales de la scr.

servicio carretero en el área de influencia del Arco Norte durante los últimos años (Islas, 1998).

La ubicación de la Región Centro en la geografía nacional hace necesario también el desarrollo de vías de comunicación adecuadas para canalizar el tráfico con dirección este-oeste sin cruzar por la ciudad de México, para lo cual se construye actualmente la autopista México-Tuxpan, que conecta con el Arco Norte a la altura de Tula, Hidalgo y que permitirá la comunicación de costa a costa entre el Océano Pacífico y el Golfo de México.

FLUJOS DE TRANSPORTE INTRARREGIONALES

Sobre la red de vialidades principales se desarrollan los sistemas de transporte, de carga y de pasajeros. Los flujos de tránsito vehicular se miden con base en datos del tránsito diario promedio anual (TDPA),⁴ cuyas cifras para los años 1991 y 2002 aparecen en el cuadro 8.1 y su presentación en el mapa 14. Como era de esperarse por la forma en que se ha estructurado la red vial, los movimientos más importantes son de tipo radial y destacan las carreteras México-Toluca, con 83 000 movimientos diarios en ambos sentidos en 2002 y México-Pachuca con 65 000. Le siguen con proporciones similares los movimientos entre las ciudades de México-Cuernavaca, México-Puebla y México-Querétaro (entre 35 000 y 36 000 movimientos diarios en ambos sentidos).

Del conjunto de flujos en los distintos tramos que componen la red regional de carreteras se deduce que es necesario mejorar las vías periféricas entre las principales ciudades regionales para lograr un mejor balance de los flujos de esta red.

⁴La medición del TDPA incluye flujos de vehículos de diverso tipo (automóvil, autobús y camiones de carga). Se contabilizan los flujos con origen y destino en la Región Centro y también se incluyen los movimientos hacia y desde las poblaciones que están fuera de la región pero cuyo origen o destino se encuentra dentro de ella.

CUADRO 8.1
Evolución de los movimientos radiales desde la ZMCM

<i>Carretera de la ciudad de México a:</i>	<i>1991 Ambos sentidos</i>	<i>2002 Ambos sentidos</i>	<i>Crecimiento ambos sentidos</i>	<i>TCMA %</i>
Cuernavaca	27 378	35 928	8 550	2.50
Toluca	66 801	83 023	16 222	2.00
Puebla	27 627	35 468	7 841	2.30
Querétaro	26 159	35 408	9 249	2.80
Pachuca	54 068	65 370	11 302	1.70

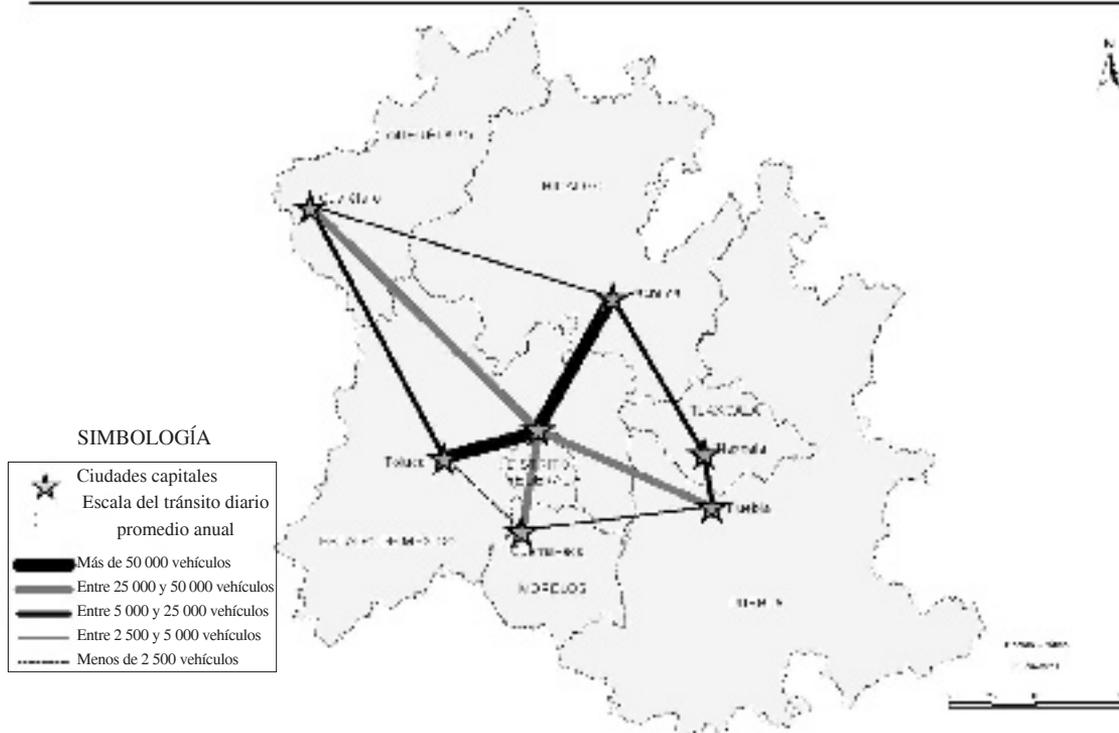
Fuente: Islas *et al.*, 2004.

En la Región Centro hay 19 terminales centrales y 51 terminales individuales para el autotransporte federal de pasajeros. La evolución de las corridas del servicio de pasajeros en 1988 y 2002 muestra que se redujo la cantidad de personas movidas entre las terminales de la región. La caída se calcula en alrededor de 27% respecto al año inicial, superior a 23% del total nacional. Este decremento puede atribuirse al incremento constante y creciente de los índices de motorización (número de automóviles por 1 000 habitantes) que favorece los viajes en automóvil, y también a la reducción del poder adquisitivo de la población de bajos ingresos que afecta la movilidad intrarregional.

En su análisis del tráfico en estas rutas y del origen y destino de los viajes, Camarena y Salgado (1996) encuentran que las terminales del DF y el Estado de México tienen flujos de origen y de generación de viajes de 100 y 77% respectivamente, lo que denota la importancia de la capital como origen y destino de los flujos; asimismo advierten que en las terminales de Puebla y Querétaro predominan las “corridas de paso”, lo cual pone de manifiesto su calidad como nodo de primer orden en las comunicaciones con el ámbito extrarregional.

El intercambio de mercancías en el país y dentro de la región se lleva a cabo básicamente por carretera. En 1990 prácticamente la mitad de los flujos de carga entre las entidades regionales te-

MAPA 14
 Región Centro: Esquema de flujos interurbanos (TDPA), 2002



Fuente: Instituto Mexicano del Transporte, scf, 2004, Publicación Técnica núm. 232, fig. 3.1.

nían origen o destino en el Distrito Federal. Al sumar este flujo con el del Estado de México (como aproximación a la ZMCM), se encontró que dos tercios de la carga intrarregional salieron o llegaron a esta ciudad.⁵ Para el transporte de carga sólo se cuenta con tres terminales exclusivas de carga, una en el DF, otra en el Estado de México y la última en Hidalgo.

Estos mismos autores, con base en las estadísticas de los flujos de carga en las vías radiales hacia la ciudad de México y en los tramos exteriores entre las ciudades de la corona, encuentran que hacia 1990 los primeros concentraban 82.3% del volumen total de carga y los segundos sólo 14.5%. Al considerar los flujos de carga entre pares de lugares de origen y destino advierten que los de Puebla al DF, los de Querétaro al DF y los del Estado de México al DF fueron los de mayor tonelaje diario promedio, seguidos por los volúmenes de los pares inversos del Distrito Federal hacia dichas entidades.⁶

El transporte intrarregional de carga por ferrocarril es bajo; 6.7 millones de toneladas fueron remitidas en 1996 y 17.5 millones recibidas. La carga remitida disminuyó en el periodo de 1990 a 1996 y la recibida permaneció prácticamente igual. Los flujos dominantes se concentran en la ZMCM, y en ellos predominan los materiales de construcción, como la piedra caliza y el cemento.

INFRAESTRUCTURA AEROPORTUARIA

Nuestra región de estudio cuenta con cuatro aeropuertos internacionales y dos nacionales; los primeros están ubicados en el Distrito Federal, Toluca, Puebla y Querétaro, y los de servicio nacional en Cuernavaca y Tehuacán. Los viajes de pasajeros por

⁵Las cifras sobre el balance de flujos intrarregionales de carga en los estados del centro del país para 1990 aparece en el documento de Islas *et al.*, 2004.

⁶A partir de estos y otros aspectos analizados, Camarena y Salgado concluyen que la interacción en la región está limitada tanto por la desigualdad de las

avión que se realizan en el interior de la región son muy limitados: la estadística oficial para el año 2000 registró 27 000 pasajeros repartidos en 2 200 vuelos, lo que representa una ocupación promedio de 12 pasajeros por vuelo.

En contraste destaca la importancia del Aeropuerto Internacional Benito Juárez de la ciudad de México como origen y destino preponderante de los viajes internacionales e internos. La capacidad de este aeropuerto se encuentra saturada, tanto la de pasajeros como la de carga, por lo que resulta indispensable ampliarla. A partir del reconocimiento de la insuficiencia de la infraestructura aeroportuaria de la ciudad de México para atender la demanda de vuelos en el corto plazo, entre el año 2000 y el 2001 se discutieron las alternativas viables para solucionar tan grave problema, ya que buena parte del desarrollo económico y la competitividad de esta ciudad se apoyan en la calidad de las comunicaciones aéreas.⁷

La decisión respecto a la localización de un nuevo aeropuerto para la ciudad de México será de gran trascendencia para el desarrollo futuro de ésta y de la Región Centro. Hoy día los aeropuertos internacionales de las grandes ciudades del mundo son uno de los elementos con mayor potencial estructurador del desarrollo de las regiones a las que sirven. Esto se debe fundamentalmente a que los proyectos de infraestructura a gran escala como los aeropuertos tienen efectos económicos, demográficos y sociales permanentes o de larga duración que van mucho más allá de los que afectan a los espacios vecinos. Algunos de estos

entidades como por la subordinación de todas a la ciudad de México. El papel mediatizador de la interacción de las entidades federativas que cumple la ciudad de México restringe el uso y explotación de los recursos de la Región Centro.

⁷ Con anterioridad se había analizado en la Secretaría de Comunicaciones y Transportes la posibilidad de desarrollar un sistema aeroportuario en el centro del país, cuyo nodo básico se encontraría en el Aeropuerto Internacional de la ciudad de México, pero al parecer ésta no sería una solución satisfactoria a largo plazo, por lo cual se optó por construir un nuevo aeropuerto con mayor capacidad.

efectos están directamente asociados con la construcción y operación de la infraestructura, y otros constituyen efectos indirectos (multiplicadores) de los primeros.

Además, las necesidades que genera la operación eficiente de un nuevo aeropuerto (carga y pasajeros) impulsan el desarrollo de la infraestructura de transportes multimodales, ya que el aeropuerto es el nodo de interconexión entre el modo de desplazamiento aéreo y el terrestre. Esto favorece el ordenamiento de las viejas y nuevas actividades con una visión general acorde con el funcionamiento deseable del espacio metropolitano como regional.

Como respuesta a la apertura de mercados se ha incrementado sensiblemente el intercambio comercial entre países, y ello se refleja en una tendencia al crecimiento de la carga aeroportuaria, mayor aún que la de pasajeros en todo el mundo (OACI, 1997). Para facilitar el movimiento de carga en el aeropuerto y agilizar distribución a todo el país resulta conveniente desarrollar buenas comunicaciones terrestres por carretera y por ferrocarril. El aeropuerto es un nodo clave en la red de comunicaciones, ya que constituye un esencial punto de transferencia entre dos modos de transporte: el aéreo y el terrestre. Por ello conviene que en sus inmediaciones se desarrolle una plataforma adecuada de transferencia multimodal, para carga y para pasajeros. A este respecto se observa que en el mundo, y especialmente en Europa, se están desarrollando cada vez más las conexiones por ferrocarril, tanto entre los aeropuertos y las ciudades, como de los aeropuertos hacia otros puntos de la red ferroviaria (ICAO, 1993).

Independientemente del poder que tendría la construcción de un nuevo aeropuerto para inducir cambios en la ordenación del territorio a escala regional, conviene considerar los efectos urbanos locales, es decir, los que se pueden producir en las cercanías de estas instalaciones. Cabe mencionar al respecto que las secuelas que generan los aeropuertos en las zonas aledañas difieren mucho entre países: mientras en Europa se habla de auténticas “ciudades-aeropuerto”, en Estados Unidos no hay este tipo de

desarrollos urbanos cercanos a las instalaciones aeroportuarias; sólo los servicios que dependen directamente de ellas se instalan cerca, así como ciertas oficinas especializadas y algunos hoteles y servicios generales. La población tiende a alejarse del ruido, la contaminación y las incomodidades que ocasiona el funcionamiento aeroportuario.

Lo ocurrido en otros países difícilmente podría asimilarse al caso mexicano. En nuestro país, y en particular en la ciudad de México, cerca del aeropuerto se han establecido desarrollos habitacionales de población de ingresos bajos atraída por los empleos no calificados que indirectamente generan las actividades aeroportuarias. Esto obedece básicamente a la presión demográfica y a la poca oferta de áreas bien comunicadas para el asentamiento de los pobres. Sólo algunos hoteles y oficinas se han construido en las inmediaciones del Aeropuerto Internacional Benito Juárez de la ciudad de México debido a su cercanía relativa al centro de la ciudad, en donde hay importantes hoteles, oficinas, comercios y todo tipo de servicios urbanos.

Considerando estos antecedentes podemos pensar que la construcción y puesta en operación del nuevo aeropuerto ocasionará como uno de sus efectos más importantes la atracción de población trabajadora y residente debido a la gran inversión que implica una obra de esta magnitud y a que genera empleos directos e indirectos durante la etapa inicial de la construcción y en las subsiguientes, cuando está operando.

Se considera que el nuevo aeropuerto posiblemente atraerá de forma “inducida” inversiones en otras ramas vinculadas con la actividad aeroportuaria: industrias y servicios relacionados con la aeronáutica, negocios, turismo, hoteles, restaurantes, oficinas, centros de reunión, etc. La ubicación de estos servicios, cerca o lejos de las instalaciones aeroportuarias, dependerá del desarrollo futuro de la estructura urbano metropolitana de esta gran ciudad.

LA LOCALIZACIÓN DEL NUEVO AEROPUERTO DE LA CIUDAD DE MÉXICO. IMPACTO EN EL DESARROLLO URBANO Y REGIONAL

Los estudios técnico aeronáuticos eligieron a Texcoco, en el Estado de México, y Tizayuca, en Hidalgo, como las opciones viables (MITRE Corporation, 2000). También expusieron que la ampliación del aeropuerto actual crea otra alternativa, con el inconveniente de que ocuparía zonas actualmente urbanizadas. En los análisis sobre las dos localizaciones posibles intervinieron grupos de especialistas en aeronáutica, ambientalismo, ingeniería, urbanismo, etc., tanto nacionales como extranjeros. Aquí sólo interesa destacar lo relativo al impacto urbano y regional.

La distancia y la accesibilidad son relevantes desde muy diversos puntos de vista. Lo más importante es que para los usuarios del servicio y los trabajadores del aeropuerto es indispensable poder llegar al aeropuerto desde sus hogares en tiempo y condiciones aceptables y así cumplir con el requisito de puntualidad que este servicio exige.

Pero tales factores son igualmente relevantes desde el punto de vista del funcionamiento de la ciudad. En efecto, la distancia del servicio respecto a su demanda, y la accesibilidad al aeropuerto desde distintos puntos de la zona metropolitana y de su región de influencia afectarán de manera significativa el desarrollo de la estructura vial y por ende el de la ciudad misma. La distancia respecto al centroide de la demanda, ubicado en la Fuente de Petróleos, es muy distinta para las dos propuestas de localización: 34 km en el caso Texcoco y 80 km en el caso Hidalgo.

En la opción Texcoco la distancia es aceptable para un aeropuerto, pero la accesibilidad debe ser mejorada. El acceso para la mayoría de los usuarios (aproximadamente 80%) que proviene del poniente de la Zona Metropolitana, de Cuernavaca y de Toluca implica que deberán cruzar la ciudad utilizando las vialidades congestionadas de la capital. Por ello la propuesta del aeropuerto en Texcoco requiere para operar de manera aceptable que se mejoren las comunicaciones terrestres, principalmente mediante la ampliación de las vialidades actuales y

la construcción de otras, concentradas alrededor de las nuevas instalaciones.

Este proyecto también propone impulsar el mejoramiento de la accesibilidad desde las principales ciudades de la corona mediante la construcción de nuevos tramos de carreteras hacia Huehuetoca y Chalco para tener comunicación con la autopista México-Puebla. En el mediano plazo se proyecta también el acceso por metro mediante la continuación de la línea “B” que llega a Ciudad Azteca. La estimación del tiempo promedio de traslado al aeropuerto de Texcoco, una vez construidas las vialidades necesarias, varía entre 30 y 50 minutos (Covarrubias, 2001).

La opción de localización en Texcoco estaría entre el anillo periférico y el tercer anillo, y la opción Hidalgo entre este último y el anillo megalopolitano, y cada uno favorecería el desarrollo de las vialidades necesarias para su adecuada operación. La ubicación en Texcoco promovería en primera instancia la ampliación y construcción y de vialidades intrametropolitanas para mejorar la accesibilidad a las instalaciones aeroportuarias, pero tendría un menor impacto en la reestructuración regional del territorio.

En cuanto a las consecuencias territoriales de esta propuesta, se advierte un efecto adverso: se alentaría el poblamiento de zonas que no es conveniente urbanizar; no sólo el ex Lago de Texcoco sino vastas áreas ubicadas a su alrededor. A este respecto se sostiene que se debe evitar dar usos urbanos a los terrenos proclives a riesgos naturales y tecnológicos. Las áreas no urbanizables incluyen también zonas con potencialidad agrícola y pecuaria, como la mayoría de las que rodean el espacio propuesto para la construcción del aeropuerto.

El nuevo aeropuerto no detendrá la urbanización en la zona, pues una de las características de este proyecto es precisamente la de ser un detonador del desarrollo urbano. Las medidas propuestas para acotar la urbanización sólo se refieren al ex lago. “Como consecuencia de la ubicación del aeropuerto en Texcoco se ampliará y delimitará la zona federal para que la urbanización no penetre en esta nueva zona federal”. La primera medida que

se tomaría es cambiar el uso del suelo de agrícola a de servicios, pues para la ampliación de la zona federal se utilizarían tierras agrícolas fértiles. “La ampliación de la zona federal implica la adquisición de 6 408 ha., de las cuales 2 340 son de riego, 461 de temporal y 3 679 de agostadero” (Comisión Nacional del Agua, 1999).

Esta primera medida fue bloqueada por los habitantes del municipio de Atenco, quienes se opusieron enérgica y violentamente a la expropiación y a la construcción del aeropuerto en Texcoco. Con ello detuvieron el avance de este importante proyecto.

Como parte del impacto urbano de esta propuesta debe considerarse el cierre definitivo del Aeropuerto Internacional Benito Juárez de la ciudad de México, ya que la operación en alguno de los aeropuertos, ya sea el de Tizayuca o el Benito Juárez, obstaculizaría la del otro. En consecuencia, si el gobierno federal decidiera el desarrollo del proyecto Tizayuca, el predio y las instalaciones del actual aeropuerto de la ciudad de México (750 hectáreas) cambiarían de uso probablemente a zona de servicios, equipamiento urbano y vivienda, por lo que entrarían en juego otros intereses tanto del gobierno del Distrito Federal como del sector privado.

En el caso de que se optara por la localización en Hidalgo, la distancia respecto al centroide de la demanda constituiría la mayor desventaja. Para que tal opción fuera viable y eficiente sería necesario resolver adecuadamente este problema. Quienes han desarrollado el proyecto proponen asimismo que se construyan y mejoren algunas vialidades, mayormente las carreteras, para optimizar la conectividad de la red que comunica al sitio. La operación de un tren ligero (tren radial) desde la estación de Buenavista hasta el aeropuerto de Tizayuca mejoraría la accesibilidad al mismo, y esta propuesta la considera deseable (COPLA, s.f.).

Con base en el marco de referencia del Programa de ordenación de la Zona Metropolitana del Valle de México se observa que la opción de Tizayuca está más acorde con la “imagen objetivo”. Las comunicaciones hacia esta zona, necesarias para la

buena comunicación de la ciudad con el aeropuerto, favorecerían el desarrollo de las nuevas zonas urbanas que es deseable desarrollar en los próximos 50 años. Como uno de los efectos más favorables se alentaría la construcción del libramiento norte, que liberaría a la ciudad de México del tráfico innecesario.

La ubicación del aeropuerto en Tizayuca sería congruente con el Programa de Ordenación de la Zona Metropolitana del Valle de México implantado por los gobiernos del Estado de México, el Distrito Federal y la Secretaría de Desarrollo Social, y que constituye sólo una parte, aunque medular, de un proyecto integral que abarca la construcción de zonas habitacionales de alta y baja densidad, de complejos industriales y educativos de varios niveles, de centros comerciales, y de servicios médicos, culturales, recreativos, civiles y de gobierno de primera calidad. Por la magnitud de los impactos económicos que acarrearía el nuevo aeropuerto, el desarrollo urbano que induciría tanto en el Estado de México como en Hidalgo (el llamado Proyecto Hidalgo propuesto por las autoridades estatales competentes abarca en total unas 65 000 hectáreas) impulsaría la creación de un centro urbano de magnitud considerable en esa zona.

Desde el punto de vista territorial esta propuesta coincide con el ramal menos desarrollado de la corona regional, y el hecho de que esté fuera de la vía de desarrollo Querétaro-DF-Puebla refuerza su potencial restructurador del desarrollo regional al evitar el paso innecesario por el Distrito Federal.

Una ventaja adicional es que coincide con las nuevas áreas de urbanización del valle propuestas por el Programa de Ordenación, en particular el nodo Nueva Teotihuacán. El del aeropuerto en Tizayuca, Hidalgo, no es un plan de infraestructura para el transporte aislado, pues forma parte de un proyecto de plataforma multimodal para apoyar el desarrollo regional y metropolitano en un horizonte temporal de largo plazo.

En 2001 el gobierno federal anunció la decisión de construir la nueva terminal aeroportuaria en Texcoco y difundió que habría de ser la obra de infraestructura más significativa e importante del sexenio de Vicente Fox. De inmediato surgieron

las manifestaciones de oposición de los campesinos de Atenco, a quienes no se tomó en cuenta para llegar a tal decisión y se sintieron atropellados por las bajas indemnizaciones propuestas para las expropiaciones. Ante la violencia de sus reacciones el gobierno federal, representado por la Secretaría de Comunicaciones y Transportes, dio marcha atrás a su decisión. El gobernador del Estado de México no fue informado de ello previamente, lo que generó una gran molestia en la entidad y puso de manifiesto nuevamente la falta de coordinación entre los gobiernos estatales, municipales y federal.

Más allá de la resistencia de los campesinos, se aprovecharon la desaceleración económica mundial y nacional, y las consecuencias de los ataques terroristas de septiembre de 2001, que repercutieron directamente en la disminución del movimiento en los aeropuertos, para posponer nuevamente la decisión. El proyecto dejó de ser urgente. Las largas discusiones que enfrentaron a los grupos políticos, técnicos, empresariales y académicos del Distrito Federal, el Estado de México y el estado de Hidalgo reflejaron, más allá del interés legítimo de cada uno en este proyecto, la ausencia de un interés superior por encontrar la mejor solución para satisfacer una necesidad metropolitana, regional y nacional, y evidenciaron la prevalencia de miras más cortas que privilegian el interés local sobre el global.

La presente administración autorizó más tarde la construcción y operación de un aeropuerto de carga en Tizayuca, y paralelamente ha desarrollado en el aeropuerto Benito Juárez obras de remodelación, mejoramiento y ampliación de salas de espera que elevarán al máximo la eficiencia de sus instalaciones, pero sin ampliar sustancialmente la capacidad de la única pista de aterrizaje. Otra medida de alivio a la demanda ha sido la autorización de vuelos de líneas comerciales de bajo costo en el aeropuerto de la ciudad de Toluca.

Debido a que el número de vuelos, y por tanto la demanda de servicios aeroportuarios, suele crecer al ritmo del desarrollo económico de los países, y a que éste ha sido muy lento en los últimos años en México, la capacidad del actual aeropuerto

internacional no ha sido aún rebasada, pero será indispensable que la próxima administración tome una decisión definitiva sobre la política a seguir para asegurar un manejo eficiente, sustentable y de buena calidad respecto a este importante medio de transporte.

Los hechos pusieron también de manifiesto la escasa habilidad política y negociadora del nuevo gobierno, y el costo ha sido que la Región Centro del país siga careciendo hasta hoy de una infraestructura aeroportuaria y vial de primer nivel en la que pueda cimentarse el funcionamiento de una verdadera “ciudad-región global”, competitiva y eficiente.

La ciudad de México necesita grandes obras de infraestructura de comunicación acordes con el avance tecnológico para funcionar competitivamente en la red de crecientes intercambios del mundo globalizado y operar en una escala regional más amplia que su zona metropolitana. Tales son los casos del aeropuerto, la red carretera, los trenes rápidos y los sistemas multimodales de transporte (véase Delgado, 1998).

Las acciones emprendidas por el gobierno mexicano ante la intensificación de las comunicaciones y el incremento de los intercambios comerciales en los últimos años reflejan una intención poco comprometida en la solución de los problemas de la capital y opuesta al reordenamiento del territorio regional.

Véase por ejemplo cómo las grandes inversiones dedicadas a modernizar las autopistas reforzaron el esquema radial hacia la ciudad de México y con ello incrementaron el congestionamiento de la capital, en lugar de impulsar la estructuración de una red vial cuyas mejoras en la conectividad facilitarían un tránsito más fluido.

La construcción de un sistema de accesos, libramientos y circuitos periféricos eficiente, así como la optimización de la comunicación carretera entre las ciudades de la región han sido pospuestas una y otra vez. Su puesta en marcha haría más difícil la entrada y salida de la ciudad de México y daría más movimiento a las ciudades regionales, pero sobre todo acarrearía beneficios enormes para todo el sistema urbano central.

Asimismo la prolongada indefinición (que ya se cuenta en sexenios) respecto a la localización y construcción del nuevo aeropuerto internacional de la ciudad de México ocasiona la imposibilidad de aprovechar esa oportunidad de ordenamiento espacial a escala regional.⁸ Esta situación no es exclusiva de México. En todos lados vemos que las innovaciones en los transportes pueden romper el equilibrio establecido en un mercado al que concurren grupos económicos fuertes como los grandes transportistas, contratistas, constructores, proveedores, etc. Los enormes intereses ligados a la transportación aérea y carretera suscitan una oposición vigilante hacia todo aquello que pueda hacerles competencia.

La dependencia de los transportes respecto al Estado y los poderes locales suele acarrear interferencias políticas que retardan las decisiones más de lo conveniente, y en muchas ocasiones tales decisiones no corresponden a lo que dictaría la sana gestión del sector transportes (Wolkowitsch, 1992).

BIBLIOGRAFÍA

ANTÚN J.P., C. SANTOS, C. y A. LOZANO

“Escenarios de impacto de una nueva autopista en la logística de distribución metropolitana”, México, Instituto de Ingeniería, Laboratorio de Transporte y Sistemas Territoriales, unam, mimeo (s.f.),

CAMARENA LUHRS, Margarita y Mario SALGADO VIVEROS

“Movimientos radiales y periféricos en la Región”, en J. SERRANO MORENO (coord.), *De frente a la ciudad de México ¿El despertar de la Región Centro?*, México, CRIM-UNAM, 1996.

⁸ Un ejemplo ilustrativo en México es el caso de la participación de grupos empresariales en las decisiones sobre la construcción del metro y los ejes viales en la ciudad de México. Véase el análisis de Alicia Ziccardi, 1989.

COMISIÓN NACIONAL DEL AGUA, GERENCIA REGIONAL DE AGUAS DEL VALLE DE MÉXICO

*Estudio preliminar del drenaje de las zonas oriente y su-
deste de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México,*
México, Conagua, junio, 1999.

COPLA CONSULTORES

*Opciones de localización del nuevo aeropuerto de la ciudad
de México. Análisis urbano-territorial,* México, s.p.i.

COVARRUBIAS, F.

“Aeropuerto Internacional de México. Desarrollo urbano”,
Ponencia presentada en la Reunión de evaluación sobre las
opciones de localización del nuevo aeropuerto internacional
de la ciudad de México, México, INAINE/El Colegio de Méxi-
co, febrero, 2001.

DELGADO, Javier

*Ciudad-región y transporte en el México central: un lar-
go camino de rupturas y continuidades,* México, Plaza y
Valdés/Universidad Nacional Autónoma de México, 1998,
(Colección Ciudad y Región).

ISLAS RIVERA, Víctor Manuel, Salvador HERNÁNDEZ GARCÍA y Sil-
via BLANCAS RAMÍREZ

El transporte en la Región Centro de México, vol. 1, *Diag-
nóstico general,* Sanfandila, Querétaro, Secretaría de Comu-
nicaciones y Transportes/Instituto Mexicano del Transporte,
2004 (Publicación técnica, 232).

INTERNACIONAL CIVIL AVIATION ORGANIZATION (ICAO)

*Procedures for Air Navigation Services-ircraft Operations
(pans-pos), Plus Amendments,* Montreal, Quebec, Canadá,
s.e., 1993 (doc. 8168-OPS/611).

ISLAS R., Víctor

“Política caminera en México, algunas implicaciones para el medio rural”, ponencia presentada en el seminario Los pequeños productores rurales, las reformas y las opciones, México, El Colegio de México, 10 de septiembre, 1998.

MAGAÑA CERVANTES, Norma M.

“Localización del comercio detallista moderno en el Distrito Federal: crecimiento y áreas de mercado”, tesis de maestría en desarrollo urbano, México, El Colegio de México, 1996.

MITRE, Corporation

El futuro aeropuerto de la ciudad de México: Estudios de factibilidad técnica, s.p.i., octubre, 2000.

ORGANIZACIÓN DE AVIACIÓN CIVIL INTERNACIONAL

Anuario estadístico de la OACI. Estadísticas mundiales de aviación civil, 1997, s.p.i., 1997.

WOLKOWITSCH, Maurice

Géographie des transports, París, Armand Colin, 1992 (Collection Cursus, série Géographie).

ZICCARDI, Alicia

“Empresas de la construcción y grandes obras en la ciudad de México”, en Gustavo GARZA VILLARREAL (comp.), *Una década de planeación urbano-regional en México, 1978-1988*, México, El Colegio de México, 1989.

REFLEXIONES FINALES

La Región Centro de México está en proceso de consolidación. En ningún momento dentro de su desarrollo se ha cruzado el umbral para poder considerarla como tal, sin embargo a lo largo de este texto hemos detectado ciertos avances o potencialidades reales y algunos obstáculos que será difícil sortear de seguir por ese camino. Los procesos más recientes de redistribución poblacional, relocalización industrial y descentralización político administrativa son manifestaciones del impulso de recomposición social y territorial generado por la apertura comercial y la competencia internacional.

La redistribución de funciones entre las distintas jerarquías de gobierno es el punto neurálgico de la descentralización político administrativa en marcha. En los últimos sexenios los gobiernos federales se han centrado en la regulación de la macroeconomía y han dejado a los locales la provisión de los servicios y el desarrollo municipal y urbano.

En la exploración del origen y las vicisitudes del sistema federal mexicano se entienden mejor las raíces del centralismo del sistema político nacional y la trascendencia de los esfuerzos descentralizadores que se han emprendido en las últimas décadas. La cadena que une al sistema político nacional con el desarrollo de la región cuenta entre sus eslabones más importantes a la descentralización, que redistribuye funciones entre las diversas jerarquías de gobierno, los cambios constitucionales orientados a fortalecer las instancias municipal y local, y el sistema de planificación urbano y regional.

Una mirada retrospectiva nos recuerda que Puebla y la ciudad de México nunca han formado parte de un espacio político administrativo único, de ahí las dificultades y dilaciones de una integración regional bastante discutible. En contraste, la historia descubre lazos embrionarios entre el Distrito Federal, el Estado de México, Morelos Hidalgo y Querétaro, así como el “pecado

original” del despojo de la ciudad de México como capital del estado del mismo nombre. En una historia regional, las primeras relaciones de poder que se ejercieron sobre el territorio han vuelto a aparecer una y otra vez con rostros aparentemente nuevos, y su espectro campea aún en el escenario político del centro del país, particularmente cuando están en juego intereses mayores, como en el caso del nuevo aeropuerto internacional de la ciudad de México.

Después de un largo periodo de reducción del poder real del municipio, con los cambios que se ensayaron durante los últimos gobiernos se le restituyó su papel y se le dotó de instrumentos más adecuados para que pudiera asumir nuevas funciones en aras de un desarrollo urbano más autogestivo, aunque con recursos financieros muy limitados. Sin embargo en las regiones las acciones de planeación y ejecución de obras no lograron el consenso ni la colaboración necesarios entre los gobiernos federal, estatal y municipal, y los mecanismos de coordinación metropolitana fueron débiles y escasos.¹ Es necesario y reconocer que las ventajas de la cooperación de las regiones no surgen sólo de la contigüidad, sino que hay que construirlas con acuerdos de colaboración efectiva, tanto pública y privada como entre las jerarquías de gobierno, para impulsar las acciones que favorezcan el surgimiento de las economías y las ventajas derivadas de la aglomeración en esta escala.

En el ámbito demográfico observamos que en los últimos 25 años la población de la Región Centro ha cambiado sus preferencias en cuanto a lugar de residencia. En contraste con la unidireccionalidad de las tendencias anteriores en pos de residir en el Distrito Federal, en donde el elevado valor del suelo y los costos de congestión son elementos de mucho peso, ha sobrevenido un

¹ Hasta muy recientemente y tras la creación del Fondo Metropolitano, con recursos concurrentes de la federación, el Distrito Federal y el Estado de México, se han financiado obras de interés común. De igual forma es un esfuerzo pionero en esta dirección la iniciativa de los gobernadores de las entidades regionales del centro occidente de México (Jalisco, Nayarit, Aguascalientes, Zacatecas, San Luis Potosí, Guanajuato, Querétaro, Michoacán y Colima) para integrar un frente unido con el propósito de impulsar el progreso de la región.

rechazo a vivir allí, principalmente en las delegaciones centrales, una atracción hacia los municipios del Estado de México metropolitano, y una preferencia que se ha ido robusteciendo por las entidades más pequeñas de Morelos, Querétaro y Tlaxcala, particularmente por las capitales.

Al acercarse a la dinámica municipal se hacen evidentes algunos aspectos medulares de la desconcentración:

- En primer lugar, que el momento de la inflexión de este proceso ocurre en el periodo 1970 a 1990, durante el cual la fuerza centrípeta se debilita y emergen los rasgos de un crecimiento francamente desconcentrado.
- Los sitios atractivos para la población se multiplican y aparecen en la escena las capitales estatales y las ciudades medias de la región.
- En los años más recientes (1990-2000) la distribución de la población muestra indicios de un proceso menos contrastado en que se observa cierta tendencia hacia la homogeneización y la estabilidad del crecimiento poblacional de la mayoría de las unidades municipales, pues se reducen las que mostraban fuerte atracción y un rechazo poblacional elevado.

Durante el proceso de desconcentración el papel que ha desempeñado el sistema de ciudades precedente ha sido clave, pues ha mostrado la trascendencia de la evolución histórica de la sociedad y de los asentamientos anteriores. Todas las ciudades importantes de la Región Centro cambiaron su polaridad y se convirtieron en los principales puntos de atracción poblacional. La forma en que estas ciudades han crecido se asemeja a la de las metrópolis, con incrementos discretos en los municipios centrales y más vigorosos en los colindantes de su periferia.

El proceso migratorio hacia la ZMCM también se ha revertido. En las nuevas trayectorias se observa que la población que abandona el DF tiene como destino primordial el resto de la Región Centro, lo cual puede constituir un elemento de mayor cohesión interna en este espacio, así como cierto fortalecimiento

de los lazos entre las entidades regionales. Otra faceta de este mismo fenómeno muestra que al debilitarse la atracción migratoria de la capital se multiplican los destinos de los emigrantes y la región se abre más al resto del país favoreciendo las ligas extrarregionales, incluso hacia el extranjero, principalmente a Estados Unidos.

En el flujo de migrantes que forman parte del movimiento desconcentrador en la región se observa que en general hay una selectividad educacional positiva. En cada destino la actividad económica se especializa en ciertas ramas, y las estructuras laboral y de ingresos a las que se han asimilado los migrantes recientes presentan condiciones diversas. Éstas suelen ser mejores para quienes van a Querétaro (manufactura y servicios empresariales) o Morelos (construcción y servicios comunales) y menos favorables para el grupo que se dirige a Puebla (agricultura, comercio y servicios), Hidalgo (minería, petróleo y gas) o Tlaxcala (administración pública, servicios comunales y manufactura). En sentido contrario, los que llegan al DF se ocupan en general en puestos de bajo nivel y reducidos ingresos en el sector de los servicios personales o públicos. En el movimiento de carácter intrametropolitano hacia el Estado de México se acoge a migrantes en puestos medios de los sectores de comunicaciones, manufactura y servicios empresariales.

Más que una simple desconcentración de actividades económicas, la Región Centro ha experimentado transformaciones estructurales profundas que constituyen una verdadera metamorfosis. El motor del cambio nacional es la sustitución del modelo de economía cerrada y protegida hacia otro con apertura de mercados, mínima participación estatal, desregulación, y mayor competencia interna y externa. Ante las crisis recurrentes y las etapas de recuperación inherentes a este profundo cambio nuestra región de estudio se mostró más sensible que el resto del país, pues experimentó los altibajos más acentuados, aunque su participación en la producción nacional sigue siendo de alrededor de 42% del PIB nacional, similar a la que tenía en 1970, de 43.5 por ciento.

La mayor especialización de la actividad económica regional corresponde al sector secundario. Junto con la modernización y restructuración de la planta productiva se ha dado un proceso de desconcentración de la industria desde el Distrito Federal hacia el resto de la región, y en menor medida también fuera de ella. Los programas diseñados para favorecer la desconcentración industrial tuvieron más éxito en la Región Centro que en otras zonas del país, pues hubo más consistencia en la definición de espacios para la desconcentración fuera del valle de México. La llegada de capital extranjero favoreció la desconcentración en la región debido a que las nuevas inversiones estaban menos atadas a la inercia de concentración económica metropolitana anterior.

El sector servicios fue el más dinámico, pues ganó 5% del PIB en los años analizados. En este sector hubo también una ligera desconcentración intra e interregional que favoreció especialmente a los estados de Querétaro y Morelos. El panorama económico que se logra delinear al trabajar con datos tradicionales de fuentes oficiales queda trunco, ya que el sector informal —particularmente el comercio y los servicios— ha ganado cada vez más espacio en los últimos lustros.

La producción agrícola de la zona es poco relevante en el marco nacional, pero por ser básicamente de tipo campesino y minifundista se ha visto profundamente afectada por la apertura del mercado y la importación de cereales y alimentos básicos, lo cual se refleja en el descenso de la producción y la liberación de abundante mano de obra. Sólo algunos agricultores y ganaderos medianos y grandes han podido sustituir sus cultivos tradicionales y de autoconsumo por otros más rentables con el afán de adaptarse a las demandas del mercado y ser competitivos frente a los productores de otros países.

En el centro de México el proceso de urbanización se ha vuelto muy lento, pues tres de cada cuatro habitantes de esta región viven en ciudades. El fenómeno que ha tomado el relevo ha sido la redistribución poblacional en ciudades de distintos tamaños, principalmente en las llamadas ciudades de la corona. El

factor espacial de cercanía con la ciudad de México tuvo un efecto inhibitorio primero e impulsor más tarde del desarrollo de las mismas. Una vez que la zona metropolitana empezó a expulsar migrantes, las ciudades que la rodean comenzaron a desarrollarse como ciudades grandes. Este efecto “sombra” tiene réplicas en tales ciudades respecto a las más pequeñas dentro de sus áreas de influencia.

Puebla aparece con una mayor jerarquía en el sistema urbano del centro, pero contra lo que pudiera esperarse en términos gravitacionales por su tamaño y distancia respecto a la capital, no ha establecido con ésta vínculos que lleven a pensar en una tendencia hacia la integración megalopolitana. A pesar de la cercanía de la capital y el gran volumen poblacional, la zona metropolitana de Puebla-Tlaxcala está menos integrada a ciudad de México. Puebla y Querétaro son ciudades bisagra que articulan el centro del país con el sureste y el Bajío, respectivamente.

Al observar que la Zona Metropolitana de la Ciudad de México experimenta un crecimiento poblacional inferior al nacional se descubre el fin de la inercia concentradora de esta gran ciudad. Los elementos detonantes de este cambio obedecen a ciertos factores adversos como la crisis de los años ochenta, los sismos de 1985 y las externalidades negativas producto de la aglomeración. Es notable la marcada diferenciación, que va en aumento, entre el crecimiento del Distrito Federal y el de su complemento metropolitano, el Estado de México. Este fenómeno fomenta una segregación social y espacial preocupante.

Aunque la Zona Metropolitana de la Ciudad de México no fue el objeto central de este estudio, e incluso muchas veces se hizo a un lado para resaltar la escala regional, en algunas partes del texto fue evidente el proceso de redistribución desde el centro hacia la periferia de esta ciudad, según muestran los indicadores correspondientes a las dos entidades metropolitanas. Es relevante la diferenciación cada vez más acentuada de las condiciones que imperan en el DF y en el Estado de México.

El Distrito Federal concentra la inversión extranjera, los empleos mejor remunerados, los avances tecnológicos, las in-

dustrias más productivas, las actividades de alta administración, control y comercialización de las empresas, etc.; a la vez pierde algunos pobladores residentes en la mayoría de las delegaciones y buena parte de los puestos de trabajo en la manufactura. El Estado de México metropolitano asume el papel de periferia y, sin las ventajas del DF, ve crecer su población y disminuir su producción por habitante. El efecto espacial es la agudización de la segregación.

Las ciudades de la corona comparten algunas cualidades, pero cada una se distingue con un estilo propio. En contraste con el carácter expulsor de la capital, las ciudades provinciales son atractivas porque los avances en infraestructura, vivienda, servicios y empleo han generado condiciones de vida que compiten, muchas veces con ventaja, con las de la capital. La llegada de los migrantes de retorno reivindica las bondades de la permanencia en provincia y siembra inquietudes, adquiridas por medio de la experiencia metropolitana, en un entorno más familiar y menos competido.

Este texto constituye un esfuerzo por desentrañar los mecanismos de recomposición territorial en regiones que han alcanzado un alto grado de urbanización; se ensaya aquí una forma de validación del modelo de urbanización diferencial de Gayer y Kontuly, fundamentado en el juego combinado de los ciclos de crecimiento urbano, que se diferencian de acuerdo con los niveles jerárquicos considerados y conforme a los cambios que sobrevienen en las prácticas migratorias que dominan las poblaciones intervinientes.

Se trata de un ejercicio de acercamiento al mundo rural y su relación con el ámbito urbano en el que se han considerado algunas características de la distribución demográfica, la geografía, la movilidad de los pobladores, el abasto y las relaciones políticas. Al viajar por todas estas esferas se pusieron de relieve ciertos rasgos que implican cambios sociales, los cuales se reflejan en nuevos patrones territoriales de la geografía humana en esta región que sin duda alberga los mayores contrastes entre el campo y la ciudad. En primer lugar destaca el fenómeno de la dispersión

rural que implica la multiplicación a gran velocidad de microlocalidades. Como aspecto contradictorio se revela paralelamente un proceso de concentración demográfica en los poblados rurales más grandes, así como una condición de mayor consolidación del medio rural regional en comparación con el mundo rural del país.

Otra cuestión relevante es el desequilibrio entre los componentes material (localidades y viviendas) y poblacional (habitantes) del desarrollo de las localidades más pequeñas; tratamos de explicarlo en el ámbito de los procesos de expansión metropolitana, y en el reforzamiento de la complementariedad del campo y la ciudad encubierto con estas formas de poblamiento regional tan peculiares.

En el diseño que emerge de la geografía de la dispersión se manifiesta una notable diferencia entre los procesos de poblamiento de la zona periférica de la región y los del espacio intermetropolitano, lo cual revela la importancia para el desarrollo rural de la cercanía de una ciudad, y por lo tanto también de la proximidad de las principales vías de comunicación. Asombra la variedad de patrones de poblamiento rural, que sugieren múltiples formas extendidas de ocupación territorial con distinciones perceptibles en los diversos medios geográficos, como montañas y valles. El efecto intermitente de la aparición y desaparición de localidades en todo el espacio regional marca posibles líneas de interpretación (y de investigación) de los variados procesos y formas que adoptan los asentamientos en áreas con densidades humanas elevadas.

El acercamiento a la dispersión poblacional ha hecho evidente el peligro de deterioro del medio ambiente que acarrea la forma de ocupación del territorio que se lleva a cabo en esta zona, donde la apropiación de terrenos, la construcción de viviendas y la posterior urbanización llevan un ritmo alarmante al ir ocupando más y más superficie en las periferias urbanas y también en las localidades rurales. La urbanización dispersa, que se ha acentuado en esta región en años recientes, parece no responder solamente a necesidades de vivienda, pues sobre la

tierra agrícola han aparecido nuevas formas de inversión que la han transformado en urbana y semiurbana con la construcción de viviendas o fraccionamientos. La rapidez con que ha proliferado este fenómeno trae aparejados al menos dos problemas: un deterioro acelerado del medio ambiente, y unos costos de urbanización demasiado elevados. El abandono del campo se refleja en la política agrícola, en la abrupta caída del poder adquisitivo de los salarios, particularmente en el medio rural, y en resumen, en la pauperización de los mexicanos, que está ocasionando efectos espaciales, urbanos y medioambientales graves.

La movilidad poblacional se ha exacerbado, lo cual implica el aumento de la intensidad de los intercambios de todo tipo. Todos los movimientos intentan combinaciones que llevan a optimizar las funciones de trabajo y residencia; buscan mejores condiciones de reproducción y por ende mejor calidad de vida para las familias y las comunidades.

Los pequeños productores agropecuarios de la región, afectados por la apertura comercial y sin poder participar en la modernización e industrialización en el campo, han entrado en un proceso de exclusión y se han visto impelidos a utilizar todos los recursos a su alcance para mejorar su situación económica. Un recurso que está a la mano es la gran ciudad —antes sólo la ciudad de México y ahora también las capitales provinciales—, con su potencial en cuanto a oportunidades de trabajo y mercados para sus productos y servicios. A la población nativa el medio rural le ofrece hoy más servicios, más escuelas, más clínicas y mejores condiciones de vida que antes, pues ha mejorado su calidad como espacio de reproducción social. Sin embargo la capital, las grandes ciudades provinciales, Estados Unidos y Canadá siguen ofreciendo mejores oportunidades de trabajo e ingreso.

Dentro del nuevo esquema de relaciones el campo ofrece condiciones de menor densidad y más fácil acceso a la tierra, lo cual adquiere mayor valoración porque la población lo demanda cada vez más. Esto conlleva otras ventajas, como aire menos contaminado, tranquilidad y posibilidades de inversión para la producción agropecuaria. El acercamiento de las clases medias

al campo genera iniciativas productivas para una mejor explotación de los recursos en los distintos ámbitos rurales. Muchos de los emprendimientos resultan en fracasos, pero hay casos en que son verdaderos descubrimientos de nichos adecuados para ciertos tipos de productos, como las flores, y constituyen formas novedosas de acercamiento entre el capital y los recursos productivos.

La terciarización de la economía rural y urbana de las provincias regionales ha facilitado muchos cambios en las relaciones tradicionales entre el campo y la ciudad en esta región. En primer lugar, los avances en las comunicaciones, el comercio, los servicios educativos y de salud, la administración pública, etc. han hecho innecesaria buena parte de la mano de obra que laboraba en actividades primarias, creando una mayor diferenciación en la oferta de empleos en zonas rurales. Pero esta terciarización también debe conceptuarse como la mejor forma de optimizar las condiciones de vida en el medio rural y en algunos ámbitos económicos, dada su importancia en la organización del campo para buscar más flexibilidad y mejorar las condiciones de acceso de sus productos a los mercados externos e internos.

Hacia principios de los setenta las relaciones entre el campo y la ciudad seguían un esquema relativamente simple si lo comparamos con la intensificación y diversificación del tipo de contactos que se observan en la actualidad: pasó de una subordinación aguda respecto a la ciudad de México a mayores grados de complementariedad entre todos los elementos del sistema regional. Muchas condiciones cambiaron en este lapso, pero es probable que hayan influido más en dicha transformación la mejora de las comunicaciones, la mayor competencia provocada por la apertura de mercados (y la consecuente marginación de sectores crecientes de la población), el deterioro del medio ambiente en la capital del país, y la evolución de los procesos políticos nacionales y locales.

La desconcentración se puede observar en el contexto nacional dentro de la región central y en el ámbito metropolitano. En este estudio se prestó mayor atención a la escala regional,

aunque hubo referencias a los otros dos ámbitos en diversos momentos. Tras analizar la dinámica demográfica y económica de la Región Centro y compararla con la del resto del país se puede afirmar que no está ocurriendo un proceso de desconcentración de esta región hacia el resto del territorio mexicano. En el último cuarto de siglo la proporción de la población regional se ha mantenido en alrededor de un tercio de la nacional, y la proporción de la producción nacional se mantiene en un nivel muy similar al de 1970 (alrededor de 42%). De manera agregada y con los datos disponibles hasta ahora podemos concluir que se observa estabilidad en la importancia regional, que en el conjunto nacional permanece estable.

En este trabajo se aportan algunos elementos que pueden contribuir a enriquecer la discusión sobre el carácter funcional de la reorganización del espacio regional en el centro de México, en donde surgen las ciudades medias (grandes en este caso), más preocupadas por atender las necesidades de sus habitantes y las de sus regiones de influencia. Se han empleado el término simple de *desconcentración* y el concepto de *urbanización diferencial* con el afán de profundizar en la experiencia, siempre única —como cada región lo es— del caso mexicano. En futuros estudios convendría comparar algunas regiones centrales de los países del mundo desarrollado y en desarrollo, en especial de América Latina. En las comparaciones internacionales destacarían ciertas semejanzas y diferencias que contribuirían a discriminar el efecto aislado de cada uno de los factores que inciden en la recomposición del territorio en estos espacios.

Se pueden identificar *grosso modo* dos grandes espacios en la región: el primero constituye una ancha franja diagonal que se desarrolla con una orientación noroeste-sureste desde la zona metropolitana de Querétaro hasta el área de Tehuacán, pasando por la Zona Metropolitana de la Ciudad de México y la de Puebla. Dentro de esta amplia subregión ocurre el mayor dinamismo en términos de urbanización, pues ahí se concentran todas las zonas metropolitanas así como la mayoría de las ciudades medianas y pequeñas, y también la mayor parte de las

localidades semiurbanas y los municipios de atracción y equilibrio demográfico.

La segunda subregión se integra con el complemento del territorio regional tanto hacia el norte-noreste como hacia el sur de la franja antes descrita. La parte norte comprende porciones de los estados de Querétaro, Hidalgo y Puebla, y la del sur está formada básicamente por superficies del Estado de México y de Puebla. En esta subregión hay muy pocas ciudades y sus tamaños no son significativos; en cambio allí se encuentran las concentraciones más nutridas de localidades rurales pequeñas y de municipios de rechazo poblacional.

Sin avalar un determinismo geográfico se descubre la estrecha correlación espacial de estas subregiones y las zonas fisiográficas. La franja más urbanizada corresponde a los llamados valles y planicies del centro de México, que han sido descritos como áreas privilegiadas porque los beneficios que brindan a la existencia humana son múltiples. En la segunda subregión se localizan al norte áreas montañosas como la Sierra Gorda, la sierra de Hidalgo y la de Puebla, y las porciones del sur se ubican en áreas fisiográficas poco propicias para la urbanización, como las partes semidesérticas del sur de Puebla o las montañosas del Estado de México que ya forman parte de la Sierra Madre del Sur.

En los espacios subregionales se despliega una riqueza de movimientos y relaciones rural-rurales. El caso de Zacualpan ilustra la importancia de las subregiones con fuerte interacción, poco analizadas en sí mismas y en sus vinculaciones con otras ciudades y zonas del país. Es necesario comprender más ampliamente los procesos de urbanización para poder analizar las relaciones del campo y la ciudad en una región en donde se combinan a la vez el crecimiento de las ciudades y la desconcentración de la población hacia el medio rural.

La regionalización es una herramienta útil, y el adoptar la Región Centro como unidad de análisis ha sido provechoso para entender mejor los procesos socioespaciales referentes al área de influencia de la ciudad de México. En los términos que propuso Bernard Kaiser para hablar de una región —los cuales

fueron referidos en la introducción— identificamos algunas de las debilidades de la Región Centro. La primera y más evidente es la carencia de lazos entre la población regional. Al viajar por distintos lugares del centro de México se descubre que no existe ahora, ni parece haber existido en el pasado, algo que pueda llamarse “conciencia regional” y que se traduzca en políticas o acciones de colaboración. Ni los gobiernos estatales ni los municipales, ni los habitantes de las ciudades de la corona, de los pueblos e incluso ni los de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México o del Distrito Federal, sienten que pertenecen a un conjunto territorial integrado por el área que circunda a la ciudad de México.

Si bien hubo ciertos acontecimientos históricos durante la Colonia, en el México independiente, y en la historia contemporánea más reciente que no ayudaron a este propósito, hay un elemento que sin duda ha obstaculizado el desarrollo de relaciones más intensas y fructíferas: la falta de comunicaciones terrestres, junto con el esquema radial de funcionamiento de la región, que mantiene ligas a lo largo de las carreteras y autopistas que unen el centro metropolitano (ZMCM) con las ciudades de la corona, pero que prácticamente no tiende lazos entre éstas. El contacto interurbano e intrarregional se ve por ello severamente limitado y la mayoría de las veces mediatizado por la ciudad de México.

Respecto a la segunda característica necesaria en una región, la existencia de un nodo central que articule la actividad regional, es evidente que la ciudad de México cumple con ese papel. El elemento más dinámico de la sociedad actual —ahora como en otros tiempos— es su articulación con el sistema económico mundial. La función de la gran ciudad, terciaria por esencia, es organizar la producción y especialmente la destinada a la exportación. Observamos hoy la concentración de estas funciones en la gran metrópoli capitalina y en particular en el Distrito Federal. Sin embargo para la ciudad de México, corazón de la región, el recobrar el dinamismo económico dentro del esquema de mercados abiertos no ha resultado tan fácil.

Las oportunidades derivadas de la aglomeración regional en el centro de México, como el tamaño de la población, la accesibilidad relativa a otros mercados nacionales e internacionales, la infraestructura industrial y la disponibilidad de servicios al productor, la cercanía al poder central, etc. podrían traducirse en detonadores efectivos de un mayor desarrollo regional, algo que sin embargo no se ha impulsado. Algunas de las limitaciones parecen resultar de la falta de una visión clara y un convencimiento real de las sinergias potenciales para el desarrollo económico y social en la zona en su conjunto y de cada una de las entidades en particular, algo que podría subsanarse con la colaboración de los gobiernos y los empresarios para llevar a cabo acciones que en principio serían de infraestructura, como el aeropuerto internacional o los anillos y libramientos viales para mejorar la movilidad de individuos y mercancías y favorecer todo tipo de intercambios. En el pasado reciente han sido más frecuentes las actitudes de enfrentamiento que las acciones de colaboración.

El verdadero desarrollo social y económico de la zona y su despegue como ciudad región global, a los cuales podría y debería aspirar, son quizá los factores que más pueden llamar a la solidaridad y la conciencia regionales, pero se les ve hoy como procesos de largo plazo a los que todos los actores sociales deben abonar.

Aunque la conveniencia metodológica ha llevado a resaltar las fuerzas que operan a favor de la redistribución territorial y la desconcentración, es claro que sus contrarias, las que jalan a la concentración, no han sido eliminadas y en algunos aspectos incluso se han reforzado. La concentración y la desconcentración, el centralismo y la descentralización, han coexistido y nunca se ha dado una en exclusiva. Lo que importa es la forma en que ambas se conjugan en la vida de la región para dar paso a una nueva estructura territorial y social, así como el modo en que los actores sociales pueden interactuar para impulsar el desarrollo económico y social sustentable en el centro de México.

CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS, URBANOS Y AMBIENTALES

En el entorno de cambio económico que se encuentra en marcha en el mundo se desarrollan nuevos modos de producir y formas de intercambio más abierto. De forma paralela a diversos procesos sociales y políticos que acompañan a estos cambios, se observan nuevas dinámicas en la manera de diseñar y llevar a cabo políticas regionales, acompañadas de un debate teórico-práctico que busca redefinir las bases para un desarrollo regional efectivo y eficiente bajo las condiciones actuales y futuras. El presente estudio se suma a esos esfuerzos al analizar la recomposición territorial en la Región Centro de México –la cual ha alcanzado un alto grado de urbanización– como resultado de procesos recientes de desconcentración poblacional, relocalización económica y descentralización político-administrativa, entre otros, para identificar fortalezas y debilidades que puedan incidir en el impulso al desarrollo de esta importante porción del territorio nacional.

Desde la perspectiva regional el interés es identificar si los cambios recientes experimentados en el país, y en particular los que más afectan al Centro de México, han favorecido la consolidación de esta zona como entidad regional y por ende la elevación de sus potencialidades de crecimiento, o por el contrario marchan en el sentido de un menor grado de fortalecimiento e integración. A lo largo de esta búsqueda quedarán de manifiesto algunos de los mayores retos y oportunidades para detonar procesos de desarrollo en la zona.

